

Léa Cohen

La estratagema

Traducción de Liliana Tabákova



Lectulandia

La caída del Telón de Acero cambiará muchas cosas en Bulgaria, saldrán a la luz secretos ocultos durante décadas, y los exiliados podrán regresar a su país y reencontrarse con aquellos de quienes se vieron obligados a separarse. Uno de esos reencuentros lleva a Eva Marínova, una periodista de Sofía, a viajar a Nueva York siguiendo la pista de su pasado. Allí irá desentrañando la historia de cuatro familias búlgaras cuyo destino quedó truncado por las leyes antisemitas del zar Borís III y por el régimen autoritario que se impuso tras la Segunda Guerra Mundial. En los años treinta los Calderón eran una de las familias más ricas del país, pero durante los convulsos años de la guerra su suerte quedó extrañamente ligada a la de otras tres familias: la de su contable Núshkov, la del abogado Marínov y la de Jacques Levi, un amigo del joven Calderón.

Lectulandia

Léa Cohen

La estratagema

ePub r1.0

Titivillus 29-01-2018

Título original: *Consortium «Alternus»*

Léa Cohen, 2013

Traducción: Liliana Tabákova

Fotografía de cubierta: George Marks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Eva (*Amicus certus*)^[1]

¿Dónde están los inviernos de mi infancia? Mis queridos e irrepetibles inviernos en aquella Sofía de los años cincuenta, cuando después de las clases nos quedábamos jugando a la entrada de la escuela como si aquella pendiente fuera una pista de patinaje. Jugábamos felices en la calle hasta congelarnos y regresábamos a casa al caer la tarde con las mejillas encendidas por el frío y los pies mojados.

—¡Una tila, una aspirina y a la cama! —decretaba mi madre. Me tomaba la tila con miel, me zampaba una rebanada de pan con mantequilla y me metía en la cama con un librito. Ya haría los deberes al día siguiente.

El hijo de los vecinos, cinco años menor que yo, que tenía prohibido patinar con nosotros porque padecía bronquitis crónica, me miraba con envidia y tristeza.

—Hacía demasiado frío —le consolaba yo con hipocresía para ahorrarle tanto el relato de las jubilosas batallas con bolas de nieve como nuestra alegría por poder turnarnos todos el nuevo trineo de Sasho.

Me gustaba el invierno por las aventuras que siempre suponía, por el frío y las borrascas. En realidad, mi imaginación infantil exageraba aquellas aventuras, pues a pesar de la escasez y de los malos tiempos que se vivían en Bulgaria, mis padres me aseguraban protección suficiente ante cualquier peligro real o imaginario.

Mi madre, por el contrario, siempre esperaba los primeros fríos con preocupación. Los presagiaba el patriarca gitano al que todos llamábamos «Mango». Jamás supe su verdadero nombre. En cumplimiento de una especie de pacto secreto con mi madre, Mango aparecía al finalizar el otoño, con su hacha filosa de cortar leña al hombro. Los preparativos para hacer frente al invierno eran un rito familiar al que mamá concedía gran importancia. Salía a la calle para esperar el carro cargado de carbón y leña. El cochero esperaba con paciencia en el pescante a que ella aprobara la mercancía antes de depositarla en la acera. Mamá estudiaba detenidamente los leños pardos y húmedos y protestaba en voz baja:

—Son otra vez de lignito y nosotros hemos pagado por hulla de Pérnik.

Traducido a mi lenguaje infantil relativo al calentamiento de la chimenea, eso significaba una habitación llena de humo, montañas de cenizas por la mañana y poco calor durante el día.

—Descuide, señora, voy a quitarle la escoria —trataba de tranquilizarla el gitano hasta que ella se resignaba y ordenaba con un ademán que empezara la descarga.

A veces, más por enseñarme a mí que por necesitar ella mi ayuda, mamá me hacía

bajar al sótano algún que otro cubo de carbón. En el sótano, frío y húmedo, no había nada más que el preciado combustible para el invierno. Sasho, el chico del primer piso, una autoridad indiscutible en todas las cuestiones por tener dos años más que yo, se apresuraba a comunicarme que se había topado allá abajo con una rata enorme, pero por más aterrado que bajaba a aquel sótano, lo cierto es que la primera rata que vi en toda mi vida fue en una de las estaciones del metro de Nueva York décadas después.

Vestido con un desgastado capote militar y con su gran cabezón cubierto por un gorro de piel con orejeras, Mango manejaba la pala y los dos cubos con tanta rapidez que parecían tirados por un hilo invisible que los trasladaba de la calle al sótano, mientras el hijo de los vecinos y yo, merodeando de un lado a otro, no dejábamos de estorbarle.

—¿Por qué no subís al patio? —sugería Mango, tratando de deshacerse de nosotros.

No le hacía falta repetirlo. Bajo los rayos todavía calientes del sol otoñal nos poníamos a jugar a la rayuela que teníamos trazada en las losas de piedra. Hasta en los días de lluvia y de nieve cuidábamos de que no se desdibujara. Cada uno guardaba su propio tejo en algún orificio del muro derruido.

—Niño, avisa a la señora que en un rato ya estaré listo —comunicaba Mango al cabo de un par de horas, se apoyaba en la pala para tomarse un respiro y encendía un pitillo que liaba él mismo. Luego cogía el hacha para cortar la leña. Olía bien: a tabaco fuerte, a carbón, a astillas de pino secas y a capote militar.

El capote le daba a Mango gran dignidad. A estas alturas de mi vida me pregunto si aquel personaje de mi infancia no lo llevaría más por vanidad que por no poder permitirse otro abrigo. Mi madre era generosa por naturaleza. Aunque apenas tenía qué regalarle, siempre sacrificaba algo del modesto armario de mi padre. De repente se acordaba de una camisa o un abrigo en buen estado que papá había dejado de usar y revolvía la casa buscándolos desesperada, pero nunca vi que Mango se pusiera ningún otro abrigo: Mango prefería el viejo capote de soldado por tener para él un misterioso atractivo. Tal vez le devolvía el respeto que la sociedad le negaba. Seguro que el capote era para él mucho más que un despojo. Vestido con él, Mango se sentía parte inseparable de nosotros y de los acontecimientos que nos tocaba vivir, indistintamente de qué se tratara. La sociedad de aquel entonces vetaba a los gitanos el uniforme militar, pero él contestaba a esa afrenta poniéndose voluntariamente la ropa que otros habían tirado con alivio a la basura.

Mango era casi el único que le llamaba a mi madre «señora». Y a mí, a pesar de que me pareciera muy natural que se dirigieran tanto a ella como a las demás mujeres como «camaradas», me gustaba que Mango la llamara «señora». Sí me molestaba a veces que mi padre, ateniéndose a los usos de la época, hablara de ella en público como de su «compañera». Sonaba falso y antinatural.

Cuando el gitano terminaba de bajar el carbón y la leña para almacenarlos en el

sótano, mi madre bajaba para dar el visto bueno a su trabajo. Todo estaba limpio y perfectamente ordenado en pilas separadas de carbón y de leña. Mango dejaba pequeños pasillos para que mi padre pudiera alcanzarlas con facilidad. Visiblemente satisfecha, mi madre le entregaba diez levas: una cantidad considerable para la época, a las que añadía otras dos «para comprar algo para sus nietos». Luego le invitaba al calor de la cocina para agasajarlo. Él jamás se abalanzaba sobre la comida: comía con delicadeza y solo aceptaba llevarse un poco de pan. Mamá lo trataba con respeto, como trataba a todos los ancianos, lo cual me hacía a mí también ver a Mango, con su capote desgastado, como un auténtico anciano «señor», así como mi madre se volvía una «señora» gracias al trato respetuoso que él le daba.

Es imposible recordar los inviernos de mi infancia en la calle de Rakovski en Sofía sin evocar el recuerdo de Mango envuelto en el capote militar y con aquel gorro suyo en la cabeza. Tenía unos dientes muy blancos cuyo resplandor iluminaba su oscura cara cuando reía.

Sentada en el metro, Eva se sobresaltó y trató de volver a la realidad. Quizá se hubiera quedado dormida solo un segundo, pero por más que en ese momento estuviera sudando como en una sauna, aquel segundo le bastó para regresar a las calles nevadas de su infancia.

«Un caso típico de contraste simulativo —sentenció para sí misma, sirviéndose de una de las frases que utilizaba en las terapias de grupo—. Tratando de sobrellevar este bochorno insoportable, mi conciencia se ha puesto a contar muñecos de nieve y mi inconsciente a desenterrar recuerdos.»

Hacía un calor inusual: el termómetro señalaba un récord de 34 °C y la gente en Nueva York transpiraba como si estuviera en un taller de fundición. «Prefiero el insoportable frío a este calor insoportable», dijo un joven obeso sentado frente a Eva, al tiempo que con un pañuelo grande y arrugado se secaba el sudor del pescuezo. Aquel comentario le extrañó a Eva: hasta entonces solo había oído quejas del frío que hacía en Nueva York en invierno, cuando el viento del océano perseguía sin piedad a los transeúntes y los obligaba a esconderse en el metro. Feo, mejor dicho, desangelado, aquel túnel sin duda proporcionaba un refugio inapreciable contra el viento invernal. En verano, sin embargo, se convertía en un auténtico infierno.

«El metro neoyorquino es, tal vez, el lugar donde se produce, de la manera más natural, la convergencia de las distintas capas sociales», dijo en cierta ocasión un conocido de Eva, un joven científico con tendencia a filosofar que, gracias a la generosidad de una fundación estadounidense, se dedicaba a estudiar la democracia en los países donde esta no existía. A diferencia de él, Eva se costeaba ella misma el billete de avión y el alojamiento en el hotel, de manera que ella sí podía comprobar sin atadura alguna en la práctica la teoría de marras.

Llevaba tres días desplazándose exclusivamente en metro por Nueva York, de hecho no conocía más que los espacios subterráneos. La arbitraria teoría de su conocido le pareció acertada al observar cómo señores con corbatas y rigurosos trajes oscuros se apretujaban contra las muchachas de color que al llegar a su destino no tardarían en vestir sus blancos uniformes de camareras. Horas más tarde los encorbatados y las camareras volverían a encontrarse en algún local céntrico de la ciudad, pero las chicas correrían con las bandejas llenas entre las mesas mientras los trajeados descansarían un rato ante una cerveza. Al anochecer coincidirían otra vez de regreso a casa. Eva se preguntaba si en Estados Unidos toda la convergencia no se

limitaba a eso.

Con la excepción de Manhattan.

¡Oh, Manhattan! Bastaron tres días para que Eva se diera cuenta de que Manhattan era una ciudad dentro de una ciudad y cuyos habitantes eran de una especie especial: a pesar de su diversidad étnica, uno podía distinguirlos de los forasteros al instante. Las niñas, las jóvenes, incluso las mujeres maduras de Manhattan destacaban por su belleza; altas o bajitas, todas eran ágiles y esbeltas. Los hombres, que a primera vista vestían con cierta negligencia, le parecían a Eva mucho más interesantes que el conocido modelo hollywoodiense. Los vecinos de Manhattan tenían algo en común que Eva creía notar en sus ademanes, en sus gestos, hasta en la ropa negra que no se quitaban ni siquiera en los días más calurosos.

Durante los trece minutos —justo los que marcaba el horario— que esperó en el andén la llegada del tren, Eva se sintió como sumergida en una caldera de brea hirviendo. Luego el Lucifer neoyorquino la entregó al aire acondicionado del vagón, el mismo que tal vez la precipitara otro instante en el abrazo de aquel invierno imaginario.

Eva bajó en una estación cualquiera, decidida a cambiar el plan que tenía previsto para aquel día y regresar pronto al hotel. Y otra vez esperando en otro andén, reparó en una alimaña peluda que corría entre los rieles, donde —imperturbable ante la indiferencia ajena— habría bajado en busca de un poco de fresco. Eva desvió la mirada de aquella rata neoyorquina con repugnancia.

En Lexington el metro vomitó otra porción de viajeros sudorosos y jadeantes. Eva se mezcló con ellos. Para salvarse del calor insoportable de los túneles subterráneos de la ciudad, prefirió recorrer a pie el tramo que le quedaba, pero ¡no!, el hormigón caldeado de la superficie no significó más que el traslado a otro taller de fundición. La caminata al hotel se eternizó: su humilde habitación le pareció un verdadero oasis.

Con sensación de alivio, Eva se sentó en la cama revuelta. Se trataba de una habitación espaciosa situada en la planta decimocuarta, cuyo aparato de aire acondicionado General Electric de los primeros años sesenta cumplía su útil función con un ruido espantoso que solo las furiosas sirenas de las ambulancias y los bomberos lograban superar.

«¡Qué sitio tan terrible y fascinante a la vez!», sintetizó Eva.

No sabía cuánto tiempo se quedaría en Nueva York. Todo dependía de cómo le salieran las cosas.

Con el pretexto de acostumbrarse a la diferencia de horario, las primeras veinticuatro horas Eva apenas abandonó el hotel. Al día siguiente, dio un paseo por la Tercera, pero se apresuró a meterse en la primera cafetería, donde permaneció horas enteras mirando a través de los cristales u hojeando los periódicos. Al tercer día se armó de valor, cogió el metro y llegó a la calle 42, punto de confluencia de todos los advenedizos fortuitos de Nueva York. Paseó de un lado a otro, ejercitó sus conocimientos de inglés, se tranquilizó al comprobar que entendía y la entendían.

Luego decidió dar una vuelta por las calles que se desviaban del itinerario turístico obligatorio. Sacó de su bolso una agenda, revisó atentamente la dirección que tenía apuntada y con relativa facilidad la encontró en el plano de la ciudad. Sí, podría ir caminando, solo estaba a tres manzanas. A medida que se acercaba a aquella dirección, se fue apoderando de ella una sensación de miedo e inseguridad que la hizo regresar apresuradamente sobre sus pasos en busca de la estación de metro más cercana.

«En realidad, el miedo es la huida de una fobia sin definir. Es una noción que no pertenece al mundo real sino al imaginario.» Eva trataba de remediar su apocamiento parafraseando a Jung. Aquel era uno de los clichés que a veces aplicaba en su trabajo como terapeuta. Muchos de sus pacientes padecían neurosis ansiosa, una enfermedad mental tan extendida en los últimos tiempos después del cambio político que amenazaba no solo a ciertos sectores sino a la sociedad entera. Eva había descubierto sus síntomas primero en su círculo más cercano de amigos y conocidos, pero luego llegó a observarlos en ámbitos mucho más vastos. Se convirtió en el confesor predilecto de conocidos y desconocidos. Ensayó técnicas y métodos nuevos y, al obtener buenos resultados, cogió tanta seguridad que se animó a iniciar así su carrera profesional. Comenzó a atender a pacientes y a ejercer de psicoterapeuta. Cuando Eva perdió el trabajo, aquella experiencia la ayudó a montar su propia consulta y a socorrer a los demás, si no con otra cosa, por lo menos mostrándoles compasión. Les ofrecía, a cambio de unos módicos honorarios, una terapia combinada que apenas iba más allá de la solidaridad momentánea y la consolación amistosa. Ser psicoterapeuta la hacía sentirse útil y lo que cobraba en la consulta le permitía vivir sin grandes lujos pero bastante bien. Y, además, no solo contaba con el ingreso extra de las colaboraciones que enviaba a la revista donde había trabajado como empleada hasta que habían dejado de pagar con regularidad los salarios de sus colaboradores de plantilla sino también con el dinero que ganaba en una emisora de radio privada por responder a preguntas sobre el estrés, las fobias y las neurosis en un programa nocturno. La mayoría de sus oyentes eran hombres a los que a esas horas tardías les daba por confesar sus problemas sexuales. Eva trataba de consolarlos explicando con términos científicos que la erección no era el factor más importante para la autoestima de un hombre, algo de lo que no conseguía convencerlos porque ni ella misma lo creía del todo. El programa tenía éxito y Eva rezaba con toda el alma para que aquella emisora privada no llegara a quebrar como tan a menudo sucedía con muchas de esas empresas efímeras de los años noventa.

Y, a pesar de todo, Eva no era capaz de aplicarse a sí misma su terapia exitosa. «Para vencer el miedo hemos de aclarar sus causas y regresar a la fuente misma de nuestra fobia.» Este consejo del viejo papá Freud era excelente, pero no proporcionaba ningún remedio contra el miedo que se obstinaba en persistir aun después de haber desenterrado sus raíces. Y ese era el caso de Eva. Dejó de dar vueltas al asunto para evitar convertirse en su propia paciente.

Encendió la radio, un aparato de una antigua marca japonesa, que el hotel generosamente incluía en el precio del alojamiento de ochenta dólares por día. A pesar de la mala calidad del sonido, logró escuchar una parte del concierto para violonchelo de Antonín Dvorák. El violonchelista se llamaba Yo-Yo Ma.

—¡Qué maravilla!

Le gustaba tanto la música clásica que le devolvía el buen humor aun cuando se encontrara abatida. «Porque es sublime. Lo sublime nos devuelve la autoestima y nos levanta el ánimo.» Se fue tranquilizando y decidió deshacer la maleta de la que en tres días había sacado poco más que el camisón y el cepillo de dientes. Sacó también su portátil e intentó conectarse a la red. En vano. Y aquello le molestó: Eva quería revisar su correo. «Tendré que bajar a la recepción», decidió Eva, encaminándose hacia la estrecha escalera del pasillo.

Mientras cargaba el ordenador, Eva esperó con paciencia en el mostrador de la recepción que apareciera alguien que pudiera solucionar su problema.

—No deja de admirarme la facilidad con que las mujeres de hoy se sirven de las últimas tecnologías —oyó una voz a sus espaldas.

En un principio permaneció inmóvil, pero luego se volvió.

En un desgastado sofá, el único del vestíbulo, se dibujaba la borrosa silueta de un hombre. La cortina del ventanal, pesada y polvorienta, apenas dejaba colarse un poco de luz que iluminaba únicamente el respaldo del sofá. El rostro permanecía en la sombra. A Eva le pareció que el hombre, sentado con las piernas cruzadas, la observaba con atención, sonriendo, mientras con la mano derecha jugueteaba con sus gafas, un gesto que le recordó a alguien del pasado que solía hacer lo mismo mientras conversaba.

«Debe de tratarse de una ilusión óptica debida al golpe de calor y a mi imaginación enfermiza», se diagnosticó rápidamente Eva.

—Jamás aprendí a manejar esos chismes —prosiguió el hombre—. En mi época no existía nada de esto. Estábamos tan contentos con nuestras viejas máquinas de escribir Erika.

Eva anotó para sus adentros que aquella marca alemana, muy conocida en Europa, no debía de ser demasiado popular en Norteamérica. Resultaba evidente que el hombre no era estadounidense, se le notaba además por el tono cantarín de su inglés impecable. Parecía la voz grabada de un documental de divulgación científica de la BBC.

Trató de ver mejor su cara, pero no lo consiguió, ya que el hombre estaba sentado a contraluz. Vestía una chaqueta azul oscuro con dos filas de botones dorados, a la moda de los primeros años ochenta, a pesar del calor llevaba debajo un jersey de cachemira que en su época habría sido una prenda de lujo y calzaba mocasines italianos, cómodos y elegantes, aunque tremendamente anticuados: aquel hombre parecía haber salido de una película antigua.

«Ya nadie viste de esta manera», pensó Eva y preguntó:

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—No tanto —contestó el hombre—. Por lo que veo necesitan que le resuelvan el problema que tiene con el ordenador.

—¿No tiene usted calor? —preguntó ella, recordando el taller de fundición del

que acababa de escapar. Aún seguía sudando y el rímel se le corría por la cara.

A pesar del calor, el hombre en el sofá olía a frescor y limpieza. Eva inhaló el aroma de una colonia pasada de moda. Escarbando en su herbolario de recuerdos desenterró el nombre de la planta: «¡Pachulí!, pues claro». El olor subido de la hierba le trajo un vago recuerdo del pasado.

—¿Dónde estará el recepcionista? —preguntó mirando a su alrededor y, luego, casi sin darse cuenta, murmuró en voz baja—: Tal vez debiera alquilar un coche.

Le sorprendió escuchar una respuesta desde el sofá:

—No se precipite. Primero acostúmbrese a la ciudad.

—¿Cómo sabe que necesito acostumbrarme a la ciudad? —preguntó Eva.

El hombre se limitó a levantar ligeramente los hombros.

—Llevo un buen rato esperándolo —le reprochó Eva al recepcionista—. Ayúdeme, por favor, a conectarme a la red.

Visiblemente hastiado, el recepcionista se puso a explicar el procedimiento elemental, por cuya causa había tenido que interrumpir su siesta.

Cuando al cabo de un momento Eva lo buscó con la mirada, el hombre había desaparecido tan inesperadamente como había aparecido. Se acercó al sofá y tocó ligeramente el respaldo, como si tratara de convencerse de que realmente alguien había estado sentado allí.

—¿Adónde se ha ido ese hombre? —preguntó Eva.

—No he visto a nadie, señora —contestó molesto el recepcionista, antes de concentrarse en su propio ordenador dando así a entender que daba por cerrada toda posibilidad de conversación con aquella huésped tan pesada.

«Se parecía un poco a Víctor —pensó Eva—. Solía sorprenderme así. Aparecía de improviso y luego desaparecía igual.»

«Prueba de espontaneidad» llamaba Víctor a las actividades inesperadas con las que le encantaba sobresaltarla. Aquellas sorpresas no siempre eran agradables.

«Imposible. Víctor ya no está y ya nadie más que yo se acuerda de él.»

A Víctor ya no lo recordaba nadie más que Eva. Aunque desde su muerte, secuestro o asesinato —sea cual fuera el motivo de su repentina desaparición— ya habían transcurrido dieciocho años, Eva no había olvidado a aquel hombre que había sido su gran amor.

Eva tenía treinta años cuando sufrió aquella enfermedad del amor. En aquel entonces dudaba de que alguna vez fuera capaz de disfrutar de aquel sentimiento tan trivial y accesible para los demás seres humanos. Había perdido en gran medida sus ilusiones tanto profesionales como personales.

Se licenció en psicología, una carrera bastante fácil para ella, pero como universitaria pronto descubrió la censura académica que imponía prohibiciones y permitía solo el uso de cierta bibliografía dogmática, aburrida y totalmente ajena al fantástico mundo del psicoanálisis al que en un principio aspiraba todo estudiante de primero. A mediados de los setenta el psicoanálisis no solo estaba prohibido como praxis científica sino también como teoría; solo algunos estudiantes, los más espabilados, se permitían mencionar con sordina los nombres de Freud y Jung en sus conversaciones, mientras que los profesores los criticaban con la ferocidad propia de la época tachándolos de ser productos del decadente pensamiento burgués derivados del decadente capitalismo. Eva era una estudiante aplicada, aprobaba con éxito todos los exámenes, incluso los que no tenían nada que ver con su especialidad. No se interesaba ni por la «economía política del socialismo», que tenía que estudiar obligatoriamente, ni tampoco por el sinnúmero de congresos de los partidos comunistas del mundo entero cuya historia formaba una asignatura teórica aparte. Empollaba los nombres de los líderes y las fechas de los congresos para olvidarlos antes de que la nota figurara en su expediente. Al licenciarse, decidió que era mejor no continuar en la universidad, lo que la llevó a la redacción de la única revista búlgara especializada en psicología. También se dedicó a realizar terapias de grupo. Y así se libró de tener que optar por lo que parecían las dos únicas alternativas: unirse a la sociedad secreta de la ciencia «no oficial» o entrar en las filas de los antifreudianos «oficiosos» que combatían con un entusiasmo comunista y provinciano las teorías del viejo profesor vienés que ya ocupaba un lugar digno en el panteón de los clásicos. Las actividades de Eva no eran «científicas», pero tampoco hacían daño a nadie.

En cuanto a sus relaciones con los hombres, después de un par de intentos fallidos, finalmente decidió que una relación de amistad era mucho más agradable e

inofensiva que cualquier relación amorosa que, sin excepción, en lugar de satisfacerla acababa agotándola. Los hombres con los que ella había mantenido una relación habían sido vanidosos, vivían descontentos consigo mismos y estaban cargados de complejos. Eva tenía la sensación de que, a medida que se iban acercando a ella, aquellos hombres iban convirtiéndose en sus pacientes, en seres desvalidos a los que ella tenía que cuidar. En líneas generales, tenían problemas muy similares que repercutían en su sexualidad. Eva conseguía convencerlos de que eran fenomenales en la cama y ellos se lo creían encantados de la vida, hasta que llegaba la primera erección frustrada. Y, claro, ellos nunca tenían la culpa... El desastre sobrevinía cuando, después de haber recuperado la confianza en sí mismos gracias a Eva, aguzado su instinto de cazadores, aquellos hombres se precipitaban a conquistar a la primera chica —réplica de sus fantasías inalcanzables— que tuviera senos y caderas de medidas perfectas. A la dama en cuestión con aspecto de *top model* le preocupaban bien poco los arranques emocionales de aquel pretendiente que sumaba en su lista, pero sí era tremendamente sensible a la posición social y los bienes materiales que tuviera. Las cosas iban bien hasta que la joven comprobaba que la billetera de su nueva pareja no se correspondía con sus apetitos, lo cual la volvía completamente frígida: una situación nada estimulante para el caballero, que enseguida se averiaba sin contar para nada con la compasión de la dama. La desilusión hacía que regresara ofendido y humillado a Eva y Eva lo compadecía como amiga pero no pasaba por alto la traición. Como psicóloga trataba de convencerlo de que unos cuantos centímetros de más en las caderas o los senos no debían influir tanto en la calidad de una relación de pareja, mientras que a sí misma se decía que las infidelidades eran algo tan normal y corriente que no debería sentirse tan herida. Ni una ni otra cosa era cierta. Cuando ese mismo esquema se repitió dos veces, Eva llegó a la conclusión de que no tenía cualidades de buena amante: decidió renunciar al amor y quizá también al sexo. Entre los intelectuales que trataba tenía amigos estupendos, pero la mayoría estaban obsesionados con su profesión y sus ocupaciones —como Tomás, por ejemplo— o tenían parejas estables a las que permanecían fieles.

Tomás Zagarov era amigo suyo desde la infancia, los unían centenares, miles de cosas. Después de la muerte de sus padres, cuando Eva se quedó sola, aún se encariñó más de él: Tomás era el hermano que ella nunca había tenido. Tomás se hizo matemático y se le consideraba un científico con un gran futuro por delante. Opinaba que la felicidad era una noción absurda, inventada por la gente ingenua cuyo único mérito era la reproducción de la especie. Para Tomás, la felicidad consistía en el trabajo. En cuanto a Eva, para ella la felicidad se convirtió poco a poco en una categoría abstracta, sin aplicación posible en su vida personal.

A pesar de su formación académica, resultó que Eva estaba tan poco preparada para el amor como para el desamor. Se enamoró hasta la locura de Víctor y, cuando ya comenzaba a acostumbrarse a esa felicidad diaria y cómplice de pareja, él desapareció tan inesperadamente como había aparecido. Quedó el recuerdo de tres

años de feliz euforia por los que Eva estaría dispuesta a cambiar el resto de sus días, pero todavía nadie le había propuesto semejante negocio.

Un sobrecito azul parpadeó en la esquina izquierda de la pantalla de su ordenador portátil. «Tiene mensajes sin leer», anunció la voz virtual y Eva se apresuró a abrir el buzón electrónico.

«¿Has llegado ya? ¿Qué tal estás, por qué no has escrito? Besos, Lora y Lisa.» Sus dos amigas le mandaban saludos desde ocho mil kilómetros de distancia.

Al cabo de algún tiempo, los amigos se convierten en poco más que familiares: los tienes o no los tienes. No por casualidad se dice que uno es incapaz de escoger a sus parientes, pero es responsable de las amistades que hace. A lo mejor tanto lo uno como lo otro es obra del azar que le depara a cada cual justo los parientes y amigos que se merece y que necesita para seguir adelante. Eva no había tenido suerte en el amor, pero la vida le había dado buenos amigos. Lora y Lisa habían sido «elegidas» por unas circunstancias que no dependían de Eva ni de ellas dos. Su amistad era más que una casualidad, porque había sido predeterminada aun antes de que nacieran. Se puede decir que realmente era cosa del destino, pero ¿acaso alguien sabe lo que es el destino...?

Eva, firmemente convencida de que todo lo que pasaba tenía una lógica interna, no creía en la casualidad. No se trataba de ningún fatalismo sino más bien de un apego a la lógica que Eva tendía a buscar incluso en las coincidencias más absurdas. Insistía en que hasta el azar más absurdo obedecía a cierto plan, lógica o cálculo. Y que los únicos sorprendidos somos nosotros porque no sabemos reconocer la gestación de los sucesos que tomamos por azarosos. Los caminos de dos personas podían cruzarse constantemente sin reparar la una en la otra, pero en un momento dado, dependiendo de la saturación de ácidos aminonucleicos o de hormonas en la sangre, estas se descubrían y atribuían gran importancia al hecho de haberse encontrado. Así es como nacen las simpatías y las antipatías, las amistades y las enemistades, también los amores. ¿Qué otra cosa es «el flechazo amoroso» sino una reacción química desencadenada por algún radical despistado? Aunque burdamente materialista, esta teoría le gustaba a Eva por su radicalismo. Ella tenía más explicaciones sobre la aparición y la desaparición del amor, pero, como no constituían buen material para mantener discusiones profesionales con los colegas, se las guardaba para sí misma.

La amistad de Eva con Lora y Lisa databa, por así decirlo, de antes de que hubieran nacido, porque sus padres eran amigos íntimos. Desde que Eva tuvo uso de

razón, recordaba la amistad del abogado Marínov, su padre, con los tíos Robert y Jacques. El primero había sido compañero de clases de Marínov en la facultad. El otro era diez años más joven y había crecido en Kóniovitsa o Yúchbunar, como se llamaba por aquel entonces el barrio obrero más pobre. Ambos formaban una parte tan inseparable de la vida de su padre que sustituían a los familiares que tenía dispersos por todo el mundo. Al llamarlos «tíos», Eva no solo expresaba el respeto debido a las personas mayores sino también el afecto que se siente por los familiares. Este ingenuo autoengaño infantil hacía que aumentara su familia, lo cual le proporcionaba mayor seguridad. No había nada más valioso en aquella época.

La amistad del abogado Marínov con el «tío» Jacques y el «tío» Robert había demostrado ser milagrosamente resistente ante las vicisitudes de la Fortuna. Esta caprichosa dama los enfrentaba una y otra vez a dificultades, pero también procuraba mantenerlos juntos, como para darles la oportunidad de escapar a las trampas que ella misma les tendía. La vida del abogado Marínov y de los dos «tíos» adoptivos, Robert y Jacques, semejaba mucho una partida de póquer con naipes floreados entre tahúres.

Los tres terminaron pasando por el registro como dándose el testigo en una carrera de relevos. Primero fue el más joven, el tío Jacques, quien se casó con la «tía» Amalia y, al año siguiente, los otros dos, tachados ya de solteros empedernidos, aportaron al círculo de amigos a la encantadora, bellísima y elegante «tía» Elisabeth y a Nevena, la madre de Eva. Al cabo de dos años empezaron a nacer sus hijas. Eva fue la última en ver la luz.

Según ella, la historia de sus seres queridos se resumía en estas pocas líneas. Eva la había reconstruido con la ingenuidad y la sinceridad propias de una niña y durante mucho tiempo ni siquiera fue consciente de cuán cercana estaba a la verdad.

«Llegué bien. Todavía no he hecho nada. A partir de mañana me pondré manos a la obra. Besos. E.»

Hizo clic con el ratón y esperó que el ordenador le comunicara: «Tu mensaje ha sido enviado correctamente». «Suficiente por hoy.» Por primera vez en los últimos días iba a dormir tranquila. Dejó el ordenador encendido: emitía un ruido agradable, parecido al ronroneo de un gato.

El viaje a Nueva York se gestó como resultado de una confluencia muy complicada de circunstancias o, como diría ella, de una «suma de casualidades lógicas».

En Nueva York Eva tenía que encontrar una dirección y una cuenta bancaria. La dirección interesaba a su amiga Lora, mientras que el dinero de la cuenta bancaria pertenecía por herencia a Lisa. Tanto la dirección como el dinero podían hacer cambiar las vidas de sus amigas y, en parte, también la suya propia. El caso de la dirección era muy delicado y Eva tenía que hacer acopio de toda su diplomacia. En cuanto a la cuenta bancaria, no tenía ni idea de cómo iba a apañárselas, pero valía la pena intentarlo, por el bien de Lisa.

Todo empezó el día en que Eva recibió la carta de un viejo amigo de su difunto padre.

El sobre, de formato normalizado, con publicidad en colores de Air France en una esquina, había sido sellado en París. Eva, después de observarlo detenidamente y ver que había sido fechado hacía dos meses, se preguntó quién podría ser el remitente. La dirección estaba escrita cuidadosamente primero con caracteres latinos y luego en cirílico con una caligrafía elegante y antigua. Abrió el sobre arrugado por tan largo viaje y sacó unas diez hojas de papel timbrado de algún hotel barato: «*Dorogaia Evochka*», «Querida Evita» empezaba en ruso el mensaje. Se acordó de la única persona que la llamaba así de niña. La carta continuaba en un búlgaro impecable, con alguna que otra frase en francés, como era la moda de antaño (su padre también solía utilizarlas). Eva se había olvidado por completo del «tío» Alexéi, por lo que no dejaba de sorprenderla que emergiera desde la lejanía de su infancia.

La carta, escrita con esmero caligráfico, resumía los últimos cuarenta años de la vida de aquel otro amigo de su padre. Un relato triste que casi en cada página contaba la muerte de alguien: primero, la de su primera esposa Mari; luego, la de Nicole, su hija mayor, y la de su nieta Angelina por un accidente que sufriera a los diecisiete años; más tarde la de su segunda esposa, Olga, y la de su hijo Nikolái. Quedaba viva solo su hija menor, Anastasia, cuyas huellas se perdían en Brasil. Alexéi llevaba tres años sin saber de ella. Su última esposa, Elodie, una joven mestiza que había conocido en un viaje a Isla Mauricio, no consiguió acostumbrarse a los ruidos y a la contaminación de París y regresó a su isla.

Nombres extraños de un pasado completamente desconocido para Eva. La inquieta alma rusa de Alexéi no había conseguido dar con un puerto de felicidad y

descanso en ningún rincón del mundo. Al final de la carta decía que después de haber perdido todo y a todos, su único consuelo era visitar las tumbas de sus seres queridos, razón por la que había decidido volver a Bulgaria después de cuarenta años: quería despedirse de los muertos que había dejado allí. Eva era su única relación con el pasado. Después de haber estado buscándola mucho tiempo, el consulado de Bulgaria terminó facilitándole una guía telefónica de Sofía y allí encontró su dirección. Pensaba ir a Bulgaria en primavera. Decía que no le quedaba mucho tiempo y que emprendería aquel viaje le contestara ella o no. Planeaba llegar el 15 de abril a Sofía.

El sello del correo búlgaro era del 12 de abril. Eva se sobresaltó al reparar en que el día siguiente sería 15 de abril.

Eva trató de evocar una imagen menos borrosa del tío Alexéi. Alto, esbelto, ojos azules brillantes y barba rubia y espesa, pero lo que más recordaba era su profunda voz de bajo. En los recuerdos de su más tierna infancia, el tío Alexéi aparecía relacionado con la Navidad, cuando los visitaba vestido con un hermoso gabán rojo, con botas y gorro, cargando un enorme saco del que asomaban unos paquetes preciosos para ella y sus amigas Lisa y Lora, a quienes su madre siempre invitaba a pesar de que no se tratara de una celebración judía. Eva pronto se dio cuenta de que aquel disfraz de Santa Claus no difería mucho del traje que se ponía el tío Alexéi para actuar en el escenario con el resto de miembros de un conjunto de canciones tradicionales rusas. También el saco se asemejaba muchísimo al que utilizaba Mango para meter la leña y que luego su madre doblaba con cuidado antes de guardarlo en la despensa. Para despejar sus dudas, en cierta ocasión revisó de cerca el saco de regalos. Descubrió la marca Combustible en la arpillera y, debajo de los paquetes de regalos, encontró una pila de viejos periódicos arrugados. Al sorprenderla realizando dichas maniobras, Santa Claus —o sea, Alexéi— la miró con el ceño fruncido, pero enseguida le guiñó un ojo, así que el descubrimiento de la niña se convirtió en un secreto entre ellos dos. Al año siguiente Eva ya participaba en la conspiración e incluso exageraba un poco su entusiasmo por la visita de Santa Claus (el tío Alexéi disfrazado). Le encantaba que Lora y Lisa, mayores que ella, se mantuvieran firmes en su ingenua fe en la existencia del misterioso anciano o, por lo menos, así lo aparentaban. Por supuesto, Eva había reparado también en que tan pronto Santa Claus terminaba su misión, les deseaba «mucha salud, buenas notas en el cole y que sean muy obedientes» y salía por la puerta, aparecía el tío Alexéi con el cuento de que acababa de topar con un viejito en el rellano. «¡A ver si mis regalos no son mejores que los de él!», decía. Sí, sus regalos eran mejores, pero con echar un vistazo hacia abajo bastaba para comprobar que calzaban las mismas botas.

El tío Alexéi descendía de aquellos rusos que eran conocidos como combatientes de la Guardia Blanca. Que el padre de Alexéi, llegado a principios de los años veinte a la lejana Bulgaria con su hijo de ocho años, hubiera combatido en la Guardia Blanca fue una cuestión que a Eva nunca llegaron a aclararle. Para ella Alexéi era otro amigo más de su padre, un amigo de la facultad, como el tío Robert, el padre de Lisa.

Eva era observadora por naturaleza y pronto notó no solo que los adultos trataban

con cautela a los amigos de su padre y que a veces incluso los rehuían sino que estos no tenían muchas amistades fuera de su familia. Le extrañaba que ni el tío Alexéi ni el tío Robert trabajaran. A diferencia de ellos, su padre, el abogado Marínov, sí trabajaba: por la mañana cogía su gran maletín de cuero, ya desgastado por el uso, para encaminarse al juzgado. Luego, a las cinco de la tarde, se dirigía a la Cámara de Comercio, donde compartía un pequeño despacho con otros tres abogados. Algunas veces Marínov había llevado allí a su hija. Ella se agarraba con fuerza de su mano, mientras subían las escaleras o recorrían el intrincado laberinto de pasillos de la Cámara de Comercio. Los pasamanos de las escaleras estaban rotos y la pintura de las paredes desconchada, olía a humedad. Por lo visto nadie cuidaba de aquel edificio. Ante los bufetes de los abogados había unos bancos burdos en que esperaba gente cabizbaja, mal vestida, cuyos problemas se podían catalogar bajo tres rubros: familiares, vecinales o administrativos. A Eva le asqueaban e incluso asustaban estas visitas a la Cámara de Comercio, cuyos pasillos oscuros, con permanente hedor a orín, la deprimían. Aquello parecía una prisión o, por lo menos, el vestíbulo de una prisión. Y no se alejaba de la verdad. En aquella época, el papel del abogado no era tanto salvar a su cliente de la cárcel como aliviar el destino de quienes ya habían caído presos, pues la policía, ubicua y omnipotente, era la que decidía si un acusado era culpable o inocente.

A causa de su presunta procedencia contrarrevolucionaria por haber pertenecido a la Guardia Blanca, el nombre del tío Alexéi figuraba en una lista negra, de manera que tenía prohibido ejercer como abogado. Se buscaba la vida como pintor de brocha gorda o, vestido con el gabán rojo y calzado con sus famosas botas, con las que marcaba el ritmo, como intérprete de canciones y baladas rusas acompañado por un acordeón para alegrar alguna fiesta nocturna. En uno de los álbumes que a veces hojeaban por la tarde en casa, Eva había visto una fotografía del final de la carrera de su padre. Los tres amigos, jóvenes y guapos, posaban con desenvoltura ante la cámara: todos muy formales, trajeados y con corbatas. El tío Alexéi, junto a su padre, con la mano metida con desparpajo en el bolsillo de su elegante traje inglés. Un poco atrás, el tío Robert sonriente. En otra fotografía iban de prisa por el bulevar del Zar, con las gabardinas desabrochadas y aquellos sombreros de copa que por entonces estaban de moda. El padre de Eva llevaba un hermoso bigote negro y sonreía al fotógrafo callejero que abordaba a sus clientes en la calle más elegante de Sofía. Eva nunca había visto a su padre vestir de manera tan elegante como en aquellas fotografías. Menos aún a los tíos Alexéi y Robert. Tampoco recordaba ningún bigote. Aquellas fotografías se habían hecho mucho antes de haber nacido ella. Antes de los sucesos que habían cambiado la vida de los tres. Desde que Eva tenía capacidad de acordarse, después de un largo viaje en tranvía desde los suburbios más alejados de la ciudad, los tres se reunían en su casa, donde por lo menos podían estar calentitos. Eva esperaba aquellas visitas con impaciencia, sobre todo cuando el tío Robert iba acompañado por Lisa. En tales casos, al grupo se unía también el tío Jacques con su

hija Lora.

El tío Jacques constituía una excepción en ese cuarteto masculino. No había estudiado en la misma facultad, en su juventud no paseaba por la calle más elegante de Sofía vestido de traje inglés y con sombrero de copa. Nada de eso, sin embargo, impedía que el padre de Eva lo quisiera como a un hermano menor. Se había licenciado en ingeniería de minas. A diferencia de Robert y Alexéi y a pesar de que sus estudios no tuvieran nada que ver con la producción de zapatos baratos, Jacques había encontrado trabajo en una pequeña fábrica de zapatos situada en las afueras de la ciudad, donde habían llegado a ofrecerle el puesto de gerente. Seguramente su posición relativamente privilegiada se explicaba por su procedencia proletaria, del barrio obrero de Yúchbunar, y por haber trabajado de camarero en su época de estudiante para costearse los estudios, así como por haber participado durante los últimos años de la segunda guerra mundial en algunas reuniones clandestinas contra el gobierno que colaboraba con el Tercer Reich. Estas actividades del tío Jacques jamás fueron objeto de comentarios y de ninguna manera afectaron a la amistad que unía a los cuatro. Jacques había dejado hacía tiempo su barrio para trasladarse a una casa con patio, propiedad de su hermano, cuyo negocio de seguros prosperaba. Más tarde se alojó en un piso de un edificio bastante cercano a la residencia de la familia Marínov.

Solían reunirse los sábados. Entonces Eva estallaba de felicidad, porque mientras los cuatro hombres conversaban tranquilos en la sala de estar tomando té con un toque del coñac que solía llevar Robert y las madres preparaban la comida en la espaciosa cocina, Eva, Lisa y Lora se encerraban en el dormitorio y, tumbadas sobre el colchón de la gran cama de matrimonio de sus padres, se contaban las últimas novedades. Así transcurrieron las semanas y los meses durante años y años, hasta una Navidad de mediados de los años cincuenta, que fue la última que pasaron todos juntos.

De aquella Navidad Eva recordaba dos cosas: el tío Alexéi no apareció por casa disfrazado como siempre con el gabán rojo y una barba blanca de algodón y, además, su padre se peleó con el tío Robert.

Pocos días antes de Navidad, a una hora ya muy tardía, sonó el timbre de la puerta y, al abrir, le entregaron a la estupefacta señora Marínova una orden de alojamiento a nombre del camarada Stoyán Boyánov y familia. En el umbral estaban tres representantes de la célula del Partido Comunista del barrio, que formaban la comisión de alojamiento: un cincuentón bigotudo que iba pelado a la manera de Stalin, una mujer gorda y malhumorada con botas de goma y una bufanda mugrienta alrededor del cuello y un joven flaco y alto que se movía todo el tiempo tratando así de echar un vistazo al interior de la casa de los Marínov. El hombre de los bigotes, en su calidad de presidente de la comisión de marras, recalcando cada palabra, explicó en un tono amable solo en apariencia, que el deber social de toda familia burguesa era ceder parte del inmueble de su propiedad a los camaradas que participaban activamente en la construcción del comunismo para que sus familias vivieran en un alojamiento digno. Añadió que el camarada Boyánov acababa de llegar de su pueblo, Dragovishtitsa, para ingresar en las filas de la milicia^[2]. Y que tenía esposa y dos hijas. La comisión consideraba que la vivienda del abogado Marínov era la más apropiada para instalarlos. La orden entraba en vigor al día siguiente.

Eva jamás olvidaría aquella noche. Su madre refunfuñaba en voz baja y lloraba inconsolable. Su padre callaba taciturno, pero no tardó en tomar medidas. Como por arte de magia, enseguida acudieron Alexéi y Robert. Poco después llegó corriendo Jacques también.

Casi sin hablar, los cuatro hombres reorganizaron en una sola noche el piso hasta volverlo irreconocible. Su madre la acostó en el dormitorio principal. Por la mañana la niña encontró un tabique tosco, feo y sin pintar, que separaba su antiguo cuarto y parte del recibidor del resto de la casa. Habían desaparecido como por milagro los hermosos muebles del comedor y los armarios de madera tallada. Eva nunca supo dónde fueron a parar. En el lugar que había ocupado la gran mesa a cuyo alrededor las niñas corrían las largas sobremesas de los domingos, estaban apiladas cajas de cartón rebosantes de toda clase de objetos. La gran alfombra persa, que habían enrollado en un dos por tres, yacía en el pasillo. Las copas de cristal de roca del aparador que los fines de semana su madre se complacía en limpiar cuidadosamente

con un paño, sacándolas de una en una, estaban ahora colocadas en la cesta con que iban al mercado los viernes. En el suelo había cristales rotos sin barrer. En un rincón, cara a la pared, estaban apoyados los dos retratos al óleo de sus abuelos, obra de un pintor famoso exiliado en Francia, que debían de haber descolgado por la noche. Eva no entendía por qué no habían dejado siquiera el gran espejo enmarcado en bronce que era el orgullo de su madre y que al levantarse descubrió tirado boca abajo en el suelo como si fuera otro objeto inútil. El resto de la casa también estaba patas arriba. Hasta habían vaciado la pequeña habitación al fondo del pasillo, destinada antaño a la sirvienta y convertida más tarde en algo intermedio entre despensa y habitación de invitados, donde a veces pernoctaba el tío Alexéi.

Llamaron brevemente a la puerta. Su madre, con los ojos enrojecidos por el llanto, se apresuró a abrir y entró Mango como Pedro por su casa. La señora Marínova, después de señalarle en silencio la alfombra y las cajas de cartón, le entregó una notita con cierta dirección. El gitano lució sus muelas en una sonrisa bastante forzada. Sacó del bolsillo de su capote militar una manzana roja y brillante y se la regaló a Eva. Luego se echó la alfombra enrollada al hombro y se fue. Al rato regresó para llevarse todo lo demás. En la calle le esperaba un coche en cuyo pescante Eva reconoció al cochero que todos los años acarrea el carbón y la leña.

—Nevena, ¿no preferirías quedarte con la habitación y no con la cocina? —preguntó el padre de Eva.

Su madre estalló en sollozos. Los hombres siguieron sacando muebles de allí.

—A ver qué hacemos con el baño —reflexionó en voz alta Marínov.

—¡Jamás compartiré el baño con esa gente! —gritó su madre, y a la niña le desagradó que perdiera la compostura en presencia de los amigos de su papá.

Dio un paseo por aquel piso que no hacía mucho era su casa, pero que de la noche a la mañana se había convertido en una especie de campamento de refugiados.

—¡Mira tú de cuánto espacio disponíamos! —exclamó intencionadamente fuerte y cogiendo a su padre de la mano—. A mí no me importa dormir en el sofá.

No les dio tiempo a considerar esa posibilidad, porque oyeron que llamaban a la puerta con gran insistencia. Nadie había llamado de un modo tan imperioso jamás.

El abogado Marínov se apresuró a abrir y se encontraron con un grupo insólito, acompañado por el joven inquieto de la comisión de alojamiento. Se trataba de los nuevos inquilinos, en caso de que los Marínov pudieran considerarse todavía propietarios y, por tanto, arrendadores del inmueble. Con la entrada de aquella familia penetró también un fuerte tufo a guisos rancios y a ajo. Stoyán Boyánov, un hombre joven y bajito pero fornido, de expresión campechana, vestía el uniforme de la milicia con el orgullo indisimulado propio de un tipo tonto y sencillo, que no parecía siquiera darse cuenta de las circunstancias en que estaba invadiendo una propiedad ajena. Detrás de él, una mujer diminuta, bastante rolliza y de mirada astuta, quizá porque tenía un ojo azul y el otro pardo y, además, era bizca, que parecía demasiado desenvuelta. Cuando se reía, cosa que hacía sin parar, se cubría la boca con una

mano, como suelen hacer las campesinas creyéndose así educadas. Dos niñas escuálidas, más o menos de la edad de Eva, se colaron detrás de sus padres, como ratoncitos. Evdena y Stanka eran feúchas y de piernas tan delgadas que los leotardos de lana les venían holgados y caían arrugados en los tobillos. Stanka no dejaba de hurgarse la nariz con todos los dedos de la mano. Eva tuvo una arcada al ver que se chupaba el dedo con que acababa de sacarse un moco. Su padre le ordenó en voz baja:

—¡A tu cuarto! ¡Enseguida!

No tuvo más remedio que desaparecer hacia su nuevo cuarto, bueno, hacia lo que su padre llamaba así ahora, mientras los recién llegados arrastraban sus pertenencias hacia la habitación que antes le pertenecía y en cuyas paredes todavía colgaba el horario del cole y el reloj de cuco, último regalo navideño del tío Alexéi.

Se acercaban las fiestas, pero el árbol de Navidad que su padre ya había cargado hasta casa permanecía abandonado en el balcón. En aquellos días nadie se acordaría de él. Sin rastro y para siempre, junto con las demás cosas, desapareció el saco con la inscripción Combustible que era un atributo indispensable del Santa Claus que hasta entonces había representado el tío Alexéi. Él mismo, Alexéi, vestido con un abrigo desgastado, les hizo una visita la víspera de Navidad. Sacó dos paquetes de los que Eva extrajo un libro y un chistoso payaso con un brillante sombrero de cartón acharolado en la cabeza. La niña se acurrucó entre las faldas anchas del viejo abrigo y sollozó quedito al sentir en su hombro el calor de la gran mano del tío Alexéi. ¡Ojalá su padre hubiera tenido un gesto similar con ella aquellos días!

El tío Alexéi, sentado en la cocina, habló en voz muy baja:

—Tú las tienes a ellas dos, pero yo no estoy dispuesto a seguir aguantando. Me largo. Os echaré mucho de menos. Tal vez sea imposible llamaros. Y, pase lo que pase, quería que lo supieras.

Con la mirada fija en un punto de sus zapatos, el abogado permaneció callado. El tío Alexéi se despidió de todos y se fue para no volver jamás.

Pero el tío Robert les hizo una visita el día de Navidad.

El padre de Eva y él se dieron un fuerte abrazo en el pasillo, como si hubieran estado largo tiempo separados:

—¿Qué tal? ¿Ya os habéis acostumbrado?

—¡Qué quieres que te diga! Ya sabes cómo es esto... Tú, que has vivido cosas peores.

—Paciencia, todo volverá a la normalidad —trató de animarlos Robert.

Sonriente, como de costumbre, abrió el viejo maletín que siempre llevaba consigo y sacó unos paquetes envueltos en periódicos viejos. Hasta entonces ocultos bajo el papel amarillento, asomaron dos grandes tabletas de chocolate suizo que Eva jamás había visto, latas de pescado con etiquetas extranjeras, un hermoso frasco metálico con aceite de oliva, cacahuetes, pasas... Finalmente, con un gesto galante, el tío Robert le entregó a la señora Marínova, que permanecía boquiabierta, un perfume

francés auténtico y un par de esas medias de nailon que estaban de moda.

—Robert, ¿te has vuelto loco! —susurró furibundo Marínov, para que no le oyera el miliciano del cuarto contigo—. ¿Quieres que nos metan a todos en la cárcel por dos tabletas de chocolate?

—Tranquilo, hombre —trató de calmarlo el tío Robert—. Tampoco sería mi primera vez.

—Pues por eso —levantó la voz su padre—. ¿Te das cuenta del riesgo que corres? El tío Robert se puso serio:

—Oye, me importa un comino —protestó con aspereza—. Hay que seguir viviendo. ¿Acaso me queda otro remedio?

Se levantó y se marchó dando un portazo. Eva apretaba el chocolate en sus manitas. Su madre guardó los demás regalos en un cajón en el balcón que sustituía el refrigerador y al que nadie más que ella tenía acceso.

Eva viajaba en el metro entre las calles 42 y 26. Distraída, le costaba ordenar sus pensamientos.

No tenía grandes esperanzas puestas en la cita a la que acudía, pero había seguido el consejo que Tomá le había dado y había llamado al número de teléfono apuntado en un papel que su viejo amigo le había metido en el bolsillo antes de despedirse:

—Se trata del amigo de un joven compañero de trabajo a quien enviamos tres meses a Estados Unidos para estudiar el tema de la democracia. Se conocieron allí y le ayudó a apañárselas en la jungla neoyorquina. No dejes de llamarlo, aunque sea solo para tomarte un cafecito en su compañía si te sintieras sola. Puede que te dé algún consejo. Siento no poder ayudarte con nada más, pero, en fin, tú ya sabes qué debes hacer.

Tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, los cambios en Bulgaria se sucedieron de manera vertiginosa, Tomá, su viejo amigo de la universidad, estaba transformado. Sin abandonar su cátedra de matemáticas, se puso a colaborar en un grupo de análisis político que participó activamente en las primeras elecciones supuestamente democráticas celebradas en junio de 1990 y anunció públicamente que los resultados de las elecciones habían sido manipulados. Por aquella época se rumoreaba ya que la vieja guardia —la milicia política de la época comunista— se estaba reorganizando y ambicionaba el poder. Los miembros del grupo de Tomá Zagórov se opusieron a ese guion político: se volvieron tan recelosos que sospechaban que todo el mundo estaba relacionado con los servicios secretos del antiguo régimen. Creían que era indispensable revisar bien todos los expedientes.

Eva se apeó en Astor. Le apetecía dar un paseo por el Soho. Los dos últimos días las temperaturas habían bajado un poco y uno podía andar por la calle. A diferencia del centro de Nueva York, en aquella zona no había rascacielos que retuvieran el calor y se veían árboles y pequeñas zonas verdes que humanizaban el paisaje urbano. A Eva le encantó aquel barrio en que abundaban las galerías de arte y las tiendecitas más curiosas. En los escaparates se podían ver mercancías manufacturadas en los rincones más exóticos del mundo.

Se detuvo ante una tienda de objetos de artesanía de Asia y de África. Unas estatuillas de la isla de Borneo llamaron su atención. Algunas eran de bronce y otras talladas en caoba. Todas representaban lo mismo: dos figuras humanas sentadas, tan fundidas en un abrazo que adoptaban forma de huevo. Eva entró en la tienda para

seguir curioseando. El interior era agradable, hacía fresco y olía a especias de toda clase. Un leve aire de pachulí volvió a despertar el lejano recuerdo de una gran habitación de soltero a media luz, la chimenea encendida y el aire saturado con el olor a cierta especia de India. La vendedora —una joven hindú de grandes ojos expresivos— la dejó mirar con calma aquella enorme variedad de objetos exóticos. Eva se detuvo un buen rato ante los instrumentos musicales tradicionales de Oriente. Los tubitos metálicos de diversos tamaños tintineaban al roce más mínimo. Cada objeto había sido elaborado con mucha paciencia y en su superficie parecía adivinarse la forma suave de las manos del artesano. En aquel rincón exótico en medio de la cosmopolita Nueva York, a Eva le dio un vahído. Estaba observando encantada las estatuillas llegadas de China en el escaparate, cuando la silueta de un hombre se proyectó vagamente en el cristal y ocasionó un juego de luces en la pupila de Eva. Un rayo oblicuo atravesó el iris de la mujer apenas un instante, pero aquel instante bastó para provocar el efecto de un relámpago fulminante al revolver en su cerebro la luz con el aroma de pachulí. Eva creyó vislumbrar la silueta de quien —ella estaba segura— podría reconocer entre miles y miles de personas. Por su parte, el cerebro envió un violento impulso al corazón. Sintió un dolor punzante que podía ser tanto un peligroso espasmo cardíaco como el fruto de una emoción abrumadora. Su cuerpo no sabía distinguir entre la conmoción anímica y el reflejo físico. Con un gesto universal se llevó instintivamente la mano al corazón, como tratando de impedir que se le escapara del pecho. La joven hindú lo interpretó de manera increíblemente natural: se precipitó hacia Eva ofreciéndole una silla, se puso a frotarle el antebrazo y le preguntó en inglés:

—¿Se encuentra usted mal? ¿Quiere que llame a un médico?

La crisis fue pasando. Abrió los ojos, el músculo cardíaco fue recuperando poco a poco su ritmo. Se contraía y relajaba, se contraía y relajaba... Al cabo de unos minutos ya no sentía aquellos inquietantes latidos en el pecho.

—¿Adónde fue el hombre que pasó por aquí hace un rato?

—Aquí no ha entrado nadie, señora. ¿Por qué? ¿Ha visto usted a alguien?

—No, no pasa nada, perdone —murmuró Eva y, para resarcir a la chica del gran susto que le había dado, compró una estatuilla metálica, aquellas de las del abrazo en forma de huevo. La muchacha hindú la miraba con preocupación mientras envolvía la estatuilla en un papel de colores.

Salió a la calle todavía algo mareada. Miró alrededor, pero no encontró a nadie conocido y tampoco advirtió nada extraordinario, pero sí le pareció que algo había cambiado en el entorno o en su propia percepción. Después de haber sufrido el espasmo cardíaco y haber sido atravesada por una especie de descarga eléctrica, flotaba en el aire algo como el ozono que se siente cuando en el aire se acumula mucha electricidad y está a punto de desencadenarse una gran tormenta.

La memoria suele recurrir a todos los sentidos. El olor a pachulí siempre evocaba en Eva el recuerdo de Víctor.

En aquella época ya remota, Eva vivía en un piso bastante pequeño situado en la planta baja de un edificio céntrico de Sofía. Lo mejor era que del patio trasero se accedía directamente a un jardín muy tranquilo. Hacía mucho tiempo, más de cincuenta años, el edificio entero había pertenecido a sus abuelos paternos, quienes solían construirse casas nuevas cada vez que cambiaban de domicilio, lo cual no se debía a su afán de propiedades sino al crecimiento paulatino de la familia y, además, las casas de las que se marchaban por haberse quedado pequeñas bien podrían servir en el futuro a sus hijos cuando comenzaran a tener sus propias familias. El abuelo de Eva era aparejador: levantar casas nuevas para él era tanto una necesidad como una rutina.

De niña, Eva no sabía a qué profesión se había dedicado su abuelo. Lo recordaba habitando un solo cuarto en la planta baja del edificio que alguna vez fue elegante, pero que a aquellas alturas tenía ya un aspecto deplorable y estaba repleto de inquilinos. Eva no había conocido a su abuela porque había muerto antes de que ella naciera. Por increíble que pareciera, su padre desplegó todas sus artes legales para desahuciar de uno a uno a todos los inquilinos de aquella planta baja, de modo que Eva, a sus veinticinco años, heredó todo el piso del abuelo. Se mudó sin ningún entusiasmo. Si no se trasladaba allí, se habría perdido la propiedad familiar sobre el inmueble. Al mismo tiempo, después de haberlo ayudado a adquirir un piso a precio de ganga, el abogado Marínov logró recuperar la propiedad de la casa en que aquel intruso del miliciano y su familia se habían alojado. De este modo Nevena volvió a disponer de su recibidor y Eva recuperó la habitación con el reloj de cuco en la pared. Un día, como por arte de magia, volvió a aparecer Mango cargando los armarios de madera tallada, la gran mesa y la alfombra persa enrollada. Cuando llegó el momento de irse de la casa de sus padres, Eva no mostró mucho entusiasmo, pero pronto descubrió las ventajas de vivir sola. Disponer de un piso propio —no todo el mundo podía permitírselo en aquellos tiempos— la hizo madurar y ser más independiente.

La vida de Eva en sus primeros dieciocho años parecía la propia de un camaleón. Sin tener nada claro, no se opuso a la decisión de su madre de que estudiara música. El marido de una de sus tías era profesor de violonchelo en una academia de música, así que la elección de su madre, decidida a mantenerla lejos de los problemas

cotidianos, obedecía a fines prácticos. A nadie se le ocurrió preguntar a Eva si quería estudiar violonchelo, un instrumento incómodo para una niña, pues la pequeña tenía que inclinarse hacia adelante para poder tocarlo sentada en una pose incómoda.

Cuando a los dieciséis años se negó categóricamente a seguir tocando el violonchelo, su decisión sorprendió a todos. Nevena lo atribuyó a algún amorío frustrado y Eva, con la intuición infalible de las adolescentes, no quiso confirmar ni desmentir sus sospechas. A lo poco que le gustaba el violonchelo, se sumaban otras circunstancias adversas. En aquel piso en que resonaban las jaranas y el griterío constante de la familia del miliciano era imposible concentrarse para tocar aquel instrumento. Los sonidos de su violonchelo le parecían a Eva un despropósito en medio de los tufos de la cocina que se le colaban por la nariz y del soniquete de la radio sintonizada siempre en un programa de música tradicional, de rondas y cantos acompañados del acordeón. Para Eva la música requería silencio, un profundo silencio interior, que solo la voz del instrumento tenía derecho a romper. Pero en su casa nunca había silencio ni tranquilidad, tampoco un rastro de intimidad. Eva se había resignado y, en las contadas ocasiones en que los invasores se marchaban y la casa se quedaba en silencio, ella se retiraba a su rincón con un libro. O sintonizaba algún programa extranjero en la vieja Blaupunkt que tenían de antes de la guerra y el espacio saturado de olores y sonidos ajenos se llenaba de las notas de alguna sinfonía de Beethoven. Entonces trataba de imaginar las salas de conciertos en que se tocaba aquella música y también al público vestido con elegancia para la ocasión.

Eva amaba la música pero aborrecía el violonchelo. Le producía repelús tener que agarrar entre las piernas aquel enorme trasto de madera y luchar por sacarle sonidos agradables. El violonchelo se le resistía y Eva decidió que no era un instrumento para mujeres. Si en aquel entonces hubiera conocido las teorías del doctor Freud, se habría quedado con la explicación de que el violonchelo encarnaba su miedo a los hombres. Los únicos hombres en que siempre había confiado eran el abogado Marínov y sus amigos, pero estos fueron desapareciendo uno a uno, mientras su padre se encerraba cada vez más en sí mismo, como si temiera hablar en su propia casa.

Al abandonar las clases de violonchelo, sintió un verdadero alivio, aunque le quedó cierto cargo de conciencia hacia su madre y su tío, quienes afirmaban que era «un buen oficio» para los tiempos que corrían, pero Eva desplegó todas sus artes diplomáticas, rayando la manipulación, y zanjó el tema. Cuando un día topó con el término de «manipulación justificada», utilizado en psicología, le llamó mucho la atención. Al cabo de dos años comunicó a sus padres que estudiaría la carrera de psicología y, felizmente, su elección les pareció adecuada.

Su trágica experiencia con el violonchelo no impidió que le siguiera gustando la música clásica: Eva solía asistir a los conciertos que se daban en la ciudad, compró el mejor gramófono que había en Bulgaria en los años setenta y, para conseguir grabaciones y discos de vinilo, entró en contacto con músicos y melómanos. Parecía estar expiando sus culpas por haber traicionado al violonchelo.

—Al igual que usted, yo adoro la música clásica. Detrás de toda obra artística hay una historia apasionante, pero en la música las historias nunca son vulgares ni mucho menos triviales. Todo depende de los medios expresivos. Nunca hay certeza sobre dónde empieza o termina una historia, ¿verdad? Y mucho menos si es la propia. Cada uno de nosotros, sin siquiera sospecharlo, forma parte de un puzle descomunal. Creemos que el puzle somos nosotros mismos, pero no somos más que piezas diminutas e insignificantes. Figurillas tremendamente similares entre sí, invisibles hexágonos parecidos a amebas. No somos más que eso, unas pobres amebitas, partículas ínfimas del Gran Cerebro que se ocupa de ajustarnos en una figura más considerable, sin darnos explicación alguna sobre el papel que nos toca o el lugar que nos concede. Quizá me toque ser la pata de una silla o de una mesa, una partícula del cielo azul o un trazo en la sonrisa de la Gioconda.

Incapaz de apartar la vista de su interlocutora, Víctor hilvanaba aquellas palabras sin preocuparse mucho por el sentido de su discurso. Eva lo escuchaba con mucha atención y eso a su vez despertaba en él algo más que curiosidad por aquella joven atractiva. El genuino interés de la muchacha le hacía sentirse orgulloso de su propia retórica y, al mismo tiempo, le ayudaba a escoger las palabras precisas y las expresiones que él creía que acabarían cautivándola del todo.

—¿Acaso no experimentamos todos la vaga sensación —Víctor continuaba sus reflexiones con la mirada fija en el rostro de Eva— de que nuestra existencia está sometida a una lógica ajena? Una lógica que ordena los sucesos en otra dimensión del tiempo, sin tener en cuenta que nuestro «alcance histórico» empieza cuando nacemos y, en el mejor de los casos, incluye algún que otro recuerdo de nuestros padres. Ese es el único trozo de eternidad del que disponemos, ¿no le parece?

«¡Qué tonterías digo!», pensaba Víctor para sus adentros sin dejar de preguntarse por qué uno escoge siempre una parte de la cara o del cuerpo de la otra persona para concentrar ahí toda su atención. En ese caso, la boca de Eva —grande, bien delineada— absorbía su torrente verbal con labios entreabiertos.

—Por ejemplo, todos hemos tenido alguna vez la sensación de haber vivido ya ciertas circunstancias. No en vano en psicología existe el término *déjà vu* —seguía Víctor incansable—. Yo mismo conozco esa sensación y siento como si de repente me encontrara en otra época, con gente distinta a la habitual. Dicen que se trata de «mundos diferentes» que existen gracias a «tiempos paralelos», lo cual quiere decir

que nos superponemos los unos a los otros en diferentes segmentos del tiempo. A veces se produce una ruptura y, de repente, por equivocación, vamos a parar a otro segmento. Usted, por ejemplo. Estoy seguro de que nos hemos encontrado alguna vez, pero no en esta vida ni en los últimos cien años, pues no habría podido olvidarla. A ver, ¿cómo se explica este *déjà vu*?

Eva miraba absorta al hombre que tenía enfrente no tanto por lo que decía como por la impresión general que le causaba. Se encontraban en casa de su amigo Tomás para celebrar entre amigos la publicación de su último libro con una cena improvisada. Tomás vivía a solo dos manzanas de distancia en un piso viejo pero confortable muy similar al de Eva. Tomás era un solterón empedernido que parecía dedicado por completo a su trabajo en la universidad, pero no perdía ocasión para reunir a sus amistades alrededor de la gran mesa de nogal del salón. Trataba a Eva como si fuera su prima pequeña: por lo visto, Tomás necesitaba tener a alguien a quien proteger.

Con sus respectivos vasos de coñac en la mano, Víctor y Eva se habían apartado de los demás y estaban sentados en el viejo sofá que había en el fondo del salón, junto a la chimenea de ladrillo refractario. Los demás invitados seguían en la mesa, bebiendo vino tinto y picoteando cacahuets. Ella no había prestado atención a la última frase de Víctor: tan corriente y propia de los cortejos menos imaginativos que él mismo se había sentido incómodo en cuanto la pronunció.

Eva había llegado un poco tarde a la cena. Reparó en él en el instante mismo en que se dio cuenta de que Víctor la observaba insistente e inquisidor y, nerviosa, no recordó su nombre ni su profesión. Sentados en los dos extremos de la mesa, él no dejaba de mirarla, sonreía y levantaba el vaso en señal de amable atención cada vez que sus ojos se encontraban. Eva conversaba con sus vecinos de mesa y pensaba: «Ahora levantaré la vista. No, enseguida no, dentro de un momento. Si me sigue mirando, un punto a mi favor. Así podrá devolverle luego la mirada». Aquello era como un juego de apuestas. Y no hubo vez en que sus miradas no se cruzaran.

Después del exquisito postre, preparado por la madre de Tomás, Víctor —así se llamaba el desconocido—, le hizo una señal cómplice con los ojos, se encaminó al aparador, pidió permiso al anfitrión para sacar una botella de coñac y, después de llenar dos vasos, se sentó en el sofá. Eva lo siguió casi mecánicamente, pero no despertó la curiosidad de los presentes: su reputación de mujer a la que no le gustaba tontear la eximía de cualquier sospecha de andar buscando aventuras.

Sin escucharlo, miraba al hombre sentado a su lado en el sofá y se decía que pronto acabarían sus respectivos vasos de coñac, intercambiarían un par de frases sin sentido y se despedirían para siempre. Y eso último le hizo sentir una ansiedad inexplicable. A pesar de haberlo conocido apenas hacía dos horas, Eva no quería separarse de él. Aquella estúpida conversación debía continuar, esa era la única manera de pasar otra media hora en su compañía.

—Los mundos paralelos ocurren solo en nuestro inconsciente —comentó Eva en

un intento desesperado de recordar todo lo que había escuchado alguna vez sobre el asunto. Eva no estaba demasiado interesada en esa conversación tan fútil, pero tampoco se podía decir que estuviera sorprendida. En aquella época, una época en que uno temía y sospechaba de todo el mundo, cuando sincerarse con alguien podía desembocar en una peligrosa ruleta rusa, esa era la única manera de tratar a los desconocidos—. Solo por medio del inconsciente podemos aceptar lo imposible como probable, lo fantástico como real y lo que no se ve como tangible.

Eva hablaba como en un seminario de psicología aunque experimentaba cierto pudor al hacerlo. Su mirada seguía el vaso de coñac en la mano de Víctor. Él acariciaba suavemente la forma ovalada, dibujando con los dedos círculos en el borde del cristal, que emitía de vez en cuando un sonido misterioso, como un quejido sensual.

—¿Acaso los sueños no son la expresión de nuestros mayores deseos?

—De nuestras fantasías, tal vez —añadió Eva, sintiendo que estaba perdiendo el control sobre la situación.

—¿De qué estáis hablando con tanta seriedad?

Sonriente, Tomá se acercó a ellos, se agachó y luego empujó ligeramente a Víctor para abrirse sitio en el sofá.

«Se acabó», pensó Eva con desesperación. Se preguntaba qué podía hacer una mujer si quería retener un poco más la atención del hombre al que deseaba sin que él se diera cuenta.

—Si no me equivoco, estábamos deliberando sobre el espacio y el tiempo —contestó Víctor—, lo cual me recuerda que vivo en Kniázhevo^[3], que ya es medianoche y que mañana he de madrugar. Además, tendré que acompañar a su amiga Eva porque no veo quién más podría cumplir con una obligación tan grata.

Y así era. Los demás iban en pareja. En cuanto a Tomá, era preferible que se quedara en casa para recoger un poco.

—Descuide. Yo vivo muy cerca —dijo Eva para salvar las apariencias. Se felicitó por mantener aquel autocontrol suicida, pero añadió para sus adentros: «Dios mío, ¡no me castigues por ser tan tonta y orgullosa!».

Y al parecer justo en aquel momento el Señor se encontraba de buen humor o se había tomado un día libre, porque Tomá insistió:

—Por favor, Víctor, me sentiré más tranquilo si de veras acompañas a Eva; vive en la calle más oscura de Sofía.

Eva se apresuró a ponerse el abrigo. Salieron a la calle.

«En el principio solo hay una sensación. De todo lo que nos pasa, guardamos solo el recuerdo de aquella sensación inicial.»

Más tarde Eva no conseguiría recordar todos los detalles de aquella noche, que no acabó dos manzanas más allá sino en Kniázhevo, en la casa vieja y fría donde vivía Víctor.

—¿Qué va a hacer sola en casa? No es tan tarde. ¿No le apetece conocer mi madriguera en Kniázhevo?

Eva hizo con la cabeza una señal de aprobación.

Viajaron en el viejo y deteriorado Renault de Víctor, repintado de azul celeste como mínimo dos veces, que al tomar las curvas emitía unos chirridos raros.

—Prefiero el coche occidental más destartado a un Moskvich^[4] nuevo —explicó Víctor—. Detesto los Moskvich.

La calefacción del coche no funcionaba y Víctor le prestó su bufanda de lana roja y la ayudó a enrollársela alrededor del cuello. Eva hundió la nariz en aquel tejido afelpado que tenía un aroma perturbador a colonia y algo más. La bufanda y el aroma estaban tan íntimamente ligados a Víctor que, durante los veinte minutos que necesitaron para llegar en silencio a Kniázhevo, Eva se sintió como si ya estuviera en sus brazos. De vez en cuando él alargaba su brazo hacia ella, para protegerla en los saltos abruptos que daba el coche en los baches. Aquel detalle la conmovió más que cualquier palabra.

Después de atravesar el portal antiguo, forjado en hierro, Víctor abrió la casa con tres llaves distintas. Eva tuvo la sensación de haber estado esperando demasiado tiempo a cruzar aquel umbral. Él se volvió de repente y la besó larga e impetuosamente, con tanta pasión inesperada que parecía querer apropiarse con la lengua de todo lo que hasta ese momento ella se había guardado sabiamente. Él le había mirado tanto la boca durante la cena que ya le había infundido el deseo de que la penetrara precisamente con un beso. Sintió que se le paraba el corazón. Víctor la apretaba con tanta fuerza que casi le hacía daño; ella quería tomarse un respiro e incluso sentarse, pero temía que si él la soltaba, fuera para siempre.

Víctor se separó de ella y la hizo pasar adentro. Después prendió fuego en la chimenea y la gran estancia, arreglada con muy buen gusto, se llenó del crepitar alegre de la leña y del perfume exótico de unos palitos dispuestos en varios candelabros.

—Una vez traduje una novela del inglés. Se desarrollaba en la India y describía los efectos milagrosos que producían los diversos aromas en los personajes. Y por eso me regalaron este pachulí auténtico. ¿Te gusta? —preguntó Víctor, que ya la tuteaba—. ¿Prefieres que nos quedemos aquí o que subamos al piso de arriba? —susurró cariñosamente en su oído y, sin esperar la respuesta, empezó a quitarle los zapatos.

Eva estaba aturdida. Todo le parecía hermoso y ajustado a un plan previamente trazado.

En el recuerdo de aquella primera noche de amor se mezclaban el aire húmedo y el frío de noviembre, el humo de la chimenea y la neblina de la ciudad dormida, con la inesperada sensación de comodidad de aquella casa saturada con el olor del pachulí indio. Sin embargo, lo que recordaba con mayor fuerza era aquel primer beso, casi demoniaco, como si Víctor sellara con él su amor.

—*French kiss!* —dijo Tomá al día siguiente, mientras Eva le contaba lo sucedido la noche anterior—. Ten cuidado, Eva. Víctor es un hombre interesante, pero no me fío de él. No sé qué es lo que quiere en la vida. Lo conozco desde hace bastantes años y todavía no me explico qué le hizo acercarse a nuestro círculo de amistades. Suele desaparecer durante un tiempo y luego regresa para volver a desaparecer meses después. A veces dice las cosas más raras... ¿Sabías que Víctor Bukovski es uno de nuestros mejores traductores del inglés? Por casualidad me he enterado de que habla a la perfección otros cuatro idiomas más, incluido el árabe. Sin embargo, él nunca habla de ello. Todos recelamos un poco. Hay una sola cosa que tal vez te guste: nunca lo he visto acompañado por una mujer.

Su relación con Víctor no era nada fácil. Él era inasible y a ella eso la desesperaba. Él no se amoldaba a ninguno de los clichés que le ofrecía su querida psicología. A veces Eva se acordaba de sus reflexiones acerca del puzle y, justo cuando creía haber encontrado el sitio de la amebita hexagonal llamada Víctor, él se desplazaba inesperadamente negándose así a ocupar un lugar determinado en el puzle.

Víctor era un gran entendido en literatura inglesa. Podía hechizar a sus amigos hablándoles horas y horas sobre Keats o las hermanas Brontë. Trabajaba como traductor en la editorial más importante de Bulgaria, pero la selección de los títulos que se debían traducir estaba a cargo de personas que no sabían nada de literatura. Percibía un buen salario y también le pagaban un extra según la tirada. Casi todos los años ganaba algún premio de la Asociación de Traductores que, además de darle gran prestigio, solía estar bien remunerado. Por encargo de la editorial, Víctor traducía principalmente novelas negras y de crítica social. En aquellos años estaban en boga los escritores británicos conocidos como los *angry young men*, así que, uno tras otro, Víctor lanzaba al mercado libros en los que la acción se desarrollaba en los barrios obreros de Londres o en las regiones más remotas de Estados Unidos. Sus protagonistas, nada satisfechos consigo mismos, vivían en casas cochinas y tétricas con olor a ajo rodeados por alcohólicos, a veces ellos mismos eran alcohólicos, y las mujeres que tenían que aguantar sus complejos sexuales no eran menos borrachas ni menos histéricas.

Las traducciones de Víctor gozaban de gran popularidad. La gente que vivía detrás del Telón de Acero, ávida de información, buscaba las novelas de aquellos autores anglosajones por su valor documental, pues sus novelas entreabrían una ventana hacia la vida del otro lado, el lado que les estaba vedado. El propio Víctor prefería los textos de buena calidad que permitían al traductor lucirse y, cuando le tocaba una buena novela, disfrutaba de su trabajo con auténtico placer. Se había ganado el privilegio, nada frecuente, de que su nombre apareciera en los libros que traducía. A veces le pedían que redactara el prólogo, por entonces de presencia obligada, y él se tomaba aquel encargo como un reconocimiento a sus cualidades como literato. Además de la traducción, Víctor desempeñaba otras actividades que exigían grandes conocimientos del idioma: daba clases de inglés en la universidad y también viajaba a simposios y congresos, de los que siempre regresaba como si estuviera ido y, en sus propias palabras, necesitaba tiempo para «volver en sí». Su voz

se podía escuchar también por una de las emisoras de la Radio Nacional: con un leve deje de Oxford leía noticias de la prensa búlgara traducidas al inglés. Eva dudaba de que hubiera en el mundo anglófono nadie que se interesara por los congresos del Partido Comunista Búlgaro ni por los seudoproblemas sindicalistas de un país completamente aislado. Sin duda, Víctor era una especie de eminencia, hasta donde se permitía en aquellos tiempos, algo así como una estrella de la literatura.

Víctor fue el culpable de que Eva empezara a estudiar inglés. Por orgullo no quiso recurrir a su ayuda sino que visitaba dos veces por semana a una señora mayor, antigua conocida de sus padres, que le daba clases en manuales de antes de la segunda guerra mundial.

Un día Eva encontró en la casa de Víctor en Kniázhevo un recibo en que ponía en inglés *Cosmetics and perfumes*, los precios no le decían nada. No se explicaba dónde había realizado Víctor aquella compra. Temía que le montara un escándalo por haber hurgado en sus cosas, así que dejó pasar algún tiempo antes de preguntárselo. En efecto, la pregunta de Eva le desagradó. No obstante, mantuvo la calma:

—Me hacían falta ciertos cosméticos para hombre y se los pedí a un amigo diplomático.

Eva no sabía que Víctor tuviera amigos diplomáticos y, de ser cierto, guardaba bien el secreto, pero Eva dudaba de que aquello pudiera ser cierto: las amistades con diplomáticos eran imposibles salvo si se debían a fines bien determinados. Sospechó que alguna amiga extranjera le había hecho el favor de enviárselo o incluso de regalárselo habiendo dejado por descuido el recibo en el paquete del envío y que Víctor había decidido no contárselo para no provocar inútilmente sus celos.

Aunque era traductor y enseñaba inglés en la universidad, Víctor nunca había viajado a Inglaterra ni a Estados Unidos. Los simposios sobre literatura inglesa por los que se ausentaba a veces de casa se celebraban en pequeñas ciudades de provincia o, al menos, eso decía él. Había hecho dos excursiones al extranjero: una vez a Checoslovaquia, a «no-sé-que-vari», de donde recordaba solo las famosas *knoedeln* checas y, la segunda, a Berlín, de donde guardaba el recuerdo de los perros policía en las estaciones de ferrocarril y de las enormes colas de gente que esperaba todos los días para cruzar el Checkpoint Charlie y estar unas cuantas horas «al otro lado». La profesión de Eva le había enseñado a relacionar afirmaciones e ideas sin una conexión evidente, por eso le llamaban la atención algunos comentarios de Víctor sobre la cocina inglesa o sobre los precios de los taxis en Londres y Nueva York que parecían propios de alguien que acabara de regresar de allí. No era posible que un traductor obtuviera ese tipo de información de las novelas de las hermanas Brontë ni de las descripciones de los barrios proletarios que aparecían en las obras de los *angry young men*. Quizá esa información se la dieran los extranjeros que Víctor conocía en los congresos y simposios, pero, tal vez por precaución, a ella no le contaba nada.

Ser reservados y cautos era entonces la norma. Se trataba de una actitud indispensable. En la convivencia con la familia del miliciano, también Eva había aprendido a hablar y obrar con cautela. En la sociedad en que vivían, todo el mundo recelaba de todo el mundo: los padres hablaban con reservas ante sus hijos, los esposos cuidaban de lo que decían sus parejas en presencia de terceros, los compañeros de trabajo se vigilaban mutuamente, etcétera. Por ello Eva solía reunirse solo con el círculo reservado de amigos de Tomás, con quienes se podía permitir hablar con franqueza. Víctor no tenía un grupo de amigos así y, cuando se acercaba al círculo de Tomás, todos se ponían alerta. Eva se explicaba así el haberlo conocido tan tarde a pesar de que Tomás llevara años tratándolo.

Pero haciendo el amor Víctor se transformaba. El sexo era muy importante para él, se transportaba con las caricias, era ingenioso y generoso en el amor. Seguía besando a Eva con la misma pasión que el primer día en Kniázhevo y ella se sentía desfallecer. Le susurraba palabras ardientes que en otras circunstancias la habrían sonrojado. Las nociones de «libertad» e «igualdad» Víctor las aplicaba antes que nada al sexo. Hizo que Eva leyera *El amante de lady Chatterley* de D. H. Lawrence que, según él, era «el drama moderno más impactante sobre la liberación de la mujer».

Se veían a menudo, como mínimo tres veces a la semana. Víctor se reservaba algunas de las noches para sí mismo, porque le gustaba trabajar hasta muy tarde. Ella aprendió a hacer lo mismo para no parecer celosa. Siempre que no tuviera compromisos de trabajo a la mañana siguiente, él solía dormir en el piso de ella. Invitaban a cenar a algunos de los amigos de Eva y luego los despedían en el umbral de la puerta, abrazados como esposos. Cuando las visitas se iban hacían el amor escuchando las grabaciones predilectas de Víctor, a quien le encantaba el *jazz* estadounidense. Poco a poco Eva reunió una buena colección de música de Miles Davis, Oscar Petersen, Ella Fitzgerald, Louis Armstrong, Aretha Franklin y otras celebridades. A veces quedaban en la casa de Kniázhevo, aunque, siempre que iba allí, Eva se sentía algo incómoda y Víctor le parecía, por así decirlo, inalcanzable. La manera en que Eva le abría su casa a Víctor era distinta a la manera en que él permitía que ella entrara en su mundo. La casa de Víctor albergaba secretos que él no deseaba contarle. Pasó mucho tiempo antes de que Eva visitara algunas de las habitaciones, pues solían quedarse en la sala de estar del piso de abajo, junto a la chimenea. Víctor no la dejaba entrar en la cocina: todo lo preparaba y servía él mismo con una amabilidad ceremoniosa. Tenía muy buen gusto y sentía atracción por los objetos hermosos. Una noche podía ofrecerle nada más que una ensalada, pero la servía en una bandeja Rosenthal que había heredado de su madre. Para servir el vino más corriente sacaba de la vitrina unas copas de cristal de Bohemia, pero lo cierto es que —Eva nunca supo cómo—, Víctor conseguía siempre los mejores vinos, el pescado más exótico, quesos franceses y licores de importación de cuya existencia los búlgaros de a pie no tenían ni la menor idea y que jamás podrían encontrar en el

mercado. Algunos detalles, como los pequeños servilleteros de plata para las servilletas bordadas, a los que él sacaba el brillo con mucho cuidado, o el viejo candelabro que esparcía su luz sobre el mantel blanco —también bordado a mano— creaban un ambiente de exquisitez, lujo y secretismo que Víctor saboreaba como una fruta prohibida. Cuando estaban en la casa de Kniázhevo, podría decirse que hasta el amor lo hacían de un modo diferente. En cambio, en su piso, aunque fuera inconscientemente, Eva trataba de crearle a Víctor, y también a sí misma, la sensación de que se encontraban en su nido de amor: todo lo que les pasaba allí era familiar y placentero. En Kniázhevo se sentía como una amante pasajera, el amor de una sola noche; el trato que le daba era diferente, hacían el amor en el sofá o en el suelo, que Víctor cubría con una gruesa manta de lana. La cama de Víctor era tan incómoda y estrecha como el catre de un soldado, parecía estar destinada a no permitirle perder su independencia de soltero, razón por la que Eva nunca se quedaba a dormir en Kniázhevo y Víctor tampoco la alentaba a hacerlo. Él mismo prefería pasar la noche en el piso de ella: dormían en la gran cama matrimonial y despertaban abrazados.

Trataba de no pensar en Víctor como en su futuro esposo. Por su parte, él tampoco le daba motivo alguno para creerlo. En sus conversaciones evitaban con mucho cuidado hablar de familia, parentela, hijos, muebles y toda clase de clichés que podían acarrear las uniones matrimoniales. Se puede decir que Víctor dominaba hasta el virtuosismo el arte de rehuir todo compromiso, pero lo hacía sin herir los sentimientos de Eva.

También hubo, por supuesto, episodios desagradables que Eva trataba de olvidar. Uno de los delitos más severamente perseguidos en aquel estado cuartel era el concubinato. Se perseguía a las parejas que no estuvieran casadas y se las sometía a toda clase de humillaciones e incluso al escarnio público. Cuando ella y Víctor se iban juntos de vacaciones, tenían que inventar un montón de trucos para poder dormir juntos: aquello era agotador y denigrante. En cierta ocasión Eva tuvo que esperar escondida más de una hora a la puerta de la recepción de un balneario, mientras la recepcionista tramitaba los documentos de Víctor. Aquellas vacaciones se vieron amargadas por el constante juego al escondite para entrar en su propio *bungalow* a fin de evitar que los pillaran juntos.

A pesar de todo, Eva era feliz con Víctor. Él le enseñó a ser franca e inventiva en la cama, la ayudó a reconocer su propia sensualidad sin timidez ni falsas vergüenzas. Con él adquirió fuerza y autoestima como mujer que tenía mucho que dar pero también mucho que recibir en el amor.

Jamás iba sin previo aviso a la casa de Kniázhevo, donde Víctor solía estar trabajando en sus traducciones cuando no tenía clases en la universidad, pero un día sucedió algo importante y Eva quiso compartirlo con él de inmediato: le habían propuesto viajar a Estados Unidos. El ministerio había decidido participar en un programa de estudios estadounidense, dedicado a los jóvenes escritores, periodistas y fotógrafos. Quién sabe cómo, la información llegó a la revista de Eva. Las razones por las que las autoridades se interesaron en el programa eran dos: por un lado, querían mostrar al mundo entero que eran muy liberales y que las quejas de los jóvenes por el aislamiento al que los confinaba el Telón de Acero no tenían fundamento y, por otro, pretendían que esos mismos jóvenes conocieran el requeteelogiado mundo occidental y dejaran de soñar todo el tiempo con él. Los organizadores del programa pertenecían a aquella parte de la élite autoalienada que había acabado creyendo sus propias construcciones ideológicas hasta el punto de que ni siquiera dudaban de que el mundo estuviera dividido en dos. Por supuesto, la parte superior de aquel esquema vertical la ocupaban ellos por derecho: por herencia, pero también por méritos propios. Sin embargo, llegó un tiempo en que el poder empezó a asfixiarse en medio del aislamiento total en que se encontraba y se puso a buscar los modos de romperlo. La cultura era un espacio propicio para alcanzar ese fin: sobre todo, porque la mayoría de las manifestaciones declaradamente hostiles contra el régimen provenían de intelectuales tanto foráneos como nacionales. Por ejemplo, algunas veces cierto músico occidental o una orquesta entera se negaban a realizar una gira o a participar en algún festival por estar en desacuerdo con la política del gobierno comunista; otras, algún premio Nobel latinoamericano con incuestionables posturas de izquierda —y, por tanto, considerado inofensivo— se declaraba abierta y sonadamente contra el régimen dictatorial.

Eva le caía bien al redactor jefe de la revista. Simpatizaba con ella porque era bastante independiente o tal vez porque no tenía grandes ambiciones, así que, sin vacilar, le propuso incluirla en el programa. La oportunidad de viajar a Estados Unidos la entusiasmó. Durante dos meses recorrerían en autobús todo el Oeste: Oregón, Washington, Kansas y luego Arkansas, hasta llegar al interior de Texas y Nuevo México, visitarían varias universidades, conocerían la Tierra Prometida... América era el símbolo de la libertad inalcanzable, tal vez por hallarse tan lejos de la parte del mundo a la que pertenecía Eva. Sus coetáneos se interesaban, aunque en

secreto, mucho más por el lejano Occidente que por la vida en Londres, París, Roma o Berlín. Eva no tenía ningún escrúpulo ni remordimientos por no compartir la ideología de los que le permitían conocer Estados Unidos financiándole gran parte de aquel soñado viaje. Sintió una satisfacción íntima, como si aceptando aquel viaje fuera a castigar al tirano, traicionándolo.

Eran las cinco de la tarde de un bonito día de octubre, cuando la ciudad se convertía en verdadera reina del otoño. La alegría le dio alas a Eva —cosa que no le sucedía muy a menudo en los últimos tiempos—. Contaba con impaciencia las paradas del tranvía hasta llegar a Kniázhevo. Tenía prisa por darle la noticia a Víctor, por ver su sorpresa al enterarse de que pronto ella viajaría a Norteamérica. Creía que ese país era para Víctor una especie de amante secreta que escondía a los demás pero en la que pensaba todo el tiempo. Si debía estar celosa por algo, pensaba Eva, era por la pasión de Víctor por aquel país.

Se apeó del tranvía, saltó el charco de agua que no se secaba nunca —había baches en la acera pero a nadie se le ocurría repararlos— y se encaminó a la casa de la gran cerca de hierro. La puerta de la cerca estaba abierta, a Víctor se le había olvidado cerrarla con llave, así que Eva llamó directamente a la puerta de la casa. A los dos meses de conocerlo, Eva le había dado una llave de su piso, pero él la había cogido sin decir nada y sin corresponder con el mismo gesto.

Vaciló un momento, después rodeó la casa para alcanzar las ventanas del salón del piso inferior porque el escritorio en que Víctor pasaba gran parte de su tiempo se encontraba en el fondo. Se levantó de puntillas y miró hacia el interior. Al lado de la chimenea estaba el gran sofá de cuero en que él solía sentarse con un libro en la mano o para dormir la siesta. A Eva le encantaba la comodidad de aquel sofá, el cuerpo de Víctor había dejado sus huellas en los pliegues del cuero impregnándolo de su perfume. A veces Eva se sentaba en sus rodillas para que le leyera en voz alta alguno de sus textos. Le escuchaba, abrazada a su cuello, disfrutando de su voz grave, pero más que nada inhalaba sus olores. Aquellos momentos eran para ella algo parecido a la «felicidad absoluta». Víctor leía con auténtico entusiasmo: le encantaba escucharse y que le escucharan.

Vislumbró los contornos del sofá, pero la penumbra no le permitía ver mucho más. Casi pegando la cara al cristal vio moverse una figura, un vestido claro de faldas largas. Discernió una pareja congelada en una postura tensa. Había algo de artificial en la escena: el vestido rosa, levantado por un lado, descubría un muslo bien torneado. La mano de Víctor acariciaba la pierna de aquella mujer desconocida, mientras la besaba apasionadamente.

«Un beso francés», habría dicho Tomá.

Aquella escena le parecía extraña. Eva no conseguía apartar la vista de la pareja: tenía la sensación de que si lo hacía, iba a suceder algo terrible. Aquella situación absurda se eternizaba porque parecía que, en cuanto algo se moviera, estallaría una catástrofe que ya nadie conseguiría frenar. Como si hubiera tropezado y caído en los

rieles del tranvía que se acercaba a todo correr sin que ella consiguiera levantarse y huir.

De repente Víctor apartó a la mujer y fijó su mirada en la ventana. Eva echó a correr sin sentir sus pies. Oyó el chirrido de la puerta de la casa y la voz ronca de Víctor:

—¡Eva, espera! ¡Eva! ¿Adónde vas?

Pero ella no tenía por qué esperar.

Callejó durante horas antes de regresar a casa. El Renault azul de Víctor la esperaba aparcado en su calle. Exhausta, con la cabeza vacía de pensamientos, sin sentir nada, caminaba como un autómata. Miró a Víctor con indiferencia y luego le indicó con la mirada que podía subir. En la entrada del piso se miró furtivamente en un espejo y tuvo un sobresalto. Desde el espejo la miraba una mujer completamente extraña: lívida y con el pelo rizado, algo que no era usual en ella. «Será por la humedad», pensó.

—No me guardes rencor, Eva. Escúchame, por favor.

—No quiero —contestó en un tono inesperadamente seco—. No quiero escuchar nada. —Y luego añadió—: Me voy a Estados Unidos. Dos meses. Salgo en un par de semanas. Fui a tu casa para contártelo.

—¿A Estados Unidos? ¿De viaje? —balbuceó Víctor sin entender nada.

«De repente ha perdido la confianza en sí mismo», notó Eva con amargura.

Con un gesto de cansancio se quitó la ropa y, completamente desnuda, como si Víctor no estuviera, se fue al baño. Pasó mucho tiempo en la ducha, lloró como si el chorro de agua desencadenara sus lágrimas. Finalmente se puso el albornoz y volvió al salón. Víctor seguía en el sofá con la gabardina puesta. Se levantó y se fue hacia ella. Por un instante Eva dudó de si debía dejarse caer en sus brazos así como estaba, con el albornoz mojado, y olvidarse de todo, pero no lo hizo. Le dio la espalda y entró en el pequeño dormitorio. Víctor se quedó un rato en el salón todavía con la gabardina puesta. Luego se fue pegando un portazo. El Renault no arrancó al primer intento. Eva, solo por un instante, deseó que se estropeará y que Víctor regresara, pero pronto el motor se puso en marcha. Víctor esperó que se calentara un poco y se marchó. Acurrucada en la cama, Eva pronunció en voz alta:

—Se acabó.

Las dos semanas siguientes transcurrieron como entre sueños. Ocupada en los trámites del viaje, apenas vio a Víctor. Evitaban hablar de lo sucedido. Él tuvo que asistir a una conferencia que se prolongó toda la semana, mientras que Eva se quedó trabajando en la revista hasta muy tarde. Rehuía a conciencia una conversación sobre aquello: no quería enterarse de pormenores que podían echar a perder todo el tiempo que llevaban juntos. ¿Y si resultaba que la había estado engañando todo aquel tiempo? ¿Era posible que Víctor la alternara con otras, mientras ella, mimando cada recuerdo de sus caricias, vivía feliz como una tonta? No estaba segura de si podría seguir viviendo con ello.

Esperaba impaciente el día de su partida: iba a ser una especie de límite, de frontera, la parte final de una etapa ya pasada. Creía intuir que Víctor también se impacientaba. Una vez le dijo que no estaba mal que tomara distancia de los sucesos para recapacitar mejor. «Buena excusa», pensó Eva con dolor, pero no le contestó. ¿Acaso la traición en el amor era un simple «suceso»?

Finalmente, llegó el día esperado. En el aeropuerto se despidieron con demostraciones de cariño. Víctor, por vez primera, se portaba como un padre cuidadoso: no paraba de darle consejos de orden práctico.

«¿Estará tan atento porque quiere que me vaya cuanto antes?», se preguntaba Eva, aunque enseguida se avergonzaba por estar tan susceptible.

—¡Anímate a quedarte allí si se te presenta la ocasión! —le susurró al oído estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Lo miró sorprendida, creyó que no lo había oído bien. Miró a su alrededor para ver si alguien podía haber escuchado aquellas palabras. Víctor se alejaba. Antes de salir por la puerta giratoria del aeropuerto, le guiñó un ojo y desapareció detrás del cristal. Eva lo siguió con la mirada, estupefacta.

Conoció aspectos de Estados Unidos que no había leído en ninguna novela. Poco se parecía al país que ella, como tantísima gente, edificaba en sus fantasías. La vida en el Oeste y el interior de Estados Unidos era íntima, familiar, sencilla; las casas eran de una planta y las habitaban gentes tranquilas que vivían sin prisas como si no ambicionaran nada especial. Le gustaban aquel aire provinciano, aquella calma y aquella seguridad. Al parecer, aquel modo de vida apenas había cambiado en los

últimos cincuenta o sesenta años. Los centros universitarios eran modernos, perfectamente planificados, con sus bibliotecas, aulas, residencias y complejos deportivos: auténticas ciudades del futuro. No advirtió aquella América del consumismo, de la violencia, de los conflictos sociales y raciales que les habían metido en la cabeza. «Es este un mundo seguro y tranquilo, distinto del que siempre imaginé —le escribió a Tomá mientras estaban en Seattle—. Hay espacio para todos y para todo, como si el Gran Éxodo acabara de empezar.»

Un pequeño incidente al final del viaje alteró un poco el ánimo de Eva. Ya en el aeropuerto de Houston, el fotógrafo del grupo, Dimitar, un chico con ojos de tártaro, memoria prodigiosa y buen dominio del inglés, advirtió que había perdido el pasaporte. Y había dos opciones: continuar el viaje sin él (él insistía en que los alcanzaría pronto) o esperar a que la policía federal solucionara el problema, lo cual podía retrasar al grupo un día. Richard, un joven estadounidense que los había acompañado los últimos días del viaje, se comprometió a ayudarlo. Eva se dio cuenta enseguida de que se trataba de un plan de huida muy poco ingenioso, pero ¿acaso Dimitar no tenía derecho a decidir qué hacer con su vida, aunque su decisión incomodara un poco a los demás integrantes del grupo? Le sorprendió la reacción de Valeria, una estudiante de literatura con inclinaciones esotéricas, que acometió contra Dimitar con furia inusual: «¡No vas a salirte con la tuya!» y se dispuso a llamar a la embajada. El grupo no estaba preparado para hacer frente a semejante situación: todos guardaron silencio. Se apiñaban en la sala de tránsito del aeropuerto; los organizadores estadounidenses también estaban confundidos. Y entonces, milagrosamente, Richard apareció y se puso a explicar algo en tono muy exaltado. Valeria se puso frenética: entró corriendo en el *duty free*, compró un enorme frasco de agua de colonia e intentó entregárselo a la azafata que controlaba la salida con la intención de que dicho soborno sirviera para que la joven retrasase el vuelo hasta que pudiera embarcarse todo el grupo. La azafata rechazó con brusquedad la colonia y afirmó que el avión cumpliría con su horario.

—¿Por qué te metes en esto? —preguntó con hostilidad Eva, que ya empezaba a entender el dramatismo de la situación y los papeles que interpretaban algunos miembros del grupo que hasta no hace mucho parecían inofensivos.

—A ti no te incumbe. ¡No es asunto tuyo! —volvió a enfurecerse Valeria, quien en el último par de horas estaba del todo transformada—. Si no embarcamos todos, tú jamás volverás a salir al extranjero y él irá a la cárcel.

«¡Qué mala pécora! —pensó Eva—. ¿Qué ha sido de sus ideas esotéricas? ¿Qué ha sido de sus fantasías astrológicas y de su predilección por Herman Hesse?»

¡Qué engañoso era el ambiente en que había vivido los últimos dos meses! Eva casi llegó a creer que eran gente joven «normal» que con toda normalidad viajaba para conocer un lejano país del todo normal. Trataba de recordar lo que les había confesado con toda «normalidad» a lo largo de las dos semanas, temerosa de los problemas que su franqueza podía depararle.

Y, finalmente, la normativa aeroportuaria estadounidense prevaleció sobre la terquedad y las ambiciones de Valeria y el grupo se embarcó en el avión sin Dimitar. En el último momento Eva miró hacia atrás y vio a Richard y a Dimitar abrazándose con alegría. Este reparó en su mirada y la saludó con un ademán jovial. Supo valorar el apoyo que le había brindado.

Aquel episodio se convirtió en el centro de lo que le contó a Víctor sobre su viaje. Se encontraron como viejos amigos: la historia de la mujer de rosa se había ido borrando durante la ausencia. Él no aparentaba tener remordimientos, tampoco consideró necesario darle explicaciones.

—¿Y tú por qué no te has quedado? —le espetó de repente.

La respuesta podía ser demasiado confusa, por lo que Eva prefirió callar. Si pudiera hablarle con franqueza, le habría dicho que Estados Unidos le gustaba mucho, que allí se olvidó del sentimiento de opresión que había experimentado durante toda su vida y que los grandes espacios y la libertad le habían ayudado a respirar, pero que había dejado atrás una historia sin concluir, por la que valía la pena recorrer el camino de regreso. La historia tenía el nombre de Víctor.

—Otros en tu lugar se habrían quedado allí —declaró Víctor con frialdad, mirándola a los ojos.

Después de convencerse de que su corazón solo había simulado su propia muerte, Eva siguió mecánicamente su camino. Al adentrarse en la calle de Spring, se alejó de Astor en dirección a Broadway. De manera inconsciente buscaba las calles multitudinarias, la presencia de la gente, se detenía en los pequeños bazares improvisados en las esquinas de Spring y hacía todo lo posible para no pensar en lo que acababa de sucederle en la tienda hindú.

Llegó a la cafetería que buscaba: pequeña y acogedora, algo nada común en el centro de Nueva York, distinta a los Starbucks donde tenían la repugnante costumbre de servir el café en vasos de papel reciclado. Los estadounidenses preferían la higiene a la sensual y bella reciprocidad entre la porcelana y la cafeína, sustancias naturales que se ennoblecen mutuamente.

La cafetería se llamaba Pellegrino, el ambiente era europeo y los camareros llevaban y traían los encargos sembrando el espacio de palabritas en italiano y conversando con la clientela en un inglés con marcado acento de los Apeninos: «*Prego*», «*Grazie, signora*»... Eva dejó en la mesa el envoltorio con la figurita plateada que había adquirido por cincuenta dólares en recompensa por las molestias que había causado sin querer en la tienda hindú. Pidió un *espresso* doble. Acarició las figurillas en forma de huevo, mientras tomaba pequeños sorbos de café. Esperaba sin demasiada inquietud lo que estuviera por venir. La peripecia en la tienda hindú la había liberado de la adrenalina acumulada en los últimos días.

—¿Le gusta? —preguntó un hombre joven sentado en una mesa vecina. Eva comprendió que debía de tratarse de su cita.

—¿Qué? ¿El café?

—No, su compra.

—Me han dicho que es de Borneo.

No tenía muchas ganas de hablar, pero no quería ofender al «chico», como lo llamó para sus adentros.

—Quizá los hicieran en Borneo, pero ahora los fabrican a la vuelta de la esquina. Indochina ya está aquí, en América. Me alegra que haya llamado, llevo tiempo sin noticias de Peter.

—Gracias a usted por venir. En realidad, yo no conozco a su amigo Peter. Otro amigo, Tomá Zagórov, profesor universitario, me dio su teléfono, como no conozco Nueva York, tal vez podría usted orientarme.

—Descuide, Eva —le extrañó que le llamara por su nombre ya que todavía no se había presentado—. «Los amigos de mis amigos son mis amigos», ¿no es cierto? Me llamo Víctor.

El nombre, pronunciado al final con la *r* típica de los estadounidenses, produjo un leve temblor en el cuerpo de Eva.

«Lo que faltaba. ¿De dónde ha salido este? ¿Por qué siempre le hago caso a Tomá...?»

Se tomaron sus respectivos cafés. Él tenía que regresar a la oficina. Parecía un chico educado e inteligente que no tenía reparos en reconocer que trabajaba como becario en un estudio de arquitectura por dieciséis dólares la hora.

—Cuando tengas un rato libre, vuelve aquí —añadió Víctor antes de irse—. Todos los días paso a esta hora. Además de servir el mejor café de Nueva York, preparan club sándwiches muy ricos. Podrías venir a probarlos uno de estos días y, de paso, me hablas de vuestro país. Ah, ¡no te vuelvas a gastar el dinero en tonterías! ¿Vale? ¡Nos vemos pronto!

Los días siguientes Eva no solo tomó café y comió sándwiches club en el Pellegrino sino que por poco se olvidó de los motivos que la habían llevado a Nueva York.

Se encontró con Víctor al día siguiente. Agitando la mano, el joven la saludó desde su mesa como a una vieja amiga.

Se mataba trabajando en un estudio de arquitectura situado en el Soho. El propietario había adquirido los antiguos almacenes de una fábrica de tabaco de los años veinte y los había convertido en uno de los estudios de arquitectura más punteros de Nueva York. La llevó a conocer el edificio. La fachada rojiza al estilo Bauhaus, abrigaba en su interior espacios que presentaban una mezcla entre escenografía teatral y estaciones espaciales.

Víctor le contó breve y desapasionadamente las peripecias que corrían los jóvenes estudiantes de arquitectura en Nueva York: después de obtener la licenciatura, tenían que trabajar para sus colegas más veteranos a fin de poder colegiarse como arquitectos y, solo entonces, podían elegir entre dos opciones: encontrar un trabajo aburrido pero bien remunerado de nueve a cinco u oficiar de esclavos de algún arquitecto con fama de genio que no les matara la creatividad. Él optó por la segunda, lo que le permitía tomar parte en proyectos interesantes y «aprender el oficio». Al igual que muchos de sus compañeros, Víctor compartía un piso pequeño de dos habitaciones con otro chico que se dedicaba a fabricar maquetas de juguetes en el sótano del mismo edificio. A Eva le admiraba aquel estoico joven de veintiocho años que se enfrentaba con calma y sin dramatismo a los retos profesionales y no se avergonzaba de reconocer que después de una carrera universitaria de seis años, tres años de prácticas y dos premios de arquitectura, cobraba lo justo para pagar el alquiler y la comida en el Pellegrino. No tenía vida privada. A veces trabajaba doce horas al día. Dependía por completo de su jefe y le confesó a Eva que este tenía la mala costumbre de enviarle los viernes a las cinco de la tarde a su secretaria con un montón de planos y diseños. Los depositaba en su escritorio trasmitiéndole el encargo del jefe de «rematar eso» antes de irse a casa. A veces le tocaba permanecer en el estudio hasta la madrugada del lunes. Sin embargo, Víctor adoraba Nueva York, estaba seguro de que se quedaría a vivir allí, estaba al tanto de todas las noticias y novedades y, a pesar de las largas jornadas laborales, conseguía ver las mejores exposiciones, las mejores películas y los mejores espectáculos teatrales. Vestía trajes de Dolce & Gabbana, olía a Hugo Boss y lucía esa dejadez elegante propia de los

neoyorquinos. Nunca se rendía: «*Think positive!*». Era un auténtico yanqui: Víctor creía en el futuro y, sobre todo, en el suyo propio.

—Tengo talento para la arquitectura—decía con toda sinceridad y sin asomo de fanfarronería. Y Eva se lo creía.

Conocer a Víctor le pareció un regalo de los dioses, como si hubiera reencontrado en Nueva York a un sobrino cuya pista había perdido hacía mucho tiempo. Desde el primer día se relacionaron con naturalidad y franqueza. Cada uno pagaba su cuenta en la cafetería. En cierta ocasión, Eva insistió en invitarlo a comer. El chico aceptó, pero en un par de días él la invitó al teatro. Eva sentía una gran curiosidad: todavía no había visitado ninguno de los grandes teatros de Nueva York.

—No iremos a lo que van todos los europeos, *Cats* o *Miss Saigon*, salvo que insistas en ver un auténtico helicóptero militar en el escenario de *Miss Saigon*.

Miss Saigon era la versión estadounidense de *Madame Butterfly*. Cho-cho-san se había convertido en vietnamita, pero Pinkerton seguía igual, pero con las charreteras de un capitán del ejército estadounidense de los años setenta. A Eva no le apetecía nada conocer esa versión. En cuanto a Víctor, al igual que todos los neoyorquinos, detestaba a los militares y todo lo que tuviera que ver con la guerra de Vietnam.

Se citaron en la puerta de un teatro de Broadway, casi en el cruce de la calle Astor con la avenida más larga de Nueva York.

—Debiste haberte vestido con algo más informal —comentó Víctor con cierta preocupación.

Eva se molestó un poquito. Llevaba un elegante vestido negro y un collar de perlas.

—Y ese bolso te va a molestar —añadió Víctor.

A la entrada había una cola larguísima y el público esperaba con paciencia que fueran dejándolos entrar de dos en dos. Eva descubrió con sorpresa que se encontraba en un espacio más parecido a un gimnasio que a un gran teatro. La gente permanecía de pie porque no había butacas. Víctor se coló con habilidad entre la multitud y la llevó de la mano hasta colocarse en un lateral. Le susurró al oído:

—Desde aquí se ve mejor y estarás más cómoda.

Seguía sin orientarse. ¿Qué era lo que tenía que ver mejor? En la sala no había nada en qué reparar: ni tablas, ni escenografía, solo unas galerías alrededor de todo el espacio. Mientras el público se acomodaba y se iba callando, por encima de sus cabezas, en una pantalla blanca como un enorme cielo cinematográfico, centelleaban diminutas estrellas y se oía un gorjeo de pájaros y una música muy baja.

Eva dio un brinco del susto cuando de repente, como caídos del cielo, se precipitó sobre ellos todo el elenco de aquel espectáculo. Una docena de jóvenes, sostenidos por los hombros con fuertes cinturones de acróbatas, fijados en la alta bóveda del teatro, desgarraron con sus cuerpos y gritos de guerra el tranquilo cielo escenográfico y con un salvaje ritmo latinoamericano iniciaron la representación. Se trataba de un espectáculo sin palabras. En las dos horas, que pasaron en un santiamén, las seis

parejas de actores consiguieron transmitir con gestos y ademanes, agresivos o tiernos, todas las pasiones humanas y todos los elementos de la naturaleza. Aquellos jóvenes volaban por el aire, subían como energúmenos por las paredes, se abrazaban con cariño o se acometían sin piedad. Desde la bóveda teatral caían rayos y relámpagos, de vez en cuando llovía y la lluvia mojaba a actores y público para que los espectadores se sumergieran por completo en la realidad del espectáculo. Fueron dos horas en las que Eva traspasó mil veces las fronteras entre el miedo y el encanto; por instantes, el corazón se le paraba de puro entusiasmo y, sin querer, se colgaba de la manga de Víctor.

Al finalizar el espectáculo seguía temblando toda de la exaltación vivida, mientras él no disimulaba su satisfacción:

—Esta es la tercera vez que veo este espectáculo —dijo—. La última vez uno de los hombres levantó en vilo a la amiga que me acompañaba. Tú has tenido suerte. Por eso nos colocamos en un lateral.

Mil hormiguitas recorrieron su espalda al imaginarse envuelta en semejante aventura. Luego cayó en que, con la cantidad de adrenalina que tenía acumulada en el cuerpo, un vuelo corto hacia la bóveda no le habría hecho mal.

—Es el espectáculo de mayor éxito de las dos últimas temporadas —siguió comentando Víctor, mientras la acompañaba al metro—. La gente espera meses para conseguir entradas, o las compra de reventa por el doble.

Antes de despedirse tomaron sendas copas de vino blanco en un bar cercano al hotel.

—Gracias por esta tarde maravillosa —dijo Eva—. Y, de verdad, me ha ayudado a sentirme en Norteamérica de una manera diferente.

—¿De qué manera? —preguntó Víctor.

—Es como una sensación esperanzadora. —Luego añadió—: No sé qué habría dicho de Estados Unidos un antiguo amigo. Nunca estuvo en Estados Unidos, pero traducía a autores estadounidenses —bromeó Eva—. Se llamaba Víctor, como tú.

—¡Pues dile que venga!

—Imposible. Lo intentó una vez, pero no tuvo éxito.

El joven la miró inquisitivo y Eva se sintió obligada a continuar:

—Hace dieciocho años trató de fugarse del país. Creo que su destino era Norteamérica. Dicen que llegó a Trieste, eso me dijeron, pero murió allí en un campo de refugiados. Sí, eso me dijeron. Creo que lo asesinaron. Nadie me dio explicaciones: no tenían por qué hacerlo, no estábamos casados.

Como ya hemos señalado, al ruso Alexéi le tocaba el papel primordial en la «suma de las casualidades lógicas» que llevaron a Eva a Nueva York.

El 14 de abril de 1992 Alexéi aterrizó en el aeropuerto de Sofía, después de una ausencia de cuarenta y tres años. El anciano señor, alto y flaco, vestía un gastado gabán negro y llevaba en la mano un maletín de cuero. Un poco desorientado en el desangelado vestíbulo de llegadas del aeropuerto de Sofía, miró a su alrededor. Su mente fue descifrando poquito a poco palabras y frases en un idioma que no había oído en décadas. Sus ojos azules, como de un cristal natural, limpio y transparente como un lago, buscaban desesperadamente en la multitud la única cara conocida. Reparó en una mujer de mediana estatura y de cabellos castaños, con alguna que otra cana, medio recogidos bajo una elegante boina oscura, como las que suelen llevar los artistas. La tez de su cara era suavemente morena. Tenía un aire dulce y pensativo que evocó un recuerdo lejano y borroso en la memoria de Alexéi. Vaciló un rato, como buscando en un álbum viejo de pálidas fotos:

—Nevena, *dorogaya moyá!*^[5]

La mujer se le acercó, cogió el maletín de sus manos y dijo:

—Soy Eva, tío Alexéi, la hija de Nevena. ¡Bienvenido!

Alexéi la estrechó con fuerza contra su pecho, los cristales azules de sus ojos se anegaron de agua y, después de tratar en vano de controlar su emoción, dio rienda suelta a sus sentimientos y quizá también al miedo que le inspiraba aquel retorno tardío.

Al principio a Eva le fue difícil reconocer en el anciano débil y lloroso a aquel ruso esbelto y guapo de sus recuerdos infantiles. Sin embargo, se sintió como una niña, llena de admiración y respeto ante su vejez, como antaño, en su infancia, ante el venerable Santa Claus. Sintió vergüenza por haberle hecho una reserva en un modesto hotel e instantáneamente cambió de opinión:

—Tío Alexéi, ¿no preferirías venir conmigo a casa?

Él hizo un ademán afirmativo con la cabeza y se fue tras ella como un niño obediente.

En el diminuto piso de Eva, el viejo amigo de los Marínov empezó a recuperarse del estrés del primer contacto con su «patria olvidada», como él mismo la describía en la carta. Poco a poco, detrás de los estragos de la edad, Eva fue descubriendo rasgos entrañables, gestos y movimientos de las enormes manos, ahora deformadas

por la artritis. No recordaba que Alexéi hablara en ruso cuando ella era niña, pues entonces se expresaba en un búlgaro correcto, elegante y solo en broma metía alguna que otra expresión rusa, pero ahora el ruso prevalecía, seguro que en los años pasados en el exilio había tratado a más rusos que a búlgaros. El lenguaje del tío Alexéi era una mezcla extraña que delataba sus largos itinerarios por todas las geografías.

Para ayudarlo a situarse, Eva le propuso que dieran un paseo por el centro. El clima era suave y agradable, hacía un sol primaveral, en el aire se percibían los aromas de abril y, a pesar del aspecto de abandono de los edificios, la ciudad tenía tanto encanto que podía acelerar los latidos del corazón más insensible. La primera mitad de la vida de Alexéi había transcurrido en Sofía, pero el reencuentro no parecía conmoverlo demasiado, como si no notara los cambios. Sí se extrañó ante los enormes edificios céntricos que se construyeron después de su marcha, pero no le gustaron. Quiso visitar su antiguo barrio, tan cambiado que no coincidía con ninguno de sus recuerdos.

—Todo parece más pequeño que como lo recuerdo. —Y añadió—: ¡Qué sucias están vuestras calles!

Hablando de la ciudad, nunca usaba la primera persona. Había roto con su pasado o, mejor dicho, se lo había arrancado de cuajo de su corazón con su partida. «Se fue asqueado y eso es motivo suficiente para odiar y querer olvidar», pensó Eva. Alexéi no era un hombre capaz de odiar eternamente. En los primeros tiempos, el odio y la intolerancia que lo habían llevado al exilio llegaron a convertirse en ensañamiento, pero a esas alturas de su vida todo sentimiento estaba atenuado. El trágico curso de su vida privada lo había hecho madurar y, más sabio, asumía los retos del destino con la sumisión religiosa de la que solo los rusos son capaces.

El único lugar adonde realmente quería que Eva lo llevara era el cementerio. Ella iba a menudo porque allí se encontraban ya casi todos sus seres queridos. Cuando visitaba la tumba de sus padres prendía una vela de más. Confiaba en que a ellos no les pareciera mal: Víctor carecía de tumba y...

En el cementerio se enteró de que el tío Alexéi había hecho aquella travesía para convencerla de que viajara a Nueva York. Se disponía a revelarles los motivos de aquel extraño deseo.

Se encontraban ante la tumba del tío Robert, bastante cerca de la tumba de los padres de Eva. Ella siempre admiró la elegancia, poco usual en su tiempo, con que fue labrada la gran losa de mármol negro, colocada verticalmente en la cabecera de la tumba, que llevaba la siguiente inscripción:

Robert Jules Calderón
1911 — 1949
la muerte lo segó injustamente
en la flor de la vida

—Lo mataron por capricho. Lo asesinaron como a un perro —dijo en tono áspero Alexéi—. Seguro que tus padres no te lo contaron, Eva, pero a Robert lo mataron. Querían su dinero, pero él no se lo dio.

Aquellas palabras la sorprendieron muchísimo. Desconocía esa versión sobre la muerte del tío Robert. Recordaba solo que había desaparecido después de una Navidad. A las niñas les explicaron que había muerto inesperadamente, lo que, a fin de cuentas, no dejaba de ser cierto: el fusilamiento de un hombre joven y vital como Robert era, efectivamente, una muerte inesperada.

—¿De qué dinero hablas? —preguntó Eva desconcertada, porque recordaba el piso mísero en que vivían Robert y su familia, pero al decirlo también se acordó de los chocolates y las medias de nailon que le regalaba a su madre. ¿Qué fue lo que le dijo su padre en aquella ocasión?: «¿Quieres que nos metan a todos en la cárcel por dos tabletas de chocolate?».

Dios mío, ¿acaso lo mataron por estraperlista?

—Robert tenía mucho dinero. Sí, había heredado una fortuna, pero también él ganó mucho dinero —se puso a contar Alexéi—. El padre de Robert, el magnate Jules Calderón, era uno de los hombres más ricos de Bulgaria. Creó la tabacalera más moderna de la época y el primer gran imperio del tabaco. Los cigarrillos Calder eran conocidos en toda Europa. El viejo Calderón tenía un extraordinario talento para las finanzas: invertía los beneficios del tabaco en la construcción, fue él quien construyó los primeros edificios públicos y, en el centro de Sofía, levantó también varios bloques de viviendas de lujo y se dedicó a alquilarlas. Robert trabajó desde muy joven con su padre y, como heredó su talento, no solo fundó el banco Calderón & Cía., sino también la mayor agencia de seguros, a la que puso el nombre de su madre, Sofía. Todos los capitalinos se hacían seguros allí porque nadie tenía más autoridad ni daba mayor seguridad que el apellido Calderón. Disponían de un capital enorme y lo gastaban en obras de beneficencia: construyeron el Hospital Infantil, subvencionaban con regularidad el Teatro Cooperativo y la Sociedad de Amigos de la Ópera, crearon una escuela para niños ciegos. La señora de Calderón era una santa que dedicaba su tiempo entero a la caridad. La gente los apreciaba mucho. Su casa siempre estaba llena de invitados: los visitaban ministros y parlamentarios, también los recibían a menudo en el Palacio Real. Se decía que el zar solía hacerles visitas tanto en la casa de la calle de Obórishte como en su casa de campo de Chamkoría^[6]. Calderón era severo, pero justo con sus trabajadores. Se preocupaba mucho por sus obreros y oficinistas, pero también era muy exigente. Él mismo trabajaba más que nadie. Se levantaba a las seis de la mañana y a las siete ya estaba sentado en su escritorio. En un fogón de brasas el secretario preparaba un café turco con mucho azúcar especialmente para él y se lo servía con el correo de la tarde anterior. A las siete y media convocaba una reunión de sus gerentes. A menudo en las ventanas de su despacho se veía la luz hasta la medianoche. Se fiaba solo de cuatro personas: de su mujer, de su hijo Robert, de su secretario personal y de su abogado, que conocían el imperio Calderón tan bien como su fundador y, en caso de necesidad, cualquiera de ellos podía sustituirlo temporalmente. Robert amaba la buena vida, los naipes y las mujeres, pero elegía cuidadosamente sus amistades. Se le había visto en compañía del príncipe y ten por seguro que era Robert quien pagaba las cuentas... Se mataba trabajando para su padre y era capaz de todo por los amigos. Tu padre y él eran como hermanos.

»Cuando en el Parlamento votaron las leyes antisemitas —continuó Alexéi—, el viejo Calderón era incapaz de creer que fueran a quitárselo todo. Le parecía imposible que destruyeran su imperio: ¡en sus fábricas, almacenes y sociedades trabajaban miles de personas! Enseguida pidió audiencia con el zar, pero le comunicaron que sería el secretario personal de Su Majestad quien lo recibiría. Calderón se molestó. Tantas veces el zar lo había recibido en palacio, tantas veces había visitado las casas de los Calderón y ahora le enviaba a su secretario. De todos modos, fue a la audiencia.

»—Corren tiempos difíciles, señor Calderón —empezó el secretario—. Su Majestad considera que ha llegado el momento de que todos hagamos algún sacrificio.

»Calderón era un hombre espontáneo y a veces se sulfuraba:

»—¡Qué va a contarme Su Majestad a mí de sacrificios! —se indignó—. Mi familia y mi pueblo saben sobradamente de sacrificios. Mi padre combatió en Plevén en la guerra por la independencia^[7] y a mí Su Majestad me entregó la condecoración militar más alta por mi valor y mis heridas en la guerra contra los aliados^[8].

»—Nadie niega sus méritos, señor Calderón. Sin embargo, para Su Majestad, todos los súbditos son como hijos. Él no puede permitirse relegar la seguridad de unos por los intereses de otros.

»—¿Acaso Su Majestad cree que he venido aquí por mi propio interés? De mí dependen más de tres mil personas con sus respectivas familias, señor secretario. ¿Quién les va a asegurar el sustento si el viejo Calderón no continúa al frente? ¿Quién les pagará sus salarios? ¿Qué garantías hay de que mis fábricas no vayan a caer en bancarrota o que mi banco vaya a seguir funcionando?

»Por supuesto, en aquellos tiempos turbios, ni el secretario ni Su Majestad podían ofrecer garantía alguna. Estaban apocados ante los alemanes. Por eso, el secretario personal decretó:

»—El Parlamento ha votado una ley, señor Calderón. Y las leyes hay que acatarlas. El zar no puede hacer nada.

»—¿Por qué ha aprobado la ley? —estalló el señor Calderón—. ¡Es una ley estúpida contraria a los intereses del Estado!

»—Su Majestad aprecia altamente sus méritos para el desarrollo industrial del país —trató de calmarlo el secretario—. Está dispuesto a facilitar la salida de usted y de su familia a Estados Unidos.

»—¿Y mis fábricas?

»Calderón se negaba a creer lo que estaba oyendo.

»—Hay que acatar la ley. Dispone usted de un mes para traspasar sus propiedades al Estado. El zar me ha encargado que tramite sus pasaportes y los visados. Para mayor seguridad, tendrán que pasar por China. Le rogamos nos comunique en el curso de esta semana la fecha de su partida. Después será demasiado tarde. —Luego prosiguió en tono confidencial—: Sentimos que no pueda usted disponer de los

fondos de su banco, pero el zar confía en que los diamantes que tiene en su poder le alcancen en un principio. —Tampoco se le olvidó la frase de rigor que solía añadir como guinda al finalizar las audiencias—: Su Majestad me ha pedido que le reitere el respeto de la corte y le transmita en su nombre y en el de la zarina saludos a la señora de Calderón.

»Como siempre, el zar consideraba que las pequeñas demostraciones de atención podían compensar su pusilanimidad y su incapacidad a la hora de tomar decisiones.

»Calderón abandonó furioso el palacio. Al regresar a casa, llamó primero a Robert y después a su abogado. Las ventanas de su despacho permanecieron iluminadas toda la noche. Y así siguieron los dos días y las dos noches siguientes. Al tercer día, el contable, Núshkov, viajó a Chipre, mientras Calderón recibía al mejor notario de Sofía y al abogado Marínov, tu padre. Por supuesto, a la reunión, que se prolongó hasta muy tarde, también asistió Robert.

»Una semana más tarde, toda Sofía quedó conmocionada por la noticia de la muerte del banquero y magnate industrial Jules Calderón y de su esposa. Fueron encontrados en su automóvil aparcado en el garaje con las puertas cerradas. El motor había estado funcionando toda la noche, de modo que murieron asfixiados por el monóxido de carbono. Cogidos de la mano, parecían dormidos. Dieron la noticia como si se tratara de un lamentable accidente, pero sin duda alguna se trataba de un suicidio. Tal vez se tomaran un sedante antes de poner el motor en marcha. El zar le envió a Robert un telegrama expresando sus condolencias: «Sentimos profundamente la muerte inesperada del gran filántropo Jules Calderón y de su esposa». También deseaba a sus deudos que mantuvieran fuerte su fe en el Señor.

»La mayor sorpresa llegó después. Resultó que Calderón no dejaba nada en herencia. Todos sus bienes —las fábricas, los almacenes, todos los inmuebles de Sofía e incluso la casa de campo de Chamkoría— habían sido traspasados a un consorcio desconocido cuya obligación era administrar solidariamente el imperio Calderón disponiendo de todos sus activos. A Robert no le dejaba bien ni poder alguno. Nada, nada en absoluto. El consorcio se llamaba Alternus. Ya la propia palabra latina era un rompecabezas que trajo grandes desvelos al Ministerio de Finanzas y a la Comisaría de Asuntos Judíos. No consiguieron dar con quien fuera que lo dirigiera. El imperio Calderón ya no se podía decomisar. La fortuna de la familia se había difuminado. El viejo banquero había previsto todo: privó al Estado de la posibilidad de quedarse con sus riquezas. El consorcio «Alternus» fue registrado en Chipre, por entonces protectorado inglés. Por supuesto, las casas y los demás inmuebles permanecieron en su sitio, pero su nuevo propietario no solo era anónimo sino inencontrable. Sin embargo, desde su escondite, ordenó un recuento de los fondos del banco Calderón & Cía. y de la aseguradora, luego cumplió con todos los pagos a clientes y accionistas y finalmente disolvió ambas instituciones, con cuyos créditos contaban el Estado y el propio palacio. El dinero de los Calderón desapareció sin dejar rastro, como si jamás hubiera existido. Imposible ingeniar una venganza

mayor. Los agentes secretos de Guéshev^[9] movieron cielo y tierra y no dieron con nada. Ninguna de las personas cercanas a Calderón quiso o pudo dar información sobre el carácter de tan gigantesca transferencia. Aparentemente, Robert era la mayor de las víctimas, porque de iure había sido desheredado. La señora Calderón acompañó a su marido en su travesía al Más Allá. El contable Núshkov había desaparecido. El abogado Marínov, tu padre, de quien se supo que fue llamado al despacho de Calderón después de la audiencia que había mantenido el banquero en palacio, pudo demostrar documentalmente que no hizo más que asegurar los próximos tres años de subsidios para un orfelinato del que también se ocupaba la pudiente familia judía. Tu padre ni siquiera se acordaba del nombre del contable.

»Calderón resultó muy previsor y aseguró sus bienes contra todos los cambios y vicisitudes que se pudieran vivir en la península de los Balcanes. Él quería mucho este país, invirtió todos sus esfuerzos en su prosperidad, pero siempre desconfió de los políticos. Aunque no lo mostrara, abominaba de los diputados y los ministros cuya única preocupación era que sus altos cargos les aseguraran comisiones y prebendas. El viejo Calderón era un gran financiero, te lo aseguro. Hizo todo lo posible para que sus millones no llegaran a parar en manos de quienes promovieron la ley antisemita, ni tampoco en las de los regímenes que estaban por venir, como si adivinara también la llegada de los comunistas.

—¿Qué pasó con el tío Robert? —preguntó Eva.

—Cuando los comunistas tomaron el poder, los exagentes secretos de Guéshev les sugirieron que Robert tenía un importante capital escondido: para algunos de esos desertores aquella era la manera de salvar el pellejo. El nuevo poder necesitaba fondos económicos, ingentes fondos económicos, porque el país estaba hundido por la guerra y había sido saqueado tanto por los alemanes como por los soviéticos. Y, claro, cuando interrogaron a Robert, no creyeron que no tuviera ni idea de dónde se encontraba el dinero de su padre. Lo acusaron de estar metido en asuntos turbios, de ser estraperlista en el mercado negro. Lo del mercado negro era puro chantaje. Lo condenaron a muerte, porque creían que Robert sucumbiría y les revelaría el paradero de su dinero. Le prometieron rehabilitarlo si lo hacía voluntariamente, pero no lo conocían, se equivocaron con él. Robert, además de tener un carácter fuerte, era un verdadero aristócrata: jamás traicionaría la última voluntad de su padre, aunque, si viviera, tal vez el viejo Calderón le habría dicho: «Entrégales el maldito dinero y lárgate lejos de aquí». Robert detestaba con toda el alma la mezquindad de sus enemigos. A lo mejor llegó a creer que podría burlarlos, que no se atreverían a matarlo, que lo tendrían de rehén hasta que les entregara el dinero, pero ellos resultaron mucho más vengativos de lo que se imaginaba: decidieron sacrificarlo. Quién sabe si no tenían también otros propósitos. Robert fue uno de los pocos condenados a muerte por «crímenes económicos». Cumplieron la pena antes de que venciera el plazo para recurrir la sentencia. Por supuesto, el abogado de la defensa fue tu padre, su mejor amigo, pero no había nada que hacer. Tu padre estaba tan

afectado por el curso que estaba tomando aquel «juicio» que, además, se realizaba a puerta cerrada, que en cierto momento estuvo a punto de pegarse un tiro.

Y, entonces, agotado, Alexéi calló. Contemplaron el retrato de Robert en la gran losa de mármol. Eva recordaba bien aquella imagen, parte de la fotografía del final de la carrera en que Marínov, Alexéi y Robert posaban con elegancia en sus trajes ingleses. En la esquina derecha de la losa, una figura femenina de casi un metro, tallada en mármol blanco y en la tradicional pose de las dolorosas, de rasgos nobles y pelo recogido en la nuca, a la moda de antes de la guerra, vestía una túnica cuyos pliegues trazaban el delicado cuerpo de una bailarina. Se parecía a Elisabeth, la bella esposa de Robert. Su nombre también estaba grabado en la losa, fallecida al año siguiente de la muerte de su marido.

—Como si perteneciera al ballet de la Ópera —dijo Eva—. ¡Pobre tío Robert! Quien hizo la tumba tuvo en cuenta sus gustos de *bon vivant*.

Alexéi dijo:

—Fue tu padre quien encargó la escultura después de la muerte de Betty, la esposa de Robert. La pobre no pudo superar el dolor. Yo ya me había marchado. Un bello monumento, se lo merecen.

Eva aprobó en silencio.

De repente el tío Alexéi se dobló en un espasmo de dolor. Le confesó que tenía fuertes dolores de estómago y que temía lo peor, pero que no quería tratarse.

—No me encuentro bien —dijo en voz baja—. ¡Vayámonos!

Pero antes se acercó aún más a la tumba y susurró:

—*Adieu, mon cher, j'ai fait tout ce que je pouvais, repose en paix, on se verra bientôt.*

Luego se dirigió a Eva.

—Lo demás te lo contaré en casa.

¿De qué más iba a enterarse?

Se encaminaron despacio hacia la salida del cementerio.

Lo que le contó Alexéi era tan increíble que a Eva le costó volver en sí. La realidad que dibujó aquel anciano ruso difería radicalmente de lo que recordaba de su infancia. Siempre había intentado no dramatizar las circunstancias bajo las que su familia había tenido que vivir, como si siempre hubiera sido consciente de los peligros y de las limitaciones en que vivían, pero solo la noche en que su padre y el tío Robert pusieron los tabiques en el espacioso piso para convertirlo en un cuartel, simbolizado en las botas del miliciano, tomó conciencia de su verdadera situación. Durante años se encontró con aquellas botas al volver del colegio y entrar en aquel piso: ostentosas, embetunadas, con las polainas encima, recordándole a cada rato que la ocupación no había terminado.

—¿Y qué fue de toda la riqueza de Calderón? —preguntó Eva, al llegar a su pequeño y acogedor piso.

Se moría por saber cómo continuaba la historia protagonizada por sus seres más queridos.

—Los activos permanecieron intactos gracias al consorcio Alternus. El viejo Calderón no escogió el nombre por casualidad: *alternus* quería decir «cambiante e inasible». Solo aquel inaprensible consorcio podía disponer libremente de las propiedades y del dinero de Calderón. Con esa finalidad se hicieron cuatro poderes notariales. Cada uno de los apoderados estaba autorizado a retirar como máximo un millón de dólares de las cuentas bancarias. Con esa cantidad, Jules Calderón consideró que los cuatro sentirían compensada su dedicación al invisible imperio, pero para sacar todos los fondos y volver a convertirlos en activos era necesario que se reunieran los cuatro apoderados. En aquella época Calderón no podía depositar su confianza en ninguno de los bancos europeos. Casi toda Europa estaba ocupada por los alemanes, el único país neutral era Suiza. El contable de Calderón, Núshkov, le propuso depositar los fondos de Alternus en uno de los poderosos bancos suizos, pero él dio una muestra más de su infalible intuición: Calderón prefirió que su capital abandonara Europa rumbo a Norteamérica. Que yo sepa, de aquella operación también se encargó Núshkov y después desapareció sin dejar rastro. Seguro que hasta el día de hoy vive del millón que le correspondió, pero yo, salvo unos pocos miles de dólares que cogí cuando me vi apurado, no lo he tocado —añadió Alexéi como pidiendo disculpas.

—¿Qué significa que «no lo he tocado»? —casi gritó de la sorpresa Eva que

todavía no acababa de entender qué tenía que ver el ruso con las inmensas riquezas de Calderón.

Alexéi la miró con sus ojos cristalinos y limpios: le extrañaba que ella siguiera sin caer en la cuenta y le explicó con un ligero tartamudeo:

—Pero, *dorogaia Evochka*^[10], ¡Alternus somos nosotros!

—¿Quiénes? —preguntó sin salir de su estupor.

—Nosotros cuatro: AL soy yo, Alexéi, TE es tu padre, Teodor, la R viene de Robert y NUS, del contable Núshkov. Aquí tienes mi poder.

Alexéi sacó del viejo maletín de cuero del que no se separaba nunca una carpeta con documentos y Eva los cogió con la mano temblorosa.

—Tu padre lo arregló todo. Por esa razón Calderón convocó una reunión con tu padre y con el notario. Formalizaron cuatro poderes: uno para Robert, otro para tu padre, un tercero para Núshkov y el cuarto para mí. Figuraba una cláusula según la que, en caso de defunción de alguno de nosotros, los poderes pasaban a sus herederos, quienes se beneficiarían de todos los derechos, también tendrían las obligaciones que figuran en los documentos y seguirían administrando una cuarta parte del capital, pero lo cierto es que las cosas resultaron mucho más difíciles de lo que se imaginaba Calderón.

»Incluso antes de que los comunistas detuvieran a Robert, tu padre se dio cuenta de que el poder presentaba un peligro para el único heredero legítimo del imperio. El nuevo régimen político no respetaba nada ni a nadie, todavía era peor que el anterior. Para ellos cualquier persona que dispusiera de medios era un capitalista y un estafador, y punto. Nadie debía siquiera sospechar que Robert poseía la clave para llegar al dinero de su padre. Por esa razón, él, por su parte, le hizo un poder a Jacques. Se sirvieron del nombre búlgaro, Gueorgui Lázarov, que Jacques había usado durante los dos años que vivió en la clandestinidad ocultándose del régimen anterior. Fue una decisión que tomaron juntos: Jacques gozaba de cierta inmunidad política, nadie iba a sospechar de él, y también él era el único, aparte de nosotros, en quien tu padre podía confiar. Antes de marcharme, Teodor me entregó su propio poder notarial y me encargó que lo guardara hasta que tú, su heredera legítima, me lo reclamaras. «Yo aquí no voy a poder disponer de ese dinero. Detrás del Telón de Acero estará más seguro»: sí, esa fue la voluntad de tu padre. Ahora te devuelvo el documento. También te voy a dejar el mío. En París hice testamento y te traspaso todos los derechos a ti. El dinero no me pertenece. Anastasia es mi única heredera, pero se encuentra en algún lugar de Brasil y con ella no se puede contar. El dinero tiene que volver a su propietaria legítima, la hija de Robert, Lisa. Creo que vive en Suiza, pero no tengo sus señas. Y tú tienes que encontrarla. Lamentablemente, a mí no me queda mucho tiempo de vida. Tienes que encontrar los otros dos poderes notariales: el primero lo tiene Jacques, pero no sé si sigue vivo, y, en cuanto a Núshkov, no tengo ni idea de dónde estará. No dejes de buscar a Lisa. Aunque sean millones, no se trata del dinero: hay que restablecer la justicia y la verdad. Los

Calderón eran gente extraordinaria y Lisa debe sentirse orgullosa de su padre y de su abuelo.

—¿Pero el tío Robert no le dijo nada a su familia? —Eva parecía confundida.

—Tu padre consiguió hablar con él antes de que lo ejecutaran. Dejé de ir a vuestra casa, porque nos pareció que así corríamos menos peligro. Ya tenía tu padre muchos problemas como para tener que cargar también con los míos. Poco después del fusilamiento de Robert, conseguí cruzar la frontera, pero antes me reuní con tu padre: él quería que todos los documentos abandonaran Bulgaria, quedarse con ellos era correr peligro de muerte. Ahora tú dispones de los que teníamos Teodor y yo. Decide tú qué hacer. ¡Te pareces tanto a tu madre!

Pronunció las últimas palabras con gran emoción y ternura.

A Alexéi no le apetecía permanecer demasiado tiempo en Sofía. Antes de irse, quiso visitar la catedral para escuchar los cantos ortodoxos del coro, pero desafortunadamente aquel día no se celebró ninguna misa. Se detuvo ante los frescos, los miró detenidamente, lamentó que estuvieran tan deteriorados. Permaneció ante el cuadro que representaba la cabeza de San Juan Bautista en la bandeja. «Así nos cortaban las cabezas —susurró, añadiendo luego en francés—: *On était tous servis sur le même plateau.*» Después fueron a la Iglesia rusa. Tardó mucho en salir. Eva lo esperó en la entrada. De rodillas, como es la costumbre rusa, Alexéi rezaba con toda el alma. Lloró cubriéndose la cara con las manos, como si le contara al Señor todos sus sufrimientos. Salió aliviado. Se acababa de despedir de la tierra de su juventud.

A los pocos días, tan inesperadamente como había llegado, se marchó. En el aeropuerto, Eva reconoció en su porte al Alexéi de antaño. Avanzaba erguido y seguro de sí mismo, como quien ha cumplido su misión. La abrazó con fuerza y cruzó la aduana sin volver a mirarla ni saludarla con la mano. Ya se había despedido de todos y de todo. Eva sabía que no volvería a verlo.

SEGUNDA PARTE

Lora (*Amantes amentes*)^[11]

Después de la visita de Alexéi, los acontecimientos se precipitaron en avalancha y alteraron la monótona vida de Eva. El viejo ruso destapó su pasado como si se tratara de la caja de Pandora y de allí surgieron montones de caras olvidadas.

De repente se encontró con una pila de documentos que el fiel amigo de su padre había guardado celosamente durante más de cuarenta años. Todavía le costaba imaginar que tuviera en sus manos la enorme fortuna que antaño perteneciera al hombre más rico del país. Mientras Alexéi, con la mirada hipnotizadora de sus ojos azules y cristalinos fijada en ella, le revelaba los secretos de Calderón, era imposible no creer sus palabras, pero después de que el viejo ruso hubiera vuelto a desaparecer en la nada de donde había emergido por tan poco tiempo, empezaron a surgir las sospechas. ¿Aquellos papeles atestados de escudos y sellos que él había guardado durante decenios seguían siendo válidos? También se puso a reflexionar sobre el destino de Alexéi... ¿Durante todos aquellos años, creyó él de veras que un día podría revelar el secreto de los cuatro amigos? ¿Se imaginó que volvería alguna vez al país de su juventud? Abnegado y desinteresado, guardó los peligrosos documentos y nunca —a pesar de todas las desgracias y privaciones que le deparó la vida— hizo el menor intento de aprovecharse de la parte que le correspondía. ¿Por qué no buscó a Lisa, la hija de Robert? No le habría sido imposible encontrarla si realmente vivía en Suiza. ¿Por qué escogió a Eva para cumplir una misión tan delicada? ¿Y Robert? Negándose a entregar la fortuna paterna a sus inquisidores, ¿acaso no se condenó a muerte él mismo? Si hubiera renunciando a la herencia, ¿habría podido salvarse y salvar así a su familia? ¿Qué quería demostrar con aquella actitud suicida que sus amigos apoyaron incondicionalmente convirtiéndose en sus cómplices? Entre todos guardaron un secreto más de cuarenta años. ¿No se trataba de un secreto demasiado peligroso? ¿Por qué Alexéi permaneció callado hasta entonces? ¿Por qué su padre, que murió hacía tiempo, nunca le mencionó nada a Eva ni a nadie? ¿Qué relación tenía Jacques, que vivía en Israel, con todo este asunto?

Lisa, la hija de Robert... Lora, la hija de Jacques... Nombres y caras que habían ido palideciendo en la memoria de Eva.

En realidad, solo las había tratado de niñas. Cuando se llevaron a Lora a Tel Aviv, Eva no estaba aún en bachillerato. El último año antes de irse, la hija de Jacques se volvió rara. Se convirtió de repente en una adolescente que se negaba a compartir sus secretos con las amigas. Sí, Lora tenía secretos. Una tarde fría de marzo, Eva la vio

en una calleja, bastante cerca de la escuela, abrazada a un joven alto, cuya cara no llegó a distinguir. Oculta detrás del muro de un viejo depósito, Lora, de puntillas, se hundía literalmente en los brazos de un hombre. Eva la reconoció por la melena rizada y suelta. El hombre abrazaba con fuerza a la muchacha y su mano bajaba y subía por su espalda. Emocionada, Eva observaba los movimientos pausados y seguros de aquel brazo fuerte trazando figuras mágicas en el cuerpo de Lora, que estaba como en trance.

Pocas semanas más tarde, Jacques le contó al abogado Marínov que se exiliaba a Israel. Eva sintió lástima por su amiga.

—No aguanto más —escuchó que le decía Jacques a su padre—, estos catetos me sacan de quicio. Aparecen cada dos por tres con una delegación de camaradas soviéticos que todo lo estropean.

Jacques había dejado la fábrica de zapatos y ahora era ingeniero jefe en una fábrica mayor, pero por lo visto las cosas no marchaban bien. Además, Jacques estaba harto de los soviéticos.

—Yo seré el último que te diga que no te vayas, Jacques —contestó en voz baja su padre—. Y al menos tú sí que puedes hacerlo legalmente, no como Alexéi. Hazlo por el bien de Lora y de Amalia. Os echaré muchísimo de menos, ya no me queda ningún amigo. Tú eres el último.

Los dos estaban de pie, uno frente al otro, en el vestíbulo dividido por una cortina detrás de la cual se encontraba el improvisado dormitorio de Eva. Con un libro en la mano y con un nudo en la garganta, ella trataba de disimular su interés por la conversación.

Jacques y su padre se abrazaron. Reinó el silencio durante un buen rato. Eva estuvo a punto de echarse a llorar. Se oyó la voz entrecortada de Jacques:

—Nunca les perdonaré lo que le hicieron a Robert. Desde entonces ha cambiado todo. ¡Créeme, no los soporto más!

Marínov se acercó aún más a Jacques y le susurró algo en el oído. Eva captaba palabras sueltas cuyo significado no entendía: «la última cita», «el poder», «trata de localizar a Núshkov». Jacques lo escuchaba con atención. Luego Marínov lo acompañó a la puerta. Tardó mucho en regresar al vestíbulo. Hasta entonces Eva nunca había visto llorar a su padre.

En las dos semanas siguientes, mientras su familia se preparaba para el viaje, Lora iba siempre con los ojos rojos de llanto. Se hundía cada vez más en la tristeza. Eva apenas la veía. Sin duda alguna Lora no pensaba en sus amigas. No quería irse.

Siempre recordaría la despedida en la estación de tren. Estaba como drogada por el dolor, apenas reparaba en los demás, su mirada estaba ausente. Marínov trató de consolarla. Acarició la larga cabellera rizada que se derramaba en los hombros de la chica y le dijo unas frases triviales:

—En pocos años serás médico o abogado, te casarás, tendrás hijos, ya verás lo bien que va a salir todo. Eres una muchachita muy hermosa. Seguro que alguien, a

quien todavía no conoces, te espera y se pregunta con impaciencia: «¿Dónde estará mi bella amada? ¿Por qué no llega?».

—¡Jamás me casaré! —gritó Lora ahogada en llanto. Abrazó a todos uno por uno y subió al vagón.

El tren se puso lentamente en marcha. Todos agitaban sus pañuelos blancos. Las lágrimas corrían a mares. Eva también dio rienda suelta a su emoción, pero no pudo dejar de reparar en un hombre joven y alto que permanecía alejado de los grupos de gentes que se despedían. Se acercó un instante al andén y levantó el brazo en señal de despedida. En una de las ventanillas Eva vio la cara bañada en lágrimas de su amiga que no apartaba la mirada del joven. Le costó controlar su curiosidad, pero no se volvió hacia el desconocido, por miedo de atraer la atención de los demás. A su lado, Lisa dijo con un hilo de voz: «No le será nada fácil...». Eva supo así que su otra amiga también había notado la presencia del joven.

Con el tiempo, Lora y su familia se fueron convirtiendo para Eva en seres lejanos e irreales. Su padre, no obstante, se enteraba de todo lo que le pasaba a su viejo amigo, redactaba y recibía cartas que tardaban como mínimo tres meses en llegar, cuando no se extraviaban. De vez en cuando daba alguna nueva:

—Ya se han asentado en Tel Aviv. Jacques trabaja de ingeniero en la Empresa Pública de Aguas.

O:

—Lora va a estudiar química en la universidad. Sí, ya lo decía yo, esa chica va a llegar lejos.

Para Eva, la imagen de aquella gente tan querida y cercana entonces se fue volviendo cada vez más borrosa desde que se marcharon tan inesperadamente. Como toda adolescente, se fue encerrando en su propio mundo, lleno de emociones desconocidas, de deseos secretos, esperanzas y desilusiones. El pasado se achicaba cada vez más, se volvía más irreal ante los retos de un futuro que le deparaba sorpresas a diario.

Lo primero que hizo Eva después de la visita de Alexéi fue buscar las direcciones de Lora y Lisa.

Encontrar a Lora resultó sorprendentemente fácil. Eva desenterró entre las cosas de su padre un fajo de cartas que los dos amigos habían intercambiado en el curso de los años. Escribió a la dirección de Jacques en Tel Aviv. Él ya había muerto, pero los servicios de correo funcionaron de manera impecable —sin duda tenían gran experiencia en la localización de personas— y al poco tiempo le proporcionaron la información que necesitaba para ponerse en contacto con sus familiares. Ahora Lora se llamaba Liat y ese nombre de resonancias bíblicas iba acompañado por un nuevo apellido, común entre los sefardíes búlgaros: Benbassat. Supuso que Lora estaba felizmente casada en aquel lejano país. La verdad resultó algo distinta. Lora sí había estudiado química en la Universidad de Tel Aviv, se había casado y había tenido un hijo y una hija, pero en los últimos años su vida había sufrido grandes cambios. Su marido había muerto inesperadamente cuando estaba siendo intervenido del corazón y sus dos hijos vivían en el extranjero. La carta en que le comunicaba a Eva todos estos detalles era lacónica y corta. El único párrafo un poco más extenso estaba dedicado a sus recuerdos de Bulgaria y a su deseo de volver de visita. Ahora —comentaba Lora en su carta—, cuando todo había cambiado, cuando la gente podía viajar con toda libertad, cuando podía irse y volver a su país natal sin verter lágrimas de desesperación, ella también podría regresar. Lo único que la había hecho desistir hasta el momento era que ya no le quedaba nadie allí, aunque había personas, decía, cuyo destino no le era indiferente. No especificaba de quién se trataba. Al final de la carta añadía que su padre había depositado en una caja fuerte unos documentos que ella debía entregar «a la persona de confianza que me los exigiera». Lora no sabía de qué se trataba, pero estaba dispuesta a llevarlos consigo a Bulgaria. Sin embargo, los documentos no eran el motivo que la animaba finalmente a emprender el viaje, detrás de su entusiasmo traslucía un motivo diferente y muy personal. A Eva no le cabía duda de que estaba relacionado con los últimos meses que Lora había vivido en Bulgaria. Las cosas parecían tomar el rumbo deseado: Lora estaría en Sofía al cabo de un mes.

Encontrar a Lisa le costó más tiempo. Y en aquella ocasión volvió a funcionar su teoría sobre las «casualidades lógicas». En la sección de cultura de un periódico leyó que la famosa pianista de origen búlgaro Lisa Calder, profesora en el Conservatorio

de Ginebra, presidía el jurado de un concurso de pianistas. Como el nombre casi coincidía, Eva decidió arriesgarse y le envió una carta larga y sentida al Conservatorio de Ginebra. Al escribirla, Eva se emocionó porque se acordó de un pequeño relicario de oro, un precioso medallón, regalo de su amiga, que todavía guardaba en una cajita forrada de terciopelo. Aquella joya en forma de corazón escondía los retratos de los padres de Lisa, Robert y Elisabeth.

Esperó en vano una respuesta. Y, cuando ya casi había perdido la esperanza, una noche el teléfono sonó con insistencia. Eva escuchó en el auricular una voz profunda y lejana cuyo melodioso acento delataba una larga ausencia de Bulgaria. Lisa ya no vivía en Suiza, pero sí continuaba impartiendo clases en el Conservatorio de Ginebra. Vivía en una pequeña granja restaurada en la población francesa de Divonne-les-Bains, apenas a veinte kilómetros del centro de Ginebra. Allí Lisa podía trabajar tranquila e incluso se había montado su propio estudio de grabación. Al principio les costó hablar, no sabían qué decirse, les habían pasado tantas cosas que era imposible resumirlas en una conversación telefónica. Cuando Eva hizo una sutil referencia a la herencia que le había dejado su padre, Lisa no se mostró muy interesada, como si rehuyera hurgar en el pasado, por grande que fuera la fortuna que pudiera estar enterrada en él, pero sí confesó que en los últimos años pensaba en su país natal. Cuando supo que Lora iba a viajar a Sofía, vaciló un instante y prometió:

—Veré lo que puedo hacer.

Y respondió a los pocos días. Al escuchar que Lisa le preguntaba si podría acogerla en su pequeño piso, Eva casi estalló de alegría por el inminente reencuentro.

A las tres les costaba reconocer en las mujeres maduras que tenían delante a las niñas que se habían separado hacía treinta años.

—¿Y dónde fue a parar tu bonita trenza? —le preguntaba Eva sin dejar de contemplar detenidamente a Lisa.

En su cara se combinaban los rasgos de los retratos del relicario: Lisa había heredado la frente alta de su padre y la expresión de su madre.

Lora, bueno, Liat, ahora era rubia y llevaba el pelo corto, pero conservaba su figura flexible y ágil.

«Nunca había reparado en la belleza de Eva», pensó Lora, fijándose en la serenidad de aquella cara de líneas rectas de la mujer que las recibía en su casa. Eva era la más pequeña, por eso la habían tratado como a un patito feo: sí, de niñas la querían mucho, pero no encontraban en ella ningún indicio de feminidad.

Las distancias entre las tres se iban borrando poco a poco. Después de contar brevemente la historia de sus vidas, o, mejor dicho, lo esencial y lo más llamativo, empezaron a descubrir los rasgos que conservaban desde la infancia. A los dos días ya conversaban como antaño, cuando acurrucadas en la gran cama de matrimonio de los Marínov, compartían en voz baja y entre risas sus pequeños secretos infantiles, mientras los mayores discutían en el salón problemas sin solución.

—¿No te has casado? —la pregunta de Lisa iba dirigida a Eva.

—El único hombre al que quise me abandonó.

—No sabe lo que se ha perdido —intervino Lora.

—Creo que sí lo sabía, pero a donde fue no había lugar para mí. —Y luego, para cortar el tema por lo sano, añadió—: Trató de fugarse del país. Murió en un campo de refugiados. Al menos eso es lo que me han contado.

Lisa y Lora guardaron un silencio incómodo.

—Siento mucho lo de tu esposo —se dirigió Eva a Lora.

—Gracias. Fue una muerte absurda e inesperada —contestó brevemente.

«Si lo dice así, lo ha superado.» Eva no pudo evitar que esa idea se le cruzara por la cabeza. Se acordó del grito desesperado de su amiga antes de subir al tren: «¡Jamás me casaré!», pero Lisa, tan directa como siempre, soltó:

—¿No lo querías?

Lora calló un instante antes de contestar:

—Era buena persona. Por supuesto que lo quería.

—Pero no tanto como al otro, ¿no? —preguntó Eva.

Lora la miró con cierta sorpresa, pero luego se rio:

—¡Ya sospechaba yo que me espiabas!

—¡No es cierto! —trató de justificarse Eva—. Y la verdad es que no hacías mucho por esconderte.

—¿No lo sabían tus padres?

—¡Cómo no iban a saberlo! ¡Después de haberles llorado tanto pidiéndoles que me dejaran aquí! Finalmente mi padre se rindió: «¡Haz lo que te dé la gana!», me dijo.

—¿Y entonces?

—Mi amor no quiso. Creo que se asustó. Dijo que él también quería largarse, que yo no debía perder la oportunidad de hacerlo, que si me quedaba, arruinaría la vida de los dos, que en este país, entre esta gente, nadie podía ser feliz...

—Vaya, cuánto me suena eso... —murmuró Eva.

—Uno no puede esperar a que reine la armonía universal para ser feliz —intervino Lisa.

—Vosotras os largasteis, ¿no? —Eva subió la voz, pero enseguida añadió en tono conciliador—: Sé que no teníais más remedio, pero, decidme, ¿valió la pena?

Y permanecieron en silencio.

—¿Y tú qué has hecho? —esa vez la pregunta estaba dirigida a Lisa.

—Toda mi vida volcada en el piano y, aunque los hombres que fui encontrando por el camino ocuparon un lugar secundario, no consigo olvidar a uno de ellos... ¡Un búlgaro! ¡Imaginaos!

—¡Irte al otro lado del mundo para encontrar a alguien de casa! ¡Qué poco original eres! —se rio Eva.

—¿Cuándo fue eso?

—Uy, hace mucho tiempo. Ya estaba divorciada de Jean-René.

—¿Qué pasó con tu donjuán?

—¡Eso me gustaría saber a mí! Pero no es precisamente lo que os imagináis.

—Si os entiendo bien, queridas —concluyó Eva mientras descorchaba una botella de vino tinto—, vosotras dos estáis aquí en busca de los donjuanes búlgaros.

Hubo otro silencio incómodo.

—¿Sí o no? —insistió Eva.

—Mira, Eva, la psicóloga eres tú, así que deberías saberlo mejor que nosotras —bromeó Lora.

—Me parece que lo que necesitáis es un detective y no un psicólogo.

—¿Acaso no es lo mismo? —dijo Lisa—. Si he de serte sincera, al emprender este viaje no lo tenía claro, pero quizá en el fondo esperaba también saber más: sobre mi padre, sobre mi abuelo Calderón y sobre el búlgaro al que conocí en Ginebra. Era un tipo interesante.

—¿Así que esos son vuestros secretos? —preguntó Eva.

—El hombre por quien tú crees que he venido a Bulgaria ya no vive aquí. A los cuatro años de la muerte de mi marido, traté de averiguar algo sobre él y lo último que supe era que estaba en Estados Unidos. No pienso seguirlo hasta allí, pero quizá tú puedas ayudarme.

—Todavía no he decidido viajar a Estados Unidos —se sorprendió Eva—. Quería veros y entregaros los documentos que trajo Alexéi, que conciernen a Lisa más que a nadie.

—¡Qué va! No estamos en *La isla del tesoro* y no me fío mucho de las fantasías del viejo ruso. ¡Ha pasado tanto tiempo!

—¿Y si encontramos el dinero de tu padre?

Lisa se rio con ganas:

—Entonces daremos la vuelta al mundo y nos llevaremos a nuestros donjuanes.

Luego se puso pensativa:

—Te costará averiguar algo, pero debes intentarlo. Primero tenemos que ver qué es lo que queda en la cuenta. Tienes tres de los cuatro poderes, Eva: el de tu padre, el de Jacques y el de Alexéi. Quizá el banco haya cambiado de nombre y de dirección, pero no creo que eso sea un obstáculo. El problema será encontrar a Núshkov o a la persona que tenga sus poderes. Lamentablemente, tengo que regresar pronto a Ginebra, porque dentro de diez días vuelvo a tener clases.

—Así que tú te vas a Nueva York y yo me quedo este mes aquí, en tu piso —sentenció Lora—. Nos mantendremos comunicadas por correo electrónico.

«Nunca imaginé que una mujer relativamente cuerda, y psicóloga, se dedicaría a jugar a la condesa de Montecristo», pensó Eva ya en su cama, tratando de trazar imaginariamente su itinerario y de calcular la diferencia horaria entre Sofía y Nueva York.

Pero antes tenía que ver a Tomá, un hombre influyente que quizá podría echarle una mano.

Eva, sentada en un rincón del Pellegrino, leía distraídamente el periódico y esperaba a que apareciera Víctor a la hora de la comida.

Llevaba una semana intentando solucionar alguno de los asuntos que se suponía que la habían llevado a Estados Unidos, pero cualquier actividad que emprendía terminaba en fracaso.

Se había quedado a solas con Lora el día en que Lisa fue a visitar la antigua casa de su abuela, la tumba de sus padres y tal vez algún otro lugar más que guardaba en secreto. Entonces Lora le hizo una confesión confusa cuyas incoherencias Eva detectó enseguida por pura deformación profesional: aunque le había dicho que después de abandonar Bulgaria no había mantenido ningún tipo de contacto con su novio, Lora sabía demasiados detalles de la vida que aquel muchacho había llevado después. Tanta discreción le pareció a Eva innecesaria porque no conocía al difunto marido de Lora. Trató de justificar esta actitud: «Quizá se deba a ese miedo a sincerarnos que heredamos de aquellos años de vigilancia policial». Lora creía que Eva era la única persona capaz de encontrar a su antiguo novio —quien con toda certeza ya ni siquiera se acordaría de ella—, desaparecido en alguna parte ignota de Estados Unidos. Disponía de un par de direcciones en Nueva York donde, según creía, podían darle alguna pista sobre Wayne. El amante de Lora había cambiado su nombre para desvanecerse definitivamente en el anonimato del exilio. Aunque ella insistía en que no había tenido noticias de él, Eva sospechaba todo lo contrario.

Encontró con relativa facilidad las direcciones que le había apuntado Lora. En ninguna de las dos quedaba rastro de Wayne. En la primera, vivía una anciana con su hija solterona también mayor. Ambas, toscas y desconfiadas, habían alquilado aquel piso a través de una agencia inmobiliaria y no les había interesado para nada quién hubiera sido su anterior inquilino. Cuando Eva preguntó por la agencia inmobiliaria, se negaron rotundamente a dar cualquier dato y le dieran con la puerta en las narices. Desde dentro se escuchó el ruido de cerraduras y candados. Quizá la manía de los estadounidenses de convertir sus casas en fortalezas tuviera su justificación, pero en aquel barrio la actitud de aquellas dos mujeres era una exageración.

En la otra dirección encontró a un joven sonriente que la escuchó con amabilidad:

—Lo siento, señora, no tengo ni idea. Vivo aquí porque un amigo buscaba un compañero de piso. Su anterior compañero de piso quería mudarse. Prometo preguntárselo. Es arquitecto. Y suele regresar tarde.

—Perdone, ¿me podría decir cómo se llama su amigo?

—Se llama Víctor. ¿Por qué lo pregunta?

—No lo sé —contestó Eva con el corazón encogido—, quizá. ¿Le importaría darme su teléfono?

—No —el joven apuntó el número en un papelito y se lo entregó.

Esa vez no se oyeron el tintineo de las cadenas ni el chirrido de las cerraduras.

Bajó las escaleras mirando perpleja la nota que llevaba en la mano. No podía creer en aquella coincidencia: allí estaba el teléfono del único conocido que tenía en Estados Unidos. El mismo a quien ahora esperaba en el Pellegrino.

Por fin entró Víctor apresuradamente, la saludó sonriente y se acercó a la mesa.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó con familiaridad antes de inclinarse para darle el beso de rigor con que se saludan los estadounidenses en vez de estrecharse las manos. Todos, la vendedora en la tienda de la esquina, la camarera en el restaurante y los demás, la recibían con un «*How are you today?*» y casi llegó a creer que a alguien le interesaba realmente cómo se encontraba... Aquel día, lejos de casa, Eva estaba mal, llena de temores.

—¿Qué tal, Eva? —reiteró la pregunta Víctor, aunque empleando otra expresión. Le extrañó que ella no le contestara.

Eva le alcanzó el papelito en que su compañero de piso había apuntado su teléfono:

—Mira con quién me he encontrado mientras buscaba al búlgaro desaparecido del que te hablé.

Víctor cogió la nota, leyó su propio número, permaneció un rato pensativo y se echó a reír:

—¡Vaya! ¡Menuda casualidad! ¿Te lo ha dado Marcus?

Eva no salía de su estupor:

—¿Te das cuenta, Víctor? Me encargaron buscar esta dirección en Bulgaria. El hombre al que busco vivió en tu mismo piso.

—¡Qué casualidad! —recalcó Víctor.

Eva no sabía qué pensar. No creía en las casualidades.

—No tan rápido. ¡No es normal que en esta dirección que alguien le dio a mi amiga Lora me encuentre con un Víctor, y no con Wayne! No sé si te dije que el único hombre que alguna vez significó algo para mí se llamaba como tú. Es como si lo hubieran hecho a propósito, ¿no te parece? Busco al desaparecido novio de mi amiga, pero en la segunda dirección de la que dispongo, voy y encuentro a un hombre con el nombre de mi amor desaparecido. ¿No te parece raro?

Eva miraba a Víctor inquisitiva, pero la expresión de sus ojos grises no se alteró:

—Te digo, Eva, ¡que es pura casualidad! —insistió.

—No, Víctor, no puede ser, tus señas me las dio una persona que sabía lo que estaba buscando.

Víctor alargó sus brazos por encima de la mesa para cogerla por los hombros y,

mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—No me tengas miedo, Eva. Soy tu amigo. Mejor amigo de lo que tú crees. Te ayudaré a encontrar al tal Wayne, a tu Víctor o a quien haga falta.

—No busco a Víctor. Hace años que murió, ya te lo he dicho.

—Vale, ¡entonces buscaremos a Wayne! Pero, ¿de qué sirve recorrer viejas direcciones? Hay una oficina especializada en localizar a gente «desaparecida». Te acompañaré. Si realmente vivió en Nueva York, lo encontraremos.

Los servicios de búsqueda de personas desaparecidas estaban perfectamente organizados, pero no les pudieron ayudar. Después de cada búsqueda —primero pusieron las direcciones que Eva les facilitó y después el supuesto año de su nacimiento—, en la pantalla del ordenador aparecía la palabra «*unknown*». Cuando llegaron a «país de origen», la simpática mulata que los atendía frunció el ceño y preguntó con una perspicacia poco usual en esta clase de empleadas:

—¿Pero qué Wayne es este? ¿No dicen que nació en Bulgaria? Habrá cambiado de nombre. Necesitamos el nombre con que ingresó al país, el que figura en los servicios de inmigración. Si no lo sabemos, será imposible dar con él. Lo siento, señora.

—No te preocupes, Eva. Ya se nos ocurrirá algo más —quiso tranquilizarla Víctor antes de despedirse con un beso apresurado porque ya llegaba tarde al trabajo.

Eva volvió al hotel, conectó el ordenador y envió un mensaje a Lora:

«¿Cómo se llamaba tu donjuán antes de hacerse llamar Wayne? Sin su auténtico nombre, no podré encontrarlo.»

Esperó un cuarto de hora sin recibir respuesta. Cansada, cerró el ordenador. Ya lo volvería a intentar al día siguiente.

Eva, desesperada, estaba casi a punto de abandonar la búsqueda de aquel viejo amor de Lora. Ya en Sofía se había dado cuenta de lo que significaba para ella aquel episodio. Estaba convencida de que su amiga padecía un trastorno obsesivo, causado por la separación forzosa del hombre amado. «La insatisfacción de la libido en alguna fase del desarrollo psicosexual trae como consecuencia la sujeción hiperbolizada a cierta idea.» Si Eva no recordaba mal, eso era lo que decía Freud al respecto. Y eso debía de haberle ocurrido a Lora, privada de su primera relación amorosa. También era probable que otro suceso —que ella se negaba a compartir con sus amigas más cercanas— la hubiera lastimado profundamente en un momento determinado de su existencia. «Una humillación sexual, vivida en la infancia o en la adolescencia, puede desencadenar graves y duraderos trastornos psicossomáticos a edades más avanzadas», afirmaba el profesor vienés. No era nada más que una suposición, pero Eva tenía bien claro que Lora no viviría tranquila si no llegaba a enterarse de qué le había pasado en realidad. El factor «tiempo», como solía suceder en semejantes casos, no solo perdía toda vigencia sino que contribuía a que el sujeto —Lora, en este caso concreto— construyera fuera de la realidad una realidad imaginaria en la que todo era posible. Eva lo sabía por su experiencia de psicóloga y psicoanalista: no era la primera vez que se enfrentaba a personas que insistían con una terquedad inaudita en remediar sucesos del pasado sin tener en cuenta las realidades que les había tocado vivir. Cuando ella misma, hacía dieciocho años, leyó la carta en la que le comunicaban la muerte de Víctor, se negó a creer durante mucho tiempo que aquello fuera cierto. Después de un par de años imaginando historias que contradecían las pruebas que tenía, terminó resignándose, pero en lo más profundo de su ser dormitaba la esperanza que despertó de improviso en la tienda hindú del Soho y acabó en aquel violento espasmo neurótico. El caso de Lora la inquietaba por amistad, pero también por sentir cierta empatía, cierta afinidad íntima.

Su viaje a Nueva York amenazaba con convertirse en un fracaso absoluto.

Resultó relativamente fácil entrar en contacto con el American United Bank, donde tenía que presentar sus poderes. Sin embargo, casi tuvo que esperar una semana para entrevistarse con el encargado de las llamadas «cuentas dormidas», las *sleeping accounts*, como se decía en inglés. Su aspecto se ajustaba perfectamente con el nombre del departamento que dirigía: aquel tipo de mediana edad, pálido, inexpresivo y anodino llevaba el traje gris universal que visten todos sus colegas. Y,

al parecer, no le agradaba conversar con los clientes. Ya en su primer encuentro, Eva presintió el fracaso: el hombre de gris dejó bien claro que no tenía ganas de ayudarle. Recibió a Eva en un despacho que parecía provisional: dos biombos de aluminio separaban aquel espacio del resto de la gran sala de la segunda planta del American United. El señor Jung, como rezaba en la identificación sujeta en la solapa del traje de aquel hombre gris, examinó con ceño fruncido el fajo de documentos que le mostró Eva y, luego, sin hacer comentario alguno, cogió una hoja en blanco y la llenó de apuntes. Como la mayoría de estadounidenses, aquel hombre también era zurdo.

Le entregó la hoja a Eva que, confundida, leyó una larga lista de documentos que debía presentar al consulado para ser debidamente compulsados. Decidió no protestar, sabía que era inútil.

—Muy propio de los bancos —comentó Víctor, cuando ella, con aire de indefensión, se lo contó mientras tomaban café en el Pellegrino. Víctor era la única persona con quien podía compartir sus preocupaciones—. Necesitan tiempo para hacer sus propias averiguaciones. Y, perdóneme por la indiscreción, pero ¿se trata de mucho dinero?

—Supongo —contestó distraídamente Eva—. Si no, no valdría la pena haber hecho tantos viajes.

Y entre esos viajes contaba los que habían hecho desde tan lejos Alexéi, Lora, Lisa y ella misma.

Al cabo de diez días volvió al American United cargada con todos los documentos que le exigían.

En aquella ocasión el hombre gris la recibió en un pequeño despacho situado en la planta decimosegunda del edificio. Un despacho muy limpio pero desangelado. No había nada más que un escritorio gris de plástico y aluminio con un sillón de cuero del mismo color. Para el cliente, una mesita con una incómoda silla de metal. En el escritorio no había ni una sola hoja de papel, solo un ordenador conectado a la red que emitía un leve zumbido. Mientras Eva esperaba resignadamente al señor Jung, una empleada no menos gris, sin edad ni sexo, le sirvió una taza de café americano tan insípido como todo a su alrededor. Por lo visto, el gris era el color emblemático del American United.

El señor Jung entró con paso enérgico, mostrando cierto entusiasmo, como si le alegrara ocuparse del trabajo que se disponía a realizar.

—Señora Marínova —dijo solemnemente—, American United Bank expresa su satisfacción por poder darle una respuesta.

Eva se hizo toda oídos:

—Ya disponemos de la información que nos ha pedido. El American United Bank gestiona en bolsa los activos del consorcio Alternus, fundado por el señor Jules Calderón en 1943 y registrado como sociedad anónima en Chipre, por aquel entonces protectorado inglés. Usted nos ha proporcionado los poderes sobre tres cuartas partes del consorcio, pero le falta una orden de pago de parte del gerente de la sociedad

anónima.

—¿Y quién es el gerente? —preguntó Eva.

El hombre gris hizo una pausa teatral fingiendo no haber oído la pregunta y, antes de continuar, soportó bastante tiempo la mirada inquisitiva de Eva:

—Señora Marínova, ¿conocía usted la existencia de una cuarta persona con los mismos poderes que las tres personas en cuya representación viene usted?

—Sí, el señor Núshkov. Si pudiera proporcionarme información sobre él, se lo agradecería.

—Señora Marínova, el señor Núshkov no solo posee dichos poderes sino también atribuciones de tutor.

Eva no sabía qué pensar: ¿tutor de quién? ¿De Lora, de Lisa o de ella?

—De esto sí que no tenía ni idea —reconoció.

Su respuesta pareció alegrar al hombre de gris:

—Por supuesto, usted y las demás apoderadas del señor Calderón hace tiempo que alcanzaron la mayoría de edad, pero aun así la firma del señor Núshkov es necesaria porque durante su tutela el consorcio realizó varias operaciones a nombre del señor Núshkov en la mayoría de los casos.

—¿Quiere esto decir que el señor Núshkov podía realizar determinadas operaciones él solo? —quiso averiguar Eva.

Jung hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Dónde puedo encontrar a este señor?

El empleado del banco no contestó enseguida. Primero revisó los papeles que tenía delante:

—La última vez que consta una retirada de dinero de la cuenta fue el mes pasado.

—¿Por parte de quién? —preguntó Eva sin mayor esperanza.

El hombre de gris volvió a revisar los papeles.

—Por un apoderado de Núshkov.

—Quien, por supuesto, se olvidó de dejar una dirección —añadió Eva.

—Efectivamente —afirmó Jung sin reparar en la ironía—. La correspondencia con este señor se mantiene a través de un apartado postal. Si ustedes desean realizar alguna operación, tienen que ponerse en contacto con él. No se puede cancelar la cuenta, gestionar la herencia ni liquidar el consorcio sin la convocatoria previa de una junta con todos los apoderados de las cuatro partes del consorcio y debe haber unanimidad. También es necesario un fallo de un tribunal estadounidense —especificó Jung, para que no quedara ni rastro de duda sobre la seriedad del asunto.

«¿Y por qué no un fallo de la reina de Inglaterra, del presidente de Chipre o del zar búlgaro residente en Madrid? ¡El banco se quiere quedar con el dinero, robarlo! Quiere apropiarse de las inversiones. En cuanto a la cuenta, alguien la ha dejado pelada o está a punto de hacerlo en nombre de Núshkov.»

Quería saber, por lo menos, de qué sumas se trataba. Eso era lo mínimo que podía hacer por Lisa. Después decidirían si tenía sentido seguir adelante.

—Quisiéramos recibir información sobre el estado en que se encuentra el consorcio en este momento.

Jung pensó un rato y luego contestó:

—No será tan fácil. Se debe estudiar la cotización de los valores bursátiles, averiguar las compras y ventas de títulos y de obligaciones del Estado, rastrear las transferencias a Suiza realizadas y también las operaciones financieras de la fundación.

—¿Qué fundación? —Eva estaba totalmente confundida.

—La Fundación Calderón, por supuesto —contestó el empleado con suficiencia.

—¿Entonces? —insistió Eva.

—Señora Marínova, debería usted saber que la fortuna de Calderón es enorme. A pesar de todas las crisis, las conmociones sufridas por la Bolsa y algunas operaciones poco afortunadas del representante del consorcio en Suiza hace unos cinco o seis años, la suma asciende a una cifra de nueve dígitos. En dólares —consideró oportuno aclarar el señor Jung.

Eva consiguió disimular su emoción:

—¿Qué parte de toda esa cantidad está disponible en la cuenta?

—Bueno, las sumas disponibles no suelen ser muy grandes. Se agotan rápidamente porque son para pequeños gastos. En los últimos años sí ha habido bastantes movimientos en la cuenta. Hace un mes el representante del señor Núshkov retiró alrededor de cien mil dólares.

«¡Cien mil dólares! ¡Qué canalla! ¿Se habrá enterado de que andamos pisándole los talones?»

—Algo habrá quedado —Eva seguía manteniendo las apariencias—. ¿Podría sacar una pequeña suma con los poderes de que dispongo?

—Hoy haré una excepción con usted y le daré toda la cantidad que queda en dicha cuenta.

—¿Cuánto es?

El hombre gris sacó un papelillo de su bolsillo y lo depositó en el escritorio. Revisó un rato las cifras antes de acercárselo:

—¡Solo doscientos setenta y tres dólares!

—Con cuarenta centavos —añadió el señor Jung sin disimular su satisfacción.

Por un instante, Eva contuvo la respiración, pero enseguida estalló en tales carcajadas que terminó llorando de risa.

Jung la miraba estupefacto:

—Lo siento, señora Marínova, debió haber venido usted antes.

—Señorita —lo corrigió maquinalmente—. ¿Cuánto tiempo antes?

El hombre gris volvió a mirar la nota:

—Unos seis años, señora —recalcó Jung antes de añadir vengativo—: Entonces la suma ascendía a nueve millones, doscientos setenta y tres dólares. Con los intereses, por supuesto. Y, aparte, las acciones del señor Calderón y demás valores

bursátiles de los que ya le hablé.

La acompañó en el ascensor hasta una de las cajas para indicarle a la cajera que autorizaba el pago. Al despedirse, el hombre gris estrechó la mano de Eva. Con la perspicacia de una psicóloga con experiencia, ella aprovechó ese único instante personal del encuentro, arriesgando una última pregunta:

—Gracias, señor Jung. Ha sido usted muy amable. ¿Podría decirme de quién era tutor el señor Núshkov?

Jung levantó los hombros, lo que quería decir que no se lo revelaría bajo ninguna condición.

—Entonces —seguía Eva sin rendirse—, ¡dígame por lo menos el nombre del representante del señor Núshkov!

El hombre gris vaciló. Eva retenía su mano en espera de la respuesta.

—Se llama Wayne Bukovski —dijo bruscamente—. Adiós, señorita.

«¡Bingo!» estuvo a punto de gritar Eva. Salió a la calle con la sensación de que su visita al American United no había sido en vano. Sabía que gran parte de la fortuna de Calderón se conservaba, a pesar de los nueve millones robados por Núshkov, por Bukovski o por los dos juntos. ¡Qué canallas! ¡Y pensar que Calderón se fiaba del contable como de su propio hijo! Y ese Wayne Bukovski... ¿Otra casualidad?

El dinero que sacó del banco apenas alcanzaba para invitar a Víctor a una cena de despedida por todas las molestias que se había tomado con ella.

Al regresar al hotel, pensó que no tenía nada más que hacer en Nueva York. Se reuniría con Víctor y luego reservaría el vuelo de regreso. Tenía un billete con vuelta abierta, podía coger el avión en cuanto quisiera. Conectó el ordenador y encontró un mensaje de Lora:

«Se llama Víctor Bukovski», escribía su amiga.

Las letras se pusieron a bailar ante sus ojos. Antes de volver en sí leyó varias veces el nombre del amor de su vida. Con la mano sobre el corazón, inclinó la cabeza hacia atrás, como hacía Lisa para concentrarse en el piano. Y así permaneció un buen rato petrificada por el estupor.

La historia de Lora o Liat, como se llamaba ahora, era como un reloj de arena por el que en un principio parecía que la vida se hubiera escurrido definitivamente en una sola dirección, pero el tiempo le había dado la vuelta al reloj y entonces reaparecieron algunas caras y algunos sucesos del pasado que ella empezó a tomar engañosamente por reales. Las dos partes de su vida no eran iguales en duración, tampoco en importancia. Sin darse cuenta, Lora concedía mayor importancia a algunos hechos personales de su juventud que había vivido como una auténtica tragedia. Algo similar suele suceder cuando se viven terremotos, inundaciones, huracanes u otras catástrofes naturales. Su duración a veces no supera unos segundos, pero hay personas que los recuerdan toda su vida, no tanto por las dimensiones que tuvieron como por ser únicos e irrepetibles. De manera similar, quedan marcadas definitivamente por lo que ellas vivieron como «gran amor».

Al llegar con sus padres a la Tierra Prometida, como los judíos mayores llamaban a Israel, Lora se vio obligada a cambiar radicalmente las costumbres y el modo de pensar propios de una muchachita búlgara que ni siquiera había ido a la fiesta final del bachillerato. Tuvo que adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones.

Una de las primeras cosas que tuvo que hacer fue cambiar de nombre. Se trataba de algo habitual en aquel nuevo país. La mayoría de los inmigrantes, al pisar el suelo de Israel, escogían nombres acordes con la tradición. Los creyentes buscaban los prototipos adecuados en los textos bíblicos, mientras los más jóvenes escogían nombres que sonaran más actuales en hebreo y, como en todas las partes del mundo, eran nombres de flores, pájaros u otros objetos bonitos o traducciones modernas de nombres de la Torah.

Lora escogió el nombre de Liat. Este nombre parecía abrigar algo de rebeldía y desafío. Con él Lora se sentía más fuerte y segura de sí misma, como si hubiera cambiado de personalidad. Liat trató de vencer la inseguridad con que Lora había abandonado su patria y pisó con firmeza su nueva tierra.

Liat era la traducción moderna de Lea.

¡Ah, Lea! ¡La desdichada y fatigada Lea!

La Lea bíblica estaba locamente enamorada de Jacob, a quien la prometieron sus padres, pero Jacob amaba a la hermana de Lea, Raquel, y a ella era a quien quería por esposa. Y engañaron a Jacob al decirle que le casaban con la bella Raquel, cuando en realidad la desposaron con Lea, menos bella pero la mayor de las hermanas, pues así

lo exigía la tradición: la hermana menor no podía adelantarse a la mayor y mucho menos quitándole al prometido. Jacob ni siquiera notó el engaño. Bajo un tupido velo nupcial, Lea se presentó en el lugar de Raquel y él, confiado, la llevó al altar. Tampoco se dio cuenta de nada la noche de bodas, cuando Lea se acostó a su lado, Raquel se quedó escondida en el dormitorio para contestar con su propia voz las palabras de amor de Jacob, quien no debía enterarse del engaño. El novio amó apasionadamente a Lea creyendo estar amando a su hermana.

«¡Menudo cuento! Las dos hermanas debían de ser bastante perversas para prestarse a ello. Y Jacob tampoco era un santo... En vez de vengarse por el engaño, vivió siete años con Lea, la cargó de hijos y, solo después de cumplido esos siete, se casó con Raquel.»

Así interpretaba Lora ese pasaje de la Biblia. Tan rebelde como su padre, las tradiciones que se basaban en la obediencia y la resignación le eran ajenas. La historia de Jacob, Lea y Raquel no le decía mucho y, de hecho, los tenía por unos mediocres porque ninguno de los tres había osado luchar por su propia felicidad. Y aunque le habría gustado estar en el lugar de Raquel, finalmente escogió para sí el nombre de Liat.

Liat quería decir: «Tú eres mía».

Lora había nacido a principios de los cuarenta en la primera planta de la casa del jardín.

Los Marínov fueron los primeros en visitar a Jacques al enterarse del acontecimiento. El abogado se inclinó sobre la cuna, acarició con su dedo índice el diminuto puño del bebé y dijo con convicción:

—¡Ha salido a ti, Jacques!

Y Jacques feliz. La señora Marínova estrechaba con ternura la mano de su esposo. Al año, también vio la luz su hija. La llamaron Eva, en honor de una bailarina húngara de cara angelical cuya belleza admiraron en una actuación de la que disfrutaron en el casino de Varna durante su luna de miel.

El casino, el ambiente tranquilo y jovial de la ciudad portuaria y los paseos por el malecón se convirtieron pronto en recuerdos remotos de una vida que los Marínov no pudieron disfrutar por mucho tiempo. Se casaron el verano anterior a la guerra. Nevena, la futura señora Marínova, llevó a la vida del abogado serio y circunspecto una dosis de romanticismo que él jamás había imaginado. Hasta llegó a olvidarse temporalmente de la contrariedad que le causaba que el país tomara parte en una coalición con la que no simpatizaba. Aborrecía las persecuciones que se desencadenaron entonces: constituían una violación de los derechos humanos fundamentales. Y por esa razón aceptó alojar en su casa de campo en Gorna Bania a un conocido de Robert que la policía buscaba por una razón que no le quedó muy clara. Robert, quien tenía el raro don de involucrarse en asuntos que bordeaban la legalidad, le dio una explicación confusa. Marínov bromeaba amargamente con que Robert no solo era su amigo sino también su cliente potencial. El abogado ni siquiera podía imaginar lo acertadas que sus palabras serían al cabo de unos años. Y así fue como, por mediación de Robert, Marínov conoció a Jacques.

A diferencia de Marínov, Jacques nunca disfrutó de vacaciones en balnearios del mar Negro ni de bailes con orquesta en el casino de Varna. No nació en los barrios lujosos, emplazados entre el parque del Zar Borís y el de los Médicos, por un lado, y la tumba de Iván Vásov y la catedral San Alejandro Nevski, por otro. Jacques creció lejos de aquella parte céntrica de Sofía, cuidadosamente pavimentada con adoquines amarillos, traídos del Imperio Austrohúngaro. A las seis de la tarde, previsores y prudentes, los parques verdes creados para el deleite de los capitalinos adinerados cerraban sus puertas de hierro forjado ante las narices de los mendigos.

Jacques vio la luz en uno de los barrios pobres de la vieja Sofía —lleno de tienditas y pequeños talleres— que se extendía entre el Baño Público, el Mercado de las Mujeres y la calle de Ni. Las grandes avenidas de Sofía, con nombres regios como Ferdinand, María Luisa, Zarina Joanna y Clementina, nacían en el corazón de la ciudad, pero no llegaban más allá de la calle de Ni, como si temieran descubrir lo que había detrás de las vallas tras las que arrancaban las afueras. Por aquellos suburbios con callejas sin pavimentar, carentes de alcantarillado público, los artífices del plan urbanístico de Sofía pasaban con los ojos vendados. Allí vivía una población variopinta de etnias, oficios y costumbres diferentes, cuya presencia aportaba un colorido irrepetible a la ciudad. Aquel era un mundo en que bullía la vida y florecían las manufacturas y el comercio.

En uno de aquellos barrios pintorescos, se había asentado la familia de Jacques, concretamente en Yúchbunar, un nombre sonoro que debía a uno de los cinco pozos de agua a cuyo alrededor se establecieron a principios del siglo XX varias familias judías procedentes de Macedonia huyendo de los pogromos en Skopje y Salónica que fueron acogidas con simpatía por los pobres vecinos de aquel barrio que no discriminaba a nadie, pues todos se sentían iguales ante la miseria. Las pequeñas casuchas de los forasteros, pobres pero increíblemente limpias, lucían coquetas diminutos jardines que llegaban en ocasiones al borde de las aceras. «La judería», como la llamaban los sofiotas sin matiz alguno de hostilidad, se fue mezclando poco a poco con las casas de los búlgaros, que no eran muy diferentes de las de los refugiados.

Los padres de Jacques vivieron muchos años en una de aquellas casuchas, hasta que su hermano mayor, Jacob, que era muy laborioso y trabajaba a destajo en una de las agencias de seguros más prósperas, Sova^[12], tuvo su primer golpe de suerte. Ganaba bien y compraba terrenos para construir viviendas. Al principio, se dedicó a adquirir casas modestas en la periferia de la ciudad, pero con el tiempo empezó a comprar casas más elegantes. En una de ellas alojó a sus padres y así los alejó de aquellos suburbios obreros. Después de casarse y tener hijos, Jacob se fue a vivir aún más cerca de la meseta del bienestar capitalino en que estaban la plaza de la catedral San Alejandro Nevski y los barrios contiguos. Jacob alcanzaba sus metas volcándose en su trabajo con mucha tenacidad. No, nada podía detenerlo... salvo acontecimientos que no dependían de su voluntad y que arruinaron en un santiamén todos sus esfuerzos y abnegación.

Jacques miraba con indiferencia los esfuerzos de su hermano mayor, quien poco a poco se había convertido en el cabeza de familia. Fue Jacob quien le costeó a Jacques la carrera de ingeniería de minas en la Universidad Politécnica, donde obtuvo una buena y prometedora formación. Vivía con sus padres. Tras la muerte de estos, Jacob le cedió la planta baja de la casa. Jacques vivió allí sus tempestuosos años de soltero. En cuanto se licenció, encontró trabajo en la empresa Sáev & Cía., que abastecía de mármol y granito las lujosas construcciones del centro de la ciudad y exportaba

mucho al extranjero. Sáev, propietario de varias canteras, era un empresario próspero. Si todo iba bien, Jacques terminaría siendo su socio, así se lo había prometido a su buen amigo Jacob. Jacques no era ambicioso. Tampoco le interesaba el ascenso. En el trabajo era responsable y, como se suele decir, era «un hombre de pelo en pecho». Cuando era necesario, acompañaba a los obreros en las canteras. Entendía mucho de mármoles y de granito. Cuidaba la cantera, la trabajaba con mucha atención, se acercaba a su corazón —allí donde se encontraban los mejores bloques— sin estropearla. Aprovechaba todo el material sin desperdiciar nada: él era así por naturaleza.

Aunque siempre tenía una sonrisa y se mostraba amable y atento con todos, a Jacques le iba la aventura. Le gustaba la vida nocturna de la ciudad, salía de bares y compraba elegantes corbatas en las tiendas de lujo de la calle Léger. Sáev le remuneraba con generosidad, pero el dinero nunca le alcanzaba. Fumaba buen tabaco inglés, invitaba a sus amigos a casa y un par de veces a la semana jugaba a las cartas tomando coñac francés. A veces perdía grandes cantidades al póquer y en dos ocasiones tuvo que pedirle préstamos a Sáev. La primera vez, su jefe no le hizo ningún comentario, abrió la caja fuerte y, sin mirarlo a los ojos, le entregó cincuenta mil levas. La segunda, varios meses más tarde, le dirigió una mirada severa, como la de un maestro al discípulo que había cometido una falta grave, y preguntó:

—¿Para qué necesitas el dinero, Jacques?

Jacques se molestó. Ya tenía treinta años, le había devuelto el primer préstamo, ¿con qué derecho se lo preguntaba?

—He perdido al póquer —contestó secamente.

No tenía por qué engañar al viejo. Además, la suma que pedía tampoco era excesiva.

—Entonces, pídele el préstamo a tu hermano —sentenció Sáev y cerró con un empujón la caja fuerte que ya había abierto.

Lo último que habría hecho Jacques en su vida era pedirle prestado dinero a su hermano. Se imaginó la expresión iracunda de Jacob, un hombre que había trabajado duro toda su vida. No le perdonaría a Jacques el despilfarro.

Pagar la deuda se convirtió en un auténtico problema para Jacques. Tenía que conseguir el dinero a toda costa. Jacques se lo debía a Robert, un *bon vivant* rico y refinado con quien acababa de trabar amistad.

Finalmente hizo acopio de valor y fue a una de las elegantes cafeterías sofiotas que a finales de los años treinta eran una especie de remedo de los clubes masculinos. Allí Robert mataba el tiempo todas las tardes, poco antes de la cena.

Fumaba un puro fino cuyo aroma natural ennoblecía el olor rancio de los ceniceros. Sentado en su mesita de siempre, cerca de la ventana, revisaba la prensa del día. Miró a Jacques por encima del periódico y lo invitó a sentarse. Jacques balbuceó una excusa por no haber conseguido el dinero que le debía. Robert lo miró un instante en silencio, luego hizo un ademán con la mano y dijo:

—Descuida. Siempre puedo esperar a un amigo. Te invito a un coñac, pero hazme caso: el juego no es para asalariados. Mi caso es diferente.

A Jacques se le grabaron estas palabras. Él no podía compararse con Robert. Detrás de la apariencia de un joven ocioso y despreocupado había no solo una gran herencia sino también una energía creativa que Robert combinaba con su don congénito para hacer dinero.

El despido de Jacques de Sáev & Cía. no tuvo nada que ver con el préstamo que le había pedido a su jefe. Sáev quería a Jacques como a un hijo. Le caía bien por su sonrisa campechana, por sus reacciones francas. Le inspiraba confianza. La aspereza con que lo trató cuando le había pedido un segundo préstamo fue solo aparente, solo quería darle una lección.

«Es joven. Y claro que continuará jugando a las cartas. ¡Hasta yo jugué de joven! ¡Es normal! Pero no debe acostumbrarse, es peligroso. No se juega al azar cuanto se vive de un sueldo.»

No era extraño que Sáev tuviera el mismo criterio que Robert: a diferencia de Jacques, la gente adinerada conocía el valor del dinero.

Sáev se sintió realmente compungido el día que recibió una orden de parte de la Comisaría de Asuntos Judíos que exigía que en el curso de las siguientes veinticuatro horas despidiera a Jacques. A pesar de ser un hombre interesado en la política, el viejo empresario no sabía nada de la existencia de dicha comisaría. Jamás creyó que contra los judíos se fueran a tomar medidas tan drásticas. Tenía buenos amigos y socios judíos, como, por ejemplo, el banquero Calderón, que le había concedido en dos ocasiones créditos en condiciones muy favorables y con quien se reunía para jugar al póquer una vez por semana, ya fuera en el espacioso piso de Sáev en la avenida de Ferdinand, frente al parque zoológico, o en la casa de campo de los Calderón en Chamkoría.

En la orden, impresa en un papel gris con el sello de dicha comisaría, se citaba la ley según la cual los judíos no podían ocupar puestos de responsabilidad ni cargos honoríficos. A pesar de su título de ingeniero, la plaza que ocupaba Jacques no se podía considerar «honorífica». Sáev lo había ascendido a director técnico por tres razones: porque tenía confianza en él, porque Jacques se relacionaba con facilidad y simpatía con los trabajadores y porque así podía pagarle un buen sueldo.

Sáev no sabía qué hacer. La orden era explícita y su incumplimiento podía conducir a la expropiación de la empresa.

«¡Qué absurdo, Dios mío! ¡A lo que hemos llegado!...», repetía Sáev mientras buscaba una solución.

¿Tenía que hablar con Jacob? ¿Pero qué podría hacer él? Seguro que Jacob también tenía sus grandes preocupaciones en aquellos momentos.

Finalmente Sáev reunió fuerzas y llamó a Jacques a su despacho.

—Mira, Jacques... —empezó diciendo—, sin duda se trata de un malentendido, pero de la Comisaría de Asuntos... —El viejo empresario hizo una pausa, algo le impedía acabar la frase, jamás pensó en la procedencia judía de Jacques, nunca lo consideró un extraño que pudiera crearle problemas.— Los de esta comisaría —continuó con desprecio en la voz— me ordenan que te despida.

Jacques lo escuchaba con atención. Ya sabía que órdenes como aquella se repartían por doquier.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Jacques. Este viejo jamás cometería tal ignominia. Hazme el favor de irte de vacaciones por tiempo indefinido, el sueldo te lo haré llegar en efectivo con regularidad a tu casa o a través de tus amigos.

Jacques quiso protestar, pero Sáev hizo un ademán tan rotundo que no le permitió replicar lo más mínimo. Jacques se tragó en seco las palabras y estrechó la mano de su jefe en silencio. Sáev le dio un gran abrazo:

—¡Ánimo, hijo mío! Esto no puede durar mucho.

El viejo demócrata Sáev pecaba de ingenuo: subestimaba los peligros inmediatos porque tenía una fe inquebrantable en la fuerza del sentido común. Se le escapaba que en los últimos años se habían ido sucediendo cada vez más señales de que la razón iba abandonando la política, cediendo a irresponsables experimentos. Le indignaba la violencia, pero tendía a explicársela como manifestación de la estupidez. Al enterarse de que el vigilante de una de sus canteras iba al trabajo vestido de legionario^[13], se puso furioso, mandó llamarlo a su despacho, un privilegio que pocas veces les concedía a sus trabajadores de ese nivel. El tipo entró y se cuadró militarmente, con la cabeza erguida y la mirada fija en la cortina. Sáev deslizó sobre él una mirada gélida: creía estar ante un reptil inmovilizado en la sombra. Le preguntó:

—¿Tan poco te pago que llevas ropa prestada?

El otro puso cara de imbécil. Sin entender nada, miraba a Sáev, a quien solo había visto de lejos cuando bajaba del automóvil en sus visitas a la cantera.

—O tiras la porquería esa que te han dado o te olvidas de la cantera. ¡Aquí se lleva solo el uniforme de trabajo de Sáev y compañía!

El vigilante chocó los tacones:

—¡A sus órdenes, señor!

—Ahora, lárgate —pronunció Sáev con voz cansada.

Al cabo de unos días, el contable a quien le encargó llevarle personalmente el sueldo a Jacques entró preocupado al despacho de Sáev.

—Señor Sáev, Jacques no está. La puerta de su casa está sellada.

—¿Cómo que no está? —se sobresaltó el viejo.

—¿Acaso no se ha enterado usted, señor Sáev? Se los están llevando.

Sáev seguía sin caer en la cuenta:

—¡¿Adónde se los van a llevar, Kráev?! ¡Jacques no es ningún criminal! —le gritó indignado a aquel pobre empleado cuya única culpa era haberle dado la mala noticia.

El contable creyó necesario aclarar:

—Se llevan a los jóvenes judíos, señor Sáev. A no sé qué campamentos. Es probable que Jacques esté con ellos.

—¡Imposible! ¡Se habría despedido! —insistía en negar las apariencias el noble anciano.

Aquella misma noche llamó a Jacob. El hermano mayor de Jacques contestó de mala gana, como si Sáev tuviera la culpa de la nueva situación.

—Es cierto —afirmó—. A Jacques se lo llevaron inesperadamente. Brigadas de trabajo forzado, como llaman a los campamentos en que los encierran. Jacques está en Gonda Voda^[14].

Sáev colgó el auricular dominado por la impotencia. Por el momento no podía hacer nada, pero no dejaría las cosas así. Aquel hombre tenaz y seguro de sí mismo siempre se salía con la suya.

Jacques no era dado a las elucubraciones filosóficas, pero sí debió de caer en la cuenta de lo paradójico de su situación: él, ingeniero, había sido destinado a picar piedras en una cantera. Se aplicaban métodos de trabajo primitivos, de los que ya nadie se servía. Resultaba paradójico que él, precisamente él, tuviera que picar las piedras con un martillo que parecía un útil de los albores de la civilización: él, quien con la aprobación del bueno de Sáev había viajado a Viena para escoger, probar y comprar nuevas máquinas compresoras y se había esforzado muchísimo en racionalizar y perfeccionar el trabajo de los empleados en las canteras de mármol de la empresa; como todos sus compañeros, Jacques, parecía un hombre de la Edad de Piedra.

Sin embargo, Jacques no podía quejarse del nivel de sus compañeros de fatigas: había abogados, agentes de seguros, dos médicos, comerciantes de los barrios situados a las afueras de Sofía... Dormían en toscos catres en barracones de madera. Más de veinte personas se hacinaban en espacios previstos para diez. Y estaban totalmente aislados del mundo. A aquel lugar se llegaba por un estrecho camino de cabras nada transitado. El campamento estaba situado en lo más alto de la montaña, en una región desértica llena de zarzales y cardos borriqueros. Les daban de comer dos veces al día: por la mañana y por la tarde. En los calderos todo el tiempo se cocía lo mismo: un brebaje acuoso en que flotaban trozos de patatas, repollo, alguna que otra zanahoria y, en caso de que no hubieran caído antes en las fauces de los canes que vigilaban el campamento, enormes huesos de res. A veces conseguían cazar entre los zarzales una tortuga que acababa en la caldera. Los despertaban a las cinco de la mañana y los llevaban a la cantera, donde picaban las rocas con sus primitivas herramientas hasta la caída del sol. Luego cargaban las piedras en brazos o en las pocas carretillas disponibles. Las acercaban a un lugar determinado por donde una vez por semana pasaban los camiones. Se decía que con aquel material construirían una carretera del norte al sur de Bulgaria para cubrir las necesidades de los alemanes. Cuando no llegaban los camiones, los vigilantes los obligaban a cambiar el lugar de las piedras apiladas solo para que no dejaran de trabajar. Los vigilantes eran vecinos de las aldeas de alrededor a los que habían vestido con uniformes. Jacques no dejaba de pensar en cómo un uniforme podía cambiar a una persona. Seguro que los campesinos que los vigilaban eran gente sencilla y pacífica, pero aquellos uniformes de vigilantes los transformaban radicalmente. A menudo se enfurecían sin motivo

alguno. Si bien Jacques y sus compañeros trataban de evitar cualquier contacto con ellos, de vez en cuando se veían obligados a intercambiar alguna que otra palabra.

Un día dieron con una veta de granito que era casi imposible trabajar con las primitivas herramientas de que disponían. Al ver la belleza de una roca casi insólita por aquellas tierras, Jacques sintió prurito profesional. Las chispas que saltaron con los primeros golpes de las picas lo convencieron de que siguiendo así malograrían el preciado material. Y aquello para Jacques era como cometer un pecado. Trató de explicárselo al vigilante, un cuarentón enorme y rubicundo con cara de animal. Se le acercó con la misma sonrisa con la que se acercaba a los trabajadores que estaban a su cargo en la empresa de Sáev. De repente el hombre tiró el cigarrillo al suelo, se levantó de la piedra en que estaba sentado a la sombra y le dio un tremendo derechazo. Jacques vio flotar círculos brillantes en el aire, se tapó con la mano el oído en que resonaba un fuerte rugido y su mano se llenó de sangre. Varios de sus compañeros acudieron para ayudarlo a levantarse. Entre ellos, el doctor Nisim.

—¡No pasa nada! ¡Tranquilos! ¡No ha pasado nada! —repetía Jacques, aunque el rugido no mermaba.

Según diagnosticó el doctor Nisim, aquel tipo rubicundo le había roto el tímpano.

Aquel acontecimiento transformó a Jacques. Decidió no permanecer más tiempo allí. Se iría, no importaba qué precio tuviera que pagar. A las pocas semanas se unió al «grupo», como se llamaba en el campamento a los presos que discutían de asuntos políticos. A finales de agosto consiguió fugarse con dos personas más. Se convirtió en un clandestino.

Jacques vivió dos años en la clandestinidad y, por entonces, aquello significaba huir y esconderse. Vivía en casas de desconocidos, no quería crear problemas a la gente cercana. Casi nunca estaba solo, siempre había algún «camarada» con él.

Jacques era muy raro: no llegó a apasionarse por la política ni a cogerles afecto a los «camaradas», a pesar de tener que enfrentarse cara a cara con las represalias del régimen. O tal vez precisamente por ello. No aceptaba ningún tipo de violencia. Era agradecido con las personas que lo acogían en sus casas como a un «clandestino», pero sentía una especie de cargo de conciencia por estar engañándolos: aquellas gentes lo recibían por su condición de «camarada», pero Jacques no era más que una persona que huía de las autoridades que lo obligaban a picar piedras por la única razón de haber nacido judío. Aquellos tiempos no estaban para tales sutilezas y eran tan confusos que la gente estaba dividida entre los que eran víctimas de la violencia y quienes vivían en la inopia más absoluta. Existía otra categoría más, claro: las personas que directa o indirectamente ejercían la violencia o trabajaban para ella. Muchos ciudadanos de tercera categoría esperaban así escapar de su propia pobreza, de su propia miseria o de la miseria de su propia insignificancia. Y aunque eran los que más escandalosamente se manifestaban, no eran ni de lejos la mayoría de la población: de lo contrario, Jacques no podía explicarse cómo en dos años nadie había dado con él, cuando tampoco es que llevara una vida estrictamente clandestina: hasta el punto de que a veces se calaba la boina hasta las cejas e iba a un bar a tomarse una cerveza o se metía en alguno de los cines del barrio.

Una vez, al salir de la sala de un cine, oyó unos pasos apresurados. El corazón se le subió a la garganta al sentir la proximidad del hombre que le seguía:

—Se lo ha olvidado en el cine —dijo una agradable voz de barítono. El hombre le alcanzaba un paraguas ajeno y sonreía bajo el ala de su elegante sombrero de copa. Fumaba tabaco fino que expandía alrededor un agradable aroma.

Jacques reconoció a Robert y, tras vacilar un instante, se detuvo. Su instinto de salir corriendo cedió intuitivamente ante la certeza de que Robert jamás lo delataría.

—Todavía te debo el dinero del póquer. ¿Por eso me estás siguiendo? —bromeó Jacques.

Robert también rio y propuso:

—¿Te apetece que nos tomemos una copa? Conozco un sitio muy tranquilo. Al viejo Sáev le encantará saber que nos hemos tomado unas cervezas juntos.

—Otro día, Robert, te lo prometo. Saluda al viejo de mi parte.

—No solo tomaremos cervezas, también jugaremos a las cartas. Seguro que querrás tomarte una revancha.

Jacques se extrañó mucho cuando, al poco tiempo de su encuentro con Robert, un «camarada» clandestino le entregó un sobre que contenía una buena cantidad de dinero.

«¡En esto se ve qué poco servimos para conspirar! —rio para sus adentros—. ¡Vaya con Robert, siempre ha sido un tío muy perspicaz!»

La mitad del dinero se lo dio a su casera clandestina. Ella se indignó:

—Pero camarada, ¡cómo se le ocurre!...

Jacques logró convencerla:

—Puede que le haga falta a otro camarada. Cójalo, por favor.

El destino nunca tiene días festivos ni para mal ni para bien. Si bien Jacques vivía con la sensación de que los esbirros del régimen le pisaban los talones, no lo atrapó ningún espía sino el amor, al conocer a Amalia. Aunque cada uno de ellos se relacionaba con el séptimo arte de manera diferente, los unió el amor al cine: Jacques era un espectador apasionado y, para ganarse la vida, Amalia tocaba el piano en una de las grandes salas de la ciudad.

En la Sofía de principios de los cuarenta había una decena de grandes salas. Aquellos cines cuyas butacas estaban forradas del clásico terciopelo color burdeos se solían llamar «cine-teatros», quizá por sonar más pomposo o quizá porque sus propietarios a veces los cedían a pequeñas compañías teatrales que gozaban de gran éxito entre los capitalinos. Y entre ellos destacaba el cine Odeón, más conocido por el nombre de Teatro Cooperativo, en el que se representaban los alegres musicales de Lehár, Kálmán y Offenbach, para mayor regocijo de los dandis sofiotas, que no perdían la ocasión de ir a ver a las nuevas bailarinas. Según la leyenda urbana, el cine Odeón se había convertido en teatro cuando al proyccionista —un chico recién llegado del pueblo que iba al trabajo en bicicleta— se le ocurrió escribirle una carta al gran José Mojica, a quien había visto actuar en una película. Y lo curioso es que el actor le contestó y así fue como el joven emprendedor llegó a convertirse en el agente musical de mayor éxito y como llegó a crear un teatro de variedades.

Al fondo de la gran sala, siempre se encontraba la pantalla y, delante de ella, un piano, vestigio de los tiempos del cine mudo, cuando las funciones se acompañaban de improvisaciones en el teclado. Aquellos viejos instrumentos jugaron un papel importante en el enriquecimiento de los propietarios de los cines —Odeón, Rex, Royal, Capitolio, entre otros—, en los que varias generaciones de pianistas acompañaron las películas de Charlie Chaplin, de Laurel y Hardy, de Buster Keaton y otros actores admirables, gracias a los cuales el público abarrotaba las salas. Cuando a mediados de los años treinta el cine hablado desplazó al mudo, los propietarios se vieron forzados a renunciar a los servicios de los pianistas, pero conservaron los pianos, que durante años permanecieron en los escenarios, abandonados como reliquias.

Los sofiotas de todos los extractos sociales adoraban el cine. Eran los primeros en enterarse del argumento y del elenco de cada producción y confiaban siempre en que se tratara de una obra maestra. En realidad, en aquella época, a diferencia de ahora, la

creación de obras maestras en el cine no era tarea imposible. El cine era objeto de culto y los actores cinematográficos eran considerados demiurgos. El círculo de cinéfilos era enorme y, la verdad, las salas de cine se constituían como auténticas comunidades democráticas: en los palcos se mezclaban damas de la nobleza y sus hijas con estudiantes, ricos comerciantes y altos empleados; en las butacas se podían ver obreros, estibadores y jóvenes sirvientas cuya ocupación predilecta era comer pipas de girasol en compañía de una amiga o, con un poco de suerte, de un soldado de permiso.

En el cine Rex también proyectaban viejas películas mudas. El local era enorme, pero resultaba pequeño ante la cantidad de los deseosos de ver cine. El propietario no estaba en condiciones de conseguir siempre las últimas novedades y los tiempos que corrían obligaban a algunas restricciones. La censura prohibía las últimas películas estadounidenses y, por supuesto, también las soviéticas. Se daba preferencia a los musicales, lo cual hacía que el repertorio no se distinguiera demasiado del Odeón.

Para hacer frente a la situación, el señor Bélev, el propietario del cine Rex, se las apañaba proyectando sin cansancio viejas películas mudas que la gente iba a ver mil veces sin aburrirse. Y era entonces cuando llegaba la hora de los pianistas.

Bélev solía contar casi siempre con la jovencísima Amalia. Aquella muchacha no solo tenía el don de seguir el ritmo de la película sino que además disfrutaba tocando el piano —disfrutaba, como decía el público, «de corazón»—, era muy guapa, una belleza que al terminar la película todos podían admirar cuando Amalia saludaba delante de la gran pantalla con una reverencia. Bélev, que tenía sus cuarenta y cinco años, se había enamorado de la joven, pero ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Nunca hablaban. Ella, al recibir su jornal, apenas decía un «gracias» con un débil hilo de voz.

Amalia estudiaba piano en el conservatorio de música y quería ser concertista. Se sorprendió cuando le avisaron de que tenía que dejar las clases para acatar cierta ley que prohibía a todos los jóvenes judíos cursar estudios superiores. Huérfana, vivía con sus tíos, la hermana de su madre y su marido, el hombre más manso y bueno que Amalia conocía. Querían a Amalia como a su propia hija, ya que no tenían descendencia. Buby Chorbadzhiyski era comerciante, pero en los últimos tiempos no le estaba yendo nada bien. Cuando Amalia le dijo que la echaban del conservatorio, enrojeció de cólera, cogió su abrigo y se dirigió al bufete del hijo de su amigo Marínov.

El joven abogado lo escuchó, pensó un poco y comentó:

—Buby, no se me ocurre otra cosa que sugeriros que adoptéis a Amalia.

Chorbadzhiyski se sorprendió:

—¡Yo siempre la he considerado hija mía! Y, al no tener más herederos, no creí que fuera necesario adoptarla.

—El problema es su apellido. Debéis cambiárselo.

—¡Qué barbaridad! ¿Quiere decir eso que si cambiamos Shekerdzhiyska por

Chorbadzhiyska, Amalia dejará de tener problemas? —preguntó sin dejar de temblar de indignación, pero, al haber dado con una solución, poco a poco fue tranquilizándose, aunque entonces añadió—: ¿Y cómo la vamos a adoptar a los veintiún años?

—¿Ya los ha cumplido?

—Los cumple en mes y medio.

—¡Estupendo! Formalmente todavía tiene veinte años.

Dicho y hecho. Amalia cambió las dos primeras sílabas de su apellido y así pudo seguir dando clases en el conservatorio, tocar en el cine de Bélev y dar paseos con su amiga Nevena, que solía esperarla después de las funciones. Solían entrar en alguna confitería para tomarse un pastel y una taza de infusión de rosa silvestre.

Ya se sabe, lo que está escrito tiene que suceder. A pesar de que pudo evitar los sinsabores que le deparaba su apellido judío, Amalia terminó buscándose los mismos problemas de los que creía haber escapado, porque una tarde, al salir del cine Rex, se encontró con Jacques y se enamoró perdidamente de él.

Amalia no dudó de que aquel encuentro fuera casual, pero lo cierto era que hacía tiempo que Jacques había reparado en la joven que tocaba el piano en el Rex, y siendo él un hombre espontáneo y abierto no le fue difícil acercarse a aquella muchacha que tanto le gustaba.

Amalia se sorprendió cuando un joven simpático, de mediana estatura, con la boina calada hasta las cejas, se acercó a ella:

—Señorita, toca usted estupendamente bien el piano. ¿Cómo puede recordar todo de memoria? Ya es la tercera vez que la escucho y no deja de sorprenderme.

Amalia se sonrojó, pero no se opuso a que el joven de la boina la acompañara casi hasta la puerta de la casa de los Chorbadzhiyski. Era una tibia tarde primaveral de finales de abril y ninguno de los dos tenía ganas de regresar a casa.

Lo que pasó en los siguientes meses fue sencillo e ingenuo, ligero y único como son ligeros y únicos los amores de los seres de conciencias inmaculadas como Amalia y Jacques.

Casi todas las tardes, él, escondido en el portal de algún edificio cercano al cine, esperaba que terminara aquella sesión para acompañarla a casa. Por prudencia, recorrían cada vez itinerarios diferentes. Iban cogidos de la mano y se besaban en los rincones más oscuros. Amalia abrazaba el cuello de Jacques, entreabría los labios y se quedaba quieta. Jacques primero la besaba suavemente en los delicados labios, luego su lengua penetraba impaciente en su boca, buscaba sus labios, sus brazos rodeaban la frágil cintura de la chica. La estrechaba con fuerza, esperaba que ella se diera cuenta y respondiera a sus urgencias amorosas. Amalia aceptaba los besos, dejaba que su mano se deslizara furtivamente por sus pechos, pero lo rechazaba sin brusquedad siempre que trataba de atraerla aún más cerca para hurgar entre los pliegues de su falda. Regresaba alterada a casa, se alisaba el cabello, trataba de evitar la mirada suspicaz de su tía.

Una tarde de junio Amalia se preocupó al no ver a Jacques a la salida del cine. Dio unas cuantas vueltas por los alrededores y se encaminó lentamente hacia casa. No había recorrido ni cien metros de distancia, cuando percibió a sus espaldas unos pasos apresurados. Por poco grita de la alegría al ver a Jacques, quien la condujo rápidamente a la sombra de un edificio cercano y le tapó la boca con la mano.

—¡Perdóname, Amalia querida! —susurró en su oído—. No podremos vernos durante un tiempo.

Ya le había contado su fuga del campo de trabajo, pero le había ahorrado los detalles de su vida supuestamente «clandestina». El problema al que se enfrentaba era que al parecer quienes le habían dado cobijo estaban metidos en asuntos turbios. Evitaban hablar mucho en su presencia, pero Jacques sospechaba que estaban relacionados con el incendio de unos depósitos. Tenía que desaparecer de aquel piso y quizá también de la ciudad. Los demás «clandestinos» que vivían con él ya se habían largado a otros refugios, pero en esa ocasión habían dejado a Jacques que se las apañara solo. Dudó algún tiempo antes de llamar a Robert. Su amigo le prometió alojarlo temporalmente en casa de un joven abogado apellidado Marínov.

Amalia se quedó petrificada. No sabía cómo reaccionar. Estaba tan acostumbrada a los paseos nocturnos que no podía imaginarse la vida sin ellos. Nunca habían hecho planes, todo era tan poco claro, tan confuso: simplemente disfrutaban de sus encuentros. No le había dicho nada a nadie, ni a sus tíos, ni siquiera a su mejor amiga Nevena. Sintió miedo.

—Esto no va a durar mucho, ya verás —Jacques trató de infundirle ánimos—. Volveremos a pasear juntos: de noche, por la tarde y también en pleno día. ¡Te lo prometo!

Amalia lo abrazó impulsivamente y hundió la cara en el pecho de Jacques, él cogió con ambas manos su pequeña y hermosa cabeza y la miró largamente a los ojos almendrados. ¡La sentía tan cercana! Buscó sus labios, pero fue ella quien lo besó primero. Se apretaba contra él como tratando de impedir que se fuera.

—Ven —dijo Jacques.

Cerca de allí había una entrada abierta que conducía al patio de un viejo edificio. Dos gatos, perturbados por la pareja de enamorados, les cedieron su escondite y se escurrieron entre sus pies con maullidos estentóreos. Amalia, apoyada en el muro desconchado, atrajo a Jacques hacia sí. Él la besaba con delirio, sin pensar en nada, mientras la chica lo alentaba con la intuición infalible a la que recurre toda mujer inexperta en el amor cuando desea al hombre que está a su lado.

Se amaron a la intemperie, en un patio trasero de Sofía. Así, a pesar de todas las circunstancias en contra, concibieron a Lora.

Entre las amigas y conocidas de su edad, Lora fue la que primero conoció el amor. La hija de Jacques desarrolló el instinto amoroso desde muy pronto. Mientras las demás niñas jugaban a las muñecas o se pintaban las uñas con el esmalte rojo de sus madres en secreto, Lora prefería jugar con los chicos. Desde los cinco años tenía amiguitos con los que pasaba el día entero en el patio o en la calle. En cuclillas, los culetes casi tocando el suelo, permanecían horas enteras observando el lento deslizarse de un gusano o de un caracol.

Por aquel entonces Lora vivía con sus padres en la primera planta de un sólido edificio de dos alturas que les había dejado su tío Jacob. En las habitaciones había grandes chimeneas decoradas con lozas de colores —verde claro, azul, amarillo...— que casi llegaban a los techos de cuatro metros de altura. Delante de cada chimenea, había un sitio calentito y acogedor para sentarse. Lora, como un gatito, se acomodaba allí para ver las ilustraciones de algún libro infantil cuando en la calle nevaba y hacía frío.

Lora y los niños de su edad crecían en tiempos extraños. Los mayores estaban confundidos y asustados ante la avalancha diaria de acontecimientos imprevisibles y perturbadores. Se organizaban manifestaciones y protestas, se asaltaban fábricas y almacenes, se expropiaban las propiedades de la gente rica: todo aparentaba una participación social masiva. Reinaba la locura y así, al parecer, se luchaba contra la explotación burguesa del pueblo. Desaparecía gente sin dejar huella, mientras otra era sometida a la farsa de ruidosos juicios públicos. Se instigaba a los ciudadanos a tomar parte activa en la defensa del nuevo régimen. La negativa se tomaba como muestra de inconformidad o rechazo. Había gente que participaba en aquellos espectáculos de propaganda a veces por miedo, otras por interés, pero la mayoría trataba de alejarse de aquel desbarajuste.

Jacques y Amalia suponían que todas aquellas actividades se planeaban en algún lugar secreto, sin el conocimiento ni la aprobación de los ciudadanos de a pie, pero se asustaron de veras cuando se dieron cuenta de que la segunda planta de la casa en que había nacido Lora era uno de esos lugares. En los últimos meses se reunían allí unos señores taciturnos, con boinas caladas hasta las cejas. Aparecieron un día de improviso, acompañados por un miliciano, le mostraron a Jacques un impreso con varios cuños y ordenaron que en veinticuatro horas desalojaran la segunda planta. No había muchos muebles, pero allí estaba el piano y unos cuantos sillones en donde los

alumnos de Amalia esperaban su turno para las clases. Jacques le propuso que bajaran el piano al dormitorio, pero ella se negó: decidió dejar de tocar el piano mientras la casa estuviera ocupada por aquellos hombres de boinas grises.

No vivían allí, solo acudían a sus reuniones. Venían por separado o en parejas, bajaban de un automóvil, permanecían en la casa unas horas y después se iban. No saludaban a nadie ni trataban a los vecinos del barrio, tampoco se quitaban las boinas. Cruzaban el jardín con cara de pocos amigos, nunca miraban a la niña que los saludaba amablemente sin disimular su curiosidad. A diferencia de sus padres, a Lora no le inquietaba la presencia impuesta de aquellos señores. En su imaginación infantil aquellos hombres adquirirían un cariz misterioso, casi romántico.

Lo mejor de la casa era el gran jardín donde la niña podía jugar a sus anchas. Jacques fabricó un columpio especialmente para ella. En el fondo había un anexo, una especie de casita de una planta antaño destinada al servicio donde por entonces se alojaba la familia de un amigo de su tío, cuyo hijo de seis años, Izi, acompañaba a Lora en sus juegos.

A pesar de haber nacido en la gran casa de su tío, Lora no sentía una relación emocional con aquel lugar. Siempre tuvo la sensación de estar allí de paso. Su percepción del tiempo no difería de la de los demás niños, para quienes la noción de «mañana» casi equivalía a la de «dentro de cien años». La niña odiaba la palabra «mañana»: si deseaba algo, deseaba tenerlo en el acto. Cuando le pedía a su madre que la llevara a casa de Eva para que jugaran juntas en el piso grande y lujoso de los Marínov y su madre le contestaba «Iremos mañana», a Lora le parecía que la visita se aplazaba una eternidad. Le gustaba aquel piso bien ordenado, donde todo estaba colocado en su lugar, como para trascender en el tiempo, tan distinto a su propia casa, donde sus padres y ella vivían con el vago presentimiento de que pronto tendrían que mudarse. Quizá la sensación de transitoriedad se debiera a la ausencia de cortinas o a la escasez de muebles en las habitaciones. Jacques y Amalia apenas habían llevado enseres domésticos ni mueble alguno. El piso era espacioso, pero poco confortable. El lugar más inhóspito era la enorme cocina, una estancia mal iluminada, a la que Lora evitaba entrar temerosa de perderse. En realidad, allí solo entraba su madre y solo lo hacía para cocinar en un hornillo a pesar de disponer de una gran estufa. Nunca la encendían, ahorraban el carbón y la leña que recibían racionados para la chimenea de lozas amarillas de la habitación donde dormía Lora y su madre allí mismo servía la comida en una mesita de madera. En el resto del piso hacía demasiado frío.

De vez en cuando los visitaba su tío Jacob. Siempre le llevaba una golosina. No desaprovechaba la ocasión de decirle a su madre:

—Tenéis que buscaros otra casa. No sabemos qué va a pasar aquí.

Evidentemente, el hermano de su padre temía a los hombres de las boinas y prefería no toparse con ellos. Al irse, solía darle a Lora un fuerte pellizco en la mejilla que naturalmente a ella no le gustaba nada, pero por más que la pequeña

tratara de escaparse, su tío siempre la pillaba. Insistía en despedirse de todos, como si pasara revista a la familia de su hermano menor, de cuyos asuntos se sentía responsable. A sus seis años, el mundo de la pequeña Eva comprendía el gran jardín, las baldosas que se alineaban ante el anexo, donde jugaba con Izi, y la acera de enfrente, escenario de los acontecimientos del mundo exterior. A pesar de que el barrio y la calle eran muy tranquilos, tenía que pedirle un permiso especial a su madre para emprender la aventura de cruzar la calle.

Justo frente a su casa había una imprenta pintada de amarillo. El personal, mujeres en su mayoría, salía a mediodía al sol, sacaban su comida envuelta en papel de periódico, tomaban *bosá*^[15] y conversaban en voz alta. A veces regalaban a Lora restos de papel de colores —azul, amarillo, verde, rojo— en el que a ella le encantaba recortar figurillas.

Al lado de la imprenta estaba el taller de reparación de paraguas de Eliézer. Se trataba de un local diminuto, pero acogedor. Eliézer reparaba los paraguas de los vecinos del barrio, cada familia disponía por lo menos de uno y, como los paraguas entonces eran muy caros, el oficio de Eliézer no corría el peligro de desaparecer. Todos los días, sobre las cinco, al taller entraba Sarah, la esposa de Eliézer. A diferencia del artesano, siempre cordial y sonriente, a Lora no le caía nada bien Sarah porque siempre estaba de mal humor. Aquella señora llevaba el pelo, canoso, recogido en un moño bajo del que escapaban varias greñas. Los vestidos de seda le sentaban mal porque resaltaban la enormidad de su figura. Hablaba a gritos con su esposo y a gritos no dejaba de impartirle órdenes todo el tiempo. Al no tener hijos, Eliézer se había convertido en un tipo bonachón e ingenuo al que su propia esposa trataba como si fuera un hijo desobediente que podía decepcionarla de un momento a otro. A Lora le gustaba ir al taller de Eliézer, pero evitaba encontrarse con Sarah.

Al lado del taller de paraguas, en la vieja casa de tres pisos, vivía la familia Benbassat, cuyo hijo Yozhi^[16] tenía fama de ser el más melindroso de todo el barrio. Yozhi le llevaba a Lora dos años. A los ocho ya sabía leer, escribir y contar. Lora lo miraba embobada cuando él, engreído, le explicaba algunas sutilezas de las tablas de multiplicar que estaba estudiando en el cole. A cambio, la niña lo ayudaba de buena gana a librarse de la merienda. Cuando Lora ya no podía dar un bocado más, tiraban las rebanadas al patio, con la esperanza de que los gatos callejeros destruyeran las pruebas del crimen, pero como los gatos callejeros también estaban hartos de aquellas meriendas de Yozhi, a veces las rebanadas yacían en el suelo a merced de las hormigas y las moscas. Lora no olvidaría jamás el escándalo que montó la madre de Yozhi el día que encontró en el patio toda su merienda, dos rebanadas de pan untadas con paté de pescado, galletas duras con un huevo batido y azúcar encima que se llamaban *château*. Para salvar al pobre de Yozhi, Lora inventó una complicada trama protagonizada por ella misma en la que se culpaba de aquel incidente. Con tantas exageraciones, el relato resultó ser increíble. A Yozhi lo castigaron duramente: lo encerraron en casa toda una semana. Lora estaba consternada. Aquella debió de ser la primera pena de amor que sufrió en su vida. Anduvo triste toda la semana, salía a la acera de su casa y miraba las ventanas del tercer piso de la casa de enfrente para ver la cara afligida de Yozhi, que fingía soportar con indiferencia el castigo y simulaba no advertir los esfuerzos de Lora por hacérselo más llevadero. Cuando su tío les hizo la visita de los viernes y le hizo la pregunta estúpida de siempre que ella esperaba con hastío: «Dime, ¿a quién quieres más, a papá o a mamá?», sin pensarlo dos veces Lora contestó: «¡A Yozhi!». Su madre la miró con sorpresa. El tío le pellizcó la mejilla. Lora puso cara de dolor y se frotó ostensiblemente la mejilla. No estaba dispuesta a aguantar más los abusos de los mayores.

Yozhi soportó su castigo hasta el final, sin que le perdonaran, tras lo cual reanudó los juegos en la calle. Lora se moría de ganas de hacer algo grandioso por él: regalarle un caracol del jardín, recoger moras del árbol o subir con él a un edificio semiderruido que estaba bastante cerca de allí. La fortuna le sonrió.

En la puerta del jardín llevaba varios días estacionado un automóvil negro y brillante: un Fiat descapotable con parachoques niquelados. Se trataba de una rareza que pocas

veces se podía ver por aquel barrio. Cuando paseaban por la acera, todos los vecinos giraban la cabeza para seguir contemplando con curiosidad el coche que en determinadas horas estacionaba delante de la casa. Un hombre medio calvo, siempre malhumorado, vestido con traje gris, bajaba del coche y cruzaba con paso seguro el jardín y subía a la segunda planta, donde se reunían los hombres de las boinas. En cuanto aparecía el Hombre Gris, como lo había apodado Lora, el personal de la imprenta se apresuraba a recogerse, mientras que Eliézer cerraba la puerta del taller, que normalmente permanecía abierta para que entrara el aire y el artesano pudiera observar la vida en la calle.

Lora no conseguía despegar su mirada de los parachoques brillantes de aquel automóvil. Yozhi asomó en la otra acera. Sí, era el momento más oportuno: lo llamó por señas y con sigilo para que se acercara. El niño le obedeció sin dejar de mirar a todos lados. Nunca habían subido en un automóvil. Lora le expuso rápidamente su plan: se sentarían en el parabrisas niquelado de atrás y, cuando el coche arrancara, darían un paseo. La tentación era enorme y Yozhi aceptó enseguida. Los latidos del corazón de Lora se aceleraron cuando el hombre, sin reparar en ellos, puso en marcha el motor. El coche tembló y tuvieron que agarrarse con fuerza al parachoques para no caerse. El coche cogió impulso y se precipitó por la calle con una rapidez que a Lora le pareció extraordinaria. El pavimento de la calle rodaba bajo sus pies. Vio la expresión aterrada de Eliézer que, paralizado en la puerta de su taller, agitaba desesperadamente los brazos para que se detuviera. El corazón de Lora se le salía por la boca, mientras Yozhi gritaba horrorizado:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me voy a caer! ¡Me voy a caeeer!

Como entre sueños, Lora oyó los chillidos de su amigo y gritó:

—¡Salta, imbécil! ¡Salta!

Los dos rodaron por el pavimento. Lora sintió un dolor agudo en la rodilla. Se oía el griterío de la gente que se acercaba corriendo. A unos cincuenta metros de distancia el automóvil disminuyó la marcha, se detuvo un instante. El Hombre Gris miró por el retrovisor, hizo un gesto despreocupado con la mano y volvió a arrancar.

Yozhi lloriqueaba a su lado mirando los rasguños en sus piernas. El dolor de la rodilla de Lora se agudizaba y su codo sangraba.

Como enloquecidos, por la calle corrían Eliézer y la madre de Yozhi.

—¡Ella! ¡Todo ha sido por culpa de ella! — gritaba Yozhi señalándola con el dedo índice.

La madre de Yozhi tuvo el impulso de darle una bofetada a la niña, pero Eliézer detuvo su brazo:

—Creía que a Sarah era a la única a la que no le gustaban los niños. ¡Vuelve en ti, Rosa! ¡Qué vergüenza!

Rosa cogió a Lora de la mano y la llevó a su casa. Ella no salía de su asombro cuando le dijo a su madre:

—Lo he visto todo. Los niños no tienen la culpa. Estaban sentados en el

parachoques cuando ese tipo entró en el coche y arrancó. Los niños no lo vieron. ¡Imagínate, arrancó sin más!

Aquella fue la primera desilusión amorosa de Lora. Le había regalado a Yozhi una aventura sin igual, pero él no solo había demostrado ser un cobardica sino también un traidor. Después de aquel percance, Yozhi ya no conseguiría impresionarla con sus conocimientos ni con sus preguntas inesperadas: «¿Cómo se llama la capital de Australia?» o «¿Cuánto es siete por ocho?».

Guardó para sí el recuerdo de aquel minuto en que volaron en el parachoques del automóvil mientras a sus pies el pavimento corría en dirección contraria; una vivencia increíble que transformó su existencia sin que ella se diera cuenta.

Aquel verano en Tel Aviv fue muy seco y caluroso. Los cristales de las ventanas estaban tapados con los toldos y las celosías que parecían multiplicarse en todos los edificios de la capital israelí. Aquellas construcciones toscas y feas, al estilo Bauhaus de los años cincuenta, resultaban ser muy prácticas. Las grandes cajas metálicas de los aires acondicionados bajo las ventanas reforzaban la uniformidad de la arquitectura de la ciudad, caracterizada por su utilidad y por la misma aspereza castrense que dominaba el resto de la vida de los colonos, dispuestos a todo por su nuevo Estado.

Aunque el calor no desanimaba a la gente a caminar o ir de compras a los pintorescos mercados o al moderno centro comercial Diesengoff, la mayoría prefería pasear bajo la brisa fresca por el ancho malecón. La playa de Tel Aviv, que llegaba casi a la vía principal de HaYarkon, nunca quedaba desierta: desde el amanecer hasta muy entrada la noche estaba llena de gente de todas las edades que se refrescaba en las aguas saladas del mar o en los numerosos bares.

Era domingo, día laborable en Israel, pero Liat prefería permanecer en casa en vez de ir a trabajar al Clínico Universitario. Le había pedido a su jefe dos días libres. Liat era su mano derecha y en el laboratorio estaban hasta arriba de trabajo por los encargos extraordinarios que les había hecho el Instituto Weizmann, pero cuando le dijo que iban a operar a su marido del corazón, su jefe se mostró comprensivo y le firmó la licencia, eso sí, sin mirarla: aunque fuera por motivos serios, le molestaba que se ausentaran sus colaboradores más cercanos. Liat no era remilgada: había superado todas las pruebas de los *olim*, los colonos, unas pruebas que le enseñaron a controlar y disimular sus sentimientos. A veces, pocas veces, la verdad, se preguntaba si le quedaba algún sentimiento o, mejor dicho, algún sentimiento íntimo. Sin duda, en ella predominaba el sentido de la responsabilidad. Todos sabían que podían contar con ella, Yozhi, sus hijos, sus padres cuando todavía vivían, sus compañeros de trabajo... Toda su vida, la suya y la de los suyos, estaba reglamentada por el sentido de la responsabilidad, un sentimiento obligatorio y universal en todos los colonos. Cada uno cumplía sus obligaciones con fanática dedicación, contaba con el apoyo de los demás y viceversa; estaban unidos por una solidaridad castrense: abandonar las filas, aunque fuera poco tiempo, significaba bajar la guardia y eso no solo exigía mayor esfuerzo de los demás, también los dejaba expuestos. Nadie se lo permitía. Y así se explicaba el desagrado con que su jefe le dio esos días libres. Ella no le

guardaba rencor, porque era lógico que reaccionara así y la verdad es que se llevaban bien.

La ocasión era realmente especial para Liat. Se trataba de Yozhi. Al día siguiente tenía que ingresar en el hospital para que le pusieran un *by-pass*. Su marido llevaba un año con problemas cardiacos, se fatigaba, su propia debilidad le irritaba. Le afectaban el clima, la tensión que tenía que soportar en el trabajo, la preocupación constante por el bienestar de su esposa y sus hijos. De noche Yozhi se despertaba por culpa de los latidos acelerados y estruendosos de su corazón.

Liat y él estaban sentados en la terraza de su piso, a la sombra de un toldo, para disfrutar el frescor apenas perceptible de la brisa que les llegaba del mar. Desde allí se vislumbraba una diminuta mancha azul. Liat exprimió en unos vasos escarchados zumo de naranja con unas gotas de limón y mucho hielo. Mientras lo sorbían lentamente con sus respectivas pajitas, Yozhi mantenía el periódico abierto en las rodillas, una buena coartada para no tener que conversar. Liat lo observaba discretamente tratando de adivinar sus pensamientos. Aunque se conocían desde niños y habían crecido en la misma calle —casi como si fueran familiares—, el silencio de Yozhi la inquietaba. Sospechaba que su marido tenía miedo, pero no quería compartirlo con ella.

Los Benbassat se habían asentado en Israel poco antes de que Lora-Liat empezara a ir al colegio. Recordaba el día en que Rosa Benbassat llamó a la puerta de su casa para despedirse. A Lora le extrañó ver a la madre de Yozhi con un sombrero que le hacía tener un aspecto tan solemne como absurdo. Llevaba a Yozhi de la mano. Vestido con camisa azul y pantalones negros con tirantes, el niño iba recién peinado, todavía tenía el pelo algo húmedo. Su comportamiento también era raro.

—Nos vamos mañana, Amalia —dijo Rosa con una entonación poco natural, como si pidiera disculpas.

—Al final os habéis decidido —contestó su madre.

—¿Adónde os vais? —curioseó Lora.

Su madre se adelantó:

—Se van a Israel, tesoro.

—¿Yozhi también? —se sobresaltó la niña, temerosa de perder a su amigo.

—¡Por supuesto! —respondió Yozhi dándose ínfulas, como si él mismo hubiera participado en dicha decisión antes de aclarar—: Mañana nos vamos a Varna y de allí viajaremos en barco a Haifa.

«¡Presumido! —se molestó Lora—. ¡Quiere darme envidia por ir en barco!»

Los cambios que se habían producido en el barrio en los últimos tiempos preocupaban a Lora. Primero su amiguito Izi —el niño de la casita del interior del jardín— anunció orgulloso que no iría al colegio. A finales de agosto, Lora ya tenía preparados los manuales para su primer año de estudios y siempre había imaginado que Izi y ella irían juntos a la escuela que estaba cerca de su casa. Izi le explicó que iría al cole en Israel. Una semana más tarde vio que Eliézer clavaba tablas de madera

en las ventanas y en la puerta de su taller de paraguas.

—¿Te vas, Eliézer? —preguntó Lora y entonces cayó en la cuenta de que las vacaciones de verano estaban a punto de terminar y Sarah todavía no había ido al balneario donde decía que le curarían las rodillas.

El viejo le acarició la cabecita, sin contestar. Y ahora se iba Yozhi también. ¿Qué mosca les había picado a todos?

—Ah, ¡qué lástima! —dijo Lora con fingida serenidad—. Te perderás el simulacro de incendio. Dicen que todos los bomberos llevarán cascos de verdad y que solo Zajarchuk se lo quitará para mostrar su cráneo de metal.

Zajarchuk era un bombero legendario. Después de haber sufrido un accidente en un incendio, lo sometieron a una operación quirúrgica muy complicada y se decía que la mitad de su cráneo era de oro puro. Los niños se morían de ganas de verlo, pero él nunca se quitaba el casco ni el sombrero.

Lora disfrutó del efecto que sus palabras causaron en Yozhi, que se apagó unos segundos, pero debió acordarse del barco que los llevaría a Haifa, porque acto seguido volvió a inflarse y, ceremonioso, le dio la mano a la madre de Lora. Intentó hacer lo mismo con Lora, pero vaciló. La niña se dio cuenta de la importancia del instante, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Yozhi miró alelado a su amiga, pero pronto volvió en sí y le devolvió el beso. Se despidieron. Para quince años.

La casualidad los reunió tres años después de que Lora y su familia emprendieran a su vez el viaje en barco a Haifa. Ella se había olvidado por completo de Yozhi. O eso creía. Le alegró ver a su antiguo amigo. Poco después se casó con él sin pensárselo demasiado. Tenía la sensación de regresar a la calle de la imprenta y del taller de paraguas, a aquella infancia y adolescencia tuyas tan queridas.

Liat no podía conciliar el sueño tratando de prever todos los detalles del día siguiente. Tenían que estar en el hospital a las siete y media de la mañana. Advirtió a sus hijos que no hacía falta que los acompañaran, no quería que los preparativos de la operación los asustaran. Prefería que fueran después de que todo terminara. Se imaginaba entrando con ellos en la habitación y a Yozhi, desde su cama, saludándolos sonriente. Confiaba en que todo saldría bien. Se daba cuenta de lo mucho que significaba Yozhi para su familia. Había dedicado toda su vida, día tras día, a asegurarles a ella y a sus hijos paz y bienestar. Se culpaba a sí misma por no haberlo querido lo suficiente, por no haber experimentado nunca con él «aquella locura», excepto, tal vez, cuando le instó a que montaran juntos en el parachoques del automóvil negro, y Yozhi, muerto de miedo, se desgañitaba: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me voy a caer! ¡Me voy a caeeer!». Nunca más volvió a escucharlo pedir socorro, nunca más se arriesgó a caer. Yozhi era un hombre hecho y derecho; para él, como cabeza de familia, no había nada más importante que su mujer y sus hijos.

Después de enumerar mentalmente todos los méritos de su esposo, Liat pensó en lo problemático que era aparcar el coche cerca del hospital. A esa hora iba a costarle encontrar un sitio. Precisamente al día siguiente Yozhi no debía cansarse ni esperar mucho tiempo. Tenía que ahorrarle cualquier emoción. Por un instante le pareció que había hecho mal en no contar con sus hijos: Michael podría ocuparse del coche, mientras ella acompañaba a Yozhi. Entre sueños, su esposo murmuró algo ininteligible, se removió en la cama y tiró de la manta con los pies.

«¡Pobrecito! —pensó Liat—. No lo tiene nada fácil, aunque nunca lo reconoce.»

Finalmente se durmió.

«¡Víctor!», llamó una voz alta y clara en su sueño. «¡Víctor!», volvió a gritar la voz, resonando como una campanada en su cabeza.

Escuchó el nombre con tanta nitidez que se despertó temblando y se sentó en la cama. Miró a Yozhi dormido profundamente a su lado. ¿Habría oído la voz? El corazón pujaba por salirle de la boca. La había oído con tanta nitidez que instintivamente miró a su alrededor. En la habitación no había nadie más que ellos dos. Una luz azulada se colaba por las celosías de la ventana. Dentro reinaban el silencio y la calma.

Nunca le había contado a Yozhi nada sobre Víctor. El recuerdo de su primer amor era más intenso que los recuerdos que guardaba de su infancia en la calle de la

impresión. Había luchado años para erradicarlo, trató en vano de olvidar tanto la dulzura como el desengaño, pero ni el matrimonio, ni los estupendos hijos que tenían, ni sus propios logros profesionales le hicieron olvidarlo. Víctor había echado raíces en lo más profundo de su alma como un secreto vergonzoso, como una deuda pendiente con ella misma. ¿Por qué nunca le había contado nada a Yozhi de Víctor? ¿De qué Víctor? ¿De aquel a quien amó o de aquel que se le reveló al final? ¿Podía confesarle a Yozhi que el recuerdo de Víctor la había seguido a miles de kilómetros durante tantos años, que lo encontraba entre los transeúntes de las calles de Tel Aviv, en la profunda voz de algún locutor de la televisión o que el aroma de una hierba hindú que él añadía a su colonia la había hecho recorrer todas las tiendas orientales del Shuk HaCarmel? ¿O hablarle del otro Víctor, cuyo lado oscuro no se le reveló hasta justo antes de partir...?

Lo primero que se le ocurrió al encontrar a Yozhi en Tel Aviv fue: «No se parece en nada a Víctor», pero enseguida rectificó diciéndose: «¡Menos mal!». Aquellos dos hombres eran muy distintos. Yozhi no tenía la sonrisa misteriosa de Víctor, sino que reía a carcajadas y de corazón, mostrando la blancura de sus dientes. No le hacía la corte a Liat ni la seducía como hacía Víctor cada vez que la encontraba, sino que la trataba de igual a igual, como a una compañera con la que estaba dispuesto a compartir su agua y su pan, también su lecho, todo.

Su matrimonio con Yozhi, su amigo de la infancia, era feliz y tranquilo. Tenían dos hijos maravillosos. ¿Por qué seguía acordándose de Víctor entre sueños? Tal vez la voz que gritaba aquel nombre desde su pasado era la voz de su conciencia intranquila que ella había tratado de adormecer en vano. Acaso la voz le exigía confesarle a Yozhi su gran pecado: que el recuerdo de Víctor no la dejaba en paz, que se colaba con insidia en sus pensamientos y no la abandonaba ni siquiera cuando dormía junto a él.

«¡Dios mío! ¡Ojalá mañana todo salga bien! Prometo no volver a pensar nunca más en Víctor. ¡Que Yozhi regrese sano y salvo a casa! Prometo quitarme de encima este cargo de conciencia contándoselo todo a Yozhi. Por favor, Señor, ¡ten piedad de nosotros!»

El resto de la noche Liat la pasó en vela. Por la mañana se preparó un café muy cargado. Yozhi debía ir en ayunas. Se fueron al hospital con los ánimos relativamente altos.

De Víctor no quedaba ni rastro. O al menos eso parecía.

Lora estaba en la esquina del patio de recreo de su escuela. Apretaba nerviosa entre sus manos la boina del uniforme escolar. Su corazón latía apresurado. A principios de noviembre, las lluvias no habían comenzado y las hojas amarillas y anaranjadas de los castaños tapizaban la calle, suavizaban los pasos y creaban un ambiente entrañable y familiar en toda la ciudad.

Lora estudiaba el último curso del instituto con una media de excelente y nadie dudaba de que fuera a ir a la universidad. No sabía qué carrera escoger, si química o medicina. Para poder matricularse en ambas facultades eran necesarias notas sobresalientes y también buenas referencias de la Liga de Juventudes Comunistas, el Komsomol, pero lo cierto es que Lora no le daba la importancia que debía a dicha organización: militaba en ella por pura obligación, puesto que necesitaba buenos informes, pero por más que quisiera, no lograba disimular su espíritu independiente, su disgusto en las actividades multitudinarias ni su aburrimiento en las reuniones, también odiaba los desfiles y el trabajo «voluntario». Se negó rotundamente a cantar en el coro del instituto, razón por la que durante un cuatrimestre le rebajaron la nota de buen comportamiento. Nunca fue candidata a la asamblea de estudiantes de la escuela ni a delegada de clase. Le encantaba la gimnasia y a veces después de las clases se quedaba en la sala de deportes, pero cuando el profesor de educación física le propuso incluirla en el equipo de la escuela, Lora se negó. No le gustaba hacer nada por obligación y tampoco aprobaba la costumbre del profesor de manosear a las chicas mientras les enseñaba algunos ejercicios en las anillas o en la barra de equilibrio. Ya estaban a mediados del cuatrimestre y ella sabía que debía esforzarse para que le dieran buenos informes, de lo contrario sería imposible matricularse en ninguna de las dos carreras más prestigiosas y solicitadas de la universidad. Al finalizar el curso anterior, en la entrega de diplomas, la dirección de la escuela le regaló como siempre un libro, *Madre* de Gorki, que ella jamás leería, por prejuicio o por tozudez. Esa obra formaba parte de las lecturas obligatorias que Lora había desechado como una carga inútil. Llegó a casa con el libro sin haberlo abierto siquiera. Y fue su madre quien lo abrió y no pudo evitar el comentario:

—¿Has visto la dedicatoria? «A Lora por sus notas sobresalientes, deseándole que se integre con más bríos en las actividades del Komsomol.»

Era una alusión directa: Lora debía reaccionar. Entre sus compañeras de clases había alumnas privilegiadas: las hijas de guerrilleros, de antiguos presos políticos o

de funcionarios del Partido Comunista pertenecían a una aristocracia nueva ante la que se abrían todas las puertas. Zlatka, Stanka, Eleana no tendrían que someterse a exámenes de selectividad para matricularse en la universidad. Ellas no tenían que dar ni golpe porque heredaban los privilegios de sus padres, pero Lora tendría que echar codos para conseguir una plaza a la que optaban más de veinte personas. Aun así su situación era mucho mejor que la de Eva o la de Lisa, también alumnas de notas sobresalientes, pero víctimas de continuo hostigamiento en la escuela, la primera por las propiedades de los Marínov, la segunda por el encarcelamiento de Robert. Lora aspiraba a ejercer una profesión útil. No entendía el idealismo de sus amigas: sí, tocar el piano o el violonchelo era muy bonito, pero ¿qué provecho se podía sacar de aquello? ¿No era mil veces mejor curar a la gente o hacer algún descubrimiento científico que ayudara a toda la humanidad?

Su padre la apoyaba, pero su madre era de otro parecer. Amalia era feliz con Jacques y Lora, pero lo cierto es que había abandonado su sueño de ser concertista de piano para atender a su propia familia en aquella casa con jardín donde el piano terminó arrinconado y mudo. Allí no pudieron permanecer mucho tiempo: los hombres de las boinas grises no se contentaron con ocupar solo la segunda planta y la familia tuvo que alquilar un piso que estaba situado cerca de la casa de los Marínov. Los propietarios eran unos conocidos de Jacques que estaban haciendo los trámites para exiliarse a Israel. Amalia no disimuló su alegría por la mudanza. Volvió a dar clases particulares. Y con ellas no solo ayudó a pagar gastos sino que volvió a disfrutar interpretando sus piezas predilectas o enseñando a sus alumnos a penetrar en los misterios de Chopin, Schumann, Grieg y el resto de compositores que la apasionaban. Destinaba parte del dinero a las clases de inglés de Lora con la señora Mollova, una conocida de la familia que antes de la guerra había estudiado en el American College.

Naturalmente, entre todos los alumnos de su madre, a quien Lora más quería era a Lisa. Cuando eran más pequeñas, la hija de Robert recibía clases de piano con Amalia dos veces a la semana, pero desde que ingresara en la escuela de música sus encuentros se hicieron más espaciados. Lisa los visitaba una vez al mes para repasar con Amalia todo «el material» estudiado, como se decía en su jerga profesional. Lora adivinaba que Lisa se sentía como en casa por el nervio, la seguridad y los tonos cristalinos con que interpretaba las frases musicales que se oían desde la escalera e incluso desde la calle. Le encantaba escucharla tocar: Lisa tocaba con inspiración, irradiando vitalidad y energía. Lora se paraba en la puerta y entraba en la habitación solo cuando se extinguían los últimos acordes.

—¡Vuelve a tocarlo, por favor! —le pedía ella y Lisa, sin hacerse rogar, volvía a tocar la *Impromptu Fantasía* de Chopin.

Aunque no le gustaba reconocerlo, quizá por el sinnúmero de películas que su padre viera al acompañamiento del piano de su madre, Lora era una romántica. Lisa era un año mayor que Lora, pero la diferencia de edad se había borrado porque en la

escuela de música se estudiaba un curso más. Fue a la hija de Robert a quien Lora le confesó el terrible secreto de sus amores con un hombre diez años mayor. Lo conoció en casa de la señora Mollova, era su asistente, o algo así, y a veces la ayudaba con los alumnos. Él mismo manifestó su deseo de darle clases a Lora. Lo demás sucedió de manera espontánea.

El corazón de Lora dio un brinco cuando finalmente vislumbró la figura de Víctor al fondo de la calle. Iba con las manos en los bolsillos de su elegante americana de paño y debajo llevaba un jersey negro de lana. A pesar del frío de noviembre no llevaba abrigo, pero alrededor de su cuello ondeaba una bufanda roja que le daba cierto aire de artista. Se acercó a Lora, con pasos ligeros, como bailando, cogió sus manos congeladas que apretaban la boina, las acercó a sus labios y preguntó:

—¿Por qué estás tan congelada, bomboncito?

«Porque llevo media hora esperándote», estuvo a punto de contestarle, pero no lo hizo. Víctor le hablaba con unos diminutivos —«quesito», «pequeñita», «muñequita»— que la derretían y solían hacerle olvidar los terribles momentos de angustia y desesperación que vivía mientras lo esperaba. Él se quitó la bufanda y la envolvió en el cuello de Lora. Ella inhaló el aroma que impregnaba la lana. El perfume de Víctor tenía una nota exótica, un olor que entonces Lora desconocía. Abrazados, doblaron por la calleja vecina donde se encontraba la paradisíaca buhardilla de Víctor. Subieron con mucho cuidado para que no los oyeran los vecinos. La gran prueba era la última planta porque allí terminaba la escalera de piedra y empezaban unos peldaños de madera que crujían bajo los pies como si de un momento a otro se fueran a hundir debido a su decrepitud.

A Víctor le encantaba su buhardilla. Era su reino. Nadie utilizaba aquellos desvanes y Víctor había convertido dos de ellos en habitaciones bastante confortables. También había improvisado una cocina. El único inconveniente era que el baño se encontraba al otro lado del enorme espacio que se extendía bajo el tejado del edificio, donde hacía mucho tiempo hasta cinco familias habían llegado a tender todas sus coladas. En los últimos años nadie se ocupaba de mantener el tejado ni el resto del edificio. Para llegar al baño tenía que cruzar aquel espacio desagradable por donde se colaba el viento frío que soplaba en invierno o donde hacía un calor sofocante en verano. Cuando llovía, colocaba palanganas para recoger el agua. El edificio entero pertenecía desde hacía muchísimo tiempo al padre de Víctor, de quien lo único que se sabía era que se había perdido en el extranjero antes de que terminara la guerra. Los inquilinos actuales ni siquiera suponían que el hijo del antiguo propietario vivía en el desván. Según los planes urbanísticos, la casa sería derribada y, en su lugar, levantarían una construcción moderna. Víctor esperaba recuperar la propiedad sobre, como él decía, «una cueva en Kniázhevo», también una antigua propiedad de su familia. Quería vivir allí porque le horrorizaba la posibilidad de habitar uno de los pisos uniformes de paneles prefabricados que crecían como hongos en las afueras de la ciudad. Vivía como un monje principesco.

Lora ansiaba alcanzar el último escalón cuanto antes. Sin detenerse, un poco jadeante, subió los cuatro pisos a todo correr y se detuvo en el último rellano. Se arrojó a los brazos de Víctor nada más cruzar el umbral. Él la besó largamente a pesar del viento frío que corría ululando bajo el tejado. Entre las tejas rotas se veían las estrellas, algo que no era inusual en las noches de noviembre. Ya dentro, se sentaron en la gran cama cubierta de mantas gruesas y suaves en que transcurría casi toda la vida de Víctor. Aquella cama le servía no solo para dormir sino también para trabajar. Los anaqueles de las paredes estaban repletos de libros y de diccionarios. Al lado mismo de la cama había una mesita con una máquina de escribir Erika. Para usarla, Víctor se sentaba en el borde de la cama y amontonaba a sus espaldas varias almohadas de colores que le servían de respaldo. Era traductor del inglés y la mayor parte del tiempo trabajaba en casa. También pasaba un par de horas en la editorial de cuya plantilla formaba parte, visitaba las bibliotecas o la única librería en el centro, concretamente en el bulevar del Zar, por entonces bulevar de Lenin, donde de tarde en tarde se podía comprar algún libro en inglés prologado en ruso. Precisamente en aquella librería, adonde Víctor la llevó después de una de sus clases, fue donde Lora perdió la cabeza por él.

Era la tercera o la cuarta vez que iban a la buhardilla donde el tiempo se les pasaba entre interminables caricias. Víctor la trataba con mucha ternura. Les gustaba besarse, pero también les gustaba conversar. Él tenía el don de la palabra, le hablaba de los libros en inglés que ella no podía leer porque sus conocimientos del idioma todavía eran muy rudimentarios. También le hacía muchas preguntas sobre su familia y parecía estar especialmente interesado en algunos detalles de la vida de su padre. Que un hombre tan extraordinario como Víctor se interesara por las experiencias de Jacques constituía todo un halago para Lora. Víctor se volvía todo oídos cuando le refería las aventuras de su padre en la «clandestinidad» o cuando le hablaba de su amistad con el abogado Marínov. Víctor decía que adoraba la música clásica y que se moría de ganas de oír a Lisa tocando el piano. Lora prometió encantada llevarlo a un concierto de su amiga.

Víctor fue a la cocina para calentar agua para el té. La preparación del té era un verdadero ritual para él, disponía de todo lo necesario para convertir aquella bebida en algo especial. Lora no sabía si se debía a tanta literatura inglesa o simplemente reflejaba su propia forma de ser, pero para ella tampoco eso era importante. Lo importante para Lora era que Víctor era un aristócrata inglés que dominaba hasta la perfección la ceremonia del té y que accidental y milagrosamente se encontraba junto a ella en aquel desván de un bloque de viviendas sofiota. Su príncipe llegó cargado con una bandeja donde había dispuesto dos tazas de té, un azucarero de plata y un hermoso platito de porcelana con distintas golosinas y la colocó a los pies de aquella linda estudiante de instituto.

Hablaron sobre Kipling, cuya lectura Víctor le había encargado en su calidad de profesor de inglés. Después Víctor se acercó más a Lora y acarició los largos rizos

negros que caían indómitos sobre sus hombros. La chica le besó la palma de la mano. Víctor la miraba absorto. Al rato le cogió la barbilla y la besó en los labios. Le acarició la rodilla, le quitó con cuidado los leotardos y subió su mano por el muslo. Su piel era suave y tersa. La mano llegó al vientre y ella se quedó quieta esperando. Víctor la miró expectante a los ojos. «Sí» pronunció Lora con voz trémula. Sus movimientos eran increíbles para alguien tan inexperto en el amor como Lora. La guiaba su infalible instinto femenino. Lora emitía leves quejidos. Víctor se apartó con cuidado. Le besó cariñoso el vientre liso y se levantó. Lora le agarró de la mano y mirándolo a los ojos pronunció las palabras que dice toda mujer en su desesperado anhelo por eternizar el instante:

—¡Te quiero!

En vez de contestarle, Víctor le dio un beso amigable en la mejilla y, como si no hubiera pasado nada especial, concluyó:

—Es hora de que te vayas a casa, quesito. Seguro que te están esperando.

Lora no sentía el paso del tiempo. Terminaba el invierno de su último año de bachillerato. El calendario no le hablaba de las semanas y de los meses, sino de los días que pasaban entre un encuentro y otro con su amor. Se veían una vez o dos a la semana, porque Víctor debía volcarse en su trabajo y solía hacer viajes fuera de la ciudad. Esas ausencias se convertían para Lora en purgatorios, en terribles pruebas, como son siempre las esperas de los amantes primerizos.

Quería decirle que no era una mocosa ni superficial, como seguramente la veía él. Que ya era mayor y sensata, que lo necesitaba, que quería conversar con él sobre muchísimas cosas, para que él, con sus conocimientos y experiencia, la ayudara a entender los distintos aspectos de la vida. A Víctor no le interesaban sus opiniones y sin duda alguna lo hastiaban los ingenuos devaneos sobre las relaciones de pareja que Lora le confesaba con el orgullo propio de un gran descubridor. No obstante, la escuchaba con atención cuando Lora le hablaba de sus seres queridos. Por su parte, Lora sufría por su desinterés y por verlo tan poco y se desesperaba en cuanto pasaba tres días sin verlo. Y justo cuando ya estaba imaginándose una carta de despedida en que le agradecía el haberla hecho mujer y le deseaba mucha felicidad en el futuro, Víctor la esperaba como casualmente en los alrededores del instituto. A pesar de que a él aquella situación trivial lo aburría a muerte, sabía muy bien hasta dónde podía tirar del hilo de la dependencia de la jovencita sin que se rompiera. Se citaban rápidamente para alguno de los días siguientes, Víctor le daba un beso cuidando que no los viera nadie y se despedía de ella, ya tranquila, diciéndole:

—Corre, bomboncito, a hacer los deberes.

Luego se iba a no sé qué charla, conferencia, congreso o reunión, lo mismo daba.

Y así llegó la primavera. La última semana de marzo resultó inusualmente calurosa, en el aire flotaba el aroma falaz de árboles por despertar, aquella fragancia que enloquece a los gatos callejeros y produce insomnios a jóvenes y a viejos. Aquella tarde Lora esperaba con impaciencia que tocara el timbre y terminara la última clase para echar a correr hacia la salida. Víctor la esperaría en la esquina. Últimamente la jovencita había perdido todo el sentido de la precaución, se acercaba el final de curso y pronto conquistaría la libertad con su título de bachiller. Lora relacionaba el final del instituto con la libertad de la que disfrutaría en el futuro inmediato. Su amor por

Víctor ya no tendría que ser clandestino. Ella se preparaba para aquel momento y trataba de mentalizarlo también a él. Siempre que se daba la ocasión, le pedía que pasearan por las callecitas del barrio, a veces entraban a las pequeñas confiterías y, al caer la noche, se abrazaban bajo los árboles o buscaban la soledad de alguno de los parquecitos que abundaban en el barrio para sentarse en un banco incómodo y solitario. El amor al aire libre le gustaba a Lora más que los encuentros eróticos a los que se dedicaban siempre que subían al desván. La chica anhelaba los abrazos de Víctor, pero, cuando estaban a solas en su casa, se asustaba por la urgencia y la violencia de aquella pasión insistente y desenfrenada de Víctor ante la que ella no tenía más remedio que ceder. En la calle, al aire libre, entre los árboles y la gente, sus amores eran más alegres, más gozosos, más auténticos.

Corría como loca por el pasillo del instituto cuando casi tropezó a la salida con Eva. A pesar de que estudiaban en el mismo centro, llevaba tiempo sin ver a su amiga: Como la hija de los Marínov era menor, sus clases estaban en la otra ala del edificio y, aunque antes se buscaban en los recreos o después de las clases jugaban en el patio al baloncesto, desde que Lora conociera a Víctor, las cosas habían cambiado.

Eva se alegró de verla y le sonrió diciendo:

—¡Hola! ¿Qué tal? Te has cambiado el peinado, ¡te queda muy bien!

Lora tenía mucha prisa, pero se detuvo un rato:

—¡Cuánto tiempo! Oye, ¡tú sí que has crecido!

En los últimos meses Eva estaba realmente transformada: aquella niña regordeta había dado tal estirón que ahora lucía la gracia y la esbeltez de un cisne, también se había cortado el pelo y sus hermosos ojos castaños tenían una desconocida expresión de misterio.

Las dos amigas conversaron unos minutos, luego Lora se disculpó:

—Perdona, Eva, te voy a dejar porque he quedado.

Eva le sonrió con complicidad. Salieron juntas a la calle y cogieron direcciones distintas. Eva no osó volver la mirada, a pesar de que vislumbró la figura de un hombre que se despegaba de un árbol para ir a encontrarse con Lora. No consiguió discernir su cara en el crepúsculo, solo reparó en la roja bufanda de lana que llevaba alrededor del cuello. No tenía ganas de regresar a casa, ¡le habría gustado tanto dar un paseo con Lora bajo los árboles a punto de retoñar! Decidió pasar por la casa de su otra amiga. A esa hora Lisa solía tocar el piano, seguro que la encontraría. Cambió el rumbo, cruzó a la otra acera y caminó dos manzanas. Se detuvo turbada poco antes de chocar con una pareja de enamorados abrigados por la sombra de un muro. Eva miraba hipnotizada la coreografía de aquellos movimientos que parecían ejecutar como en trance y totalmente ajenos al mundo a su alrededor. Con un brazo el hombre ceñía la cintura de la muchacha y con el otro trazaba despacio círculos en su espalda. Y ella parecía bailar siguiendo los movimientos de él, sumergida por completo en el sortilegio de aquella coreografía que Eva veía por primera vez en la vida. Cuando volvió en sí, reconoció la larga cabellera rizada de Lora y la bufanda roja del hombre

que había visto esperarla en la calle de la escuela. Temió que su amiga la viera y dobló apresuradamente por una calle vecina.

—Mi amiga Eva... —murmuró turbada Lora en el cuello de Víctor, mientras miraba en dirección a la figura que se alejaba rápidamente.

—Anda, cosita linda, no le hagas caso —dijo Víctor sin soltarla de sus brazos.

—No creo que le diga nada a mis padres, pero preferiría que no me hubiera visto —prosiguió Lora sin que su preocupación se disipara.

—¡Tienes una amiga muy bonita! Me he fijado en ella mientras te esperaba a la salida de la escuela. Eva Marínova, ¿no?

—¡Qué asqueroso eres! —gritó sinceramente indignada, tratando de zafarse de sus brazos.

Víctor se rio y la apretó con más fuerza contra su pecho.

—¡Me encantas enfadada, quesito! Vamos a un lugar más escondido.

Se fueron abrazados bajo los árboles y caminaron un buen rato por las silenciosas calles apenas iluminadas por unas pocas farolas y por las ventanas de las casas que empezaban a encenderse. Por las leves cortinas se divisaban las bombillas eléctricas que pendían directamente de los techos. Construidas antes de la guerra con visos de lujo y bienestar, aquellas casas se habían convertido en cuarteles en los que la gente vivía hacinada. Víctor y Lora se paraban en los lugares más oscuros para besarse. Se detuvieron algo más en la terraza de una cervecería que a causa del frío todavía estaba cerrada y a oscuras. Todo a su alrededor parecía abandonado. La buhardilla de Víctor no quedaba lejos y esa vez Lora no tenía nada en contra de subir, pero aquella tarde Víctor tenía pensada otra cosa. La llevó a un banco medio roto.

—Ven aquí, no seas malita —le susurró al oído, sentándola en sus rodillas. Siguió diciéndole cosas que fueron despertando en ella nuevas sensaciones. Y ella cedió ante su deseo, aunque la asaltaron vagos temores. Se sentía desamparada.

La fuerte luz de un foco cegó de repente a la jovencita. Víctor y ella se quedaron petrificados, mientras los implacables rayos de luz recorrían el banco roto con los dos cuerpos medio desnudos en poses poco justificables. ¡No hay nada más lamentable, más mísero e indefenso que la intimidad del amor sorprendida por miradas indiscretas! Los leotardos bajados hasta los tobillos y la pálida piel de las piernas de la chica, los torpes intentos del hombre de subirse los pantalones, la luz de los focos de los milicianos, en pocas palabras, era una visión lastimosa.

No obstante, aquellos dos hombres uniformados no sentían ni incomodidad ni pena.

—¡Sus carnés de identidad! —ordenó en voz alta uno de los milicianos.

Lora cubrió rápidamente sus piernas desnudas y se tapó la cara con las manos. Tenía la mente en blanco.

—¡Camarada miliciano, permítame explicarlo! —escuchó la voz de Víctor.

—Ciudadano, usted dará sus explicaciones en la comisaría y en el juzgado, donde responderá de infracción al orden público y a la moral comunista.

—¡Déjeme explicarle, camarada miliciano! —insistía Víctor.

Se acercó al miliciano y le habló en voz baja en el oído.

—¿Cuál es la ocupación de la ciudadana? —preguntó el representante del poder. La pregunta iba dirigida a Víctor.

Víctor no contestó nada. Uno de los milicianos ordenó a su colega:

—¡Recoge sus documentos!

Lora callaba aturdida, hasta el momento nadie le había dirigido la palabra, los tres hombres hablaban de ella en su presencia como si de un objeto se tratara, un objeto con el que no sabían qué hacer porque había aparecido en un momento y en un lugar inapropiados.

El otro miliciano preguntó a su vez a Víctor:

—¿Cuál es la ocupación de la camarada?

—Estudia... —balbuceó Víctor—. No sé qué ni dónde. Apenas la conozco.

—Vale, ya dejará de estudiar —dictaminó el primero—, irá a trabajar un tiempo en la construcción, para enterarse de qué hacen los jóvenes de su edad mientras ella putea en los parques.

—Camarada, no hace falta... —dijo Víctor.

—Espera, yo a ti te conozco. ¿No vas de visita a casa de aquellos fascistas, los Marínov? —se dirigió inesperadamente el miliciano a Lora.

«Lo mato o me mato», pensaba Lora en su desesperación.

—Déjela ir, camarada miliciano, esto no se va a repetir —intervino a su favor Víctor.

—Anda, Stoyán —intervino el segundo—. Tú también tienes hijas.

A Stoyán le hirvió la sangre:

—¡A mis hijas les arrancarí la cabeza por algo similar! ¡Ellas nunca, nunca...! ¡Solo esta basura burguesa mancha la cara del comunismo!

—¡Qué tiene que ver aquí el comunismo! —oyó Lora de repente la voz firme de Víctor—. ¡No meta usted el comunismo en este asunto! Déjennos en paz. Si hace falta ir a la comisaría, ¡vamos! Solo que no tengan que lamentarlo luego.

—¡Lárgate de aquí! —le dijo el segundo a Lora—. Que si no... ¡No sé si me entiendes!

Lora miró indefensa a Víctor, quien le hizo una señal con la cabeza. Recogió sus cosas y echó a correr como en una pesadilla.

Cuando a los pocos días el conserje de la escuela entró en la clase de química, mientras hacían experimentos con ácido de nitrógeno, y habló con la profesora mirándola con insistencia, Lora se puso nerviosa. La profesora Fíngova la llamó y le dijo en voz baja:

—Vete a la oficina de la Juventud Comunista. Unos camaradas del comité regional quieren hablar contigo.

Allí la esperaban el secretario de la Asamblea Estudiantil, el responsable de los asuntos políticos de la escuela y un hombre joven peinado hacia atrás y vestido con un traje de servicio de tela impermeable y de color beis.

—¿Así que esta es nuestra estudiante de notas sobresalientes que no observa el toque de queda^[17]? —dijo el desconocido con una jovialidad fingida mientras le estrechaba la mano.

Después dirigió una mirada a los demás que, sin decir nada, se levantaron y abandonaron el gran despacho polvoriento en el que Lora había entrado muy pocas veces.

—¡Siéntate, Lora! —ordenó el desconocido.

Le acercó una de las sillas de madera. Él mismo se sentó del revés en otra silla, apoyando su barbilla en el respaldo y clavando su mirada en la muchacha:

—Así que paseos nocturnos en los parques y comportamiento amoral en lugar público...

Lora escuchaba con la cabeza baja, de repente sumergida en un extraño estado de indiferencia.

—¿Y qué hacemos? ¿Te expulsamos del instituto o qué? —el desconocido puso cara de aflicción—: ¡Quién podría habérselo imaginado, una estudiante tan brillante, a primera vista una chica buena, con un padre de pasado intachable! ¡Quién podría siquiera habérselo imaginado!

Lora estaba a punto de echarse a llorar. Pensaba en Jacques, prefería morir antes de que su padre se enterara de lo sucedido.

—Vamos, vamos —dijo en tono reconciliador aquel hombre de beis—. Quizá esta vez puedas salvarte del castigo, pero hemos de tener mucho cuidado, ¿no es cierto?

Lora levantó su cara bañada en lágrimas y afirmó con un gesto moviendo la cabeza.

—Seguramente el problema viene de las malas amistades que tienes —continuó

reflexivo el «camarada».

Lora se puso alerta. ¿Qué querría decir de Víctor?

—¡Pero él...!

—¡Qué él ni qué él! —reaccionó con violencia el desconocido—. Sin duda es por culpa de ella, de tu amiga la pianista, la hija de los mierdas de los Calderón. ¡Todo es por la mala influencia de ella! ¡Eso es precisamente lo que se llama «influencia burguesa»!

Lora estaba completamente confundida. ¿Qué tenía que ver Lisa con aquel asunto tan horrible? ¿De qué «influencia burguesa» le hablaba aquel hombre?

—¿O tal vez de aquellos otros, los Marínov? Es así como se llaman, ¿no?

¡Dios mío, todo era tan absurdo! ¿Qué querían de ella?

—Mira, pequeña... —bajó el tono el desconocido—. En realidad ya no eres pequeña si follas en los parques con hombres mayores que tú —añadió con un cinismo inesperado—. Tendrás que esforzarte un poco, realizar un trabajito, para que nos olvidemos de lo que has hecho. ¿O prefieres que te mandemos a un reformatorio? ¿Seis meses te parecen bien?

Lora estaba paralizada. No sabía qué contestar ni si él esperaba una respuesta en realidad.

El mundo se había reducido a aquella sala inhóspita y mugrienta de la que quizá jamás saldría. ¿Volvería alguna vez a su vida normal, a sus padres, a sus amigas, a sus clases...?

El desconocido sacó de su bolsillo un impreso y se lo plantó en las narices. Su vista nublada por el llanto logró descifrar la palabra «declaración», luego su nombre y apellidos y, finalmente, su dirección, rellenados con tinta en los espacios en blanco del impreso. También leyó palabras y expresiones ininteligibles como «colaborar en el acopio de información», vio el nombre de Lisa, y también «la información la voy a proporcionar al camarada Víctor Bukovski», etcétera. Seguían la fecha y quedaba un espacio en blanco, previsto para su firma.

—¡Anda, firma, ya he perdido demasiado tiempo contigo! —dijo impaciente el hombre de beis, mientras le metía el bolígrafo en la mano.

—¿Pero yo qué...? —tartamudeó Lora—. ¿Qué he de hacer con Lisa?

—Tu Lisa es un retoño de los enemigos del pueblo, que esconden al Poder Popular una cantidad ingente de dinero. Ella puede no saber dónde está la fortuna de su abuelo, pero algo le sacarás. Necesitamos nombres y direcciones, probablemente del extranjero.

Lora conocía bien la vida que llevaba Lisa. ¡Ella y su abuela vivían tan encerradas! Nunca recibía cartas. Su abuela ni siquiera tenía un teléfono en casa: hacía cinco años había empezado a hacer gestiones para que se lo pusieran, pero continuaba sin línea. Lisa ni siquiera sabía con exactitud qué le había ocurrido a su padre, le habían dicho que había muerto en la cárcel de una neumonía.

Lora se lo contó todo al desconocido. Después añadió con una firmeza

inesperada:

—¡No voy a firmar nada! Firme o no, no podría decirles más que eso.

—Piénsatelo bien, guapa, para que no tengas que lamentarlo después —cedió de repente el desconocido, retirando el formulario.

Se encaminó a la puerta, pero se volvió para añadir:

—Seguiremos viéndonos.

Lora no volvió a verlo más. No le quedó tiempo para encontrar respuesta a todas las perturbadoras preguntas que suscitó en ella aquel desagradable encuentro. Al cabo de una semana su padre anunció que se trasladaban a Israel, una decisión que confundió aún más a la joven. No quería irse. La parte más interesante de su vida justo acababa de empezar. También tenía que enfrentarse a su primera prueba. No sabía cómo tratar a Víctor. La asustó e indignó aquel párrafo de la declaración que exigía que le entregara toda la información precisamente a él. Cuando le habló de lo sucedido, él intentó quitarle importancia:

—Lo sé. También vinieron a buscarme. Y me dijeron casi lo mismo que a ti. Desvarían sobre no sé qué cantidades de dinero escondido por la familia de tu amiga o qué sé yo por quién. Si sabes algo, puedes decírmelo tranquila. No es que me interese, pero podemos aprovechar la información para que nos dejen en paz.

Cuando le comunicó que su padre quería que se fueran, Víctor se quedó pensativo, como si estuviera sopesando qué decirle. Por un instante Lora tuvo la esperanza de que la iba a abrazar declarando «¡Tú te quedas aquí!» y ella le obedecería a cualquier precio, pero Víctor dijo:

—¡Vete, sálvate! ¡Esto de aquí no es vida! Si yo pudiera, me largaría. Quizá un día nos encontremos al otro lado.

Se debió de referir a aquella parte del mundo donde no habría milicianos ni funcionarios vestidos de beis con impresos amenazantes en las manos; o al menos fue así como Lora interpretó sus palabras.

La operación de Yozhi se prolongaba más de lo esperado, ya habían pasado seis horas. Eran casi las tres, Liat no había bebido más que cafés y agua de las máquinas del pasillo, se asfixiaba en la sala de espera, le dolía la espalda como siempre que estaba muy nerviosa. Se levantó para estirar el cuerpo y salió a la enorme terraza de hormigón. Buscó instintivamente un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta, pero cayó en la cuenta de que había dejado de fumar. ¿Cuánto tiempo llevaba? Unos tres años, quizá. Sí, había dejado los cigarrillos por Michael.

Su hijo estudiaba en la Universidad de Jerusalén. Volvía a casa casi todos los viernes. Aunque no era religioso, Yozhi insistía en que su familia se reuniera para pasar juntos el sabbat. También Michael prefería la alegre Tel Aviv en lugar de Jerusalén, donde todo estaba cerrado los días festivos, hasta el punto de que ni siquiera se podía coger el autobús. Michael, muy observador por naturaleza, había sido el primero en reparar en que su padre se fatigaba y que a menudo se llevaba la mano al corazón. Cuando los médicos le diagnosticaron la insuficiencia cardiaca, le puso un ultimátum a su madre:

—Tienes que dejar de fumar. Al verte a ti fumando a papá también le entrarán ganas. Le tientas. Y a ti tampoco te sienta bien —inició su sermón un sábado por la mañana cuando Liat, contrariamente a todas las reglas del sabbat se disponía a prender con deleite su primer cigarrillo del día.

Efectivamente, vivía con cargo de conciencia desde que Yozhi había dejado de fumar, ¡pero estaba tan enganchada! El cigarrillo le daba calma y una sensación de intimidad y soledad que suponía un receso en la cotidianeidad acelerada, una escapada de los compromisos y las obligaciones diarios. En los breves instantes de tranquilidad que el humo le proporcionaba, se alejaba momentáneamente de las miradas de los que la rodeaban para convertirse en dueña de sus propios pensamientos. ¿Cómo podía renunciar al humo azulado, a aquella misteriosa huida de las responsabilidades y a esos instantes únicos que no compartía con nadie?

Liat pensó un rato, antes de contestar:

—¿Es tan importante para ti?

—Mamá, lo tienes que hacer por papá, ¿no te das cuenta? —Luego añadió—: Si no, dejaré de venir a casa. A mí tampoco me gusta el olor a tabaco.

—¿Cuándo piensas no volver la próxima vez? —quiso saber Liat.

—Dentro de dos semanas.

—Entonces tengo tiempo suficiente para pensármelo.

Las dos semanas transcurrieron en un santiamén. Liat estaba tan ocupada que se olvidó por completo del chantaje estúpido, a su modo de ver, de su hijo. Y, como siempre, fue a recibirlo a la terminal de autobuses. Hacía un tiempo agradable y a Liat le apeteció un cigarrillo. Vio en la ventanilla la cara fruncida de Michael, quien bajó del autobús preguntando:

—¿Cuándo sale el próximo autobús a Jerusalén?

Liat lo miró estupefacta.

—Sigues fumando, así que no tengo nada que hacer aquí. Me vuelvo.

Liat se sintió tan confundida como molesta. ¡Pero qué manía le había entrado a su hijo con el tabaco! Pero lo cierto es que ella no concebía dejar de verlo. Le pareció estúpido perderlo por una causa tan nimia.

—Espera, hijo, este cigarrillo ha sido el último. Quería fumármelo antes de que llegaras.

Michael la miraba desconfiado.

—Te lo juro, ha sido el último.

Liat dejó de fumar. Michael ejercía por primera vez cierta influencia sobre su madre. Sin sospechar siquiera que ese triunfo le había caído del cielo, Michael estaba orgulloso por aquella victoria, pero lo cierto es que Liat había decidido poner a prueba su propia voluntad. En un principio no le fue nada fácil y solo al cabo de varias semanas empezó a resignarse. A veces no solo quería fumarse un cigarrillo sino devorarlo y se decía que realmente era una adicción y que Michael había hecho bien en insistir tanto.

Y ella ya conocía aquella situación. En su vida siempre había pasado lo mismo: cuando alguien había querido obligarla a hacer algo, ella había sometido a prueba su propia fuerza de voluntad. Había decidido obedecer a su padre, luego a Yozhi y ahora a Michael. En determinados momentos de su vida cada uno de los tres la había obligado a desistir de algo. Y aunque lo habían hecho por su bien, al superar cada prueba la habían privado de un rasgo sustancial de su individualidad. ¿Qué era lo que tanto los asustaba de ella? ¿Tal vez intuyeran su naturaleza apasionada y la consideraban un arma que podía volverse contra ella? No era extraño que los tres hombres a los que más había querido en su vida —su padre, su marido y su hijo— aspiraran de idéntica manera a protegerla de sí misma.

Se moría por encender un cigarrillo en la terraza del hospital, mientras esperaba que salieran a decirle cómo había ido la operación de Yozhi. Ya estaba buscando a quién pedirselo, cuando a través del cristal de la puerta vio que toda una comitiva vestida de verde salía del quirófano. Había algo solemne y aterrador en la procesión de médicos y enfermeras que avanzaban por el pasillo. Todos ellos formaron un pequeño corro como para decidir algo y luego la jefa de las enfermeras se puso a mirar a su alrededor.

Liat observaba la escena con una sensación desagradable que poco a poco le fue

atenazando la garganta. Tuvo ganas de esconderse detrás de una de las columnas. Adivinó que la enfermera la estaba buscando.

—Señora Benbassat, el cirujano quiere hablar con usted —le dijo sin mirarla a los ojos, cediéndole el paso para que se adelantara.

El cerebro de Liat se vació de todo pensamiento, sintió un nudo en la garganta, ya sospechaba las palabras del cirujano. Por un instante tuvo una estúpida esperanza... ¿Y si todo aquello no le estaba pasando a ella sino a otra persona?

Las palabras del cirujano le llegaban confusas, incoherentes, en pequeñas porciones, como en una comunicación telefónica con interferencias: «una absurda causalidad», «el banco de sangre», «un grupo sanguíneo raro», «nadie podía sospecharlo», «no había nada que hacer», «todos lo sentimos mucho»...

—¿Quiere usted verlo? —la alcanzó la voz de la enfermera.

—¡Sí! —contestó maquinalmente Liat y cruzó el umbral del quirófano.

Yozhi yacía en la mesa de operaciones, todavía se veían tampones manchados de sangre e instrumental disperso por todas partes. Ya no estaba conectado a los aparatos. El cuerpo estaba cubierto con una sábana, para que no se viera el pecho abierto. La cara de Yozhi estaba lívida, seria y tranquila.

—Estaba anestesiado, el pobre no sintió nada —explicó la enfermera.

Luego añadió:

—Incompatibilidad sanguínea. ¡Es casi imposible que suceda! Sufrió una reacción alérgica y entró en coma, la sangre empezó a coagularse enseguida, se la cambiamos dos veces, pero nada. Y luego sufrió un paro cardíaco... Los médicos lucharon por su vida durante seis horas. En mi vida había visto nada tan terrible.

Luego trató de dar un abrazo a Liat, cuyo cuerpo estaba petrificado. Gritó, trastabilló como si le hubieran pegado con un palo de hierro y se dejó caer en el sillón que le ofrecieron enseguida. Permaneció mucho tiempo así, sin pronunciar palabra.

Se estaba despidiendo de Yozhi y de toda su vida con él. Una vida que había empezado en la casa junto al taller de paraguas y que terminaba ahora en un hospital, tan lejos de aquella Sofía donde los dos habían crecido, y donde un tipo de sangre equivocado acababa con Yozhi en plena madurez.

Salió al pasillo y miró a su alrededor.

—¿Necesita usted algo? —le preguntó uno de los cirujanos.

—¡Un cigarrillo! —contestó brevemente.

Transcurrieron dos años desde la muerte de Yozhi, pero Liat no conseguía resignarse con el destino que segó la vida de su marido y trastocó la suya propia. Cuidar y atender a Yozhi, mientras vivía, había cobrado mayor importancia que el amor, el egoísmo y la realización profesional. Se acordaba de los desvelos que había sufrido ella cada vez que los militares habían movilizado a Yozhi durante la primera *intifada*. También recordaba los desasosiegos que pasó los tres años del servicio militar de Michael en los altos del Golán. Liat se acostaba cada noche agradeciendo que a su hijo y a su marido les hubieran concedido un día más de vida. Por la mañana se levantaba temiendo lo que les podría suceder. Ni Yozhi ni Michael mostraron jamás miedo ni vacilaron al cumplir su deber. Lo hacían con convicción y con el ánimo de los hombres de verdad. Ellos sabían que no había quien los sustituyera en su misión. Los fines de semana o cuando les daban permiso para volver a casa, se mostraban alegres, de buen humor y con la autoestima alta: parecían soldados que participaban en unas maniobras y no en un conflicto bélico de verdad.

A Yozhi le sentaba muy bien su uniforme de camuflaje, llevaba con garbo la boina roja y sostenía el arma con naturalidad. Liat, con el corazón en un puño, esperaba su regreso para los sabbat. Cenaban con sus hijos, en casa o en algún restaurante, luego ella lo acogía tiernamente entre sus brazos, él se dejaba acariciar y mimar, hacían el amor como no lo habían hecho en su juventud. ¿Por qué había dudado de si lo quería? Claro que amó a Yozhi, ¿qué otra cosa si no había sido aquello?

«¡Víctor!», susurró una voz baja en su sueño y Liat, bañada en sudor frío, dio un brinco en su cama de Tel Aviv. El recuerdo de Víctor volvía a perturbarla unos meses después de la muerte de su marido. Liat pensó que volvía por no haber podido hablar de él con Yozhi. La muerte de Yozhi hizo que Liat se encerrara en sí misma y comenzara a hurgar una vez más en los recuerdos del pasado. Con su experiencia de mujer adulta y experimentada, volvía a las vivencias de aquella adolescente inexperta de Sofía. No podía liberarse de la sensación de que alguien se había aprovechado de ella para algo que era incapaz de determinar. Liat rendía culto a la verdad. Un culto que había aprendido tanto de las ciencias exactas, su profesión, como en la vida llena de peligros a la que había tenido que acostumbrarse.

Su memoria guardaba almacenados todos los recuerdos de aquel último año del bachillerato en que se había enamorado de Víctor, el hombre que la había hecho mujer. Tampoco se olvidaba de todos los episodios desagradables de aquel momento crucial de su vida: del parquecito con los focos de los milicianos dirigidos hacia ella, de los chantajes del hombre de beis, del interés de Víctor por las amistades de su familia... ¿Qué había ocurrido realmente en aquel entonces? ¿Quién era Víctor? Esas preguntas, adormecidas durante años, emergían para atormentarla.

Cuando Jacques decidió que ya había llegado la hora de confesarle a su hija algunos de sus secretos, le contó la historia de Robert y de los Calderón. Y de aquello ya hacía unos cuatro años. Jacques ya padecía del corazón y con frecuencia se llevaba la mano a la parte izquierda del pecho. Como siempre que tenía que comunicarle algo de importancia, su padre evitó divagar. Le entregó un fajo de papeles y le dijo sin más:

—Son documentos de suma importancia. ¿Te acuerdas del abogado Marínov?

Lora hizo un gesto afirmativo.

—Me dio unos papeles de Robert antes de que lo mataran. Entre ellos un poder que está a mi nombre, a mi nombre búlgaro, el que obtuve en la clandestinidad para poder casarme con tu madre. Así eran los tiempos de entonces —añadió como si intentara justificarse.

—Descuida, papá. En nuestra familia todos hemos cambiado alguna vez de nombre. Aunque no sabía que tú también...

Jacques se rio. Era cierto: Amalia se había cambiado su apellido a Chorbadzhiyska y Lora se había hecho Liat.

Últimamente Jacques se reía muy poco. Después de la muerte de Amalia había cambiado mucho. Y quizá por ello quería dejar bien atados los asuntos familiares.

—Este poder es muy importante, Lora —repitió—. Es una especie de llave.

—¿Qué llave? —Lora no entendía nada.

—La llave de la caja de Calderón.

Jacques le habló a su hija de la saga del viejo Calderón: la orden de expropiación, su visita a Palacio, la negativa del viejo empresario a fugarse de su propio país como un ladrón y, finalmente, el suicidio. Luego también le explicó el asunto de los poderes que garantizaban la recuperación de la fortuna desaparecida. Ya había caído la noche cuando Jacques terminó de narrar aquella historia. Lora no se había dado cuenta del transcurrir de las horas: la historia de los Calderón la había absorbido por completo.

Jacques le confesó que no tenía ni idea de dónde habían ido a parar los tres poderes restantes y le exigió dos cosas: que guardara los papeles como mejor pudiera y que bajo ningún concepto hablara de ellos a nadie. Sentía pánico de los servicios secretos de los regímenes comunistas y estaba convencido de que después de la caída del Telón de Acero, los antiguos agentes de la llamada «Seguridad del Estado» pululaban por el mundo entero saldando sus propias cuentas.

Lora no siempre se tomaba en serio los temores de su padre, pero esa vez le

parecieron fundados. Sin embargo, como nunca le reveló detalles de su historia de amor adolescente, se abstuvo de contarle que en su momento Víctor y el hombre de beis se habían interesado por los Calderón y su dinero.

Lora guardó aquellos documentos en la caja fuerte de su casa y, como de paso, se los mencionó a su marido. Yozhi se inquietó:

—¿No crees que deberíamos entregarlos al fondo?

Se trataba del Fondo de Propiedades Sustraídas constituido en Estados Unidos.

—No, mi amor, esta propiedad no fue sustraída, simplemente la escondieron. Además, lo hicieron tan bien que ni siquiera sabemos cómo ni dónde la escondieron.

—Está bien —aceptó Yozhi y nunca más volvió sobre el asunto.

Jacques murió un año más tarde. Sufrió un paro cardíaco. Un día lo encontraron muerto en la cama. Parecía dormido. Sonreía. Seguramente estaba feliz de haberse trasladado allá donde vivía su querida Amalia, a quien echaba tanto de menos.

Lora no dejaba de buscar la manera de enterarse de la vida de Víctor en los años transcurridos desde que ella abandonara Bulgaria. Se lo imaginaba casado, gordo, calvo. Luego se decía que su imaginación quería vengarse de aquel primer amante suyo que no había hecho nada por retenerla a su lado. «*Amantes amentes*», los amantes dementes, decía el proverbio latino sin mencionar que también se vuelven sagaces y astutos.

Todavía le quedaban primos lejanos en Bulgaria. Por primera vez en veinte años les envió una postal con motivo de Rosh Shashaná, el Año Nuevo espiritual judío. En respuesta recibió una carta tan efusiva que parecía que sus primos hubieran estado buscándola todos aquellos años y se murieran de ganas de verla. Lora les contestó con amabilidad a fin de obtener noticias sobre sus antiguas amistades: los Marínov, Eva, Lisa... Apenas sabían nada de ellos: sus primos eran personas pragmáticas que no habían mantenido contacto alguno con aquellos conocidos de sus parientes que no estaban bien conectados políticamente. Después de intercambiar unas cuantas cartas atestadas de signos de exclamación, Lora propuso una manera más cómoda de comunicarse y empezó a enviar mensajes al correo electrónico de su prima Victoria, en cuyo trabajo en un instituto científico disponía de tiempo suficiente para poder comunicarse por la red. Después de varios meses de confidencias mutuas, Lora le confesó su «secreto»: quería saber qué había sido de un novio que había tenido siendo estudiante cuyo rastro había perdido por completo. Sí, aquello era comprensible. Lora había despertado tal curiosidad a su prima, mujer y científica, que hizo un mejor rastreo que cualquier detective privado.

Al cabo de seis semanas, Lora ya sabía que Víctor había desaparecido de Bulgaria en 1974 y que aunque en un principio se había creído que había muerto en una vulgar reyerta en un campamento de refugiados de Trieste, también corría desde hacía poco tiempo un rumor que aseguraba que residía en Estados Unidos. Por medio de unos

conocidos, Victoria consiguió incluso dos direcciones en Nueva York. A Liat no le quedaba más que averiguar si los resultados de la investigación que había llevado a cabo su curiosa prima se ajustaban a la realidad. O encontrar a la persona adecuada para que realizara las averiguaciones por ella. Liat creía en la Providencia y esta no tardó en aparecer bajo la forma de una carta desde Bulgaria.

La carta estaba dirigida a su padre y su remitente era Eva Marínova, su amiga de la infancia. Al parecer, Eva no sabía que Jacques había fallecido y quería ponerse en contacto con él para cierta gestión jurídica también relacionada con los Calderón. Liat cayó en la cuenta al instante de que había llegado el momento de que la herencia de Calderón emergería a la luz del día como el tesoro del *Titanic*, pero no sospechó que con la herencia también emergerían otros secretos del pasado, también los del suyo.

Incluso antes de responder por carta a su amiga, pasó por la primera agencia de viajes que encontró en su camino para informarse sobre los vuelos a Sofía. Liat estaba segura de que muy pronto pisaría suelo búlgaro.

TERCERA PARTE

Lisa (*Audentes fortuna iuvat*)^[18]

Lisa, alta, rubia y bellísima, muy callada, de niña parecía algo ausente. Lisa era la mayor de las tres amigas, pero las trataba sin condescendencia. La pequeña Eva la envidiaba un poco por la cabellera rubia y tupida que caía en rizos sobre sus hombros. Le encantaba jugar con sus bucles y se extasiaba ante la posibilidad de hacerle una trenza. Las dos podían pasar horas ante el espejo suspirando.

Lisa se parecía mucho a su padre: sus ojos, grises y expresivos, y su frente, alta y algo exagerada, eran de Robert. Tenía ocho años cuando murió su padre. En aquel entonces a Eva no le dijeron lo que le había sucedido a su tío, así que sospechaba que también a Lisa le habrían ahorrado gran parte de la verdad. El abogado Marínov regresó una noche a casa con Betty y su hija. Le dijo a Eva en voz muy baja: «Están muy afectadas. Ha muerto Robert. No hagas preguntas, por favor». La tía Betty no pudo sobreponerse al dolor. Murió de cáncer un año más tarde y Lisa se quedó sola con su abuela. Los Marínov la querían como a su propia hija y nunca dejaron de interesarse por ella. La invitaban a menudo a casa. La niña se sentía sola y los visitaba encantada, pero ya no hablaba con su amiga Eva como antes. Se encerró en sí misma, lo único que le interesaba en la vida era tocar el piano. Mientras Eva trataba de zafarse de las clases de violonchelo, inventando un sinnúmero de coartadas, Lisa se levantaba a las seis de la mañana y a las siete ya había empezado sus interminables ejercicios en el piano. Aprobó sin problemas los exámenes de admisión en la escuela de música. Invitaba a los Marínov a todas sus actuaciones en público. Eva tenía cargo de conciencia por la desgana con que ella misma estudiaba el violonchelo, pero asistía a casi todos los conciertos de su amiga y se alegraba de sus progresos.

Lisa, tan hermosa y fuerte, parecía hecha para el piano. Si ya era guapa, cuando tocaba se volvía irresistible. Inclina la cabeza hacia atrás, su largo pelo rubio se desparramaba sobre sus hombros y su cuerpo hacía unos movimientos tan armoniosos como los del misterioso ballet que ejecutaba Lora en los brazos del hombre alto aquella tarde que Eva los había visto por azar. Entonces Eva tenía tan solo dieciséis años, se sentía como el patito feo ante las metamorfosis de sus amigas y no sabía qué hacer con su cuerpo flacucho ni con las vagas emociones que la asaltaban de vez en cuando.

Lisa superó con éxito los exámenes y se matriculó en el conservatorio. Dos años más tarde, ganó un concurso cuyo premio era la participación en otro concurso de prestigio internacional que se celebraba en Alemania. Fue a despedirse de los

Marínov antes de partir. Quería mostrarles el vestido con el que iba a actuar en la gran final, si es que conseguía llegar. Era de batista color rosa. La madre de Eva reconoció enseguida uno de los vestidos de Elisabeth, precisamente aquel vestido que le había hecho parecer una bailarina de la Ópera. Le sentaba perfectamente a la figura alta y esbelta de Lisa.

—¡Deja que te peine! —le pidió Eva.

Lisa se sentó y su amiga estuvo buen rato peinando, repartiendo y cruzando mechones de su pelo hasta conseguir una hermosa y complicada trenza de cinco mechones bien sujeta en la nuca.

—Péinate así para el último concierto, así estás preciosa.

Lisa sonrió, luego sacó algo del bolsillo de su chaleco y lo depositó en la mano de Eva.

—Cógelo, es para ti, un recuerdo.

Se trataba de un relicario, un precioso medallón antiguo con su cadenita de oro. Al abrir aquel pequeño relicario dorado en forma de corazón, Eva vio que se dividía en dos partes, dos corazones desde donde la miraban los tíos Betty y Robert.

—¿Pero por qué...?

—Porque sí... Es un recuerdo —repitió Lisa.

El corazón de Eva se encogió: recordó la estación de trenes y las lágrimas de Lora, ahora Lisa le regalaba el único objeto de valor que tenía... ¿Esta amiga también la iba a dejar? Todo el mundo se iba. Ella era la única que no se movía de aquella estación extraviada en la nada, donde solo había dolor y lágrimas.

A los Marínov no les sorprendió que Lisa ganara el gran premio en el prestigioso concurso internacional, tampoco les extrañó que desapareciera la noche misma del último concierto después de abandonar la sala, sin llevarse nada, ni siquiera el vestido de batista rosa, solo con el viejo chaleco de lana encima. Nadie conocía su paradero.

Los periódicos no publicaron fotografías de aquel concierto de gala debido a la temeraria fuga de Lisa, pero Eva estaba segura de que había salido al escenario con su hermosa trenza de cinco mechones. No les llegaban noticias de ella. Las cartas podían acarrear problemas. Su abuela, no obstante, se mostraba tranquila: la mujer decía que su nieta se encontraba bien y que estaba dando clases con uno de los mejores pianistas de Alemania. Más tarde supieron que Lisa se había ido a vivir a Suiza. Después le perdieron la pista.

Cuando uno es concertista de piano, sus coordenadas mentales son la excelencia de los pianos de cola, la calidad acústica de las salas de concierto y la actitud del público, razón por la que Lisa, a pesar de llevar ya varios años recorriendo Suiza de concierto en concierto, solo conocía el país por las características de sus auditorios y de los hoteles más cercanos a ellos.

La Tonhalle de Zúrich era maravillosa por su decoración barroca, su espacioso auditorio, su acústica impecable y a Lisa le encantaba actuar allí, pero por más que supiera que profesionalmente era de gran prestigio actuar en el Victoria Hall de Ginebra, a ella no le entusiasmaba: la profundidad y la oscuridad de aquella sala, el color granate de sus butacas y la excesiva ornamentación dorada la deprimían muchísimo. Quienes planearon ese espacio pensaron más en la ostentación que en las cualidades acústicas de la sala. Aquello parecía un enorme crucero trasatlántico donde el lujo y la extravagancia estaban reservados para unos pocos camarotes de primera clase, mientras que los viajeros de segunda y los de la bodega apenas podían ver los reflejos de la luz que emitían las grandes arañas y apenas podían escuchar la música. Sin embargo, a Lisa le gustaba el magnífico instrumento que aquella sala exhibía en el escenario, un piano Bösendorfer, de un timbre extraordinariamente suave y matizado, ¡un auténtico placer para cualquier pianista! En algunas de las pequeñas ciudades de Suiza, Lisa descubría salas con cualidades extraordinarias y con una acústica excelente, con instrumentos esmeradamente seleccionados y cuidados, con un público culto, educado en el amor y el respeto a la música. Aquella era una de las ventajas de aquel país tan organizado, de población mayoritariamente protestante.

Cuando tocaba en público, Lisa escogía como punto de apoyo una de las arañas a media luz situada en la parte derecha del escenario para concentrarse en la lámpara como si de un sol poniente se tratara. Así lograba olvidarse del centenar de personas calladas que había en la penumbra de la sala y se sentía a solas consigo misma. Se inclinaba sobre el piano de cola, que la seducía con el brillo festivo de su superficie negra. Acariciaba ligeramente el teclado para sentir en las yemas de los dedos el agradable calor del marfil. Así empezaba todo: los sonidos la envolvían como aguas tumultuosas en las que Lisa se sentía como un viejo lobo de mar. Le encantaba tocar ante el público, sonreía al interpretar con virtuosismo los pasajes rápidos, se alegraba al sentir que el instrumento se sometía a su voluntad emitiendo los sonidos más

matizados. Tocar el piano era su trabajo y debía realizarlo de la mejor manera posible. Le gustaban los aplausos, pero lo que más le importaba era la satisfacción de haber dominado el tiempo, transformándose en otra persona, entrañable y largamente conocida, que se expresaba a través de ella. Para entender mejor la palabra «transformación», uno tenía que ver a Lisa tocando a Schumann, Chaikovski, Chopin o Brahms.

Las relaciones de Lisa con Suiza nacieron por pura casualidad. No se sentía muy atraída por el país: tanto orden y tanta pulcritud la deprimían. En sus adentros se rebelaba contra una vida tan reglamentada que ella la llamaba «asepsia forzada». El estricto orden social al que todos se sometían —Lisa sospechaba que no sin cierta satisfacción íntima— restringía sus posibilidades de tocar el piano en casa como acostumbraba. Durante ocho años tuvo alquilado un apartamento en Colonia: allí se alojó al abandonar Bulgaria y allí regresaba feliz de quedarse a solas con su colección de partituras. Abría el Steinway, un instrumento viejo pero de una sonoridad excelente, y leía las partituras como se lee un libro, como una guía de la imaginación que conduce siempre por senderos ignotos. Cuando Lisa quería estudiar una partitura, le era imprescindible disponer de una libertad absoluta. Necesitaba tocar el piano de noche o de madrugada, cuando su fantasía, alimentada por algún sueño, le sugería cosas que no se le habrían ocurrido en estado de vigilia. Y eso era imposible en Suiza. Allí, para no molestar a los vecinos, estaba prohibido ducharse después de las diez de la noche. ¡Para qué hablar de tocar el piano!

Después de su periodo coloniense, como solía llamarlo, Lisa vivió unos cuantos años en Ginebra, pero jamás llegó a acostumbrarse al ambiente artificial de aquella ciudad tan fría que se lucía de manera ostentosa en las caras joyerías de la Rue du Rhône y cuya alta sociedad, con el pretexto de la beneficencia, celebraba «noches de gala» en las que devoraba cantidades ingentes de caviar negro regado generosamente con champán.

Lisa conoció «esa» Ginebra gracias a Jean-René, un hombre que no solo formaba parte de la «alta» sociedad sino que se autocomplacía creyendo que influía en ella. Su matrimonio con él no duró mucho, cuatro años solamente. Después de separarse, Lisa decidió irse de la cansina y deprimente ciudad y se trasladó a Divonne-les-Bains, una pequeña ciudad en la frontera franco-suiza, donde en verano se organizaba un festival de música.

Conoció a Jean-René en Ginebra, en el famoso hotel Beau Rivage, donde se alojó los días que tenía comprometidos con la Orchestre de la Suisse Romande en el Victoria Hall. A sus veintiocho años, su vida era un viaje ininterrumpido de concierto en concierto. Cambiaba de hotel casi todas las semanas.

La carrera de concertista de piano era incompatible con el modo de vida sedentario que satisfacía a la mayor parte de su público o, por lo menos, el de aquellos que se podían permitir los tres mil francos del abono para el Victoria Hall o para la Ópera. Lisa desconocía el modo de vida de los que se levantaban a las ocho de la mañana, tomaban tranquilamente su café en compañía de sus esposas o amantes en las lujosas casas de Grand-Saconnex o en los lujosos pisos situados a orillas del lago, hojeaban los periódicos, revisaban su correo y después se iban al trabajo, si es que las complicadas maniobras que realizaban con el fin de convertir sus esfuerzos en dinero podían llamarse así. Luego regresaban a casa —unas veces contentos, otras decepcionados—, para reanudar al día siguiente el mismo ciclo inacabable. En aquellos medios una carrera exitosa siempre tenía un claro reflejo en la realidad: el éxito se medía con la cuenta bancaria, con la marca del coche, con las propiedades inmobiliarias y con los quilates del diamante *solitaire* en el dedo de la amante o, si no era el caso, en la calidad del abrigo de pieles de la esposa.

La vida de un músico no contaba con fundamentos tan sólidos. La carrera de Lisa se sostenía como sobre un finísimo hilo de seda en el tono cristalino y limpio de su instrumento. Durante cuarenta o cincuenta minutos todos permanecían callados y ella ejercía un poder soberano sobre la sala llena de público. Aunque el hilo pareciera delicado en exceso, Lisa conocía bien su grado de resistencia y se confiaba sin reservas.

Lisa se sentía libre de la necesidad de preocuparse por el dinero, porque inmediatamente después del concurso que ganó en Alemania firmó un contrato con una de las agencias de representación artística de Colonia. Y de todo se ocupaba Herbert, un hombre que no solo era su representante y mánager, sino también el único amigo que ella tenía. Alto, fornido y rubio, sus ojos grises miraban sin pestañear a los de su interlocutor, como si pusieran a prueba la sinceridad del otro. Con su voz tranquila de barítono y sus ademanes enérgicos, Herbert infundía seguridad en Lisa. Herbert llegó a convertirse en una especie de tutor para ella. Podía llamarlo incluso a medianoche para preguntarle qué opinaba de las diferencias entre las interpretaciones

de Köhler y Mayer del *Carnaval* de Schubert o si una conexión entre las *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn-Bartholdy y los textos de Thomas Mann le parecía acertada o simplemente para preguntar qué pastillas debía tomar para el dolor de estómago que le entraba antes de salir al escenario. Quizá Herbert se enamoró de Lisa cuando la conoció en la entrega de los premios en aquel concurso celebrado en Alemania. Al menos eso creía ella. En aquella ocasión se había puesto el vestido rosa de su madre y llevaba en la nuca una complicada trenza hecha de cinco mechones que debió de sorprender a los ojos occidentales. Lisa tenía entonces veinte años, pero tocaba con una madurez y una fuerza inusuales. Había escogido para la gala el *Concierto para piano* de Schumann. Herbert lo había escuchado decenas, centenares de veces. Pocas cosas podían sorprenderlo. Sin embargo, se quedó impresionado. Lisa conseguía matices insospechados. Interpretar a Schumann era tan complicado que los jóvenes pianistas muchas veces se hundían en su música como en un pantano. Aquella jovencita del vestido anticuado de batista rosa realizaba las difíciles transiciones entre las partes con tanta seguridad, gracia y ligereza que llegó a suscitar su admiración más genuina.

Lisa sintió enseguida confianza en el hombre alto y rubio que se acercó para felicitarla después del concierto. Le preguntó qué planes tenía para el futuro. Ella lo miró a los ojos, contestando con franqueza:

—Tocar el piano. Cuanto más, mejor. Eso es todo.

—Muy bien, llámeme usted mañana —dijo Herbert entregándole su tarjeta de presentación.

En aquel instante ella se preguntó si aquel hombre no sabía que ella no disponía de tiempo... ¡Ni siquiera disponía de sí misma! Al día siguiente tendría que coger un avión en compañía del tipo que la seguía a todas partes, un joven, de cara inexpresiva que se cuidaba celosamente de no perderla de vista ni siquiera cuando ella iba al baño del restaurante del hotel.

—Mañana será tarde —dijo Lisa—. ¿Le importa esperarme ahora mismo? Me voy a cambiar.

Tanta prisa le extrañó a Herbert, pero aceptó:

—De acuerdo, la espero en la puerta de su camerino.

—No, no —lo interrumpió Lisa, aprovechando la ausencia de su vigilante que por puro milagro no se encontraba alrededor—. Espéreme en la calle, por favor.

Herbert empezó a sospechar que pasaba algo raro, pero no tuvo nada en contra de participar en el complot que Lisa parecía haber improvisado en un instante. Salió a la calle y se escondió con discreción detrás de la columna donde se exhibían los carteles, que separaba la entrada principal de la entrada para los músicos. Lisa apareció por su espalda. Herbert no la había visto salir de ninguna de las dos puertas. Llevaba un ligero vestido de verano, zapatillas y un chaleco de lana. Iba sin equipaje. Ante su sorpresa, le explicó:

—He saltado por la ventana. Vamos, ¡rápido!

Echaron a correr por la calle desierta. Antes de doblar hacia donde había aparcado el coche, Herbert miró hacia atrás y vio a un hombre joven que corría como un loco entre una y otra entrada del edificio. Tenía el aspecto desangelado de quien acaba de sufrir una pérdida irremediable.

De ese modo, con la ayuda de Herbert, Lisa se «fugó» —como se solía decir en aquella época— del país en el que habían sido perseguidas tres generaciones de su familia por razones para ella desconocidas.

Después de largas negociaciones con el presidente de la Sociedad de la Orchestre de la Suisse Romande y con la directora de programación, Elvire Klinge, a la que tuvo que llenar de alabanzas y elogios por teléfono para concertar una entrevista, Herbert consiguió que contrataran a Lisa en el Victoria Hall. Las salas de Ginebra pertenecían a la «primera división», bromeaba Herbert, empeñado en que Lisa se situara entre los primeros concertistas. Aquello era de suma importancia para su carrera: esos conciertos le asegurarían no solo el acceso a las mejores salas de conciertos, orquestas y directores sino que le darían una buena publicidad, aunque corrían el riesgo de que se ensañara con ella la caterva de críticos eternamente descontentos que asistían sobre todo a los conciertos de la «primera división» para llenar después los suplementos culturales con reflexiones que pocas veces eran benevolentes. El elogio que un crítico profiriera con la boca pequeña se convertía enseguida en una alta evaluación y en prueba de maestría. Y así todos estaban contentos: el artista recibía la aclamación merecida; el crítico afianzaba su reputación de experto y erudito exquisito que no se dejaba engañar por las pequeñas astucias o trucos de los músicos, y el periódico conservaba su prestigio de publicación «seria», «moderna» y de calidad.

Lisa nunca leía las críticas, le desesperaba la monstruosa incompetencia de sus críticos, su falta de criterio, que se hacía evidente por la cantidad de inexactitudes. En cambio, Herbert recopilaba y guardaba todas las publicaciones sobre ella. Según él, aquellos recortes constituían su propia cartera de valores: los veía como títulos y acciones cuyo precio aumentaría con el tiempo. Dejaba a Lisa nadar sola en el océano de las rivalidades y la competitividad, pero estaba siempre listo para echarle un cable... Y, además, disponía de medios y de posibilidades para hacerlo.

El que Lisa tocara en la «primera división» tenía otra consecuencia: esos conciertos le reportaban buenos ingresos. Aunque creyera no dar importancia al dinero, ella siempre necesitaba más y vivía despreocupada en ese sentido porque Herbert se ocupaba de todo: realizaba por ella todos los pagos mensuales, rellenaba y enviaba los formularios de los impuestos, incluso invertía algún dinero en acciones que le daban dividendos. En pocas palabras, Herbert consiguió acumular y administrar una pequeña fortuna que permitía a Lisa vivir tranquila y dedicarse solo a la música. Con la corrección de un buen alemán, Herbert retenía para sí un diez por ciento, el mínimo que cobraba un mánager tan activo y eficiente. A los demás artistas que representaba les cobraba un veinte por ciento y aún más en el caso de algún

cantante de ópera con demasiadas ínfulas. Lisa no tenía ni idea de lo exigente y duro que podía ser Herbert con sus clientes. Sospechaba, además, que su interés por ella no se reducía al diez por ciento en cuestión.

A pesar de su apellido alemán y su nombre francés, Elvire Klinge era ginebrina de pura cepa, con todo lo que ello implicaba. Alta, seca, de aspecto muy correcto, era el paradigma de la típica mujer de negocios exitosa: un traje beis intachable, caro pero nada ostentoso (Chanel, mil ochocientos francos) con complementos de lujo pero poco llamativos: un fular de seda Hermès (doscientos francos), un bolso Louis Vuitton (ochocientos cincuenta francos), un reloj de oro Cartier (regalo por su quincuagésimo aniversario, ocho mil francos). En el pecho de Elvire no había corazón sino una calculadora, su mirada atravesaba como con rayos X la indumentaria de sus interlocutores o visitantes hasta alcanzar la billetera y escudriñarla con extraordinaria perspicacia. Para la señora Klinge existían dos categorías de hombres: los patrocinadores solventes y los pobres diablos. Las mujeres, excepto las que le hacían la competencia profesional, pertenecían al segundo grupo. En cambio, Elvire tenía un don infalible para calibrar la valía de un artista. Se podía decir que en este sentido era genial. Herbert la apreciaba precisamente por esa cualidad suya. Herbert sabía que si un artista tenía futuro, Elvire no perdería la oportunidad de contratarlo. Y se alegraba muchísimo si lo conseguía contratar a un precio más bajo que el que ella consideraba justo.

Organizaba dos veces al año audiciones de jóvenes para solistas en la temporada de la Orchestre de la Suisse Romande. Invitaba, solo para salvar las apariencias, al director de la orquesta, al primer violín y a los patrocinadores más destacados. Disfrutaba haciéndoles creer que algo dependía de ellos, pero la señora Klinge tomaba ella sola las decisiones. A lo largo de la audición apuntaba un montón de cifras junto al nombre del candidato. Y no eran anotaciones sobre los méritos de los músicos sino sus honorarios cifrados. Al poner 5, quería decir cinco mil francos. El número 4 rebajaba el honorario a cuatro mil. El 3 se convertía en un cero y privaba al candidato de cualquier oportunidad: a los ojos de Elvire, al bajar de 3, ya no valía ni un duro. Pero sí ponía 5+, significaba que tendría que regatear muchísimo para no tener que soltar más de ocho mil francos. Aunque fueran geniales, Elvire nunca pagaba más a los jóvenes artistas, pero lo cierto es que en 1970 cinco mil francos eran un dineral.

Herbert, buen conocedor de los procedimientos de Elvire, recalcó la modestia de la joven cuando se la presentó. Lisa escogió tocar Rajmáninov, Schumann y Schubert en la audición. Herbert coqueteaba con Elvire y durante la audición consiguió sentarse a su lado con toda la naturalidad. Elvire sacó su famosa libreta forrada de cuero y una pluma dorada. Las dispuso delante de sí, pero tanto la libreta como la pluma se petrificaron cuando Lisa se puso a tocar los *Études-tableaux* de Rajmáninov, una de las composiciones más difíciles del compositor. Elvire permaneció inmóvil, escuchando *El Carnaval* de Schumann y después toda la *Sonata*

en la menor de Schubert. Herbert, que parecía dormir en su butaca, se abstuvo de hacer cualquier comentario, pero todo su ser gritaba calladamente de júbilo cuando vio a Elvire apuntar en la libreta ese 5+ que él sí sabía leer en el particular código de precios de la directora de programación. Sin duda era un representante excelente y celebraba cada éxito de sus clientes.

A pesar de que Elvire nunca se mostraba entusiasmada —esos excesos le parecían contraproducentes en sus relaciones con los artistas—, en esa ocasión sí felicitó a Lisa con amabilidad e invitó a los dos a comer. A Elvira y Herbert solo les faltaba formalizar el acuerdo. Primero acordaron que Lisa tocara en uno de los ciclos musicales de la próxima temporada y para ello escogieron el segundo concierto de Rajmáninov. Entonces Herbert vaciló unos instantes para mortificar un poco a Elvire en lo relativo a su caché, pero prefirió ceder. Elvire propuso siete mil francos, que ascenderían a diez si el concierto se transmitía por la radio. Herbert se reservaba el derecho de negociar personalmente la transmisión televisiva, si Elvire decidía que era oportuno realizarla. Lisa firmó el contrato sin preguntar o atender a esas negociaciones, solo pensaba en que habría preferido tocar el tercer concierto.

El concierto estaba previsto para octubre. Con la excepción de los estrenos más importantes, Herbert no solía trasladarse, pero en esa ocasión sí viajó de Colonia a Ginebra para acompañar a Lisa. Herbert reservó en el Beau Rivage una habitación con vistas al lago y allí se alojó la joven. Él mismo se dio ese capricho. Herbert quería mimarla un poco para que se sintiera a gusto: Lisa tenía que caer bien al pretencioso y frío público ginebrino. Pensaron mucho en cómo debía vestirse. La sala, dominada por la dorada ornamentación barroca y el color granate de las butacas, tampoco permitía gran cosa. Lisa era alta y hermosa, pero vestida de negro terminaría desdibujada en la oscuridad de la sala. Finalmente optaron por un vestido verde de seda satinada. Le sentaba bien y hasta cierto punto remediaba el efecto opresor de los colores circundantes. Además, Lisa estaba convencida de que el verde «concordaba» con Rajmáninov. Herbert se mostró de acuerdo, pero para cuadrar el círculo insistió también en decorar el escenario con diminutas rosas silvestres y muchas hojas verdes y, aunque con cara de pocos amigos, Elvire terminó aceptando.

Lisa pasó casi una semana en Ginebra. Hacía calor y la ciudad era así agradable. Desde su ventana se veía la fuente del lago Lemán. Por la mañana, la explanada se llenaba de hombres y mujeres haciendo *jogging*: la nueva moda estadounidense ya estaba penetrando en la conservadora Suiza. Algunos patinaban. Los barquitos que paseaban a los turistas por el lago varaban justo ante el hotel. Allí había muerto la emperatriz austriaca Sissí. La pobre se alojaba en el famoso Beau Rivage antes de embarcarse en el fatídico yate en que el húngaro del que se rumoreaba que era su amante la acuchilló. Enfrente se veía el edificio del club náutico y los mástiles de casi un centenar de pequeños yates, apretados como una bandada de gaviotas en torno al muelle. Se respiraba el lujo, la arrogancia, el ocio y ese aparente *dolce far niente* de quienes a pesar de estar siempre ocupados estaban ansiosos por demostrar que se

podían permitir no hacer nada más que disfrutar de aquel ambiente saturado de olor a lago, perfumes caros y mucho dinero.

Jean-René no era de esos hombres que cortejarían a una mujer en la calle o en un restaurante. No tenía tiempo que perder ni le interesaban nada esos cortejos. Propietario de una pequeña pero próspera empresa relojera, vivía en lucha constante por imponer su marca de relojes —que combinaba la precisión técnica con la elegancia de la joyería— y ganar nuevos mercados. Los precios de los relojes de Jean-René oscilaban entre los tres y los nueve mil francos, de manera que eran más caros que las marcas *prêt-à-porter* de lujo, como Longines y Tissot y más baratos que los prestigiosos Rolex, Cartier o Patek Philippe. Últimamente Jean-René quería emprender algo más arriesgado, casi insensato, produciendo varias series de relojes muy caros, ejemplares únicos, similares a los relojes suizos de antaño, que se venderían en pequeños conjuntos destinados a un solo propietario. Por ejemplo, «verano-invierno»: un par de relojes casi simétricos, elaborados en oro amarillo uno y en oro blanco otro, o «las cuatro estaciones»: cuatro relojes en todas las variantes del oro, amarillo, blanco, rojo y mezclado. Los precios variarían entre los cincuenta y los cien mil francos. Los clientes serían grandes entendidos en relojes y, por supuesto, fabulosamente ricos. Jean-René esperaba encontrar alguno en el mercado asiático y, para ver cumplido su sueño, necesitaba estabilidad financiera, algún cliente que le encargara la primera serie y una excelente campaña de promoción.

Las prestigiosas marcas de relojes solían contratar para sus campañas publicitarias a deportistas o actores famosos. Los más cotizados eran los grandes tenistas, las estrellas de Hollywood y las modelos en boga. El reloj es una mercancía tan delicada y personal —se lleva en la muñeca— que su publicidad tiene sus particularidades: bien muestra el objeto aislado, suspendido en el aire, sin otros accesorios, bien tiende a humanizarlo y, para este fin, se sirve de conocidas caras del espectáculo.

Jean-René conversaba a menudo sobre el tema con la jefa de publicidad y *marketing* de la empresa, la señora Rimaud. Aquella mujer de unos sesenta años, refinadísima y algo conservadora en sus gustos, poseía vastísimos conocimientos sobre el mundo de la relojería. Conocía todos sus aspectos, incluso los más íntimos, según los rumores malintencionados que aludían a su relación en el pasado con uno de los personajes más influyentes en el imperio de la relojería suiza. Se trataba de un libanés nacionalizado suizo que llevaba ya un cuarto de siglo a la cabeza de un grupo empresarial que vendía en todas las partes del mundo millones de relojes cuyo precio

individual no superaba los ciento cincuenta francos.

—Necesito su consejo, Madeleine —Jean-René la había invitado a tomar café en su espacioso y confortable despacho.

Su escritorio, antiguo y macizo, estaba rodeado de elegantes vitrinas de cristal en que estaban expuestas las mejores muestras de la marca.

La señora Rimaud, toda oídos, se acomodó en el sillón.

—Me gustaría que hiciéramos una campaña publicitaria muy especial —continuó Jean-René.

—¿Se trata de promover un modelo determinado? —preguntó Madeleine.

—No, no precisamente —trató de aclarar su idea Jean-René—: Me gustaría hacer algo para que nuestra marca fuera mundialmente conocida, una campaña que atrajera la atención sobre la marca en sí, porque el proyecto en que estoy trabajando necesita un campo ya abonado.

—Ah, entiendo —contestó Madeleine.

Le halagaba que el jefe se dirigiera a ella. Él no solía intervenir en cuestiones relacionadas con la publicidad y, seguro de la profesionalidad de su personal, apenas necesitaba más que echar un vistazo a los proyectos que le presentaban para dar su aprobación. Solían elegir a bellas modelos, algunas de aquellas maniquíes eran exóticas mujeres de color. Las bellezas asiáticas y africanas que lucían en sus muñecas los relojes de lujo no solo daban a la marca un aire cosmopolita sino que también subrayaban el enorme prestigio internacional del que esta gozaba. Hacía tres años habían fotografiado a una gacela brasileña: recostada, mostraba, además de sus piernas interminables adornadas de diamantes, un modelo especialmente caro. Los anuncios publicitarios aparecieron en todas las revistas y periódicos. Según Madeleine aquella campaña publicitaria no era ni mejor ni peor que cualquier otra, pero tuvo consecuencias fatales para el propio Jean-René: después de una noche de pasión en su lujoso piso, la gacela no quiso moverse de allí y a lo largo de todo un año Jean-René tuvo que gastarse una fortuna para conseguir que se fuera, cargada de un sinnúmero de maletas y cajones cuyo contenido apenas cabría en una *boutique* de tamaño medio.

—Quiero algo diferente. La cara hermosa pero espiritual de una mujer que piensa en el tiempo y no en el reloj en sí mismo, que no es más que un accesorio, ¿no es cierto?

—Un reloj también puede ser una obra de arte, Jean-René —puntualizó Madeleine.

Se dirigía al jefe por el nombre de pila, un privilegio que él concedía solo a sus colaboradores más cercanos.

—Así es. Quiero algo que tienda un puente entre el tiempo, el reloj y el arte.

—Pero no el arte cinematográfico, ¿verdad?

—Estoy hasta la coronilla de las estrellas de Hollywood.

—Será por eso que todas esas estrellas, al envejecer, vienen a vivir a orillas del

lago —añadió con sorna la señora Rimaud.

A veces la empresa proporcionaba un reloj para la estúpida tómbola con la que por tradición terminaban las famosas noches benéficas ginebrinas. Madeleine tenía la obligación de asistir a esos saraos para representar a la empresa, pues la entrega del reloj era parte inseparable de las estrategias publicitarias de la empresa. Hacía poco le había tocado sentarse en la mesa frente a uno de estos famosísimos actores que apenas movía sus labios por miedo a que se abrieran las suturas de la última de sus múltiples operaciones estéticas. Ella también había recurrido con suma discreción a los servicios de un cirujano famoso, el doctor Demol, pero que un hombre hiciera lo mismo le parecía a la señora Rimaud de una vanidad indecente.

—¡No, no, Jean-René! Tiene que ocurrírseos algo diferente. Creo que una idea me ronda la cabeza.

Por la cabeza de Madeleine nunca «rondaba» nada, porque las ideas no aparecían allí sin más ni por casualidad. La señora Rimaud no era dada a las improvisaciones, todas sus palabras habían sido previamente pensadas y calculadas, pero le gustaba dar esa imagen creativa. Su gran pasión era la música. Siempre había soñado con tener algún talento musical, pero, ya resignada a la realidad, adoraba a los virtuosos. Una de sus tareas en la empresa era decidir el destino de las subvenciones y los patrocinios, un mal necesario, pues la empresa en ocasiones arriesgaba dinero en proyectos de éxito más que dudoso y que no siempre tenían el efecto publicitario deseado, pero en su sector la generosidad era un signo tanto de buena salud financiera como de orgullo, aspectos ambos que las marcas de relojes necesitaban exhibir. Los representantes artísticos, al tanto de esa necesidad, trataban de ganarse la benevolencia de la señora Rimaud.

Y así fue como Madeleine conoció a Herbert. Cuando Herbert se lo proponía, podía ser realmente encantador. Trató de convencerla de la importancia de la actuación que Lisa daría en Ginebra, porque quería que su interpretación culminara con la edición de un disco. Herbert fue uno de los primeros representantes artísticos que relacionó la actividad concertística con las grabaciones en estudio. Madeleine no se comprometía a nada, pero en esa ocasión quiso ayudar a aquel hombre que se mostraba tan simpático con ella. Aparte de tener cierta debilidad por los hombres altos y rubios, la manera de comportarse de Herbert le infundía respeto. Al ver las últimas fotos de Lisa, sintió algo de envidia por la juventud y la belleza de la joven, pero su profesionalidad se impuso y Madeleine decidió proponerla como rostro publicitario de la marca de relojes de Jean-René. La señora Rimaud ya había tomado esa decisión antes de que él le hubiera pedido consejo.

¿Qué fue lo que había dicho Jean-René? Buscaba algo que tendiera un puente entre el tiempo, el reloj y el arte. Una pianista joven, guapa y prometedora sería perfecta. Jean-René no arriesgaba nada. Una joven así jamás se comportaría como la gacela brasileña.

Todavía en el despacho del jefe, al tiempo que apuraba su taza de café, el

proyecto tomó forma en la cabeza de Madeleine.

Al cabo de dos días se lo expuso a Jean-René. Le propuso que le hicieran una sesión fotográfica de prueba a Lisa durante sus ensayos con la Orchestre de la Suisse Romande. Se la imaginaba en primer plano, con los antebrazos apoyados en el piano de cola. Sin joya alguna, sin el reloj siquiera. El reloj descansaría solitario sobre la tapa del instrumento, dominando el espacio y el tiempo. Si la sesión los convencía, contratarían a Lisa para un solo anuncio. El riesgo era mínimo, no les costaría mucho —unos quince o veinte mil francos—, luego ya verían qué más podrían hacer.

Jean-René estuvo un buen rato examinando las fotografías de Lisa y, si bien se mostró de acuerdo, quiso conocerla personalmente. De ese modo, Herbert y Madeleine, sin sospecharlo ni quererlo, hicieron que los caminos de Jean-René y de Lisa se cruzaran.

—Lisa, Lisa —clamaba Betty Calderón, recorriendo todos los rincones del patio descuidado, en busca de su hija.

«¿Dónde se habrá escondido esta niña?», se irritaba Betty, levantando la vista hacia los balcones que daban al patio con la esperanza de vislumbrar a su hija en alguno de ellos, pero de Lisa no había ni rastro.

A Betty no le gustaba que nadie de su familia se ausentara. Vivía en un miedo constante, pero también sabía que no podía prohibir a su hijita de ocho años que jugara fuera. Entendía perfectamente que a la niña le encantara salir al patio, a la calle o ir a casa de algún vecino, en vez de permanecer durante horas en la única habitación de la que disponían. Además de la cama matrimonial y la camita de la niña, tenían una mesa bastante pequeña con tres sillas de madera, una para cada uno de la familia, un viejo armario de dos puertas donde guardaban apretujadas todas sus pertenencias y un sillón de mimbre que servía para todo menos para sentarse: tanto servía de cesta para los pocos juguetes que tenía Lisa como para dejar la ropa lavada que no cabía en el armario. Betty sabía que la vida que llevaba su familia no era normal, así que no privaba a su hija de la posibilidad de visitar a algunos de los vecinos y, si hacía buen tiempo, la dejaba bajar a jugar al patio con los demás niños. Solo quería saber en todo momento dónde se encontraba.

Llevaban ya tres años viviendo en esa habitación y Betty casi había perdido la esperanza de que algún día la situación fuera a cambiar. En realidad, aquella estancia era solo una parte del gran salón del piso, dividido en dos por una gran puerta de cristal. Compartían el piso con otras dos familias más. La habitación que daba al patio la ocupaban un viejo oficial y su esposa, antigua maestra de escuela. Aquel hombre no salía casi nunca de la habitación y su esposa, de pelo prematuramente cano, entraba de vez en cuando en la cocina, lo imprescindible para calentar algo en el hornillo eléctrico. La tercera habitación era la más espaciosa, daba al sur y tenía un balcón, lo cual era una gran ventaja. Allí vivía la familia de un sastre. «De trajes masculinos», declaraba él con orgullo, subrayando la gran responsabilidad e importancia de su oficio. Su cuarto se había convertido en una especie de taller: en el centro, una gran mesa, con una plancha siempre humeante encima; en un extremo de la mesa, sentada, la esposa del sastre, aguja en mano, un ser insulso y malhumorado que miraba a los demás con recelo. Su hijo de once años pasaba todo el tiempo en el patio, salvo cuando hacía los deberes en el otro extremo de la mesa bajo la mirada

huraña de su madre. Su padre, en cambio, era un hombre alegre, a menudo se ponía a cantar y parecía estar totalmente satisfecho con la vida que llevaba. La habitación con el balcón que daba al sur le parecía un lugar paradisiaco en comparación con la casucha en que había vivido en uno de los pueblos de los alrededores de Sofía.

La cocina era lo que más martirizaba a Elisabeth. Las paredes llenas de mugre se desconchaban por la humedad que producía una tubería rota. Como el horno no funcionaba, habían colocado encima un par de hornillos eléctricos con las resistencias al descubierto. La esposa del sastre preparaba allí todos los días la comida y el olor a carne de res y a cebolla frita no solo inundaba la cocina sino el piso entero.

Betty a veces se veía obligada a entrar en aquella cocina inmunda, aunque los despojos le produjeran náuseas. Hacía lo posible para que su hija tuviera una comida decente. Si cocinaba, solo lo hacía por la pequeña y ella se conformaba con la sopita de fideos o el puré de patatas que su hija se dejaba. Robert casi nunca comía con ellas. En realidad, él casi nunca estaba en casa, si es que aquella habitación única podía llamarse así. Regresaba muy tarde y siempre cargado con dos carteras de cuero grandes y viejas. Betty, conocedora de su contenido, vivía aterrorizada. Robert metía el contenido de las carteras bajo la cama, en un escondite improvisado. A veces, obligaba a Betty a abrir una conserva americana de atún u otra, francesa, de paté. Ella se resistía:

—¡No, Robert, por favor, no! ¡Me da horror!

—Basta ya, Betty, ¡yo sé lo que hago!

Luego añadía:

—Saca un chocolate para Lisa. Dáselo poco a poco, sin el envoltorio.

A pesar del cuidado que tenía Robert al envolverlos en papel de periódico antes de meter todo en el fondo de una de las carteras de cuero, Betty tenía una manía especial a los envoltorios.

Un día Betty pilló a su hija jugando con un papel plateado que estaba a punto de meter en un libro de cuentos.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó sobresaltada, arrebatándole el papel y el libro. De entre las páginas cayeron varios papeles plateados de distintos colores.

—De las tabletas de chocolate que hay debajo de la cama —contestó despreocupadamente la pequeña Lisa.

Betty sintió pánico, pero en aquella ocasión no le dijo nada a Robert.

—¡Lisa, Lisa! —seguía llamándola Betty cada vez más inquieta.

—No la busque aquí, está en el desván, con la estudiante del conservatorio —escuchó una voz malhumorada a sus espaldas.

Se trataba de Petio, el hijo del sastre. No lo había oído acercarse. Tuvo la sensación de que la había estado espiando.

—¿Qué dices? —Betty no podía creerlo, porque Lisa nunca se olvidaba de pedirle

permiso.

—¡Jaja! —se rio el chico con insolencia—. Va todos los días.

—Vale, gracias. ¡Anda, vuelve a tu casa!

—¿De dónde sacáis esas tabletas de chocolate? —espetó el mocoso con aire distraído.

—¿Qué chocolate? —le reprendió Betty—. ¡No desvaríes!

—¡Lo sé todo! —gritó Petio aún más insolente antes de echar a correr.

No le fue difícil dar con su hija. Betty subió corriendo los seis pisos del edificio hasta llegar a la puerta del desván. Desde dentro se oía un piano. Alguien tocaba la *Sonatina* de Clementi. De vez en cuando los sonidos se apagaban y se escuchaban voces, alguna explicación y alguna orden, luego la música volvía a sonar. ¡Su hija recibía clases de piano! Se le cortó la respiración de la emoción. ¿Cuándo había empezado aquello? ¿Cómo no se había dado cuenta? Su hija, a la que consideraba una cría ingenua, había escogido su propio camino sin ni siquiera consultárselo a ella. ¡Aquello era sorprendente e increíble a la vez! ¿Pero qué pretendía Betty? ¿Que su hija le hubiera preguntado si podía estudiar piano? Viviendo hacinados con tanta gente extraña en un piso compartido, le habría parecido absurdo.

Betty se apoyó contra la pared. Sintió ganas de llorar. La música dejó de escucharse. Por lo visto, profesora y alumna conversaban antes de volver a tocar. Betty recordó cómo en su infancia tomaba clases de ballet en una elegante academia privada que también se encontraba en un ático. Cuando le dijo a su madre que quería estudiar ballet, ella la llevó a la calle de Léger y le compró un precioso maillot, unas mallas rosas y zapatillas de raso. Su madre la llevaba a la academia de la señora Nemírova tres veces a la semana y, mientras la esperaba, tomaba chocolate con alguna de sus amigas en la cafetería Bulgaria.

De tanto preocuparse de darle a su hija de comer y encontrar con qué vestirla, Robert y ella se habían olvidado de que su pequeña también estaba creciendo. Betty permaneció un poco más junto a la puerta, luego bajó las escaleras lentamente. Entró en su habitación y miró debajo de la cama. La pila de chocolates había disminuido visiblemente. Se le encogió el corazón al caer en la cuenta de cómo su hija pagaba las clases de piano.

—Mamá —preguntaba Petio en la habitación contigua—. ¿Cómo es que los de al lado tienen tanto chocolate debajo de la cama?

Petio estaba sentado a la mesa, en su sitio y con el manual abierto, pero sus pensamientos se encontraban en otra parte. Su madre ajustaba una hombrera en una de esas chaquetas entre marrón y beis que solían darles a todos los milicianos como uniforme de servicio.

La esposa del sastre se volvió toda oídos.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Lo sé, yo lo sé todo! —alardeó el niño.

—¿Qué más tienen allí? —preguntó la mujer susurrando.

—Tienen de todo: conservas, botellas, cigarrillos.

—¿Estás seguro?

—Pues sí... ¡Mira!

El niño levantó el colchón de la cama y sacó dos grandes tabletas de chocolate suizo con hermosos envoltorios de colores.

—¡Dame eso enseguida! ¡Y ni se te ocurra decírselo a nadie! —la madre le arrebató los chocolates.

Petio frunció el ceño, pero no dijo ni mu. No se atrevía a discutir con su madre. Le daban horror su mirada furibunda y su mano larga. Los chocolates desaparecieron en el fondo del armario y su madre lo cerró con una llave que se metió en el bolsillo del delantal.

La esposa del sastre se puso a mirar soñadora por la ventana. Sí, las cosas empezaban a ponerse en su lugar. Sería estupendo que les dieran también la habitación con la puerta de cristal de los Calderón, podrían colocar allí la máquina de coser y una tabla de planchar. Y, con algo de suerte, también podrían quedarse con la otra habitación en el futuro. ¡Qué extraño que a nadie se le hubiera ocurrido deportar a aquel viejo oficial que había servido en el ejército real! Solo con esperar...

Cuando le contó el secreto de Lisa, a Robert se le iluminó la cara. Betty llevaba tanto tiempo sin verlo sonreír así que casi había olvidado lo guapo que era su marido.

—Ah, ¡esta Lisa! —dijo con auténtico entusiasmo antes de mirar preocupado a su alrededor—: ¿Dónde podríamos colocar un piano? Nuestros vecinos no le permitirán tocarlo.

Elisabeth trató de advertirle de los peligros que corrían por haber pagado su hija las clases con chocolates sin haber tenido ningún cuidado, pero Robert la interrumpió:

—¡Son cosas de niñas! La profesora también será una niña. ¿Cuántos años tendrá esa joven? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

Robert nunca prestaba atención a los detalles.

«*Le diable est dans les détails*», solía repetirle su amigo Teodor Marínov, pero Robert no veía a ningún diablo en los detalles y le respondía sonriente:

—¡Precauciones de abogado!

Desde que la familia lo perdiera todo y su vida cambiara, Robert era otra persona. El aristócrata elegante y guapo que elegía cuidadosamente los mejores paños ingleses para sus trajes a medida y le encargaba a su sastre camisas de seda por docenas, se había convertido en pocos meses en un hombre completamente invisible, un hombre más de la masa obrera. Una americana gastada, un viejo suéter tejido a mano y una gran boina, calada hasta las cejas, de la que Robert no se separaba ni en invierno ni en verano, eran los accesorios encontrados quién sabe dónde y que le ayudaban a disolverse en la gris muchedumbre entre la que se movía.

«Mimesis», decía todas las mañanas Robert y sonreía contento a la imagen irreconocible que le devolvía la mirada desde el pequeño espejo mellado en el borde antes de salir de casa con sus dos carteras de cuero, para recorrer itinerarios que solo él conocía.

Se suponía que Robert trabajaba en una cooperativa con el nombre extraño de Balleur que al parecer se dedicaba a hacer embalajes. Sus empleados no tenían un horario fijo, pero todas las mañanas pasaban por la pequeña oficina situada en la calle de Ulitsa Pirotksa —que ahora llevaba el nombre de cierto líder obrero, completamente desconocido— para firmar el libro de registro laboral. Allí los esperaba la única empleada de aquella empresa fantasma, una mujer muy friolera que nunca se quitaba el abrigo, que contaba solo con una vieja mesa de madera y una

máquina de escribir Continental que Robert había desenterrado no se sabe de dónde. Nadie había visto jamás a la buena mujer redactar ninguna carta con aquella máquina. La empleada se servía de un gran cuaderno con hojas cuadrículadas en que apuntaba a lápiz las actividades de los trabajadores. De vez en cuando se detenía en la puerta una camioneta de la que sacaban un enorme rollo de papel de embalaje que poco después volvían a meter en la camioneta para enviarlo a otra parte. La empleada apuntaba esas maniobras cuyo único fin eran justificar la existencia de Balleur.

El hijo de Calderón no llegó jamás a comprender las circunstancias que condujeron a la desgracia de su familia y jamás llegó a resignarse. La tragedia que había sufrido el viejo Calderón le parecía absurda y monstruosa, creía que era el fruto de una locura generalizada e incontrolable que se había apoderado de todos, también de su propio padre. Cuando Jules Calderón, temblando de ira, le contó la audiencia celebrada en palacio, Robert pensó que su padre exageraba e incluso trató de convencerlo de que tal vez se tratara de medidas temporales, que quizá el zar tuviera razones de fuerza mayor para actuar así y que por el momento simplemente tenían que buscar la manera de salir de aquella situación que pronto cambiaría. Jules Calderón lo miró con el ceño fruncido, sin decir palabra. Luego se dirigió a las demás personas que había reunido en su despacho. Allí se encontraban sus más cercanos: su esposa Sofía, su hijo y el insustituible Núshkov, el contable.

—No os he reunido para escuchar vuestra opinión sobre los oprobios a los que he sido sometido, sino para comunicaros lo que he decidido hacer. No voy a permitir que todo lo que he creado con mis propias manos y con vuestra ayuda se vaya a pique por la insensatez de nadie, por más zar que sea ese insensato.

El plan de Calderón era osado, arriesgado y, si le hubieran preguntado a Robert, nada realista. Robert intentó advertírselo, pero su padre no aceptaba reparos y, después de escucharlo, le contestó impasible:

—Aunque tuvieras razón, no pienso hacerte caso. El dinero es poder, tú lo sabes, pero también es una gran responsabilidad. Y espero que a estas alturas ya lo hayas comprendido. No debe caer en manos de gente irresponsable. Los consejeros del zar no tienen ni idea de lo que están haciendo. Quiero saber qué opina Núshkov.

Robert nunca supo el nombre de pila del contable de su padre. Alto, flaco, muy educado, de buenos modales y de voz tranquila, para Robert no era más que una máquina calculadora dispuesta a cumplir en cualquier momento los deseos de su propietario o de la persona que la manejara. El viejo Calderón se consideraba el propietario de Núshkov y tenía en él una confianza sin límites. Mejor dicho, no dudaba de él, como no dudaba de las demás pertenencias que poseía. Ponía a prueba la calidad de todas sus propiedades, ya fueran casas, dinero o empleados. Conocía sus puntos fuertes y sus debilidades, aunque era raro que algo que perteneciera a Calderón tuviera algún defecto. No obstante, en cierta ocasión Robert había visto a

Núshkov en uno de los bares nocturnos en la calle de Léger, en compañía de dos damas muy ligeras de ropa, cuyo aspecto enseguida revelaba a qué se dedicaban. Se sorprendió, pero se abstuvo de comentárselo a su padre. Calderón era muy exigente, no permitiría que uno de sus colaboradores más cercanos tuviera tal vicio. Para su padre lo más importante era el prestigio de su imperio. Aquel encuentro casual hizo que Robert se interesara un poco más en el contable de su padre y se enteró de que Núshkov había enviudado hacía unos años y que tenía un hijo interno en el American College que regresaba a casa solo los fines de semana. Núshkov vivía en una villa grande, casi lujosa, situada en Kniázhevo, lejos de la curiosidad de la gente. Y, como su jefe, últimamente invertía su dinero en inmuebles y ya poseía dos edificios de viviendas en el centro de Sofía.

—El señor Calderón tiene razón en querer tomar medidas —habló Núshkov en voz baja: sí, aquel hombre sabía muy bien qué era lo que quería escuchar el viejo—. Corren tiempos inciertos. Nadie sabe qué es lo que puede suceder. Chipre parece un buen destino para realizar operaciones financieras como esta. Por un lado es un protectorado inglés y, por otro, una zona de *offshore*: los impuestos y las tasas serán mínimas y el secreto bancario absoluto.

Calderón se arrellanó contento en su sillón:

—Llamad al notario Stéfanov y al joven Marínov. Tenemos que arreglar todo en los próximos tres días —ordenó y, dirigiéndose a su mujer, que hasta entonces había permanecido callada a su lado, buscando su mano, preguntó—: ¿Qué te parece Sofía? ¿Estás de acuerdo?

La madre de Robert apretó la mano de su marido en silencio. En sus hermosos ojos grises no había ni sombra de inquietud. Cuando una semana más tarde los encontraron asfixiados en el garaje, Robert no pudo creerlo. Repetía como un loco:

—¡Esto no puede ser verdad, no es verdad! ¡Qué locura, por Dios, qué locura! ¡Esto no resuelve nada!

No entendió la actitud ni el orgullo de su padre. El viejo Calderón había reaccionado de forma desmedida y, aunque su venganza era admirable, el doble suicidio le parecía un precio demasiado alto. Quería mucho a sus padres. El día del entierro llegó un telegrama enviado por el zar. «Mi más sentido pésame... el gran empresario Calderón y su esposa Sofía...» Se puso furioso. Arrugó el lujoso papel sepia con el sello real y lo tiró con rabia. No era rencoroso por naturaleza, pero juró que nunca perdonaría lo sucedido. También entonces decidió actuar de manera diferente. Seguro de que aquella locura no iba a eternizarse, eligió la mimesis, decidió convertirse en un camaleón y esperar...

Si aquel telegrama en papel sepia solo había merecido el desprecio de Robert, hubo quien no lo vio así: Núshkov encontró aquel papel arrugado, lo recogió del suelo, lo alisó y, junto a los títulos de propiedad, lo guardó en la caja fuerte cuya llave él guardaba celosamente. La fortuna había hecho que cayera en sus manos aquel documento cuyo valor aumentaría con el tiempo.

Si Lisa se mostraba indiferente a algo, era al dinero y a lo que se podía conseguir con él. Según Herbert, la indiferencia por lo material era un privilegio que los pobres recibían gratis, mientras que los ricos más ricos la conseguían con muchísimo dinero. En realidad, él mismo no sabía en cuál de esos dos grupos situar a Lisa. A ella le encantaba observar los objetos bonitos pero no sentía la necesidad de poseerlos. Si algo le gustaba y quería comprarlo, era porque formaba parte de su aspiración de perfeccionar sus interpretaciones. Pocas veces entraba en una tienda que no fuera de discos, partituras o libros y lo hacía como una creyente devota entra en una catedral. Se divertía muchísimo visitando las grandes librerías y allí se dedicaba a vagar entre las estanterías para salir después con una pila de libros sin saber dónde podría colocarlos ni cuándo dispondría de tiempo para leerlos. Leía mucho, principalmente libros sobre música y arte. Cuando empezaba a preparar un nuevo repertorio, le gustaba «tocar fondo», según la expresión de Herbert. Quería saberlo todo no solo de la obra sino también de su compositor. Así pasó, por ejemplo, con *El Carnaval* de Schumann: cuando Herbert le propuso grabarlo en un disco de vinilo, Lisa buscó todo lo que podía leer sobre el tema. ¿Cómo eran en aquel momento las relaciones de Robert y Clara? ¿Habían nacido ya sus hijos? ¿Conocía ya Clara a Brahms? La música de Schumann era de por sí muy colorida e imaginativa, pero Lisa insistía en descubrir en ella más niveles, porque la joven estaba convencida de que bajo la superficie se encontraban varias capas de emociones soslayadas. Los secretos que el propio Schumann había cifrado con misteriosos números o letras reavivaban su imaginación: ¿se trataba de los mensajes de amor a Clara que el joven Robert no quería revelar ante el viejo Wieck, el padre de ella, o codificaba sus innumerables sospechas o, tal vez, su enfermedad?

Sí, Robert, como su padre. Pensaba en él cada vez que tocaba obras de Schumann. «Lisa Calder, interpretando a Robert Schumann.» Así fue anunciado el proyecto que iba a ser patrocinado por una marca de relojes suizos de lujo. Las grabaciones tenían que realizarse inmediatamente después del concierto de Rajmáninov. Herbert llegaría a Ginebra dos días antes del concierto y ya tenía acordada una comida de trabajo con el propietario de la empresa patrocinadora. Y, por cierto, el acortar el apellido de Lisa también había sido idea de Herbert, una propuesta que le había hecho a Lisa inmediatamente después del festival de música en que se conocieron. Herbert, por experiencia, no solo era partidario de apellidos

que no tuvieran más de seis letras sino que además «Calder» le parecía más apropiado para una artista, más cosmopolita y, sobre todo, más seguro.

Lisa llevaba cuatro días saliendo del hotel Beau Rivage a las nueve y media en punto para ir al conservatorio, donde le habían cedido una sala para ensayar. Si bien la distancia no era tan grande, tardaba más de media hora en hacer el recorrido porque se dejaba llevar por la tentación de detenerse ante los escaparates de las joyerías estratégicamente emplazadas por toda la Rue du Rhône y por el barrio que se extiende alrededor de la Ópera. Allí había joyas caras que exhibían diamantes de decenas de quilates. Buscó los relojes de la marca que iba a patrocinar su grabación. No le fue difícil descubrirlos: no ocupaban el centro de los escaparates, pero sí llamaban lo suficiente la atención para que un ojo inexperto pudiera encontrarlos. A Lisa le gustó su estilo algo deportivo: ninguno de los modelos llevaba esa cantidad indecente de diamantes tan frecuente en aquellas vitrinas. Hasta sintió curiosidad por el hombre que creaba y producía aquellos relojes. Había accedido a conocerlo más que nada para agradecer a Herbert los esfuerzos descomunales que hacía para asegurarle el éxito.

Lisa llevaba un viejo reloj masculino, de esfera demasiado grande, con una correa de cuero negra. Mientras ensayaba, lo colocaba a su izquierda en el piano y medía con él su percepción interior del tiempo. Con motivo de su vigesimoquinto cumpleaños, Herbert le regaló un diminuto reloj de oro, una auténtica joya, pero el reloj nunca abandonó su cajita. Lisa no soportaba en sus brazos nada que la molestara: no obstante, por aquel viejo reloj suyo experimentaba un afecto casi supersticioso, lo sentía como un apéndice natural e inseparable de su muñeca. Ese reloj era el único objeto de Bulgaria que todavía conservaba.

Lisa lo tenía desde los nueve años. Se lo había dado el padre de Eva, el abogado Marínov. A Lisa le sorprendió su visita inesperada, a primera hora de la mañana, antes de que ella fuera a la escuela. Los últimos meses pasaba a verlas a menudo, Betty y él conversaban en voz muy baja con aspecto preocupado, revisaban montones de papeles que él sacaba de su cartera y a veces la madre de Lisa firmaba algún documento.

Marínov fue el primero en llegar a su casa después de la irrupción de dos civiles y tres milicianos uniformados que, sin miramientos, metieron a Lisa y a su madre en la despensa y las retuvieron allí hasta muy entrada la tarde. Cuando les permitieron salir, la habitación era irreconocible: todo estaba patas arriba, los manuales y los cuadernos de la niña estaban desparramados por el suelo, todos los objetos del armario estaban fuera. El escondite que había debajo de la cama estaba vacío. El piso estaba ahogado en el silencio: desde las habitaciones vecinas no se oía ningún ruido. Cuando Betty preguntó adónde se habían llevado a su marido, Marínov, con el dedo en los labios, le indicó que no hablara, señalando al mismo tiempo con un movimiento de cabeza en dirección a la habitación del sastre. Luego buscó una bolsa, puso algo de ropa, cogió a la niña de la mano y las condujo a su propia casa, donde

Nevena y Eva estaban esperándolos. Estuvieron allí varios días antes de volver al piso: les entregaron una orden escrita que les prohibía ausentarse de allí sin permiso expreso de las autoridades.

Aquel día Marínov entró a la habitación donde Lisa estaba preparando sus cosas para ir a clase. Betty, muy lívida, con cara de enferma, cubría su boca con la mano, como si intentara sofocar un grito de dolor. Marínov, también muy afligido, parecía consumido y avejentado.

—Lisa, tu papá ya no está —dijo con voz casi inaudible.

Ella comprendió aquellas palabras. Sintió un dolor agudo en el estómago, como si fuera a vomitar, pero consiguió sobreponerse:

—¿Cuándo ha pasado?

—Esta mañana, a las cinco —le dijo con sinceridad Marínov, porque sabía que Lisa iba a recordar todo lo que le iba a decir en aquel momento—: Me encargó decirte que no fue por culpa de los chocolates y que te quiere más que a nadie en el mundo.

Las palabras «te quiere» desencadenaron el llanto de la niña:

—¡Papá, papá! —sollozaba.

¡Se sentía tan culpable por las dichosas tabletas de chocolate que habían encontrado debajo de la cama que creía que por su culpa se habían llevado a su padre! Jamás se lo perdonaría a sí misma. En su vida volvería a probar chocolate.

—¡Llora, mi niña! —le acariciaba la cabecita Marínov, quien, por su parte, trataba de tragarse sus propias lágrimas antes de añadir—: Me dio esto para ti. Dijo que lo cuidarás mucho.

Aquel fiel amigo de su padre le entregó algo envuelto en un pañuelo. Se trataba del reloj que Robert nunca se quitaba de la muñeca. Marínov se inclinó cerca de su oído y le dijo algo en voz muy baja.

Lisa oprimió el reloj en su puño diminuto: el reloj conservaba todavía el calor de la mano de Marínov, quien lo había guardado en el puño desde el momento de la ejecución. La maquinaria tenía un segundero-tictac, tictac— que marcaba el ritmo como un corazón humano.

Lisa se lo metió en su bolsillo y juró llevarlo siempre consigo.

Al aceptar la invitación de Herbert para la comida de trabajo, Jean-René tenía razones que la señora Rimaud, la directora de promoción y *marketing*, no podía sospechar. A Jean-René le habían gustado las fotografías de Lisa, pero él conocía a muchas mujeres jóvenes y bonitas. El apellido Calder fue lo que más le había llamado la atención.

«Calder, Calder», repetía para sus adentros, mientras revisaba la documentación preparada para la ocasión por Madeleine. ¿Acaso se trataba de los puros Calder que Jean-René encargaba desde Londres en lujosas cajas de madera y con las que agasajaba a sus clientes más especiales? Para los buenos conocedores, los puros Calder tenían el mismo valor que Davidoff, Rothschild y otros por el estilo. «*By Appointment of His Majesty, the King of Bulgaria*», se leía en la fina madera barnizada de las cajas que tenían el color de violines italianos. Tenían un aroma noble de tabaco de alta categoría, preparado según «una antigua tradición oriental y la receta especial de Calder, incluyendo esencia de rosas, miel y otros ingredientes naturales», según versaba la inscripción con letras manuscritas que aparecía en el dorso de la caja. Ese detalle relacionado con la prestigiosa marca de puros se le había escapado a la omnisciente Madeleine. Y, la verdad, era lógico: la señora Rimaud no fumaba puros. «¡Tanto mejor!», pensó Jean-René con íntima satisfacción. Madeleine había organizado aquel almuerzo con la idea de que el representante artístico y la pianista le pedirían dinero y se aprovecharían del prestigio de sus relojes. Ni por asomo se le había ocurrido que podría resultar al revés.

—Oye, Herbert. ¿Qué es lo que quiere exactamente ese hombre de mí?

Lisa dirigió a Herbert una sonrisa encantadora. Estaba acabando su macedonia. Adoraba las naranjas rojas tan ácidas y jugosas. Herbert había llegado la noche anterior de Colonia y en ese momento los dos estaban desayunando en una mesa con mantel rosado de la terraza del hotel. Un camarero se acercó discretamente a Lisa y volvió a llenarle la taza de café.

Herbert rio:

—Yo creía que éramos nosotros los que queríamos algo de él, pero me has hecho dudar.

Lisa se extrañó:

—El patrocinio es bueno para los dos, ¿no es cierto?

A su pregunta no le faltaba razón:

—El patrocinio —trató de explicar Herbert— es el arte de hacer que alguien gaste un dinero que va a perder en algo que tú quizá llegues a ganar.

—Si lo he entendido bien —quiso aclarar Lisa—, puede que uno no gane nada con cierto proyecto, pero, con toda seguridad el patrocinador tampoco pierde nada, puesto que su dinero ya estaba perdido desde el principio, ¿cierto?

—Cómo te gustan los sofismas —Herbert quería dar por terminado el tema. Herbert estaba impresionado por las consideraciones de aquella joven que hasta entonces no había mostrado interés alguno por los negocios. Y tampoco necesitaba interesarse en ellos.

—Espera, espera —insistió Lisa—. Ese dinero es parte de sus beneficios, ¿no es así?

Herbert afirmó con un movimiento de cabeza.

—Destinado a pagar impuestos, lo cual, por su parte, repercute negativamente en su propio capital.

Herbert la escuchaba con atención creciente, tenía curiosidad por saber adónde llegaría Lisa con sus consideraciones. Creía conocerla, pero...

—Pongamos que el margen de la empresa es de unos veinte millones. —A Herbert, boquiabierto, se le cayó la cucharilla de la mano por la sorpresa, porque según sus averiguaciones se trataba de cerca de veintiún millones.— Si los gastos en salarios, pensiones, producción, investigación y administración —Lisa sacaba rápidamente las cuentas— llegan a unos catorce millones, entonces quedan seis. El propietario se queda con tres millones para él y para sus colaboradores más cercanos. Quedan tres millones que son puro margen. ¿Qué pagan de impuestos?

Lisa formuló la pregunta como si fuera un inspector de Hacienda.

—Alrededor de un sesenta por ciento —contestó Herbert mecánicamente.

—Entonces la empresa pierde dos millones y, además, tiene que pagar dividendos a sus accionistas.

—Exactamente —afirmó el representante artístico cada vez más impresionado.

—Patrocinando una actividad cultural, la empresa ahorra la mitad de esos dos millones, ¿verdad? La otra mitad se considera gastos de publicidad y *marketing*. Si yo fuera un empresario suizo, haría lo mismo. Los impuestos que se pagan aquí son desorbitados. Me parece injusto. ¿A ti no?

Lisa sacó su sonrisa más encantadora al reparar en que Herbert se había quedado boquiabierto.

—No tienes por qué preocuparte. Él te necesita a ti más que tú a él.

A pesar de aquel talento financiero suyo tan espontáneamente revelado, Lisa se equivocaba creyendo que Jean-René iba a sacar gran provecho de aquella cita. Aunque estaba buscando una nueva cara publicitaria, algo inusual, distinto, inteligente y espiritual, sabía mejor que ella que la publicidad funcionaba mejor si se basaba en la imagen de alguna celebridad. Al suizo le atraía aquella parte del apellido Calder que nada tenía que ver con la música.

Comieron en Beau Rivage en una mesa pegada al ventanal. La conversación era un típico cóctel mundano en que se mezclaban nombres de ciudades, salas de concierto, museos y gente famosa. Los dos hombres eran amables pero se mostraban distantes entre sí, ninguno proporcionaba demasiada información al otro. Lisa parecía tranquila y aquella reunión casi le era indiferente. Aunque sabía que debía considerarse parte del equipo de Herbert, sus esfuerzos le parecían algo exagerados. Tampoco aprobaba su idea de que ella participara en la comida, como si esperara de ella que sedujese al empresario, obligándole a gastar un dinero que iba a perder. Por su parte, Jean-René se dio cuenta de que la idea de Madeleine de utilizar a la joven y emergente estrella para subrayar la relación entre «el tiempo, el reloj y el arte» no iba a funcionar. Independientemente de la forma en que pudieran hacerlo, Lisa no era de esas mujeres cuya imagen en una publicidad hace honor a la realidad de su talento y belleza. Jean-René miraba de soslayo a aquella mujer serena e impasible que tomaba pequeños tragos de agua mineral y le hacía sentir tan tonto. No parecía tensa ni preocupada, reacciones que solían experimentar las personas que aspiraban a cerrar un negocio. Reparó en el reloj masculino que llevaba en la muñeca; intuyó que tenía un enorme valor sentimental para ella. Era absurdo imaginarla promoviendo un reloj de lujo cargado de diamantes en la portada de una revista. Le dio risa recordar que Madeleine le había sugerido que le regalara uno en el restaurante. «Y que no sea demasiado caro», añadió lanzándole así una indirecta la señora Rimaud. ¿Acaso Madeleine era menos inteligente de lo que él siempre había creído? En efecto, ella había sido la culpable de aquel episodio con la brasileña. Jean-René estaba dispuesto a darle enseguida a Herbert quince o veinte, incluso cincuenta mil francos, con tal de encontrar una manera elegante de salir de aquella incómoda situación.

—Disculpe, señorita. Quería preguntarle si su apellido tiene algo que ver con los puros Calder —dijo inesperadamente Jean-René.

—Sí —contestó Lisa sin alterarse—. Mi abuelo paterno fue quien inició su producción y quien estableció la marca. Hoy en día los hace una empresa de Chipre.

Herbert se quedó estupefacto: jamás había oído a Lisa comentar nada al respecto. La joven evitaba hablarle de su familia y solo le había dicho que tuvieron problemas tanto antes como después de la guerra, pero nada más.

Jean-René mantuvo el tono mundano de la conversación. Luego echó una mirada rápida a su reloj, se levantó apoyando un brazo en el respaldo de Herbert y concluyó rápidamente:

—Su proyecto me parece interesante, no creo que haya ningún inconveniente. No deje de llamar la próxima semana a mi oficina, le proporcionaremos un modelo de contrato. Quizá ni siquiera sea necesario firmar nada.

Luego se dirigió a Lisa —confiaba en que ella no hubiera escuchado sus últimas palabras— y dijo con amabilidad:

—No sé si podré asistir a su concierto, pero, si le parece bien, podríamos cenar después.

Lisa se sorprendió, levantó las cejas y espetó con toda naturalidad:

—Cenar, ¿por qué? Si estamos comiendo ahora...

Jean-René se sintió incómodo, se llamó «imbécil» a sí mismo, pero acto seguido se rio:

—Ha sido una broma. Por supuesto que voy a ir al concierto. Me encanta Chaikovski.

—Rajmáninov —le corrigió Lisa, riéndose también—. Descuide. Sé lo que está haciendo por Herbert y se lo agradezco de corazón.

Jean-René no consiguió llegar puntualmente al concierto en el Victoria Hall. Creía que llegaría solo unos minutos tarde, pero cualquier retraso bastaba para que no lo dejaran entrar antes de que terminara la primera parte. Tuvo que esperar unos diez minutos apoyado en la puerta de madera que conducía a los palcos. Madeleine siempre le reservaba las butacas allí, para que todo el mundo pudiera reparar en su presencia. A Jean-René le gustaban aquellas momentáneas pausas en su cotidianeidad apresurada que transcurría entre aburridas reuniones, citas, comidas y cenas de negocios.

Mientras escuchaba la música que le llegaba del otro lado de la puerta, trató de recordar el título de la obra, tan familiar como si la hubiera escuchado esa misma víspera, pero no lo sabía. Se puso a repasar mentalmente sus escasos conocimientos en materia de música y sintió vergüenza por no poder formular con nitidez ni una sola noción perteneciente a esa esfera. ¿Cuál era el nombre de pila de Liszt? ¿Y el de Chopin? ¿Componía este último sinfonías? Jean-René odiaba sentirse inseguro: le enfurecía haberse permitido tanta dejadez. En cambio, solía visitar exposiciones y subastas, conocía bien el mercado del arte, lo que, hasta cierto punto, formaba parte de su oficio. En el pasado había leído mucho, le gustaba el *jazz* y no dejaba pasar ninguna oportunidad de ir al festival de Montreux, había escuchado en vivo a Miles Davis y Oscar Peterson, pero de todo aquello hacía ya mucho tiempo. Desde que sus relojes empezaron a cobrar prestigio y él a ganar dinero, le interesaban más los coches deportivos que las actividades culturales y, como pasaba poco tiempo en casa, no le quedaba tiempo para leer. Se preguntó desde cuándo no lo hacía... Hacía dos años que no entraba en una librería.

Detrás de la puerta se oyeron los aplausos. Jean-René aprovechó la pausa para entrar al tercer palco. Se escurrió con agilidad hacia su butaca y saludó con un gesto rápido a unos cuantos conocidos. La orquesta se preparaba para la segunda pieza, los primeros violines se movieron para dejar paso al piano de cola. El público conversaba en voz baja, a la espera. Le dio tiempo para apreciar el escenario, decorado con pequeñas rosas silvestres y muchas hojas verdes. «Bien hecho», pensó. Jean-René tenía muy buen gusto. En el palco de enfrente vio a Herbert. Se saludaron desde lejos con amables inclinaciones de cabeza. El día anterior Herbert había recibido el contrato donde figuraba el doble del dinero que esperaba. Enseguida llamó a Madeleine para darle las gracias, pero tuvo la impresión de que ella no estaba al

tanto, de que acababa de enterarse de la cantidad y, la verdad, aquella noticia no parecía haberle gustado.

Mientras Jean-René escudriñaba a la gente en los palcos de enfrente, abajo se escucharon aplausos esporádicos y susurros de aprobación que poco a poco se fueron apoderando de toda la sala. Los músicos de la orquesta dieron ligeros golpes en sus instrumentos en señal de admiración cuando Lisa y el director se dirigieron hacia el piano. La joven resultaba impresionantemente bella con aquel vestido verde claro satinado. Su cabellera estaba recogida en la nuca, en una complicada trenza de cinco mechones. Tan natural que desde lejos parecía no llevar maquillaje. Tampoco llevaba joyas. En la mano izquierda llevaba un pañuelo blanco. Al sentarse en el piano, se quitó con discreción el enorme y viejo reloj que Jean-René había visto en el restaurante y lo colocó sobre el piano, a la izquierda del teclado. El pañuelo lo puso en la tapa del instrumento.

A juzgar por las reacciones del público, Lisa tocaba el piano muy bien, incluso magistralmente. «Esta señorita Calder no está nada mal», repitió varias veces Jean-René para sus adentros, observándola con curiosidad creciente.

Jean-René tenía bastante imaginación. Se imaginó el apoteósico final, el entusiasmo del público, los grandes aplausos. Se imaginó a sí mismo poniéndose de pie, con la mirada clavada en el escenario, pero las miradas del público estaban divididas en dos: unas se dirigían al escenario y otras al palco donde se encontraba. «Allí, en el tercer palco está Jean-René, el esposo de Lisa Calder.» «¡Oh!, ¿es aquel? ¿Conoce usted su última colección? ¡Es impresionante!» «¡Pero ella es una gran pianista!» «Calder... ¿No se trata de una famosa marca de puros?» «Por supuesto. Ella es descendiente de una familia muy rica de los Balcanes.» «Esta mujer es increíble, habla cinco idiomas perfectamente.» Jean-René dejaba que los comentarios fluyeran a su alrededor como una ligera brisa primaveral que acariciaba sus oídos, salía de la sala y se iba detrás de las bambalinas para cubrir los hombros de su esposa, la maravillosa pianista Lisa Calder. Después, ella repartía autógrafos durante unos quince minutos, luego iban al Hôtel du Rhône a cenar con sus amigos más íntimos. No estaría nada mal...

Los aplausos volvieron a estallar. Jean-René se unió a ellos, echó una ojeada rápida a su alrededor: nadie le hacía caso, todas las miradas se dirigían únicamente a Lisa, quien hizo una profunda reverencia. La llamaron dos veces más al escenario. Mientras la joven recorría la distancia entre la salida del escenario y el piano de cola, Jean-René admiró su porte. Finalmente se acallaron los aplausos y el público se apresuró hacia los *foyers* donde se servía el tradicional champán helado.

«Tengo que hacer algo», pensaba febril Jean-René. Por su mente se cruzaban mil ideas. No podía permitirse el lujo de volver a comportarse como un bruto ricachón. No tendría ni la más mínima oportunidad con Lisa. ¿Y si volvía a invitarla a cenar? No aceptaría. Además, ese señor, ¿cómo se llamaba? Herbert... ¿O debía proponerle que al día siguiente pasearan por Ginebra para mostrarle algún museo? No sabía si

ella se iba al día siguiente. ¿Debía dejar todas sus ocupaciones y seguirla a Colonia? ¿O tenía que hacer todas esas cosas al mismo tiempo? La locura se apoderó de repente de Jean-René; sí, estaba dispuesto a todo, no quería pensar en las consecuencias. ¡Tenía que actuar!

Recogió de prisa su abrigo del guardarropa y se encaminó a los camerinos del Victoria Hall. Como un estudiante que se cuela sin entrada, pasó corriendo ante las narices del portero, quien lo miró con indiferencia; subió al piso de arriba, encontró en una de las puertas la inscripción «Lisa Calder», tocó en la puerta y, antes de que ella le respondiera, la abrió. Lisa se había quitado el vestido verde de seda satinada y vestía un ligero pantalón de color crema con una chaqueta primaveral a juego. Tenía en la nuca una hermosa trenza de cinco mechones. En la muñeca llevaba ese reloj de hombre que la acompañaba a todas partes. Se volvió sorprendida hacia Jean-René, que acababa de invadir su camerino. Levantó las cejas, lo mismo que en el restaurante cuando la invitó a cenar: «Cenar, ¿por qué?», le espetó entonces. Buena pregunta. ¿En qué circunstancia cenaría Lisa con él? Ella seguía mirándolo inquisitiva, pero en su mirada bailaba una llamita burlona: sin duda alguna el ímpetu de Jean-René la divertía. Herbert se levantó de su silla y se acercó a Lisa. Por un instante Jean-René creyó que iba a abrazarla para protegerla.

—Señorita Calder, ¡cátese conmigo! —dijo inesperadamente.

Como si acabara de escuchar el mejor de los chistes, Lisa soltó una carcajada, mientras que en la cara de Herbert apareció una mueca de desagrado.

—¡Gracias por el cumplido! Me alegra que el concierto le haya gustado tanto —le contestó amablemente Lisa.

Había muy pocas cosas en este mundo que Jean-René no fuera capaz de conseguir. Si deseaba algo, lo conseguía. Al proferir su absurda propuesta, descubrió que, en realidad, era esa su gran meta en la vida. Habló en serio y sin vacilar:

—Señorita Calder, no me ha entendido bien. No estoy haciéndole ningún cumplido. Poco entiendo de música, pero no dejo de pensar en usted todo el tiempo y, mientras la he estado escuchando, me he dado cuenta de que lo que más quiero en este mundo es casarme con usted. Y, si fuera posible, lo haría ya, pero si lo considera inapropiado, estoy dispuesto a esperar. Solo quiero que sepa que nunca voy a cambiar mi decisión: quiero casarme con usted, querré mañana, pasado mañana y siempre, hasta que acepte.

Jean-René miró a Herbert, que estaba totalmente desconcertado, y dijo brevemente: «¡Perdóneme usted!». Volvió a dirigirse a Lisa:

—Le pido que me considere su amigo. La llamaré mañana por la mañana.

Antes de que la joven pudiera volver en sí, ya había dado media vuelta y había abandonado el camerino.

La sonrisa no desaparecía de la cara de Lisa. Recordar el episodio de Jean-René la divertía muchísimo. Pocas veces le pasaba algo tan íntimo. El modo de vida espartano que llevaba no dejaba lugar para la amistad, menos para el amor. Además, se encontraba siempre bajo la vigilancia de su guardián. Herbert, quien desde el principio le había advertido a Lisa que estaba dispuesto a ocuparse de su carrera artística si ella era capaz de cumplir con las duras condiciones que exigía. Ella tendría que renunciar a todo. Lisa le contestó: «Lo único que quiero es tocar el piano. Eso es todo».

Lisa cumplía todas las condiciones que imponía Herbert: la joven estaba dedicada por entero a su carrera. No le parecía inapropiado que él la llamara tarde por la noche para ver qué tal le había ido el día. Sabía que Herbert averiguaba si había abandonado sin permiso su refugio monacal. Lisa sospechaba que su representante estaba un poco enamorado de ella y, aunque a veces tanta vigilancia le resultaba pesada, le perdonaba porque, a fin de cuentas, la joven no tenía a nadie más. Su abuela materna era el único familiar que le quedaba. Herbert le enviaba las cartas de Lisa por no se sabía qué conductos extraños. También era él quien recibía las respuestas. Decía que así era más seguro. Se trataba siempre de cartas inofensivas. A Lisa le habría gustado compartir un montón de cosas con aquella anciana, su abuela materna, aquella buena mujer la había criado y era la única que sabía todo sobre su nieta y la familia de su yerno. No obstante, Lisa se contenía. Su abuela también era muy prudente. Temían las decenas de ojos que iban a buscar entre las líneas de sus cartas lo que ambas se dirían si pudieran verse a solas. Y también por esa razón Lisa se mostraba reservada incluso con Herbert, quien tampoco le hacía preguntas superfluas, como si el pasado de Lisa no le interesara en absoluto o como si ya lo supiera todo...

Por eso a Lisa le sobresaltó la reacción furibunda de Herbert.

—¿Qué quiere ese payaso? ¿Cómo se permite semejante conducta? —irrumpió en gritos el mánager cuando Jean-René todavía estaba alejándose por el pasillo—. ¡Le voy a partir la cara a ese gilipollas ginebrino! —Herbert se sulfuraba más y más ante la aparente impasibilidad de Lisa—. Cree que conseguirá adueñarse de la empresa Calder por unos miserables treinta mil francos. ¡La empresa Calder nunca será suya! —De repente se dirigió en un arrebato hacia la joven que la escuchaba atónita—: ¡Y tú cómo has podido reírte ante toda esta estupidez! ¿Acaso no te das cuenta de que a él no le interesas tú sino los millones que escondió tu abuelo? ¡Te olvidas de que fui

yo quien te hizo una estrella! ¡Ahora estarías pasando frío en algún sórdido rincón de tu dichoso país! En el mejor de los casos estarías enseñando las *Sonatinas* de Clementi en alguna academia en las afueras de Sofía.

Lisa estaba estupefacta ante la furia incontrolable de su representante. Aquella reacción era impropia del hombre reservado y tranquilo que conocía y que creaba a su alrededor un clima de calma y de seguridad. ¿Qué tenía que ver con todo aquello su difunto abuelo o la empresa Calder, cuya existencia Herbert aparentaba ignorar hasta no hacía mucho?

—¡Herbert, Herbert! ¡Para ya, por favor! —le pidió Lisa en voz baja—. ¿De qué millones hablas? —prosiguió en el mismo tono ella—. ¿Y cómo sabes qué hay en las afueras de Sofía si nunca has estado en Bulgaria?

Herbert volvió en sí. Molesto por haber perdido la compostura, sabía que ya era tarde para emprender una retirada. Durante años había trabajado para ganarse la confianza de Lisa, ¿con aquel arranque lo había echado todo a perder? Pero el tipejo ese, Jean-René Buler, resultó más astuto y emprendedor de lo que uno podía imaginar. ¿Acaso él, Herbert Burglow, había perdido la capacidad que le había dado tanto prestigio profesional, la capacidad de analizar y «cotizar» el valor de las personas? ¿En qué momento se había descuidado? ¿Qué error imperdonable había cometido? ¿En qué lo superaba Jean-René? Pensó que había retenido demasiado tiempo a Lisa.

—¡Perdóname, Lisa, querida! ¡Perdóname, si puedes! ¡O castígame ahora mismo! —dijo Herbert abatido, con la cabeza baja y voz temblorosa—. No soporto que te cortejen. Llevo tanto tiempo esperando que te dieras cuenta de lo mucho que significas para mí... ¡Para mí lo eres todo! ¡Todo!

Sí, así todo parecía explicarse o eso creía Herbert.

Con sus ojos grises, la joven le dedicó una mirada grave e inquisitiva. Recogió su fular de seda del respaldo del sillón y abandonó en silencio el camerino del Victoria Hall. No tenía nada más que hacer allí.

Al día siguiente Herbert bajó temprano a desayunar. Tenía ensayado el modo en que se levantaría de la mesa y se acercaría a Lisa mientras entraba en el restaurante para darle un abrazo amistoso, reteniéndola un rato entre sus brazos, para que ella pudiera sentir cuantísimo lamentaba lo sucedido. Después de tantos años de trabajo en común y, ¿por qué no?, de amistad, ella no permanecería impassible ante su arrepentimiento. Sí, Herbert apreciaba a Lisa, después de tantos años había llegado a sentir un verdadero afecto por ella. Y eso era de lo más comprensible.

Pero ella no bajó a desayunar. Herbert se preocupó y preguntó por ella en recepción. La señorita Calder estaba en su cuarto, le informaron, y acababa de pedir un café y un cruasán.

Algo más tarde Lisa bajó al vestíbulo del hotel, se dirigió tranquila a Herbert sonriendo e incluso lo saludó acercando su mejilla a la de él para darse el beso de rigor.

Viajaron juntos a Colonia y nada parecía haber cambiado en su relación. No se habló en absoluto de Jean-René. Tampoco tenían noticias de él. Como si lo sucedido fuera el resultado de una tremenda borrachera que nadie quería recordar.

Al regresar a su oficina, Herbert se puso en contacto enseguida con una agencia de representantes con sede en Berlín Este con la que solo contaba en casos de urgencia. Envío un telegrama con el texto siguiente:

A su pregunta sobre las canciones de Hugo Wolf para *mezzosoprano* y piano, publicadas por Universal, les informamos que son seis: *A mi amado*; *Oración nocturna del ruiseñor*; *Como un sueño de primavera*; *No, no lo quiero saber*; *Por qué eres tan cruel conmigo* y *La princesa se asustó*. Este último era el único título, apuntado en una hoja blanca, que a las ocho de la mañana esperaba en el escritorio a la señora Krüger al entrar en su oficina de la Normannenstrasse, en el barrio de Lichtenberg, en Berlín Este. Ella era la encargada de analizar los comunicados de Herbert.

La princesa se asustó, leyó. La señora Krüger sabía de sobra que entre las canciones de Hugo Wolf no había ninguna con ese título, pero en ese momento lo último que le interesaba era la música. «La princesa» era el nombre en clave de una de las personas sometidas a vigilancia continua. La señora Krüger recibía una vez al mes un informe completo sobre el comportamiento, las relaciones y los movimientos de Lisa. *La princesa* parecía profundamente dormida y ellos por el momento se habían limitado a estar atentos por si finalmente «soltaba» algo entre sueños.

«Urgente. Telegrama a Sofía», añadió en la hoja la señora Krüger con su letra diminuta junto al mensaje cifrado. Poco más tarde, el telegrama estaba ya en el escritorio de Tomá Zagórov, director de una de las unidades del Instituto de Matemáticas adjunto a la Academia de Ciencias de Bulgaria. Él estuvo pensando un buen rato en aquellas cuatro palabras. ¿Qué era lo que podía haber asustado a la princesa después de tantos años sometida a un férreo control? ¿Se trataba de una simple metedura de pata de aquel alemán, Herbert Burglow, o de algo más grave? Zagórov siguió valorando las posibilidades de otro fracaso. ¿Terminarían siendo inútiles todos los esfuerzos que habían hecho durante tantos años? Como si el viejo Calderón, varios decenios después de su muerte, siguiera burlándose de ellos desde el más allá, por mucho que intentaran vencer su resistencia, siempre conseguía escabullirse. En cuanto a la pianista, al parecer la habían subestimado. Sin duda la joven había resultado ser una auténtica Calderón. Tenía que ocurrírseles algún otro procedimiento. Tal vez deberían volver a meter en el juego al «Guapo». «Vale, lo invitaré a casa», se dijo Zagórov. Llevaba tiempo sin verlo, casi lo había perdido de vista. No hacía mucho se había enterado de que acababa de traducir un título que no figuraba en la lista de lecturas seleccionadas por el comité editorial. Sí, tenía que recordarle quién era quién para que volviera a bajar la cabeza y dejara de elegir por su cuenta y riesgo.

Lisa regresó a su piso en Colonia. Miró con tristeza a su alrededor. Le gustaba

aquel lugar, estaba acostumbrada a él. Acarició la tapa del viejo Steinway que Herbert le había ayudado a comprar a un precio bastante asequible. Recorrió con la mirada los estantes repletos de libros y discos. Allí, rodeada de sus cosas, siempre se sentía relativamente tranquila y segura. Aquella ilusión se había desplomado en un santiamén al escuchar unas cuantas palabras imprudentes. Los pensamientos de Lisa eran confusos, volaban atropelladamente al pasado buscando la explicación de sucesos olvidados, relacionaban de manera inesperada hechos que hasta entonces le habían parecido totalmente insignificantes. Era mentira que hubiera alcanzado la libertad al seguir a Herbert. Sí, enseguida se dio cuenta de que con él nunca sería independiente del todo, pero trataba de no reparar en su presencia; Lisa achacaba esa vigilancia continua de Herbert a su aspiración casi fanática de dar un impulso a su carrera profesional. Tampoco ella se resistía a las limitaciones que Herbert le imponía. Lo único que quería en esta vida era tocar el piano. Pero acababa de cobrar la conciencia de que allí, en Colonia, nunca había sido libre.

«¡El reloj!», pensó sobresaltada. ¿No era peligroso llevarlo siempre a la vista de todos?

¿Qué debía pensar de Jean-René? Cabía la posibilidad de que su propuesta fuera sincera. ¿Por qué le extrañaba que alguien se enamorara de ella tanto que deseara tenerla por esposa? ¿Por qué no intentarlo? No tenía mucho que perder. En el peor de los casos, cambiaría una clausura por otra. Sí, así escaparía de su carcelero. Después de la escena de la noche anterior, valía la pena intentarlo.

Eran casi las diez de la noche. Lisa marcó el número de teléfono de Jean-René en Ginebra. Guardaba la tarjeta que él le había entregado durante aquel almuerzo de trabajo. Enseguida escuchó su voz en el auricular.

—Buenas noches —dijo ella tranquila—. He estado pensando en la propuesta que me hizo anoche y he decidido aceptarla.

Jean-René estuvo a punto de preguntar «¿Qué propuesta?». A la mañana siguiente del concierto se había despertado como después de una tremenda borrachera, con la sensación de haber cometido una locura. Sin embargo, la voz de Lisa le hizo recordar aquel mismo estado de ebriedad. Además, sintió un íntimo orgullo: en menos de veinticuatro horas aquella bella artista había llegado a la conclusión de que quería ser su esposa.

—¡Oh, Lisa! ¡Me hace usted tan feliz! —exclamó antes de añadir como un auténtico caballero—: Si le parece bien a usted, dentro de dos días iré a Colonia.

—Por supuesto que sí —contestó la joven brevemente.

Cuando decidían arriesgar, los Calderón no se lo pensaban dos veces.

Si para el abogado Marínov había algo más importante que la seguridad y el bienestar de Nevena y de Eva, era la honradez. Veneraba a su mujer y adoraba a su hija. Pocas cosas había en el mundo que no hubiera hecho por ellas. No obstante, el padre de Eva era capaz de poner en riesgo a sus seres queridos si se lo exigían su honradez y el amor a la justicia y la verdad. No era casual que el destino le hubiera puesto precisamente a él en el camino de Robert y de toda la familia Caderón. Teodor Marínov experimentaba dolor y rabia por la suerte que había corrido su amigo y, al mismo tiempo, se sentía responsable de lo que deparara el futuro a la viuda y a la hija de Robert.

Aturdidas por la enorme desgracia que les había sobrevenido, Elisabeth y Lisa no eran conscientes de los peligros que seguían acechándolas tras la muerte de Robert. Lisa era todavía demasiado pequeña para apreciar la situación en que vivían y Betty, destrozada, parecía ida. La pobre viuda, débil e indefensa ante la enorme maquinaria que se había movilizado para aniquilarlas, sentía que se le iba la vida. ¡Todo era tan injusto, tan absurdo! ¿Qué amenaza representaban ellas dos para el Estado? ¿Qué interés podía tener el Estado en ellas? Robert se había quedado sin propiedades ni dinero; después de la muerte de Jules Calderón, Betty supo que todo lo que el viejo empresario había acumulado durante medio siglo de esfuerzos había pasado a ser propiedad de una sociedad anónima en el extranjero de la que no había ni rastro.

Tras la boda, se habían trasladado a uno de los pisos lujosos y grandes de los Calderón en una calle con el romántico nombre de Acacia, situada en un tranquilo barrio residencial. Allí había nacido Lisa. Cuatro años más tarde comenzó el acoso y finalmente, después que les fuera expropiado el piso por el bien de Bulgaria, tuvieron que abandonar su vivienda y allí se alojaron la hija y el yerno de uno de los miembros del Gobierno comunista. Expropiaron el inmueble con todo lo que había dentro, hasta con las sábanas y la ropa que había en los armarios, también la cubertería y la cristalería dispuesta en la vitrina del salón que los padres de Robert les habían regalado por su boda. Cuando Robert intentó reclamar algunos de sus objetos personales, se los negaron aduciendo que ya eran propiedad del Estado. Nadie quiso explicarle por qué el Estado creía adecuado servirse de sus pertenencias dándoselas a la familia de uno de sus altos mandatarios; pero tampoco había quien reuniera el valor necesario para formular una pregunta tan obvia.

Robert tampoco estaba tan apegado a los objetos como cabía esperar y

rápidamente se resignó al hecho de que sus trajes ingleses y sus corbatas de seda, lo mismo que los álbumes de fotos, fueran propiedad del Estado. El único objeto personal que le quedaba era el reloj, regalo de su padre, Jules Calderón. No atrajo la atención y aún menos la codicia de los funcionarios que visitaron la calle Acacia para hacer el inventario de todo lo que había en el piso.

Robert jamás olvidaría la noche en que su padre, recién llegado de palacio, le había dado el reloj. El viejo Calderón lo llamó a escondidas incluso de su nuera para confiarle la última parte de su plan. Estaban solos en el despacho espacioso, revestido de caoba.

—Quítate ese Rolex de oro —le ordenó el viejo—. En los tiempos que corren no debes llevar esos lujos.

Robert miró sorprendido a su padre. Era absolutamente inusual que se interesara por cómo vestía su hijo.

—¡Coge este! —añadió, rebuscando en una de las gavetas laterales de su escritorio.

Sacó un estuche negro y alargado y se lo dio a su hijo. Robert sacó del estuche el extraño regalo de su padre y lo miró. Se trataba de un reloj suizo bastante sencillo de acero inoxidable con una correa de cuero negra. No tenía ni idea de cuándo su padre había encargado comprar aquel reloj que no era nada del otro mundo y ni siquiera tenía grabado en el reverso, como era usual en las marcas de prestigio, un número de serie.

Calderón siguió su mirada, se levantó para asegurarse de estar a solas con su hijo y, después de comprobar que ni Núshkov ni nadie andaba por el pasillo, volvió para susurrarle en el oído:

—El número de serie está dentro, en el interior de la tapa trasera. Todo Jules Calderón está en este reloj. Te aconsejo, Robert, que no te lo quites nunca. No, no te lo aconsejo... ¡Te lo ordeno!

Robert examinó el reloj con atención: la tapa trasera estaba fijada con cuatro tornillitos. Para abrirla tendrían que destornillarlos. Se quitó el Rolex de oro y allí mismo, bajo la mirada severa de su padre, se puso el nuevo reloj en la muñeca. A nadie se le ocurría contradecir a Jules Calderón. En aquella ocasión el viejo estaba visiblemente satisfecho de cómo se iban moviendo las piezas en su propio juego de ajedrez. Robert estaba seguro de que a su padre todavía le quedaban por hacer varios movimientos decisivos. Su padre cogió el Rolex de oro y lo metió en una gaveta del escritorio. Con pasos enérgicos se dirigió a la puerta y la abrió de golpe: Núshkov ya aguardaba fuera. Al rato apareció Sofía en silencio. Ya estaban todos. Había llegado la hora de Alternus. Robert no sabía que también a sus padres les había llegado la hora.

Como abogado de Robert, Marínov tenía permiso para visitarlo una vez por semana

durante la instrucción del proceso y durante la celebración del juicio, aunque en realidad ninguno de esos dos procedimientos respondía a su nombre. Marínov, un profesional que ya contaba con bastante experiencia, enseguida se dio cuenta de que trataban de utilizar aquella parafernalia jurídica como moneda de cambio. Tanto Teodor como Robert sabían cuál era el precio. De ser posible, Marínov —y tal vez el mismo Jules Calderón, si no hubiera muerto— sin duda le habría aconsejado: «Entrégales el dichoso dinero y lárgate de aquí», pero era imposible, Robert ya no tenía ninguna capacidad sobre el consorcio. Creyendo que así ponía a salvo tanto a su amigo como a Alternus, Marínov había traspasado el poder de Robert a nombre del ciudadano Gueorgui Lázarov, con domicilio desconocido. Solo Robert y él sabían que se trataba del nombre clandestino que Jacques Levi había utilizado en la época en que se había movido con documentos de identidad falsos. Jacques vivía a dos manzanas de los Marínov, pero después de que se llevaran preso a Robert, Teodor y Jacques evitaban encontrarse y no habían intercambiado ni media palabra: ambos compartían un secreto mortal. Poco a poco, Alternus había ido adquiriendo una vida propia que ellos ya no estaban en condiciones de controlar desde Bulgaria. Por si fuera poco, Núshkov se fugó al extranjero sin dejar ni rastro: no sabían dónde residía ni a qué se dedicaba, mucho menos en qué estado se encontraban los asuntos de Alternus. La riqueza de Calderón se había convertido en una mole ingente y fantasmal, en una especie de montaña mágica. Ser sus guardianes era como una condena.

Teodor Marínov obtuvo un permiso especial para ver a Robert la noche anterior a su ejecución. El encuentro tuvo lugar en presencia del director de la cárcel. Los verdugos de Robert no perdían la esperanza de que en la última cita con su fiel amigo y abogado se le escapara algo que les diera una pista. Robert estaba demacrado, en sus pupilas había un fulgor febril. Casi lo mismo se podía decir de Marínov, cuyo estado de salud en los últimos meses y, sobre todo, durante el juicio, alarmaba cada vez más a Nevena. Los dos hombres se dieron un abrazo muy fuerte o, mejor dicho, fue Marínov quien cogió a Robert entre sus brazos y lo estrechó con fuerza. Evitaba mirarlo a los ojos porque temía ahogarse en sollozos. No quería que Robert y mucho menos el desalmado funcionario de la cárcel lo vieran llorar. El director llevaba una gabardina beis y seguía con la mirada los más mínimos movimientos de los dos hombres.

La conversación fue breve. Marínov tuvo que comunicarle a Robert que no le habían concedido el indulto que él había solicitado. Le prometió estar a su lado hasta el último momento. Hablaron de sus esposas y de las hijas.

De repente Robert se dirigió al hombre de beis:

—Por favor, devuélvanme mi reloj. Es el único objeto de valor que me queda y quisiera dejárselo a mi hija. Quisiera que se lo entreguen en mi presencia al abogado Marínov.

El funcionario pensó un rato. No había manera de negárselo, puesto que según el reglamento penitenciario, las pertenencias personales debían ser entregadas a la

familia.

—Mañana por la mañana —contestó secamente.

Marínov notó en la cara de su amigo un gesto de alivio apenas perceptible. Se volvieron a abrazar y Robert le susurró al oído:

—El reloj es para Lisa... Dentro de él...

Marínov entendió y juró que cumpliría con lo que él consideraba su deber.

Con su ayuda, Alternus tenía que cambiar de propietario una vez más para pasar a manos de la tercera generación de los Calderón.

Jean-René no tenía ni idea de qué era estar casado con una pianista profesional y mucho menos si la concertista se llamaba Lisa Calder. Se imaginaba a su mujer repartiendo autógrafos después de sus conciertos y luciendo elegantes vestidos de gala. ¿Cuántos conciertos daría al mes? No más de uno o dos, por supuesto. Cenarían fuera como mínimo dos o tres veces a la semana, imprescindible para mantener su vida social y empresarial. También recibirían visitas en casa. La tarde que él dedicaba a sus partidas de *bridge*, Lisa podría emplearla en los encuentros que organizaban las damas del Lions Club, que se reunían una vez por semana para planear su próxima actividad de beneficencia o simplemente para tomar algo. El club náutico y el club de golf también entraban en el programa, lo mismo que el restaurante Le Cheval, donde un grupo selecto de la alta sociedad se reunía los domingos para un *brunch*. Así vivían sus iguales y así imaginaba que Lisa y él vivirían en breve.

No se imaginaba que tendría que convertir parte de su vivienda en Grand-Sacconnex en un gran salón de ensayos. Lisa recorrió una vez y otra el piso para estudiar la acústica y el emplazamiento de las habitaciones antes de escoger dónde colocar el piano de cola, las estanterías con los libros y las partituras, el equipo de música y el único sofá en que descansaba en las cortas pausas que se permitía. Su elección recayó en el gran salón que se encontraba al lado del comedor y que hasta entonces estaba destinado como lugar donde los señores pudieran retirarse después de la cena para jugar al billar y fumarse un buen puro sin molestar a sus mujeres.

Como era soltero, Jean-René no solía tener más visitas que las amantes que se quedaban en su casa de vez en cuando, pero con ellas casi nunca entraba en el comedor, mucho menos en el salón de billar. La única excepción fue la brasileña, una mujer que se mostró curiosa por conocer todo el piso. El salón de billar le encantó, le pareció particularmente *chic*. Imitando alguno de los culebrones que en aquel entonces ya empezaban a producirse en su país, le propuso que hicieran el amor en la mesa de billar. A Jean-René la idea le pareció descabellada y lo cierto es que enseguida comprobaron que era bastante incómoda. Tan pronto como dio por concluido su numerito de película, la gacela aceptó que se trasladaran a la cama matrimonial, que proporcionaba una comodidad incomparable y le ofrecía la oportunidad de lucir todos sus talentos profesionales.

A pesar de que nadie entraba en el salón de billar —excepto la asistente que mantenía a la perfección la limpieza del fieltro verde y las patas de caoba de la mesa

—, la elección de Lisa desagradó a Jean-René. Sintió que le obligaba a bajar un escalón en la jerarquía social. Amueblar el salón y traer de Londres la mesa de billar le había costado un dineral, pero no podía poner reparos y pronto el vetusto Steinway ocupó el lugar de la lujosa mesa que, aparte de la valerosa hazaña erótica, tampoco había visto más jugadores.

Jean-René descubrió pronto que en la vida de su mujer había poco espacio para él. Lisa llevaba una existencia espartana en la que no estaba previsto un hueco para las ocupaciones mundanas que él creía que iban a ser parte inseparable de su día a día familiar. Lisa seguía levantándose a las siete de la mañana salvo los domingos y, si algún domingo permanecía más tiempo en la cama, no lo hacía porque le gustara la tradición de la *grasse matinée*, que le encantaba a Jean-René, sino por piedad con los vecinos, a quienes —a pesar del excelente aislamiento del estudio— no se les podía someter a los sonidos de los primeros ejercicios de calentamiento antes de las doce. La jornada laboral de Lisa terminaba sobre las seis. A mediodía comía una ensalada y tomaba un zumo de naranja. A veces invitaba amablemente a Jean-René, quien siempre encontraba motivos para comer fuera y, la verdad, Lisa respiraba entonces con alivio. Ella se obstinaba en evitar las actividades mundanas que le proponía su marido: para ella no se trataba más que de una sarta de cenas aburridas con gente igualmente aburrida, cuyas conversaciones giraban en torno a los créditos que se concedían o no, al *fixing* del día o a las noticias del mundo de la relojería... La aportación de las mujeres en las conversaciones se reducía a la información sobre sus hijos, perros, muebles, viajes y veraneos, las obras de caridad, el tenis y el golf.

En realidad, aquel matrimonio casi no tenía de qué hablar: a Lisa no le interesaba la relojería ni nada que estuviera relacionado con ella y, aunque Jean-René sentía gran respeto por la misteriosa ocupación de Lisa con el piano, en la que invertía todo su tiempo, los sonidos persistentes que le llegaban desde su antiguo salón de billar le cansaban. Al poco tiempo le propuso a Lisa que buscaran juntos un estudio para ella. Lisa volvió a trasladar su Steinway y todo lo que lo acompañaba, al tiempo que la mesa de billar de sólidas patas de caoba recuperó su lugar inútil en el salón. Lisa propuso pagar el alquiler del estudio —que no era pequeño—, pero Jean-René se negó caballerosamente.

Empezaron a no verse días enteros. Cuando no estaba de viaje, Lisa pasaba todo el tiempo en el estudio ensayando; también empezó a dar clases para alumnos avanzados en el conservatorio de Ginebra. Por su parte, Jean-René casi volvió a su antiguo modo de vida y pronto recuperó todos los contactos y las amistades de siempre. Cuando ambos disponían de una tarde libre, se citaban en el piso del Grand-Saconnex o en algún restaurancito acogedor en el casco viejo de Ginebra, después de lo cual Lisa invitaba a Jean-René a su estudio. Allí hacían el amor sobre el enorme sofá, cubierto con un hermoso cubrecama de seda que Lisa había comprado en un viaje a Estambul.

La relación entre los dos era bastante rara. En un principio él sentía una atracción

irresistible y turbulenta que amenazaba con apagarse dada la aparente frialdad de ella. Madeleine Rimaud, la directora del departamento de publicidad y *marketing*, la calificó de «*burning ice*», pero la ubicua señora Rimaud se equivocaba al tachar a Lisa de «mujer insensible». Jean-René quedó sorprendido y emocionado al descubrir que la pianista de los ojos grises era en realidad una mujer apasionada, generosa en caricias, suave y tierna, de un erotismo oriental. En su relación erótica había mucha más sinceridad que en la vida cotidiana. Ello facilitaba sus encuentros nocturnos y complicaba su comunicación diurna. A los tres años de casados, Jean-René y Lisa se amaban con la misma pasión que la primera noche que habían pasado juntos en Colonia, pero también se seguían sintiendo tan lejanos como el día en que ella manifestó con firmeza que no pensaba cambiar su modo de vida y despachó a su marido a una cena oficial en el Richemond solo: su silla vacía despertó la curiosidad malsana y las habladurías de la gente.

En los últimos meses de 1972 Jean-René estaba cambiado y ese cambio suyo no se le escapó a Lisa. Nervioso e irritable, fumaba demasiado, y no solo puros, y tenía enormes ojeras oscuras violáceas. Lisa sospechaba que a menudo renovaba las reservas de coñac francés y de *whisky* de malta escocés que guardaba «para las visitas» en el salón de billar.

Una tarde, mientras revisaba distraídamente su correo en el piso de Grand-Saconnex, se sorprendió al ver una carta de la empresa inmobiliaria que les había alquilado el estudio: les avisaban por tercera vez, según decían, de que si no pagaban el alquiler en un plazo determinado, los demandarían. Aquello le extrañó tantísimo — la negligencia no era nada propia de Jean-René— que creyó que se trataba de un malentendido.

Jean-René regresó visiblemente malhumorado de una cena de negocios a la que como de costumbre había acudido sin ella. Habían quedado en encontrarse aquella noche en el piso. Lisa lo miró preocupada.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes problemas? —preguntó con su melodiosa voz profunda.

—Para serte sincero, sí —contestó él secamente antes de ir en busca de la botella de coñac «para las visitas».

—¿Por qué no me lo cuentas?

—¡Déjalo! —exclamó hastiado Jean-René—. Se trata de un asunto de finanzas, algo que no te concierne. —Y después de un trago añadió sardónico—: Salvo que tengas dos millones guardados por ahí...

—Cuéntamelo, por favor. A veces los millones están donde menos te lo imaginas.

—Me he enterado esta tarde de la gravedad del asunto al negarse Dubois de manera categórica a concederme un nuevo crédito.

Dubois era un famoso banquero ginebrino que estaba al frente del banco Allianz. Lisa creía que era amigo de su marido, pero al parecer dicha amistad se encontraba en una proporcionalidad inversa al monto del crédito que pedía su marido.

Jean-René trató de ponerla al corriente de la situación. En los últimos años su empresa y la marca de relojes habían vivido el mismo auge del que había disfrutado todo el sector, pero hacía dos años había lanzado al mercado un reloj electrónico de cuarzo al que nadie había prestado atención. Los esfuerzos de Jean-René y de todo su equipo estaban dirigidos al perfeccionamiento de los mecanismos clásicos. Los relojes más costosos se elaboraban precisamente con esos mecanismos tradicionales.

El propio Jean-René invirtió varios millones en su proyecto estrella, el llamado «las cuatro estaciones». El inesperado golpe de gracia no provenía de la competencia interna sino de la internacional. Los japoneses se habían puesto a producir grandes series de relojes de cuarzo. La moda comenzó desde abajo y fue subiendo cada vez más arriba hasta alcanzar las altas esferas de la relojería. Los grandes productores del mercado interno se espabilaron muy pronto y reorientaron rápidamente su producción, pero las empresas medianas y pequeñas no fueron capaces de reaccionar con tanta rapidez y fueron quebrando una tras otra. Jean-René temía que le llegase el turno. Si desaparecía su marca de relojes, se hundiría definitivamente.

—No sé si te das cuenta de lo que esto significa... —terminó afligido Jean-René.

—Por supuesto que sí —contestó—. Acabamos de recibir el primer aviso —añadió, mostrándole la carta de la inmobiliaria.

—Ya lo sé, lo sé —el tono de Jean-René sonaba cansado.

Estaba realmente destrozado.

Lisa se acordó de su abuelo, al que intentaron quitarle todo. Luego pensó en su padre, a quien le quitaron todo en el sentido literal. Y de ambos le quedaba una sola cosa: el viejo reloj.

—Trataré de ayudarte —dijo Lisa sonriéndole con ternura.

Jean-René se quedó boquiabierto: no creía lo que acababa de escuchar.

—Trataré de conseguir esos dos millones —repitió ella tranquilamente—. En cuanto al alquiler, no te preocupes. Llevo tiempo diciéndote que quería hacerme cargo yo.

—Pero Lisa, ¿qué piensas hacer? No estaría de más que lo supiera...

—No te preocupes —contestó ella con una sonrisa casi pícara antes de susurrarle al oído—: Voy a vender un vagón de puros Calder.

Jean-René estuvo a punto de creer que la legendaria marca de puros Calder le proporcionaría una tabla de salvación.

Lisa se rio:

—Una Calder nunca se queda sin un buen ajuar. Te daré en préstamo mi dote.

A la semana, el contable de Jean-René entró en su despacho rebosante de alegría:

—¡Ha llegado el crédito, señor!

—¿Qué crédito? —preguntó atónito Jean-René.

—Los dos millones, señor. Aquí los tiene —gritaba emocionado el contable, metiéndole un papel en las narices.

La cifra hablaba por sí sola. El banco le avisaba de que en su cuenta habían ingresado dos millones de francos, pero aquel crédito no se lo había concedido Allianz sino un desconocido consorcio llamado Alternus.

La princesa decidió ejecutar «Las cuatro estaciones» de Vivaldi.

A pesar de su nulo interés en la música, esa noticia cultural alteró sobremanera a

la señora Krüger en su oficina de la Normannenstrasse en Berlín Este y causó un efecto aún más fuerte en Tomá Zagórov, matemático de la Academia de Ciencias de Bulgaria, en Sofía.

No había tiempo que perder. Tenían que actuar. Zagórov ordenó que el Guapo se presentara en su despacho.

Aunque él mismo gozaba de buena reputación en su labor como representante artístico y casi era una estrella en su oficio paralelo, Herbert no había sabido apreciar debidamente las cualidades que tenía Lisa para los negocios. Durante años creyó que la joven era el paradigma clásico de artista volcada únicamente en su carrera musical. Con la falta de perspicacia típica de sus colegas, la había clasificado como una joven inexperta e indefensa pero ávida por alcanzar reconocimiento profesional, razón por la que había creído que Lisa estaba contenta de haber encontrado en él al tutor que necesitaba. La adolescente a la que ayudó a «fugarse» después del concurso se había convertido con los años en una mujer serena y equilibrada que no le creaba dificultades y que seguía dócilmente y de buena gana lo que él le sugería. Como Herbert se había dado cuenta casi enseguida de que Lisa era demasiado reservada y de que nunca llegaría a sincerarse con él, seguro de que su trabajo con ella no sería de gran utilidad a «La Red de Oro», decidió cambiar de estrategia y recibir la información por vías indirectas. Tanto él como sus superiores sabían por experiencia que la caza exigía gran paciencia. Para Herbert, Lisa era el cebo: un pedazo de carne rosada y fresca que permanecía a la espera en la trampa, sin ni siquiera darse cuenta del dramático acecho del cazador.

Además de mánager y representante artístico, jefe de una de las agencias de representación artística más prósperas, Herbert era oficial de «La Red de Oro», nombre cifrado de un sistema de espionaje que se extendía entre Berlín, los Urales y Estambul y se ocupaba de localizar y expropiar los bienes y el capital que habían conseguido colarse por los cercos de alambre de los varios regímenes políticos criminales. Desde hacía varias décadas, el asunto Calderón era uno de los objetivos primordiales de «La Red de Oro», cuyos colaboradores mostraban una persistencia envidiable en su persecución por más que apenas daban con pista alguna que los condujera a su presa. La única descendiente viva de los Calderón estaba condenada a ser objeto de vigilancia hasta el día de su muerte o hasta que aquella «Red» dejara de existir.

Herbert era consciente de todo lo que aquello suponía, pero tampoco se hacía preguntas que le quitaran el sueño. Lo tranquilizaba creer que la gente como Lisa podía vivir en la más completa ignorancia si no se enfrentaba a la Red y sin enterarse siquiera que la presa terminaba cayendo en la trampa. Herbert llamaba a este tipo de operaciones «expropiación sin derramamiento de sangre». Siendo un hombre de

sensibilidad artística, aficionado a la música, prefería mil veces este procedimiento a los métodos bárbaros de los que se servían sin miramientos algunos de sus colegas anónimos por todo el mundo. Que los expertos consideraran que «La Red de Oro» era una de las unidades mejor organizadas y sus colaboradores los espías mejor preparados del mundo lo enorgullecía íntimamente: a Herbert le gustaba pertenecer a las élites. Aunque a Lisa la había tratado más bien con condescendencia, sentía desprecio por sus «objetos de investigación». En su mayoría se trataba de personas que no tenían ni la más remota idea de estar sometidas a la vigilancia más estricta o, si lo sospechaban, no disponían de los recursos para evitarlo o escaparse. «La Red de Oro» no les dejaba más opción que colaborar con ella de manera voluntaria o inconscientemente. En muy pocos casos se recurría a la aniquilación de los «objetos»: solo cuando amenazaban de alguna manera la existencia de la «Red». En un par de ocasiones se encontraron también con «objetos» suicidas que tenían una fe ingenua en la libertad de prensa y trataron de defenderse haciendo públicos algunos datos sobre la «Red» o sobre algunos de sus colaboradores. Aquellos casos se liquidaron con urgencia y sin repercusión pública. Herbert se alegraba de no haber tenido que servirse de métodos tan drásticos.

A Herbert le gustaba su trabajo con Lisa, porque lo cierto es que se volcaba tanto como representante que a veces hasta se olvidaba de que la joven fuera un «objeto de investigación». Además, le parecía que había entablado con ella una relación de amistad. Él sentía la ausencia de amigos mucho más que la propia Calderón. Que le propusiera cambiar su apellido por el de Calder no solo constituía una estrategia premeditada para «poner a salvo el cebo» sino que Herbert estaba sinceramente convencido de que con ese apellido le iría mejor como artista. No le negaba pequeños placeres y se alegraba cuando Lisa tenía un detalle amistoso con él, porque sabía que la joven lo hacía de corazón. También tenía en cuenta la diferencia: Lisa pagaba con su propio dinero los regalos que le hacía para Navidad o por otro motivo, mientras que él había enviado a la central el recibo del reloj de oro que le había regalado por su vigesimoquinto cumpleaños sin olvidar añadir el informe: «gastos extra para el *objeto de investigación*». Sin embargo, Lisa no se separó jamás de su viejo reloj de hombre y, al no verle jamás lucir su regalo, se preguntó si ella realmente apreciaba tanto su amistad. A Herbert le informaron lacónicamente de que había pertenecido a su padre y, como también él era a veces propenso a cierto sentimentalismo, nunca le dijo nada por delicadeza.

Aunque le sorprendieron las consideraciones de Lisa respecto al patrocinio de la marca de relojes de Jean-René, Herbert creyó que aquella manifestación de pragmatismo había sido casual y no le concedió demasiada importancia. No se le había pasado por la cabeza que la joven pudiera ocultarle algo. El hecho de que evitara referirse al pasado le parecía comprensible; en cuanto al presente, no dudaba de su lealtad. Además, ¿acaso Lisa podía apañárselas sin él? Herbert estaba convencido de que ella dependía por completo de él.

Herbert no había considerado la experiencia hereditaria que Lisa llevaba grabada en sus genes: aquella capacidad suya para escapar de las persecuciones se había afianzado aún más en las últimas tres generaciones. «Mimesis», decía sonriente Robert al mirarse en el espejo, irreconocible con su americana gastada y con la boina calada hasta las cejas, antes de hacerle un guiño burlón a la pequeña que lo miraba pasmada y perderse por la gran ciudad con sus dos carteras de cuero repletas de mercancías de contrabando.

«Alternus» era el nombre-rompecabezas que su abuelo había puesto a su riqueza. Sin que nadie le hubiera pedido consentimiento, la responsabilidad sobre semejante patrimonio recaía en Lisa. Así solía actuar su familia. Y ella, aunque hubiera querido, no habría podido negárselo a su abuelo y mucho menos a su padre. Le tocaba a ella decidir el destino de aquellos millones que su abuelo y su padre, con un empecinamiento típico de los Calderón, habían protegido tanto. Para eso crearon el escudo protector de Alternus.

El viejo Calderón sabía que Robert sería muy vulnerable si se quedaba solo. Tenía que buscar a personas de confianza que le prestaran su apoyo incondicional y que lo sustituyeran en caso de necesidad. Creía que era indispensable repartir no solo la confianza sino también la responsabilidad. Escogió a tres personas. La elección se basaba en una serie de condiciones que el viejo fabricante discutió con su hijo.

—¿Qué te parece Núshkov?

Robert se encogió de hombros. Núshkov no le caía muy bien, lo trataba con reserva, pero sabía que era insustituible en su trabajo. No le dijo nada a su padre acerca de la investigación que había llevado a cabo sobre la vida privada de Núshkov.

—Nosotros no podemos hacerlo sin Núshkov. De los cuatro Núshkov es el que menos llamará la atención. Le daré el dinero suficiente para que pueda vivir holgadamente y así no deje de cumplir con sus obligaciones.

—¿Será él quien dirija Alternus?

—No —recalcó su padre—: Él solo se ocupará de hacer las gestiones necesarias temporalmente. Tú, como presidente, lo dirigirás cuando llegue el momento oportuno: siempre tiene que estar en manos de un Calderón.

Robert se quedó pensativo:

—No estaría mal que tomáramos medidas preventivas.

—¿A quién propones?

—Propongo a Lisa.

Calderón, sorprendido, levantó las cejas:

—Pero ella es muy pequeña todavía.

—Ya verás lo rápido que crece. Tu consorcio ha de tener futuro, ¿no es así?

Calderón, después de pensar un poco, dijo:

—Entonces, Núshkov será su tutor.

Robert no pudo disimular su desagrado. El viejo trató de tranquilizarlo:

—No será necesario. Y la niña tiene a sus padres. Al cumplir los veintiún años tendrá derecho a asumir la presidencia del consorcio, siempre que Betty y tú lo consideréis adecuado.

Robert asintió con la cabeza.

—Pensemos en los demás. ¿A quién propones?

—A Teodor y a Alexéi. Estudiamos juntos en la facultad, ambos son juristas, confío plenamente en ellos.

—Suená más que convincente —le cortó su padre—. Ahora, ¡manos a la obra!

El viejo Calderón estaba lleno de energía. No parecía un suicida sino un hombre que daba inicio al gran proyecto de su vida.

«Debí haberlo detenido», se reprochó más tarde Robert, pero lo cierto es que su padre no le había dado oportunidad alguna de tomar decisiones ni de intervenir en sus planes. Como siempre, Jules Calderón era el único que conocía todos los pormenores del proyecto: él era así, construía grandes pirámides y se complacía en contemplar el mundo desde su cúspide. A lo mejor, en sus adentros, se reía de él.

Y así fue como se decidió la suerte de Lisa sin que la pequeña lo supiese. Un día sería ella quien tuviera que hacerse cargo de Alternus. Ni su padre ni su abuelo podían imaginarse lo pronto que llegaría ese momento.

Después de la muerte de Robert, Alternus desapareció en la nada. Lisa desconocía la existencia de aquel gigante. Teodor evitaba siquiera pensar en él. Sin embargo, cuando la jovencita estaba haciendo los preparativos para viajar a Alemania a fin de participar en aquel concurso, le confió el secreto. En pocos años iba a cumplir la mayoría de edad y, al menos parcialmente, podría ejercer sus derechos. Para asumir la dirección de Alternus necesitaba reunir los cuatro poderes. Teodor tenía una idea muy borrosa sobre el paradero de aquellos documentos, pero ni él ni Lisa sentían preocupación alguna. «Será cuestión de tiempo», pensaba Teodor. «Será cuestión de planteármelo», pensaba Lisa. Teodor había saldado su deuda con Robert Calderón: le había entregado el ovillo de hilo rojo que tenía que conducir a Lisa hacia la gran fortuna de su familia. Ella encontraba una puerta abierta por donde escapar de aquella cárcel. Lo demás carecía de sentido o, si lo tenía, su importancia se perdía lejos, en el futuro.

Al cumplir los veintiún años, Lisa recibió una carta certificada. La avisaban de que en el American United International Bank de Estambul estaba esperándole un envío especial. Unos meses más tarde, después de convencer con gran maestría a

Herbert de que podría hacer ese viaje sola, Lisa voló a Estambul para cumplir con un compromiso profesional y, esa misma mañana, se acercó a la entidad bancaria. En el American United International la acogieron con amabilidad.

—¿Tiene usted la contraseña? —preguntó el director del banco.

Se quitó el reloj y se lo entregó. El hombre lo cogió con cuidado y lo observó detenidamente:

—Tenemos que llamar a nuestro experto.

Enseguida apareció un joven que, de tener que juzgar por su aspecto saludable y la piel curtida por el sol, Lisa habría tomado por un instructor profesional de esquí. Examinó cuidadosamente el reloj, le quitó la correa de cuero y, con la ayuda de un destornillador diminuto y elegante, abrió con habilidad la tapa trasera.

—Se trata de un código complicado. ¿Les importaría esperarme un poco? Necesito verlo en mi despacho.

Lisa sintió una gran emoción, como si fuera a presenciar un experimento alquímico. Sabía que el reloj contenía un código cifrado, pero no se imaginaba que fuera tan difícil.

—El código es de la serie *garde suisse* —les explicó al cabo de media hora el experto después de devolverle el reloj en perfecto estado—. Tiene la ventaja de no poder ser imitado, porque en la combinación se utilizan piezas de relojería únicas y originales. La desventaja es que el reloj tiene que estar siempre presente si se quiere realizar una operación bancaria.

«¡Nunca te separes de él!», le había dicho Marínov trasmitiéndole así el encargo de su padre.

Los dos empleados del banco le entregaron un montón de documentos que Lisa tuvo que firmar. En aquel momento, en cumplimiento del testamento de su abuelo Jules Calderón, asumió oficialmente sus funciones como presidenta de Alternus. Se trataba de un cargo casi ficticio, pues poco dependía de ella: la mayor parte del trabajo estaba a cargo del Departamento de Gestión Financiera de Activos del American United. Si quería ejercer la presidencia con plenas facultades, tenía que reunirse con los demás apoderados de su abuelo para que dieran su consentimiento.

—Lamentablemente no tiene usted potestad sobre Calder —le comunicó amablemente el director de la sucursal del American United en Estambul.

—¿Qué es Calder? —preguntó la joven.

—Una fábrica de puros de lujo. Se trata de una filial de Alternus cuyos activos fueron traspasados por completo a uno de los apoderados, pero no creo que los puros le interesen gran cosa —el director esbozó una sonrisa.

—Ah... —fue todo el comentario de Lisa. No le fue difícil imaginar quién de los otros tres apoderados se había adueñado de Calder.

—¿Podría yo montar mi propia empresa? —preguntó inesperadamente.

El director se revolvió en su silla y se lo pensó un poco antes de contestarle.

—No se lo recomiendo, pero sí podría crear una fundación.

La idea le pareció muy acertada. Regresó al hotel, aquella misma noche dio el concierto que había sido el motivo oficial de su visita a Estambul (sí, toda una hazaña haber convencido a Herbert de que podía apañárselas sin él en ese viaje) y, mientras se cambiaba de ropa en el camerino, en su cerebro surgió una idea:

—La fundación se llamará «Asil» —le comunicó al día siguiente al director de la American United.

Sin duda era una auténtica Calderón, le encantaban los códigos cifrados, seguro que ese gusto le venía del interés de su familia por la Cábala. La palabra significaba «refugio», «asilo», pero también se podía leer su propio nombre al revés. Sí, crearía una fundación cuyo objetivo fuera prestar ayuda a gente necesitada y lo haría sin que nadie supiera quién había detrás de la misma.

Ya llegaría el día en que pudiera reunir a las cuatro partes de Alternus. Uniría los trozos rotos del pasado, pero también armaría el puzle de una amistad que había resistido las pruebas más duras.

En secreto y en silencio, Lisa dirigía el mítico Alternus sin levantar la más mínima sospecha en Herbert, tan celoso y atento, ni en toda «La Red de Oro» desde Berlín a Sofía. Vivía modestamente, solo con lo que ganaba dando conciertos. Sus ingresos —ella lo sabía perfectamente bien— eran controlados por su representante artístico hasta el último céntimo. La única excepción la hizo por Jean-René, porque se negaba a que otro hombre más de su familia tuviera que enfrentarse a una quiebra. Confiaba en que sus perseguidores incansables no se enteraran. Creía que después de haberse deshecho de Herbert la habían dejado en paz. Sí, sentía que le debía a Jean-René ese gesto para agradecerle, aunque no solo por eso, el haberla ayudado a liberarse de su mánager.

Pero si en su momento Herbert subestimó a Lisa, ella tampoco había calculado el alcance y las posibilidades de «La Red de Oro».

CUARTA PARTE

Víctor (*Alieno nomine*)^[19]

Wayne Bukovski no tenía ganas de levantarse de su cama en el espacioso dormitorio por cuyas cortinas apenas lograba colarse la luz del día. Por su mente cruzaban uno tras otro pensamientos negros. Nunca había dejado que se le escapara el control sobre los acontecimientos, pero últimamente aquello se había convertido en una constante. Ya no tenía edad para emprender aventuras que cambiaran el rumbo de su destino. Más bien quería olvidar las que había protagonizado en el pasado. De aquellas aventuras guardaba la pasión por la caza, que tanto se parece al arranque que sienten los jugadores a las puertas de un casino.

¿No era hora de poner fin a eso?

Se imaginó su propia muerte y aquella idea le colmó inesperadamente como si fuera una forma de liberación. Nadie advertiría su desaparición. Ni siquiera encontrarían a nadie a quien comunicar su fallecimiento. En alguna parte se preocuparían por haber dejado de recibir sus informes, por escasos que hubieran sido estos últimamente. Los documentos que guardaba en la caja fuerte permanecerían encerrados allí para siempre. No sería fácil llegar a ellos.

Muy poca gente sabía de Wayne Bukovski. Ni siquiera aquel ubicuo profesor de matemáticas de Sofía tenía idea de su existencia. Le costaría años enterarse de lo que le había ocurrido exactamente a Wayne. Además ese profesor tampoco contaría ya con todas las prerrogativas del pasado: antes de la caída del Telón de Acero las cosas se resolvían con un telegrama a Berlín o una llamada a Sofía, pero los tiempos habían cambiado. Sin duda los colaboradores de «La Red de Oro» trabajaban ya por su propia cuenta y competían a escondidas por determinados objetivos. Él iba a burlarlos a todos, por algo era más listo. El suicidio sería la venganza más acertada, pero ¿de quién quería vengarse? ¿De los que se sirvieron de él sin piedad sin plantearse jamás la pregunta de qué era lo que él quería o de las personas de las que él mismo se aprovechó sin escrúpulos sin interesarse por sus dramas particulares?

Una bala en la sien y reinaría la calma. Algunos la llaman «gloria eterna». Wayne no estaba seguro de que alguien como él, culpable de la desgracia —o, en el mejor caso, de los problemas— de tanta gente, llegase a alcanzar la gloria eterna, pero ansiaba la calma. Quería irse de Nueva York, esa ciudad monstruosa, para vivir en una casita a orillas del mar. Que fuera pequeña, pero que cupiera en ella todo lo que necesitaba. Veía entre sueños aquella casa, con una veranda de madera que daba a la playa. Se pasaría las tardes en la veranda, dormitando en la mecedora, con un libro en

el regazo, mientras las olas del océano rompían a pocos metros de allí. El único ser vivo que tendría el privilegio de compartir su dulce soledad sería su fiel perro *Buddy*, *Buddy* no existía todavía, pero Wayne daría con él. No sabía de qué raza sería *Buddy*, pero estaba seguro de que tendría buen carácter y correría alegremente por la playa desierta y luego volvería para acostarse a sus pies. Wayne estaría escribiendo un texto en su vieja máquina de escribir. Nunca se serviría de un ordenador, artefacto bárbaro para un escritor. Wayne permanecería fiel para siempre a su máquina de escribir por cuyo rodillo antaño habían pasado tantos libros, libros en cuya traducción había trabajado con celo en la época en que sí había llevado una auténtica vida de intelectual. Libros que tal vez seguían existiendo y eran leídos por alguien. Tal vez este alguien echaría una mirada distraída al nombre del traductor. Libros que hasta cierto punto le pertenecían a él también, eran obra suya, a pesar de haber cambiado de nombre. Pero a esas alturas, si tuviera la ocasión, se dedicaría a escribir de verdad y escribiría su propia novela. Bastaba con contar su existencia, no necesitaba inventar nada. O describir las aventuras de los miembros de «La Red de Oro», pero entonces, sin duda, se vería forzado a pasar a «mejor vida», voluntariamente o no. ¿Además, qué sentido tendría escribir sobre ellos? ¿Sabría contestarse a sí mismo y explicar a los demás todo lo que había pasado? ¿Había sido víctima de su propia vocación de cazador u otros se habían aprovechado de él? Todo había empezado hacía tanto tiempo que ya ni se planteaba esta pregunta.

Tenía que aplazar un tiempo la venganza, ya tendría ocasión. No podía dejar de pensar en la casita en la playa, hasta sabía el lugar donde quería comprarla: en las afueras de Corpus Christi, donde el océano es más tranquilo y la vida más despreocupada.

La casa en Corpus Christi era el último sueño de Wayne Bukovski y aquel hombre estaba dispuesto a hacer un esfuerzo más por conseguirla. Solo así sabría si había fracasado de verdad o si la vida le daba una última oportunidad.

Aquel horrible 9 de noviembre de 1989 había puesto patas arriba la vida de Bukovski. Vio en la tele las caras eufóricas de las miles de personas reunidas junto al Muro de Berlín, iluminadas por unos reflectores enormes. La mayoría eran jóvenes que agitaban los brazos ante las cámaras, tomaban champán y estrellaban las botellas contra el mismo muro, cantaban y daban brincos como locos a lo largo de toda la céntrica avenida Unter den Linden. Acababa de suceder algo importante, fatídico y terrible, cuyas consecuencias Bukovski comprobaría en adelante en carne propia.

Esperó unos días, pero la situación se complicaba cada vez más. El Muro de Berlín se había convertido en un dique roto por el que irrumpían en ambas direcciones enormes masas humanas cuyas intenciones le resultaban incomprensibles. Siempre había temido las turbas, sabía que nada bueno se podía esperar de ninguna muchedumbre. Las multitudes, desposeídas de intelecto y de objetivos, eran del todo incontrolables. El desprecio que sentía hacia ellas rayaba el odio. Siendo tan imprevisibles, lo único que podían conseguir era acabar con los esquemas perfectamente definidos en que se sostenía hasta el momento la vida de Bukovski.

Transcurrido un mes, Bukovski decidió actuar con sigilo. Primero llamó por teléfono a la agencia en Colonia. Explicó a la impasible voz de mujer del otro lado — que hablaba inglés con un marcadísimo acento teutónico— que el grupo de danza moderna Sinopia esperaba una respuesta y que él, su representante, quería hablar personalmente con el director de la agencia. La voz titubeó un instante y luego contestó:

—No recuerdo su asunto. No dispongo de la debida documentación.

Bukovski se mostró sorprendido:

—No puede ser. Se lo envié todo hace dos meses, también hablé con Herbert y se mostró muy interesado. ¿Me haría el favor de ponerme en contacto con él? Él, sin duda, estará al tanto de todo.

Al otro lado hubo un largo silencio.

—¿Cómo se llama usted, señor? —preguntó en tono neutro la mujer de acento teutónico.

Bukovski tuvo la tentación de contestarle «Abraham Lincoln» a aquella secretaria indiscreta, pero hizo como si no hubiera escuchado la pregunta.

—Herbert se encuentra ahora en su despacho, ¿no es cierto?

No era fácil sacarle información a un alemán. La mujer contestó con brusquedad:

—Nuestro director se marchó a Brasil hace más de dos meses y quizá no vuelva —dijo de tirón antes de aclarar—: Seguramente inauguraremos una filial en América Latina.

«Ya la ha inaugurado», se dijo Bukovski para sus adentros.

Así que Herbert se había largado sin dejar ni rastro o simplemente había tratado de salvar el pellejo. Ponerse en contacto con alguno de sus superiores resultaba cada vez más complicado.

Al cabo de dos días, Bukovski llamó a Sofía, al profesor Tomá Zagórov del Instituto de Matemáticas de la Academia de Ciencias de Bulgaria. Para el caso hizo gala de su acento americano y se presentó como periodista de *Los Angeles Times*. La comunicación era difícil. Buscaron un buen rato a alguien que hablara inglés. A Bukovski le pareció que allí tan solo quedaban el conserje y las chicas de la limpieza. Finalmente decidió arriesgar y en un búlgaro terriblemente macarrónico preguntó:

—Nosotros necesitar profesor Zagórov. Yo querer escribir qué pasar su país.

Esas palabras desencadenaron un diluvio de información. Una voz entusiasta de mujer joven le explicó que todos se encontraban en un mitin. El profesor Zagórov encabezaba una comisión que debía llamar a consultas políticas a los diferentes partidos.

—Aquí han comenzado a producirse grandes cambios y el profesor desempeña un papel de suma importancia. Hay muchos periodistas extranjeros acreditados en Sofía. ¿Quiere que le dé un teléfono al que llamar? —propuso amablemente la mujer.

—Yo encontrar solo —manifestó Bukovski y colgó.

Las cosas se complicaban, concluyó. Esperó un mes más y después otro. No hubo ningún cambio. La situación de Europa central y suroriental no se normalizaba. No podía continuar así. Tuvo que visitar el American United.

Vivió unos meses horribles. Casi no salía de su piso de la calle 21 en el Soho. Detrás de las tupidas cortinas se sentía a salvo. De día leía o se quedaba en la cama, con la mirada fija en la lámpara de araña. Salía por la tarde o por la noche, pero trataba de no alejarse de su barrio.

Un día tuvo la sensación de que toda aquella pesadilla había terminado. Y también de ser libre, sin siquiera haberlo deseado. ¿Había llegado por fin el momento de vivir por su cuenta? Nunca había creído que aquello fuera posible. ¡Qué tonto! Esperaba una señal. ¿Pero de parte de quién? ¿De parte de Herbert? Seguro que hacía tiempo que ni se acordaba de él. Se estaría paseando tranquilamente por las playas de Copacabana. ¿O de parte de Zagórov? Por lo visto, el profesor se empeñaba en forjarse una nueva imagen, una buena coartada y un sentido a su vida que fuera digno de él. Bukovski no dudaba de que lo lograría: los tipos sin escrúpulos como Tomá les eran útiles a todos los regímenes políticos. Uno podía esperar cualquier cosa de ellos. Ya es hora de preocuparme más por mis propios asuntos, se dijo. «La Red de Oro» ya no lo necesitaba, pero él necesitaba dinero, mucho dinero. Bukovski sabía dónde encontrarlo. Decidió actuar. Tenía que desaparecer, mejor dicho, hacerse invisible. No

le costaría mucho, ya lo había hecho en varias ocasiones. Se puso a merodear por las calles menos transitadas del Soho buscando los anuncios «*For rent*» en las ventanas de los edificios más antiguos. Y lo cierto es que había muchas ofertas. Se decidió por un piso mediano situado en la cuarta planta de un edificio con escaleras muy estrechas que pasada la tercera planta eran de madera y crujían espantosamente. «Tanto mejor —pensó Bukovski—. Como si tuviera una alarma gratuita.» El piso constaba de dos habitaciones: una era grande y la otra, diminuta, daba a un patio de luces lleno de mesas y sillas rotas y de montones de cachivaches inútiles. Podía realquilarla por doscientos dólares a algún estudiante que sin duda daría brincos de alegría, porque vivir en el Soho por un alquiler tan bajo era una ganga. Bukovski se buscaría un compañero de piso que, por unos módicos doscientos dólares, le aseguraría la coartada necesaria para emprender una vida nueva. Pagó tres meses de alquiler por adelantado y acto seguido puso un anuncio en el periódico:

«Extranjero de mediana edad, que trabaja en la realización de un proyecto importante, busca compañero de piso durante su estancia de un año en Nueva York. Preferiblemente, no fumador».

Entre otra docena de candidatos, Bukovski eligió a un joven arquitecto de mirada directa.

—Me gusta tu nombre —dijo espontáneamente el joven, mientras recorría el piso—. Siempre he querido llamarme así.

—¿A ti no te gusta tu nombre? —se extrañó Bukovski.

—No, la verdad... No es un nombre para hacer carrera en Nueva York. Mis padres son del Oeste. Wayne es un nombre típico de las zonas rurales —sonrió el chico como disculpándose—. No le va nada bien a un artista.

«Esto me suena», sonrió Bukovski para sus adentros y de repente se le ocurrió una idea:

—Mira —dijo inesperadamente—. ¿Te parece bien que intercambiamos nuestros nombres? Yo me pongo el tuyo y tú te pones el mío. En breve me darán la nacionalidad estadounidense y preferiría tener un nombre más típico de aquí.

El joven titubeó un instante, pero enseguida se rio:

—¿Por qué no? ¡Trato hecho!

De este modo Wayne Burg se liberó de su nombre de pila con sabor a campo y Víctor Bukovski se diluyó en las tinieblas de una nueva identidad.

Bukovski no se llevó nada de su vivienda antigua a la nueva. Por precaución prefería no dejar rastro alguno. A su compañero de piso le explicó que andaba muy liado con el proyecto en que trabajaba y que por eso se ausentaría bastante a menudo. Se suscribió a un periódico, solo para que el cartero se enterara de la existencia de Wayne. No recibía correspondencia. Si sonaba el teléfono, la llamada era para el joven arquitecto. Asomaba por el piso un par de veces a la semana. El resto del tiempo regresaba a su piso antiguo, donde como antes permanecía horas en la cama contemplando las escasas franjas de luz que las cortinas dejaban pasar. Pensaba. Si alguien creyera que Bukovski se dedicaba a la holgazanería, estaría muy equivocado. Yaciendo inmóvil, analizaba la situación, a veces desesperándose y otras haciendo planes...

Trascurrieron dos meses antes de que le ofreciera a su simpático compañero de piso intercambiar las habitaciones. En un principio, el chico se extrañó bastante, pero los argumentos de Bukovski fueron convincentes: como pasaba muy poco tiempo allí, le bastaba con la habitación pequeña y, añadió, a la pequeña no llegaban los insoportables ruidos de la calle. Por supuesto, la parte del alquiler que le correspondía al joven permanecería igual. El joven trató de protestar, pero aceptó: no podía rechazar semejante regalo. Un pequeño paso más y Bukovski se habría asegurado vivir de incógnito. Una tarde le comentó como por azar a su compañero que tal vez tuviera que dejar el piso y le aconsejó que pusiera un anuncio en el periódico. Así, al poco tiempo, la habitación pequeña fue ocupada por otro inquilino. Un estudiante de la Universidad de Columbia, recién llegado de Ohio, llegó a creer que en Nueva York los milagros eran posibles. Bukovski le explicó al joven Víctor-Wayne que el proyecto había terminado antes de tiempo, pero como había firmado el contrato con la empresa inmobiliaria por un año, seguiría pagando su parte del alquiler. «En realidad, los pagará mi empresa», añadió. De esta manera, por mil dólares al mes, se aseguraba algo de tranquilidad, aunque fuera temporalmente.

Nadie reparó en la metamorfosis de Víctor en Wayne. No mantenía contactos con nadie. En cuanto a los documentos bancarios o de otra índole que poseía, las cosas se solucionaron con una rapidez increíble. El cambio de nombre era muy frecuente en Estados Unidos. Y hacerlo era tan fácil que habría estado loco de no aprovecharlo. Hizo que grabaran la W de Wayne en vez de la V de Víctor en la plaquita plateada situada a la entrada del edificio. Después volvió a decirle al portero que no recibiría a

nadie. Se encerró en su dormitorio y se puso a esperar. No pasaba nada. Se habían olvidado de él o, peor aún, lo habían borrado.

Sí, quizá fuera mejor pegarse un tiro en vez de esperar a que otro lo hiciera. ¿Tenía una inclinación congénita al suicidio? ¿No era mejor seguir esperando? Si no le alcanzaba una bala y no enfermaba de cáncer, podría disfrutar de otros diez, quince o hasta veinte años en su futura casita de Corpus Christi aporreando las teclas de su vieja máquina de escribir Erika en compañía de su perro *Buddy*. No, aquello no estaría nada mal, valía la pena esperar un poco más.

La sorpresa apareció cuando ya no creía que pudiera sucederle nada. Un día de verano, Bukovski paseaba como de costumbre por las calles del Soho, buscando un rincón fresco y un refugio discreto en alguno de los restaurancitos que abundaban por la zona. Podía comer bien y por un precio módico en una terraza sombreada. Acababa de tomar su café: un auténtico *ristretto* que solo se podía tomar en los restaurantes italianos del Soho. Observaba a los transeúntes escondido detrás de las gafas de sol y de un periódico abierto. Aquella ocupación lo distraía de sus negros pensamientos y a veces incluso llegaba a divertirlo. Trataba de adivinar los destinos de la gente variopinta que pasaba de largo. Toda esa gente tenía un oficio, una familia, amigos, dolencias, pesares y montones de problemas. Bukovski no tenía nada, ni siquiera estaba enfermo. Su única ocupación era esperar y observar.

Si hay un lugar en el mundo donde es del todo imposible encontrar por casualidad a algún conocido, ese es el Soho. Allí se veían dos clases de personas: los que vivían allí y los turistas que los visitaban por primera vez como si de un museo al aire libre se tratara. Entre unos y otros no había conexión visible.

«¿Esta no es...?», pensó mecánicamente Bukovski, siguiendo con la mirada a una mujer de mediana edad que caminaba apresurada. No era neoyorquina, pero tampoco tenía aspecto de turista. «¡No puede ser!», se respondió a sí mismo incrédulo y por poco se levanta de la silla. Enseguida llamó al camarero, pagó y sin pensárselo se fue tras la mujer que se alejaba entre la muchedumbre. Caminó dos manzanas siguiéndola a distancia. Poco a poco, su sospecha inicial se convirtió en certeza.

¡La que faltaba! Tenía que esfumarse cuanto antes. Pero, por otro lado... A lo mejor se le acababa de presentar la oportunidad que tanto había estado esperando. Podía tratarse de la esperada señal alcanzándolo de manera extraña. No sabía qué hacer. Las reglas del juego exigían que reuniera la información suficiente para luego sorprender al «objeto». Este, aturdido por el susto y la sorpresa, teóricamente debía revelar sus propósitos. Tenía que enterarse de qué había traído a esa mujer a ocho mil kilómetros de Bulgaria. ¿Qué motivo tenía para pasear por las calles de Nueva York en medio de aquel bochorno insoportable?

Bukovski siguió a la mujer hasta el hotel en que se alojaba. Entró en el vestíbulo oscuro, con cortinas pesadas y polvorientas, que impedían que la luz penetrara por las ventanas. Se acercó al mostrador de recepción y pidió una Coca-Cola fría. El recepcionista abrió la botella helada que sudaba por fuera y se la entregó.

—Son dos dólares —dijo el empleado con indiferencia.

Bukovski sacó un billete de diez, le hizo una señal para que se quedara con el cambio y preguntó:

—¿Se va a quedar mucho tiempo la señora Marínova en el hotel?

—Ha reservado la habitación para diez días —contestó el mozo, metiéndose el billete en el bolsillo.

—La esperaré un rato, pero no le diga nada, por favor. Soy un viejo amigo y me gustaría darle una sorpresa.

Bukovski se puso el índice en los labios y esbozó una sonrisa cómplice. Luego se retiró al rincón más oscuro del vestíbulo y se arrellanó en un sillón vetusto y ligeramente desfondado.

Eva bajó inesperadamente a la recepción. Él cedió ante la tentación de hablarle, pero después de intercambiar unas frases insignificantes se sintió inseguro y desistió: todavía no conocía el objetivo del viaje de Eva. Estaba casi seguro de no haber sido reconocido. ¡Imposible! Aun así, registró un instante de estupor al oír ella su voz. ¿Era solo la sorpresa de que un desconocido le hablara o era algo más? ¿O en su vanidad trataba de convencerse de que todavía podía ejercer cierto poder sobre las mujeres? No, no tenía nada que temer. Quienes lo habían obligado a espiarla en el pasado sin duda se habían olvidado hacía mucho tiempo de ella. Tenía que vigilar sus movimientos, nada más. Tenía que convertirse en su sombra. Y después ya vería.

No se podía decir que Eva Marínova hubiera dejado recuerdos imborrables en Bukovski, pero sí recordaba con nostalgia la época en que sus caminos se cruzaron.

En los años setenta pocos búlgaros podían presumir de tener una carrera profesional como la de Víctor. Todavía no había cumplido los cuarenta años, pero, a diferencia de la inmensa mayoría de las personas que tenía a su alrededor, obligadas a tragar con lo que les plantaran delante todos los días, Víctor ya podía —al menos eso parecía a primera vista— permitirse el lujo de trabajar en lo que le gustaba: traducía del inglés libros que casi siempre escogía él mismo; en la universidad, impartía materias de su interés; salía con mujeres tan cotizadas entre los hombres que él, aunque tampoco las deseara tanto, se sentía halagado al pasearse con ellas; su trabajo en la radio, en las emisiones en inglés —idioma ininteligible para casi la totalidad de sus conocidos— le daba aún más prestigio y, además, gozaba de pequeñas, pero halagadoras formas de reconocimiento, pues tenía abiertas las puertas del Corecon —una cadena de negocios donde a cambio de divisas fuertes se podían adquirir diversos bienes importados cuya misma existencia desconocía el búlgaro de a pie—; como mínimo una vez al año recibía un premio de la Asociación de Traductores, solían invitarlo a congresos, conferencias y otras actividades de carácter supuestamente académico que ocupaban gran espacio en la programación de la televisión pública, la única cadena de entonces, disfrutaba de libre acceso a los balnearios destinados exclusivamente a la nomenclatura del Partido Comunista y a la élite artística y siempre tenía una mesa reservada en los clubes más exclusivos donde ofrecían comida excelente a precios ridículos y a cuya entrada ni siquiera tenía que mostrar su carné de socio. Su vida era, en líneas generales, bastante agradable. Y a todo ello se añadía su casa de Kniázhevo. La suma de todos estos privilegios le creaba la ilusión de vivir como un hombre libre. Bukovski creía que recibía todas aquellas prebendas públicas por sus méritos y su talento y se sentía orgulloso de que ni siquiera sus colegas de las universidades occidentales con quienes coincidía en alguna conferencia pudieran presumir de lo mismo.

Sí, la vida era agradable y más si uno era capaz de asumir «el método de exclusión», un procedimiento selectivo, gracias al cual Víctor almacenaba en un rincón recóndito e inaccesible de su mente los recuerdos de todos aquellos momentos en los que había tenido que expiar todos los privilegios de los que gozaba a diario. Afortunadamente, tampoco habían sido tantos, pero le costaron un alto precio.

Entonces Víctor dejaba de ser el anglófilo elegante, merecedor del Gran Premio de la Asociación de Traductores del año 1972, 1973 o 1974 para convertirse en el «camarada Bukovski», apodado «El Guapo», que bajo la mirada escudriñadora y recelosa de un miliciano redactaba informes sobre los «objetos», cuyo seguimiento le encargaban y sobre el cumplimiento de las tareas que le habían sido asignadas. Se creó un perfil específico cuyos «objetos de observación» eran mujeres. Desde el primer día los psicólogos del Departamento de la Milicia Secreta al que estaba adscrito consideraron que Víctor, poseedor de las cualidades más apreciadas por las mujeres, trabajaría con mayor eficiencia justo en esa línea. Aparentemente sus tareas no tenían mayor complejidad. Víctor entraba en contacto con el «objeto», se ganaba su amistad y su confianza y, finalmente, le sacaba la información que el departamento le pedía. Después, para evitar que surgieran sospechas de cualquier índole, lo preferible era cortar las relaciones con el «objeto». Si aquella información servía para algo o si los datos que él facilitaba terminaban perjudicando a alguien eran detalles acerca de los que nadie se tomaba la molestia de informar a Víctor. Él tampoco se planteaba preguntas superfluas.

Los «objetos de investigación» de Víctor eran de diferentes edades. Entre todas ellas hubo señoras de edad avanzada, como la viuda de un productor de esencia de rosa de Damasco, muy cotizada por entonces, del que se sospechaba que había escondido cantidades del preciado líquido en algún banco de Suiza. La señora, venida a menos, le hizo una confesión a aquel encantador sobrino de una antigua amiga del colegio que le había ofrecido amablemente su ayuda. Inmediatamente después aquella viuda había recibido la visita de unos colaboradores del departamento no tan encantadores ni tan educados como Víctor, que sirviéndose de métodos nada amables la obligaron a firmar un poder con el que sacaron de una caja de caudales del Banco Cantonal de Lucerna ocho botellas de plomo, de tres litros cada una, que contenían aquella esencia. También hubo artistas e intelectuales rebeldes que por simple curiosidad o por auténtico interés mantenían contactos con diferentes organismos o individuos de Occidente y no había manera de que no levantaran sospechas en los superiores de Víctor. Incluso hubo una estudiante de instituto, aunque de aquel caso prefería no acordarse...

No era una regla general, pero a veces Víctor se veía obligado a mantener relaciones íntimas con sus «objetos». Aunque le permitían escoger a él los medios y procedimientos, le sugerían sin recato alguno que siempre era preferible coger el camino más corto para llegar al «objeto» y Víctor sabía que para la vulgar mentalidad de los colaboradores del departamento ese camino siempre pasaba por la cama.

Víctor, en verdad, no era así y su naturaleza rechazaba la falta de sofisticación en todas sus formas. Sinceramente prefería que sus relaciones con los demás, y más con las mujeres, se parecieran a las de los personajes de sus novelas anglosajonas. Insistía en ello y trataba a sus «objetos de investigación» con el debido respeto, como a verdaderas damas, pero despreciaba a aquellas que no se podían catalogar bajo este

rótulo. En el departamento se divertían con sus informes, en los que se encontraban apreciaciones como «cómo puede combinar una recatada falda plisada blanca con una provocadora blusa de volantes», «no sabe cuál es la función de los colores complementarios en la obra de Van Gogh y cree pertenecer a la élite cultural», «es una vulgar prostituta que lleva ropa interior de Chanel con etiquetas falsas» y cosas por el estilo.

Víctor carecía de escrúpulos de índole moral o ética, pero el trabajo que tenía que realizar no siempre le agradaba. De vez en cuando, algunos de los «objetos» le creaban complicaciones: por ejemplo, hubo una editora que se enamoró de él y le enviaba regalos el día de su cumpleaños con la esperanza de reanudar su relación. Los «amores» con ella duraron poco, porque Víctor solo tenía que averiguar con qué personalidades del PEN Internacional estaba en contacto. Obtuvo la información la primera noche que pasaron juntos en la casa de Kniázhevo, porque aquella mujer no solo no ocultaba sino que se enorgullecía de sus amistades extranjeras, pero tuvo que continuar su relación con ella otro par de meses para mantener su coartada y eso sí que no le gustaba nada.

A veces sucedía lo contrario: Bukovski se sentía cautivado por alguno de sus «objetos de observación» hasta el punto de correr el riesgo de enamorarse y, como los límites de la profesión lo superaban y se sentía momentáneamente confundido, siempre encontraba la manera de salir de aquella situación y consolarse. Víctor sentía debilidad por las mujeres hermosas y, a pesar de que sus «objetos de investigación» no siempre lo eran, en la vida «real» las bellezas abundaban y Víctor no perdía ocasión. Tenía preferencia por dos tipos de mujeres: por un lado, le gustaban las jovencitas que se extasiaban ante su erudición, su fineza y sus artes amatorias y, por otro, le atraían las «leonas», como solía llamarlas, que tenían experiencia y valentía y que luchaban, sin miramientos, con uñas y dientes, por su posición social. A las primeras las encontraba en todas partes, pero sobre todo en la universidad en la que impartía literatura inglesa y lo cierto es que Víctor sentía auténtica pasión tanto por la materia como por las muchachas que frecuentaban sus clases. Con las segundas se reunía en los hervideros de la *high life*: en los clubes y en las conferencias de todo tipo o, cuando estaba de vacaciones, en los hoteles de la costa o de la montaña. Y fue una feliz coincidencia que Víctor y ellas se movieran por el mismo interés. Se trataba de personas de alta posición, cuya cercanía constituía toda una garantía para su bienestar y ascenso social. La única diferencia era que Víctor trataba de atraer a las damas de marras haciendo alarde de sus conocimientos y buena educación, mientras que ellas desplegaban sus prometedores encantos físicos. La valoración del resultado, a fin de cuentas, se reducía a la calidad del servicio prestado. La diferencia entre Bukovski y aquellas damas era más bien cuestión de topografía: a ellas se las valoraba en las míseras oficinas del departamento, mientras que los secretos de Víctor no abandonaban la intimidad de las anchas camas a las que tenían acceso solo unos pocos elegidos. Por supuesto, ni a Víctor ni a las «leonas» les habría gustado

reconocer ningún resultado.

Bukovski sabía que él era una parada breve y transitoria para las «leonas» y se aprovechaba de aquellas relaciones. Él estaba en condiciones de proporcionarles lo que ellas necesitaban, ellas lo sabían y le pagaban, sin vacilar, con la misma moneda. Se trataba de relaciones divertidas y libres de compromisos y remordimientos. Aquellas mujeres y él se parecían como dos gotas de agua, pues carecían de escrúpulos, vivían ávidas de placeres y estaban dispuestas en cada momento a la traición. A Víctor le parecía que un verdadero intelectual debía vivir así, libre de la miopía moral pequeñoburguesa, y creía que el cinismo y las prácticas libres en el sexo y el amor enaltecían a las mujeres. Su ideal era Lady Chatterley y no perdía la ocasión de recomendar fervorosamente el libro de D. H. Lawrence a sus amigas.

Si hubiera tenido que responder con el corazón en la mano qué parte de su existencia era la verdadera, habría respondido sin vacilar que aquella que no tenía nada que ver con el servicio secreto. Solo entonces era el Bukovski verdadero, un excelente traductor, un erudito literario que no solo gozaba de gran prestigio sino también del salario y el reconocimiento que él mismo creía merecer. Sin embargo, para quienes le permitían ocupar aquella posición, siempre recelosos de cualquier intelectual, todo aquello no era más que un buen disfraz para que su colaborador pudiera realizar las actividades que ellos le asignaban.

Según Víctor, la doble existencia que llevaba se debía a una serie de circunstancias políticas que lo habían obligado a sacrificar su dignidad y honradez con el fin de resguardar su inteligencia y su talento. Y, por más que también contara con una justificación convincente, evitaba recordar que el primer paso lo había dado él mismo. Al ser humano se le puede presionar tanto directa como indirectamente. ¿Acaso no lo habían presionado al internarlo contra su voluntad en un hospicio como cualquier muchacho desposeído? A fin de cuentas, él era el heredero de dos edificios céntricos y de una casa en Kniázhevo. Por disposición de una ley, cuyo contenido conocía vagamente, le habían privado de la manutención que su padre le enviaba todos los meses y también lo habían obligado a abandonar el piso donde vivía. De repente, a sus diecisiete años, con los estudios en el American College interrumpidos y sin medios de subsistencia, aquel huérfano menor de edad entró en las garras de la maquinaria burocrática y terminó en el hospicio. Sí, su situación era lamentable: su madre había muerto tempranamente y su padre se había marchado al extranjero sin dejar rastro. Y, la verdad, aunque su padre hubiera dejado algún rastro, Víctor no podría seguirlo y todos aquellos que le habrían tendido una mano en el pasado se encontraban en peores condiciones que él.

Aquel muchacho no estaba preparado para superar esa dura prueba. Jamás olvidaría los meses que había pasado en aquel hospicio situado en una aldea muy pobre y casi despoblada a veinte kilómetros de la capital. Se trataba de un viejo cuartel que habían destinado entonces a acoger a niños y muchachos en su situación. A Víctor lo llevaron allí con el primer grupo, pero hasta que reunieron a los cincuenta niños y adolescentes que habían previsto, los hicieron esperar varios días en las instalaciones deportivas de una escuela de Sofía. Sin darles explicaciones, los metieron en un camión militar destartado y todos llegaron a temer lo peor. Aquella fue la primera vez que Víctor sintió miedo de verdad. Era noviembre, temblaban de frío, caía aguanieve. Él solo llevaba un ligero jersey de lana, la única prenda que había conseguido rescatar de su casa cuando la semana anterior habían ido a buscarlo. Le interrogaron sin miramientos primero sobre su padre y después sobre el jefe de su padre, un rico banquero y magnate industrial a quien por lo visto tenían en su punto de mira. El muchacho solo los había visto a él y a su esposa en dos ocasiones, una vez desde lejos, cuando el matrimonio se disponía a entrar en su Packard, y otra vez cuando sus padres y él acudieron como invitados a su casa para asistir a la fiesta de

fin de año, pero lo cierto es que su padre lo mantenía alejado de aquella gente y no solía hablar de trabajo en su presencia.

Víctor vivió con su padre en la casa de Kniázhevo hasta los quince años. Y entonces, con el argumento de que allí podría volcarse en sus estudios, su padre lo internó en la residencia del American College, pero Víctor sospechaba que había otras razones por las que su padre no quería que él anduviera por casa: su padre solía llegar acompañado de mujeres diferentes. Un día, mientras buscaba su raqueta de tenis, se sorprendió al encontrar escondidas en el armario varias máscaras negras de cuero, un látigo con empuñadura de metal y un par de botas de cuero de tacón altísimo. Por aquel entonces Víctor no podía ni imaginar para qué servían aquellos objetos.

Cuando su padre le manifestó su decisión de enviarlo a la residencia del American College, se molestó y se encaró directamente con él:

—¿A quién castigas con esos látigos que escondes en el armario?

Su padre se puso rojo de ira y le gritó:

—¡Tú no eres quién para preguntarme nada! Las decisiones en esta casa las tomo yo. ¿Te ha faltado algo en tu vida para que andes metiendo las narices donde no te corresponde?

Y lo cierto es que su padre tenía toda la razón. Se podía decir que a Víctor no le faltaba de nada, disponía de todo lo que un chico de su edad podía desear, incluso más; pero le faltaba algo que al parecer ni su padre ni nadie le podían dar.

La madre de Víctor había muerto cuando su hijo tenía doce años. Al regresar a casa, su padre, tembloroso, le dijo que había sufrido un accidente de coche. En aquella época circulaban tan pocos coches por Kniázhevo que le habría costado creer aquellas palabras de su padre incluso sin haber sabido la verdad. Lamentablemente, Víctor fue la única persona a la que su madre anunció su suicidio. Pocos minutos antes de tirarse desde el sexto piso de uno de los edificios del centro, lo había llamado a casa por teléfono para decirle con una voz apenas reconocible:

—Víctor, ¡no aguanto más! ¡Me voy!

Víctor no sabía a qué se refería al decir que ya no aguantaba más, pero estaba seguro de que su madre no era feliz. Se pasaba el día entero con las manos en el regazo, a veces sentada junto a la ventana, a veces en el jardín, apenas hablaba y nunca reía. Si Víctor le dirigía la palabra, recibía una sonrisa distraída por respuesta. Como una enferma mental. Quizá sí lo fuera al final.

A Víctor le gustaba estudiar en el American College, también la vida en la residencia, pero odiaba quedarse allí los días festivos, cuando todos sus compañeros regresaban a sus casas. Esos días su padre le hacía una visita de un par de horas y se despedía dejándolo al cuidado de los profesores. Víctor, inteligente y espabilado, avanzaba rápido y era uno de los mejores alumnos de su clase. Su padre se sentía orgulloso. Sacar adelante a Víctor solo le costaba dinero y, afortunadamente, a él no le faltaban medios.

Por ello, cuando Víctor le pidió que le dejara un piso del tamaño que fuera en cualquiera de los edificios de su propiedad su padre no se opuso. El chico pronto cumpliría los diecisiete años, ya era hora de que disfrutara de cierta independencia. Sin duda, si tanto lo deseaba, era porque tendría verdadera necesidad de tener un espacio propio y mejor dejarle un pisito que andar suelto por locales de dudosa higiene.

Y así fue como Víctor se hizo con un piso de tamaño medio pero confortable y moderno para la época. Los días festivos y los fines de semana se sentía allí menos solo. A veces invitaba a sus amigos y ellos lo visitaban encantados porque allí podían tomar tranquilos un vaso de coñac y jugar a las cartas. Su padre se equivocaba creyendo que Víctor usaba el piso para satisfacer sus necesidades íntimas. A Víctor le encantaba permanecer allí solo y, con el piso siempre en perfecto orden, se dedicaba a tomar té inglés y a escuchar sus nuevos discos de vinilo en un gramófono recientemente adquirido en la tienda Chiquita de la calle Ni. Se sentía feliz por no necesitar la compañía de nadie.

En el hospicio adonde lo llevaron después, en estancias que difícilmente podrían llamarse habitaciones, dormían veinte chicos en toscas camas con colchones de paja y mantas militares que olían a matarratas. Vestían ropa de lona barata similar a la que suelen vestir los presos y se calaban los quepis en sus cabezas rapadas. Los despertaban a las cinco de la madrugada y los obligaban a acostarse a las ocho de la tarde. El resto del tiempo los trasladaban como trastos a diferentes sitios para cargar costales, retirar de las líneas ferroviarias restos de vagones volcados o simplemente para hacerlos cavar aquí o allá nadie sabía con qué fin. Al regresar al hospicio, asistían a clases de «cultura política» que básicamente consistían en subrayar la importancia de los cambios históricos que se estaban llevando a cabo y advertir del papel subversivo de los enemigos del pueblo. Solo luchando contra esos traidores podrían convertirse en miembros dignos de la nueva sociedad, afirmaba el profesor desde la tarima señalando con el índice el tablero de propaganda en el que colgaban retratos de jóvenes merecedores de respeto por haber delatado a varios enemigos.

Para Víctor no era ningún secreto que él, al igual que todos los demás muchachos del hospicio, ya estaba adscrito a esta categoría y por eso no podrían llevar una vida normal en el futuro. Capaz de dominar sus impulsos y con méritos suficientes para apañárselas en condiciones difíciles, Víctor sabía que tendría que tirar de ingenio para sobrevivir.

Pasados los primeros cinco meses, por el hospicio corrió el rumor de que se los iban a llevar a trabajar a unas obras que se estaban haciendo en el interior del país.

—Os encontraréis con los verdaderos voluntarios. Al cabo de tres años, las obras estarán terminadas y todos vosotros podréis uniros a la juventud trabajadora.

¡Tres años! ¡Lo iban a obligar a seguir viviendo en medio de aquel hedor, a trabajar como un bruto, a comer en platos de latón, a llevar los tenedores y las cucharas metidos en el cinturón del pantalón, a luchar contra las chinches en las

literas y a soportar de noche los tufos y los ruidos de aquel dormitorio donde dormían, se masturbaban, roncaban y hablaban o gritaban en sueños o pesadillas tantos hombres hacinados, mugrientos y cansados!

Víctor esperó que terminara una de las charlas de adoctrinamiento político, se acercó al conferenciante —un hombre de mediana edad, rubicundo y fortachón— y, con la amabilidad propia de un antiguo alumno del American College, le comunicó:

—Me gustaría ser de utilidad en la búsqueda y neutralización de los enemigos del pueblo.

El tipo rubicundo lo miró con atención. «Este mocoso no tiene un pelo de tonto», pensó.

—Y tú, ¿dónde quieres buscarlos?

—En los escondites secretos donde se ocultan —contestó Víctor sin pestañear ni bajar la mirada.

—Te advierto que no es fácil.

—Por eso me interesa. —Luego, inesperadamente, hasta para sí mismo, añadió —: Y también precisamente por eso ustedes necesitan a gente como yo.

Al cabo de una semana aquel hombre rubicundo lo mandó buscar y le hizo rellenar varios impresos. Víctor firmó y se puso a esperar.

Al mes siguiente anunciaron que cerraban el hospicio. Los pupilos viajarían a las obras que se estaba haciendo en el interior del país, de donde regresarían transformados en gente nueva, en auténticos constructores del socialismo. Mientras el camión con los supuestos voluntarios se ponía en marcha para llevarlos al desierto que tenían que convertir en paraíso, Víctor subió a un *jeep* militar enviado especialmente para recogerlo y partió en dirección contraria.

Una de las pocas personas que conocía al verdadero Víctor era el profesor de matemáticas en la Academia de Ciencias de Bulgaria Tomá Zagórov. Víctor no sentía gran simpatía por él y hasta cierto punto lo temía. Entre los dos existían divergencias que él denominaba «incompatibilidad química». A diferencia de él, nadie obligaba a Tomá a luchar contra los «enemigos del pueblo»: él lo hacía con tal entusiasmo y convicción que Víctor no podía más que sentir repulsa por Tomá. Zagórov se imaginaba la evolución de la Humanidad como una serie de integrales bien ordenadas que conformaban una curva de desarrollo que podía calcularse matemáticamente.

—Todo son números —le gustaba repetir—. La única disciplina humanística que reconozco es la medicina. Y la medicina solo evoluciona sirviéndose de los métodos de la ciencia exacta. ¿Qué es la farmacia? El único instrumento fiable de la medicina. Es un cálculo, la cuantificación de determinados principios activos en las proporciones adecuadas. ¿Y en qué consisten los análisis hechos en un laboratorio que facilitan los diagnósticos médicos? ¡En lo mismo! —se preguntaba y se contestaba Zagórov a sí mismo, dándole así a entender el desprecio que sentía por su oficio de traductor—. Las ciencias humanas fueron inventadas para extraviar y engañar a la gente —añadía Zagórov.

Víctor conoció a Tomá cuando, después de terminar sus estudios, lo trasladaron al departamento «La Red de Oro», que se ocupaba de la búsqueda y la devolución al país de los bienes que habían sido sacados al extranjero. Al ingresar en aquel servicio de inteligencia, Víctor no tenía ni idea del alcance de «La Red de Oro» y mucho menos de los métodos que solían aplicar para conseguir sus objetivos. Se sentía orgulloso de haber sido seleccionado entre muchos candidatos después de superar pruebas y exámenes que tanto le habían recordado a sus años universitarios. Zagórov era su supervisor inmediato y al conocerlo Víctor sintió animadversión por el tono autoritario con que el matemático se dirigía a él. El caso de la estudiante de instituto fue uno de los más desagradables que jamás le asignaron y aquello ocurrió precisamente cuando estaba iniciándose en «La Red de Oro».

—Se trata de una de las más grandes fortunas de antes de la Guerra —comenzó Zagórov para introducirle en el tema—. ¿Te imaginas? —continuó—. Este hombre disponía de casi quinientos mil millones: fábricas de tabaco, inmuebles, un banco, una compañía de seguros, acciones en sociedades extranjeras. Una riqueza fabulosa que era administrada por tres personas: el viejo Jules Calderón, su hijo Robert y

adivina quién más... —Zagórov clavó su mirada inquisidora en Víctor antes de pronunciar—: ¡El famoso Gospodín Núshkov! Sí, lo sé, lo sé, no tienes que explicarme nada.

Víctor tampoco iba a explicarle nada, pues no disponía de la más mínima información sobre el destino de esa fortuna. Y en «La Red de Oro» lo sabían de sobra.

Zagórov continuó:

—Como bien sabes, todo son números. Veamos los hechos. En 1943, tratan de presionar a Calderón, me refiero a Jules Calderón, para que entregue todas sus propiedades, pero el viejo resulta ser un hueso duro de roer y les engañó, convirtiendo en acciones o en otros valores todo lo que tenía para así sacarlo del país. Sabemos que en dicha operación financiera tomaron parte Robert y ¿quién más?

—Núshkov —contestó Víctor visiblemente hastiado.

—¡Exacto! —afirmó contento Zagórov—. Núshkov hizo varios viajes en el curso de diez días. Su presencia fue registrada en Chipre y en Zúrich. Regresó para dar cuenta de su trabajo y luego desapareció.

—¿Qué voy a saber yo? Si tú lo dices... —concedió Víctor.

—Insisto, camarada Bukovski, ¡todo es matemática! ¿Qué crees que pasó después de la muerte de Calderón? Que todo, los edificios, las fábricas, los almacenes, el banco y la compañía de seguros, todo, fue vendido a sociedades anónimas extranjeras.

—En otras palabras, quien perdió con la confiscación y con la nacionalización no fue Calderón sino esas empresas extranjeras.

—¡Así es! Los bienes inmuebles volvieron al pueblo, pero...

—¿Pero qué?

—¿Cómo que pero qué? Todo el dinero debe regresar al lugar adonde corresponde, es decir, a Bulgaria.

—¿Para qué lo necesitáis? Ya habéis nacionalizado todo...

—Las cosas no son tan sencillas. Parte de esos inmuebles solo fueron confiscadas y, la verdad, yo personalmente considero que algún día deberían ser devueltas a sus antiguos propietarios. Lo que nosotros necesitamos es el dinero de Calderón para la construcción del socialismo. ¡No puede ser más listo que nosotros!

—¿Y cómo daréis con él? —curioseó Víctor.

—¡Ahí radica el problema! Ahora presta atención. Núshkov no debió de regresar a Bulgaria por gusto, ¿no crees? Seguramente regresó porque debía entregar algo a Calderón. Y ese algo no puede ser otra cosa que un código cifrado, unos papeles, unas acciones... No sabemos exactamente qué. En todo caso, ese algo es la única clave para llegar a los millones.

—¿Y tú te tragas ese cuento?

Zagórov siguió hablando sin reparar en el tono sardónico de Víctor.

—Supongamos que Núshkov trajo algo y se lo entregó a Calderón.

—Supongámoslo —dijo Víctor.

—Hay dos opciones: que ese algo se haya quedado aquí o que lo hayan sacado fuera del país. Hagamos nuestras deducciones en base al principio de exclusión. Supongamos que está aquí. Empecemos por la familia de Calderón. Se investigó a fondo. Robert no largó nada porque no sabía nada, de haber sabido algo seguro que habría hablado. Así que excluimos esta opción.

—Parece lógico. Su padre no habría expuesto a su hijo de esa manera.

—Quedarían, por tanto, sus amigos. Uno de ellos es el abogado Marínov, pero también lo hemos investigado varias veces sin resultado alguno. Hay un ruso, Alexéi, que ahora vive en París, pero creo que no está en el ajo. Queda otro amigo de los Calderón, concretamente de Robert Calderón, Jacques Levi, pero se trata de un asunto delicado porque fue clandestino por un tiempo.

—¿Y entonces?

—Pues, eso...

Después de un corto silencio, Zagórov dijo:

—Tiene una hija que estudia en un instituto. Tienes que trabajártela un poco...

—Zagórov, ¿no podríamos hacerlo de otra manera? —trató de protestar Víctor.

—¡No! —la negativa de Zagórov fue rotunda—, porque entonces solo queda la otra opción: pensar que lo que buscamos se encuentra en el extranjero. Y tendríamos que remover cielo y tierra en busca del diablo de Núshkov sin reparar en las consecuencias... Anda, no te resultará tan duro. La pequeña es un bombón —añadió Zagórov, reconciliador.

¡Lora, Lora, niña encantadora! Sus rizos negros le caían por los hombros como en pequeñas cataratas. Su hermosa cara de tez ligeramente morena atraía por la mirada profunda de color violeta. Su esbelta figura, ágil y flexible, parecía el cuerpo de una bailarina mulata a punto de ejecutar unos cuantos pasos. Lora era toda energía, amor por el movimiento, un ímpetu apenas contenido de correr y correr. Todavía era una niña pero ya prometía ser una mujer de bandera.

Víctor no podía dejar de mirarla durante toda la clase de inglés de la profesora Mollova. Como asistente, él se encargaba del trabajo individual con algunos de los alumnos. La pequeña era preciosa y Víctor se turbaba en su presencia. Habría preferido mil veces que su «objetivo» hubiera sido alguna chica insulsa y tonta que, después de haberle invitado un par de veces a la confitería y haberle mostrado unos cuantos libros interesantes, cualquier día, hablando de literatura, le contara sin más aquello que él debía averiguar; pero con esa preciosa fierecilla, a la que Zagórov tendía una vil trampa, las cosas terminarían complicándose. Por un lado, la chica parecía demasiado inteligente como para someterla a interrogatorios directos y, por otro, a Víctor le gustaba mucho.

«¡Que sea lo que tenga que ser! —se dijo resignado—. A fin de cuentas, no hay modo de salvarse de Zagórov.»

Víctor se explicaba lo que sucedió más tarde como una respuesta lógica por su parte ante el inesperado enamoramiento de la chica. Se sentía halagado por la espontaneidad con que Lora manifestaba sus sentimientos, sin reservas, con toda la encantadora inexperiencia del primer amor. Con la ingenuidad de sus diecisiete primaveras no solo profesaba devoción por él sino también una confianza ilimitada. A Víctor le sorprendió que ella lo quisiera no tanto por su brillantez intelectual ni por su atractivo físico como por creer que era el hombre más maravilloso, más valiente, más caballeroso y mejor educado que existía en la tierra. Si de él hubiera dependido, Víctor habría mantenido aquel engaño, pero Víctor no podía ni debía hacerlo. Por primera vez se sentía abochornado por sus propias patrañas. Nunca había tenido una amante tan joven. Cuando él tenía su misma edad, buscaba a señoras con experiencia a las que pagaba para que le dieran las primeras lecciones de erotismo. El hospicio, la academia secreta y la universidad le enseñaron a actuar con discreción y a disimular sus deseos. Además, podía elegir entre las «leonas» que endulzaban su vida sin complicársela, disfrutando ellas y haciéndolo disfrutar.

Al principio representaba el papel del «príncipe azul» de buena gana y con cierta dosis de vanidad, pero pronto se dio cuenta de que por más caballero y noble que se mostrase con ella, la joven no le daría información alguna que interesase a «La Red de Oro». Pero para guardar las apariencias ante sus superiores que con la esperanza de enterarse de algo, consiguió una gran cantidad de información sobre la familia y las amistades de la muchacha. Lora resultó ser muy leal. Ella estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, pero era incapaz de cometer una traición. Adoraba a su padre y nunca hacía ningún comentario de más sobre su carácter o su comportamiento. Víctor intentaba confundirla con preguntas inesperadas, pero ella, ignorando la emboscada, nunca caía en sus trampas. A Lora no le gustaba hablar de los demás. Llevaban varios meses juntos sin que Víctor avanzara ni un milímetro en sus pesquisas. Evitaba pensar en ella como en un «objeto de investigación». La frescura y la magia de la joven lo embriagaban como un vino joven.

Una tarde Zagórov lo visitó de improviso en su buhardilla. Aquella visita, tan extraña en él, auguraba problemas.

—¿Así que esta es tu madriguera? —miró con curiosidad a su alrededor.

—Sí, así es.

—No es nada del otro mundo. El techo gotea, corre mucho aire... No sabía que vivieras así. —Víctor callaba.— Podría ayudarte a conseguir un pisito en alguno de los bloques de viviendas que se están construyendo. Son bastante confortables.

—¡No, no, no! ¡Gracias! —reaccionó Bukovski con ímpetu inesperado—. Necesito tranquilidad para trabajar —añadió a modo de disculpa y acto seguido se le ocurrió algo—: Si pudieras ayudarme para que me devolvieran la casa familiar en Kniázhevo que fue expropiada por el Estado después de la segunda guerra mundial. Está hecha una ruina, pero podría arreglarla un poco.

Zagórov se quedó pensativo:

—¿Toda una casa para ti solo?

—Vamos, tampoco es tanto... —Víctor esbozó una sonrisa forzada.

—Vale. Veré lo que se puede hacer, pero antes debes ganarte ese premio...

«Ya está claro a qué ha venido», pensó Víctor.

—Así que este es el nido de amor de nuestra joven pareja...

—¡Zagórov, por favor! Dime a qué has venido.

—Ya lo sabes, ¡no te hagas el santo! Llevas tres meses disfrutando de la mocosa sin haber redactado una sola línea.

—¡Y qué puedo hacer si ella no sabe nada! Ya lo he intentado todo y, créeme, ¡está pez!

—¿Ya lo has intentado todo? —Zagórov levantó las cejas—. No me vengas con cuentos.

—Te lo aseguro, no suelta prenda.

—Entonces tendremos que hacerlo de otra manera. Tú sigue ocupándote del «objeto», pero avísame de la hora y el lugar de vuestro próximo encuentro.

¿Estamos?

Víctor trató de protestar, pero el otro lo interrumpió bruscamente:

—¿Qué te crees? ¿Que somos un servicio de reparto de doncellas a domicilio?
¡Qué equivocado estás, Bukovski!

Víctor se apresuró a despedir a aquella visita inesperada y tomó la decisión de cortar cuanto antes con la joven. Se podría decir que sus propósitos eran casi nobles. Era imposible seguir así, tampoco quería que Lora se enterara de la razón por la que él se había cruzado en su camino. En realidad, Bukovski temía convertirse en víctima de sus propios tejemanejes.

El incidente nocturno en el parquecito junto a la cervecería lo asqueó tanto que al día siguiente irrumpió colérico en el despacho de Zagórov:

—¿Qué te crees? ¿Cómo te lo permites? ¿Qué quieres de mí? —echó a gritar—. Me has metido en un vil lío de milicianos. ¿Acaso no he sido siempre correcto contigo? ¿Por eso quisiste saber la hora y el lugar del siguiente encuentro con el «objeto»? ¡Zagórov, tú sí que eres un hijo de puta!

El matemático lo miró con frialdad y esperó que se le pasara el ataque de rabia:

—¡No te portes como una señorita, camarada Bukovski! A veces es imprescindible proceder así. ¿Qué te crees? Alguien tiene que hacer el trabajo sucio. Has de estar agradecido porque no te haya tocado a ti. ¡Qué poco conoces el oficio! ¡Vaya dramón: al señorito lo pillaron con la bragueta desabrochada!...

—¿Y la joven?...

—¿Así que ese es el problema? ¡No sabía que fueras todo un caballero! ¿Estás cumpliendo con tu deber profesional o te dedicas a representar comedias amorosas? «Recuerdo el instante mágico: apareciste ante mí...» citó en ruso.

—No he leído a Pushkin —contestó secamente Víctor.

—Ya lo sé, ya lo sé, camarada Bukovski. Tu especialidad son los poetas británicos y estadounidenses... A lo mejor no solo los poetas...

—No sabes lo que dices. Se te olvida que como oficial tengo la misma categoría que tú.

De repente Zagórov suavizó el tono para añadir con una sonrisa pícaro:

—Vale, vale. ¿No te habrás enamorado?

Agitó el índice en las narices de Víctor y con una sonrisa cómplice le dijo:

—Ya te lo advertí: la pequeña es un bombón.

Bukovski esbozó una sonrisa torcida.

—Tu trabajo se acabó —sentenció Zagórov—. Trata de cerrar cuanto antes el asunto y desaparece del escenario. De la pequeña ya me encargo yo.

—¿Qué le vas a hacer? —preguntó Víctor preocupado.

—Descuida, no será nada extraordinario. La llamaremos mañana a la oficina de la Juventud Comunista del instituto y lo intentaremos por última vez. Si conseguimos sacarle alguna información, te avisaré.

—¿Y si no? —Víctor seguía inquieto.

Zagórov suspiró:

—Entonces, ¡adiós, jovencita! No podemos presionarla demasiado: tampoco hay que olvidar que su padre fue antifascista y clandestino.

Bukovski jamás olvidaría los dos meses penosos que vivieron después de aquel incidente. Lora había conseguido librarse de Zagórov, pero andaba mustia, como una flor quemada por la escarcha, herida de por vida. ¿Cómo decirle que lo sentía en el alma y que al igual que ella él también había caído en su momento en una de esas trampas?

«¡Ay, Lora, Lora! ¡No sabes la suerte que tienes!», pensó al enterarse de que se marchaba del país con su familia.

—¡Vete, sálvate! —consiguió decirle—. ¡Vete y nunca vuelvas la mirada hacia atrás!

«Nosotros, los malditos, los miserables, nos quedaremos por siempre aquí», añadió para sus adentros.

No pudo contenerse y fue a la estación de ferrocarril para ver partir el tren. Sentía tristeza y alivio a la vez. La vida, o lo que así llamaban, continuaba.

Y era extraño que después de tantos años se acordara de Lora al topar por azar en una calle de Nueva York con Eva. Aquella jovencita encantadora le había llegado al corazón como nadie lo había hecho en toda su vida. ¿Y qué quedaba de aquella historia melodramática? Un recuerdo melodramático. Y, naturalmente, la casa de Kniázhevo, porque Zagórov cumplió con su palabra y al poco tiempo la propiedad le fue restituida.

Víctor creía que el caso del magnate industrial judío estaba completamente cerrado. No se atrevía a curiosear para saber en qué había terminado. «La Red de Oro» no acostumbraba a informar a sus agentes de los detalles. Les proporcionaban la información indispensable para la realización de cada tarea concreta. Los expedientes de los «objetos de investigación» parecían puzles en que dichos objetos y sus perseguidores eran diminutas amebas hexagonales que no tenían demasiada importancia para la configuración del cuadro completo. Víctor no sabía si Zagórov era otra de estas amebas o no. Sospechaba que el caso de Lora había sido una prueba para comprobar su valía. Los agentes tenían que pasar periódicamente por pruebas parecidas. «La Red de Oro» no confiaba en nadie, ni siquiera en su propia gente.

Víctor no tenía ni idea de si había superado aquella prueba o no, aunque aquel caso, al menos aparentemente, no cambió su posición en «La Red de Oro»: ellos seguían encargándole misiones de vez en cuando y él seguía redactando informes que firmaba con el apodo «El Guapo». La oficina se encontraba en el sótano de un céntrico edificio. Los vecinos y los transeúntes que iban y venía por aquella calle tan transitada no sospechaban la índole ni la cantidad de trabajo que se hacía en aquellos espacios iluminados todo el día con luz eléctrica. Se entraba por una puerta lateral que daba a la planta baja de una clínica dental normal y corriente. Y tampoco Bukovski parecía haber cambiado. Los únicos cambios sustanciales fueron la independencia que alcanzó en la lujosa casa paterna de Kniázhevo y la relación casi estable que mantenía con una de las «leonas» que lo esperaba allí dos veces por semana.

Y así se entiende que le desagradara tanto una llamada de Zagórov, «invitándolo» con un tono que no admitía réplica a cenar en su casa al cabo de una semana. Dijo que recibiría instrucciones más detalladas durante esa cena. Ya habían transcurrido años desde aquel pequeño conflicto acerca de Lora Levi que enfriara tanto sus relaciones. Guardaban las apariencias a nivel profesional, pero más allá de las veces que tenían que coincidir por trabajo, se rehuían escrupulosamente. ¿Qué era lo que quería de él el matemático a esas alturas? Bukovski ya no era tan ingenuo como entonces. En esa ocasión negociaría las condiciones. Tampoco se había olvidado de la historia de Calderón y sabía que antes o después Zagórov la desenterraría. Sus sospechas se confirmaron cuando lo visitó en su oficina:

—¡Bukovski, prepárate! Todo parece indicar que ha llegado el momento de sacar

el *Titanic* del fondo del mar. —Víctor levantó las cejas, como si no entendiera nada. — Se trata del caso Calderón, ¿recuerdas? —Y luego le preguntó—: ¿Fumas puros?

Víctor lo miró sorprendido, pero con aire de mago Zagórov abrió una gaveta de su escritorio y sacó una lujosa caja de puros de madera. En aquella hermosa tapa barnizada podía leerse en inglés: *Your Best Choice — Calder's Cigars*. Zagórov escudriñaba a Víctor con la mirada, esperando que reaccionara, pero no hubo ninguna reacción. Bukovski preguntó impasible:

—¿Y...?

—¡Cómo es posible que no caigas! —se soliviantó Zagórov—. ¿Acaso no lo comprendes? Se trata de un trozo de la cubierta de nuestro *Titanic*. Calderón fue el gran magnate de la producción de tabaco en Bulgaria y ahora en Londres se producen con su nombre estos puros de calidad excelente. Así que alguien debe de estar detrás de este negocio.

—¿Qué esperáis entonces de mí? —preguntó Víctor sin impacientarse y antes de añadir—: Espero que no me enviéis a ningún colegio ni instituto.

—¡No seas tan rencoroso, hombre!

No, el plan era diferente. Tenían que seguir una vez más las escasas pistas que quedaban en Bulgaria. Los puros Calder eran un buen negocio, pero sin duda representaban una porción insignificante de la inmensa fortuna de Calderón. Según los últimos datos de que disponían, se trataba de una empresa cuyo capital no superaba los treinta y cinco millones. O era la punta del iceberg o al cabo de tantos años alguien se decidía por fin a servirse de una parte del capital de Calderón. En cualquier caso, los puros demostraban que la riqueza del viejo zorro existía. Según Zagórov, era imposible que no quedara algún cabo suelto en Bulgaria. «La Red de Oro» quería que Bukovski volviera a entrar en el juego.

—Vale. ¡Dame el nombre y la dirección! —exigió Víctor secamente.

—¡Espera, espera! El trabajo debe hacerse con la delicadeza que solo tú sabes mostrar —quiso halagarle el matemático—. Se trata de una mujer relativamente joven, muy agradable y, por si fuera poco, amiga mía.

Tomá contestó a la mirada de Víctor levantando los hombros, como si le pidiera perdón.

—Bueno, digamos que casi amiga... Se trata de la hija de aquel abogado, Marínov, de quien siempre sospechamos sin dar con prueba alguna que había tenido algo que ver con la desaparición de la fortuna. Si nuestra sospecha fuera cierta, debería haber dejado algo... Tu tarea es sacarle a Eva Marínova una confesión, encontrar la pista y tal vez seguirla. Si quieres, puedes hacerla feliz —añadió burlón—. Te la presentaré en una cena que en breve organizaré en mi casa. Lo demás es asunto tuyo.

—¡No! —dijo Víctor de sopetón—. No tengo ganas de seducir a ninguna solterona.

«¿Qué querrá este?», se puso a hacer cálculos Zagórov antes de preguntar:

—¡Anda, dime tu precio! Los dos sabemos bien que todo son números.

—Yo haré el trabajo, pero quiero que luego me trasladéis al extranjero.

Zagórov tardó en contestar.

—Hummm... No te lo prometo, pero veré qué se puede hacer.

—No —repitió Víctor con rotundidad—, tienes que comprometerte. Quiero trabajar en el exterior. Si no te comprometes a trasladarme, no me compensa meterme en este asunto. Si he de serte franco, ya estoy hasta la coronilla. Tú, mientras tanto, has ascendido a catedrático, ¿verdad? ¡No me digas que no has fijado un precio! Mientras yo... Hasta el momento no he pedido nunca nada.

—Si mal no recuerdo, viajas bastante. La última vez —Zagórov consultó una hoja que tenía en el escritorio— estuviste una semana en Londres.

Víctor estalló:

—¿A eso lo llamas viajar? Esconderse como una rata en hoteles de mala muerte, andar de modo invisible, sin mantener contacto con nadie... Recogemos al «objeto de investigación», a veces por la fuerza y metido en un saco, y ¡vuelta a casa! No creerás que eso me gusta.

—Vale, Víctor. Voy a proponer que te trasladen —se resignó Zagórov.

Luego deslizó una carpeta marrón sobre la superficie del escritorio:

—Aquí tienes los antecedentes de Marínova.

De la carpeta asomó la fotografía en blanco y negro de una mujer de cabello castaño y de ojos almendrados y tristes. Bukovski observó la imagen con la mirada de un experto. Se detuvo en la boca, sorprendentemente grande y hermosamente delineada. Aquel fue el primer encuentro de Víctor con Eva.

Cuando, la noche que se conocieron en casa de Tomá Zagórov, Bukovski le dijo a Eva que tenía una sensación de *déjà vu*, no le mentía con las mismas palabras de las que se habría servido cualquier seductor: en aquel momento Víctor había sido sincero. «Estoy seguro de que nos hemos encontrado alguna vez, pero no en esta vida ni en los últimos cien años». Sí, parecía uno de aquellos clichés tontos que se dicen en los galanteos frívolos, pero era verdad. Eva, por su juventud, no podía saberlo. La cara ovalada, enmarcada por el pelo castaño, los ojos almendrados y, más que nada, aquella sonrisa, avivaron en Víctor un recuerdo enterrado en las cenizas de su pasado. Corría el invierno de 1942...

A pesar de estar de vacaciones, una mañana su madre lo despertó mucho antes que de costumbre:

—Levántate, bomboncito —le dijo con ternura—, tengo una sorpresa para ti.

Su madre parecía estar alegre, algo que últimamente le sucedía cada vez menos, sonreía.

—Estamos invitados a casa de los Calderón, a una *matinée* para celebrar el fin de año. Nos divertiremos mucho, ya verás.

Víctor sí sabía el nombre del jefe de su padre, pero solo lo había visto de lejos. Aunque la invitación no le entusiasmó demasiado, le encantó que su madre estuviera tan guapa y alegre como antes.

Su madre le preparó una bañera con agua caliente y fragante. Le lavó el pelo con el jabón que usaba ella. La espuma que entraba en los ojos le picaba un poco, pero jugaron a chapotear y salpicar. Hacía tiempo que no se reían tanto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó su padre ya dentro del baño sin haber llamado a la puerta.

Víctor se apresuró a envolverse en la suave toalla que le alcanzó su madre. Notó que aquel día su padre también estaba de buen humor.

Lo vistieron con su traje de marinero con brillantes botones y le regalaron una pequeña pajarita de terciopelo de color burdeos que combinaba bien con la camisa blanca que su madre le había comprado en una de las tiendas más caras de la calle de Léger. Su madre le peinó cuidadosamente con raya e incluso le puso algo en el pelo que lo hizo brillar como el ala de un cuervo. Víctor se miró en el gran espejo del salón y casi no se reconoció: desde el espejo lo miraba un señorito elegante de los que había visto pasear por las calles céntricas de Sofía. Solo le faltaban el bigotito

delgado que estaba de moda y el ligero bastón que los dandis de la época agitaban con elegancia de un lado a otro mientras se paseaban. Su madre lo besó en la frente. La mujer estaba contenta con el resultado. Y al rato la familia salió de casa.

Aquella era la primera vez que Víctor iba a la casa del magnate. Su casa en Kniázhevo era bastante espaciosa pero, en comparación, la de Calderón era un verdadero palacio. Entraron al jardín por un enorme portón de acero, en cuya compleja ornamentación dorada se distinguían dos águilas y una C. El suelo estaba tapizado de una nieve blanca y esponjosa que cubría también los majestuosos pinos que se levantaban como dos guardianes a cierta distancia de la casa. Avanzaron por una senda limpia de nieve. La puerta de la casa se abrió sin ruido, como si los esperaran desde hacía tiempo y un señor mayor, de traje negro y guantes blancos, los condujo al gran salón. Víctor se apretó instintivamente contra su madre, pero ella lo tranquilizó cogiéndole de la mano y susurrándole al oído:

—No tengas miedo. Son muy simpáticos.

El salón le pareció tan grande como una iglesia. La escalinata que se veía al fondo, con bonitas barandillas de bronce y cubierta de alfombras rojas, se bifurcaba en dos. Del techo pendía una araña de cristal de roca que repartía mil millones de luces a su alrededor. El chico se quedó observando un gran retrato en el que una mujer con un vestido de noche de un verde pálido llevaba en brazos un pequeño cachorro. Una melodiosa voz femenina le interrumpió:

—¡Y él debe de ser Víctor!

Giró la cabeza y se encontró con la mujer del retrato sonriéndole amigable. A sus pies jugueteaba el mismo perrito negro. El niño movía su mirada entre el retrato y la señora. Su madre se rio:

—Saluda a la señora de Calderón. Sí, bomboncito, ella es la señora del retrato.

Víctor se cohibió, pero dijo lo que se esperaba de él. Su madre lo empujó ligeramente adelante y de repente se encontró ante el propio Calderón. Aquel hombre le pareció un gigante: con sus cien kilos de peso, sus bigotes tupidos y su voz atronadora, el viejo magnate era imponente. Vestía americana negra y chaleco a rayas, de cuyo bolsillo izquierdo asomaba la cadena de oro de su reloj.

—¡Te felicito, Núshkov! ¡Qué apuesto mozalbete has criado! ¡Adelante, señora Núshkova! Es un placer.

El señor Calderón se inclinó amablemente para besar la mano de su madre. Ella se sonrojó y volvió a coger a su hijo de la mano para reunirse con los demás invitados. Víctor reconoció a algunos de ellos, a quienes solo había visto en alguna ocasión, siempre desde lejos.

Había un hombre alto y guapo con los mismos amables ojos grises y la misma frente alta que la mujer del retrato. Se trataba del hijo de los Calderón. Con la mirada hizo una señal a un sirviente de guantes blancos y al instante les acercaron una bandeja de plata donde ligeramente tintineaban dos vasos llenos de zumo de naranja. Al joven apuesto, al que la mujer del retrato llamaba Roby, se unió con pasos de

bailarina una mujer rubia extraordinariamente bella con un vestido beis de crepé chino. De la mano llevaba a una criatura preciosa de dos añitos, que se componía de dos partes: una melena rubia y rizada que llegaba a la espalda de aquella muñequita y un largo vestido de batista rosa por cuyo bajo, a pesar de rozar el suelo, asomaba a cada paso un zapatito de charol negro.

—Mis dos princesas —las presentó Robert a su madre—. Las dos se llaman Elisabeth, pero para no confundirnos las llamamos Betty y Lisa.

También había unas cuantas parejas de adultos vestidos de gala y con un brillo festivo en la mirada. Víctor, orondo con su traje de marinerito y la pajarita de terciopelo granate, miró orgulloso a sus padres: su madre era alta y esbelta, vestía de seda azul y llevaba un largo collar de perlas que le llegaban casi a la cintura y su padre llevaba una chaqueta a rayas parecida a la del señor Calderón, pero la cadenita de su reloj era más modesta.

—¡Cristina Bukovska! —exclamó con alegría una mujer hermosa de cabello castaño y ojos almendrados.

—¡Nevena! —se alegró su madre—. No esperaba verte aquí.

—Mi marido es amigo de Robert —aclaró Nevena y presentó Cristina a su esposo —: Cristina Bukovska. Nos conocemos de la facultad. Y él es Teodor, hasta ahora solo un excelente abogado sofiota, pero, desde hace poco, mi querido esposo —añadió con una pícaro sonrisa.

El hombre se inclinó con elegancia:

—Marínov. ¡Encantado!

De repente el señor Calderón dio unas palmadas:

—¡Ahora la sorpresa!

Las luces de la enorme araña de cristal se apagaron, se encendieron los candelabros a lo largo de la escalinata y en el rellano apareció un mago con una larga capa de color lila, con un sinnúmero de estrellitas, una barba negra postiza y un enorme sombrero de pico. Víctor escuchó a su lado una risa femenina:

—¡Miren, miren a Alexéi! ¡Qué disfraz más divertido!

Robert se apresuró a decirle «chitón» a la traidora.

El mago estaba haciendo ya trucos de ilusionismo. Mientras paseaba entre el público, se hizo sin que nadie lo advirtiera con el reloj de oro de Jules Calderón y el anfitrión se rio hasta las lágrimas cuando se lo devolvió con un ademán galante. En el último número, de las mangas anchas del mago salieron dos palomas que volaron hasta posarse en la araña de cristal que luego costó bastante bajar de allí.

En el escenario improvisado aparecieron después cuatro pequeñas bailarinas que representaron el *Vals de las flores*.

—Son alumnas de la academia de una amiga —susurró al oído de la madre de Víctor la mujer rubia.

Y antes de que terminara el último acorde, todos estallaron en aplausos. Las bailarinas hicieron una elegante reverencia y se retiraron para dejar paso al mago que,

ya sin capa ni barba, cantó varios romances rusos.

Al terminar el programa, la señora de Calderón repartió regalos a todos los presentes. A Víctor le encantó la gran caja que le entregó: en la tapa estaba impreso el dibujo de un tren eléctrico con el que había soñado hacía mucho tiempo. La mujer del retrato le dio un beso cariñoso. Su padre le ordenó en voz baja:

—¡Anda! ¡Ve a besar la mano al señor Calderón!

Su madre quiso retenerlo a su lado, pero su padre lo agarró y lo condujo a donde se encontraba el anfitrión.

—¡Da las gracias besándole la mano al señor Calderón!

Víctor vaciló un instante, pero Jules Calderón se le adelantó:

—No hace falta, Núshkov. No le enseñes al chico a besar la mano a nadie. —Y luego, acercándole su mejilla, se dirigió al niño—: ¡Dame un besito aquí!

Víctor se levantó de puntillas y, al tocar con sus labios la cara del señor Calderón, sintió las puntas de sus bigotes y el olor a tabaco caro.

—¡Eso sí! —dijo contento el gran magnate, añadiendo—: Sigue mi consejo, pequeño. Se besa la mano solo a las mujeres. —Y luego, con su voz atronadora, se dirigió a los demás—: ¡A la mesa, damas y caballeros!

Entraron a otro salón con una larga mesa ricamente servida a cuyo alrededor se acomodaron todos.

El tiempo volaba sin que se dieran cuenta. Víctor parecía más feliz que nunca. Antes de despedirse, les hicieron una foto. Para la ocasión, habían contratado a un fotógrafo que estuvo un buen rato ordenándolos en el centro del salón. Al fondo se veía la escalera de bronce engalanada y sobre sus cabezas brillaba la majestuosa araña de cristal. Colocaron a los niños en el centro y la princesita vestida de rosa cogió con confianza la mano del chico vestido con un traje de marinero y pajarita de terciopelo. Se fueron al anochecer.

Caminaban callados por la nieve. Su madre lo llevaba de una mano y en la otra Víctor cargaba con la caja del tren eléctrico. Seguía pensando en aquella gran casa hermosa, donde la señora del retrato repartía regalos a sus visitas y el corpulento señor de la voz atronadora impartía órdenes como el capitán de un crucero.

—Mamá, ¿no podríamos vivir en una casa así? —preguntó Víctor.

—¡No! —le cortó bruscamente su padre—. Para eso hacen falta millones, mucho dinero, o ser el heredero de los Calderón. ¡Conténtate con lo que tienes!

Víctor nunca supo si su padre estaba de veras contento con lo que tenía.

¿Por qué los millones de Calderón seguían perturbando la calma de Tomá Zagórov? ¿Sería que todos los que de algún modo u otro tuvieron noticia de su existencia acabaron deseándolos? Esa mujer, Eva, que ahora estaba sentada en la mesa de un hombre que ella creía su amigo, ¿sabía algo de la opulencia de aquella casa que Víctor había visto en una sola ocasión a los diez años? Guardaba aquella fotografía, ya algo borrosa, en la que aparecían todos los que pertenecían al círculo de los Calderón. Su madre Cristina, sonriente, estaba junto a Nevena, la mujer de los

ojos almendrados a la que tanto se parecía su hija. ¿Dispondría Eva de tan anhelado cabo suelto? Ahora se le presentaba la extraordinaria ocasión de averiguarlo. Había hecho bien cuando en la academia se cambió de apellido y eligió el de su madre: Bukovski. Eva jamás sabría que él, Víctor, conocía a todos como entre sueños ni que en ese momento reconocía las maneras y los ojos de Nevena mirándole desde el otro extremo de la mesa, en la casa del matemático-espía.

Víctor no dejaba de preguntarse qué había traído a Eva Marínova a Nueva York. Sí, debía de ser una casualidad. Los búlgaros, ávidos por conocer el resto del mundo que les había sido vedado durante décadas, no paraban de viajar. Se gastaban hasta el último céntimo de sus ahorros para viajar a ciudades cuyos nombres antaño no se habrían atrevido a mencionar en voz alta, temerosos de que los culparan de alta traición. A veces regresaban a casa sorprendidos, pero muchas otras desilusionados por haber encontrado un mundo normal y corriente donde quizá lo positivo primara un poco sobre lo negativo, pero bastante alejado de las imágenes fabulosas que esos nuevos viajeros se habían forjado en su imaginación.

Eva, no obstante, era otro caso. Ella ya había hecho su descubrimiento de Estados Unidos hacía muchísimo tiempo, cuando, como joven periodista, recorrió las grandes ciudades y el interior del país con un grupo de elegidos durante dos meses.

—Parece que a nuestra amiga le ha gustado América —dijo Zagórov mostrándole la fotografía de Eva—. Y lo que más le impresiona es la vastedad y la calma con que se vive en todas partes.

A Tomá no se le podía negar su genialidad: Eva nunca llegó a sospechar de él. Bukovski tenía que reconocer que era mucho menos habladora con él, su amante, que con aquel falso amigo.

—No temas quedarte allí si se te presenta la ocasión —le había susurrado Víctor al oído al despedirse de ella en el aeropuerto.

Y Eva se había apartado de él y lo había mirado sorprendida. ¿Aquella sorpresa era auténtica o formaba parte de la farsa en que todos participaban? ¿Por qué trató entonces él de alentarla? ¿Pensaba en la libertad de ella o le preocupaba la suya propia?

Zagórov creía estar dándole a Víctor una pista, pero lo cierto es que esa pista no conducía a ninguna parte. Sí, Marínov había tenido acceso privilegiado a los asuntos de Calderón, pero eso no probaba nada. Víctor poseía una prueba secreta y fidedigna de aquella amistad. La fotografía que les habían hecho en la casa de los Calderón era un documento del que Zagórov y los demás no tenían ni la más remota idea. La misma Eva no disponía de nada que pudiera demostrar las relaciones de sus padres con el famoso *Titanic* de Zagórov. La única cosa de interés que Víctor descubrió en el

piso de Eva era el medallón con los retratos de Robert y de su esposa Betty.

Tampoco era exacto decir que lo «descubriera», pues aquel relicario de oro colgaba del espejo del dormitorio de Eva a la vista de quien entrara en aquella estancia.

—¿Es tuyo? —preguntó un día Víctor como si nada al coger con las manos el corazón de oro.

Eva, maquillándose ante el espejo, contestó sin alterarse:

—Sí.

—¿Me permites? —Víctor abrió el medallón.

Se encontró con los retratos de Robert y Elisabeth, cuya mirada no había olvidado desde aquella memorable fiesta de fin de año.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Parientes lejanos de mi madre —mintió Eva impávida antes de coger el relicario para ponérselo en el cuello.

Víctor no recordaba haberla visto antes con él. Durante un tiempo dudó de si debía contárselo a Zagórov. No tenía sentido callárselo: seguro que Zagórov ya estaba informado de la existencia de la joya.

—No sé si eso tiene algún interés o no —comentó Víctor fingiendo indiferencia—, pero nuestra amiga tiene retratos de Robert y Elisabeth.

Zagórov se volvió todo oídos.

—Las dos familias se conocían mucho. Tampoco debe resultarnos extraño que haya quedado algo, pero lo cierto es que en su momento el abogado Marínov se deshizo de todas las pruebas. ¿Dónde has visto esas fotografías?

Bukovski le describió la joya. Al parecer Zagórov no sabía nada y Víctor se alegró de poder apuntarse un tanto sin complicarse la existencia ni perjudicar a Eva.

—¿No podrías averiguar cómo llegó a sus manos ese relicario?

—Ya lo he intentado, pero me mintió: dijo que se trataba de unos parientes.

—Hummm... ¡Mintió! Y eso quiere decir que no quiere exponerse o, peor aún, que no quiere exponer a otra persona. —Y Zagórov volvió a sus consideraciones predilectas—: A ver... ¿A qué conclusión nos puede conducir un relicario con un par de retratos? Las matemáticas están en todo, ambos coincidimos en eso, ¿verdad? En el medallón están las fotografías de Robert y de su mujer. Debe de haber pertenecido a alguien. —Zagórov se contestó solo—: Primero: no es de Betty, porque ella llevaría fotos de su marido y de su hija. Tampoco es de la madre de Betty, porque falta la fotografía de la nieta. Entonces es de... ¡Lisa! —concluyó el matemático con su típico tono triunfal. —Bukovski asintió en silencio, imaginando a la muñequita rubia de los zapatitos de charol enredada en las complicadas combinaciones de Zagórov, pero el matemático proseguía—: Segundo: veamos por qué ese medallón está en posesión de Eva. Imposible que Lisa, después de haber perdido a sus padres y todo lo que la unía a ellos, le haya hecho ese valioso regalo así sin más. Seguramente se lo regaló por un motivo especial. —Zagórov pensó un tiempo y luego se dio una

palmada en la frente—: ¡Claro! ¡Claro y lógico! Se trata del regalo de despedida que Lisa le dejó a su amiga antes de exiliarse. Y quizá en su interior haya un código cifrado. ¿Y qué significa eso?

Víctor soportó su mirada sin decir nada. Cuando lo había tenido entre las manos, le había echado una rápida ojeada, pero él no había advertido nada extraño en aquel medallón de oro de antigua manufactura, pero tampoco le había dado tiempo a mirar detrás de las fotografías, un lugar ideal para esconder un código secreto.

Zagórov continuó:

—Con toda certeza los Marínov son los cómplices que llevamos buscando desde hace tanto tiempo. Tu Eva incluida. Todos estaban al tanto del asunto y ayudaron a la pequeña Calderón a fugarse del país. También es posible que Lisa se llevara el código que buscamos. Siempre sospeché de ellos. Sí, no hay duda, los Marínov estuvieron implicados.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Víctor, reparando en que «nuestra amiga» Eva había terminado siendo solo «suya».

—No te preocupes. No habrá complicaciones. Para nosotros Eva no es más que un *sherpa* que nos guiará hasta la cumbre. —Zagórov le guiñó un ojo—: La vamos a enviar por un tiempo al extranjero. A ver si allí decide establecer contacto.

«No temas quedarte allí si se te presenta la ocasión.» Víctor le sugirió lo que debía hacer, pero ella no siguió su consejo y regresó contenta, entusiasmada, sintiéndose libre y con un brillo en los ojos que él no había visto antes.

—Otros en tu lugar se habrían quedado —le dijo con frialdad, decepcionado porque ella no había sabido aprovecharse de aquella oportunidad.

Víctor ya había intentado defenderla. Ya no tenía ningún cargo de conciencia.

Bukovski nunca llegaría a saber si, gracias al viaje de Eva por Estados Unidos, Zagórov consiguió más información sobre su *Titanic*, pero al cabo de un mes llamó a Víctor y le comunicó:

—Prepara tus maletas, tu solicitud ha sido aprobada. Te trasladamos «al otro lado».

Víctor suspiró aliviado. Se encontraba en un callejón sin salida. Al hastío que le producía su trabajo o lo que fuera que se escondiera detrás de ese término y al peso de la monotonía diaria, se sumaban los problemas que el amor y los celos incontrolados de Eva últimamente le creaban.

Víctor había querido ayudarla a alcanzar la libertad, pero ella ni la quería ni la necesitaba y, cuando todos trataban de marcharse, había preferido volver. ¿Acaso Eva había regresado por él? ¡Pobre ingenua! Bukovski ya no quería nada de ella y tenía la conciencia tranquila. Ahora había llegado su turno y no desaprovecharía esa oportunidad. Iba a recordarle a Núshkov que tenía un hijo. El viejo zorro tenía que agradecerle que nadie le hubiera molestado, agradecer sus esfuerzos por borrar sistemáticamente todas sus huellas. Había llegado el momento de pasarle factura por los servicios prestados. Además, Núshkov tenía con qué pagar: los puros Calder eran

suficiente garantía.

Y, volviendo al presente, ¿qué había traído a Eva a Nueva York?

Bukovski no iba a relajarse hasta encontrar la respuesta. Decidió seguirla muy de cerca. A los pocos días la vio en el Pellegrino con Víctor-Wayne, su antiguo compañero de piso, y así se enteró de que Tomá Zagórov nunca la había perdido de vista. Solo él podía haberla enviado al joven arquitecto. Todavía no debía subestimar «La Red de Oro»: sus ojos y sus oídos estaban en todas partes. Siguiéndola, la vio entrar en el American United. ¿Qué le habrían dicho allí?

Zagórov estaba en lo cierto: Eva también jugaba al escondite con «La Red de Oro». Y resultó mucho más inteligente y astuta de lo que él suponía. Bukovski creyó que se le presentaba la ocasión de burlarlos a todos una vez más. Tal vez sirviéndose de una amiga que surgía inesperadamente del pasado.

Carta de Eva Marínova a su amiga Lisa Calderón, Divonne-les-Bains, Francia.

15 de agosto de 1992

Nueva York

Hotel Crowne

Querida Lisa:

Esta carta señala el final de una aventura de la que me siento en cierto grado responsable, aunque otros la emprendieron antes de que yo tuviera conocimiento de ella. Hasta cierto punto me siento culpable por haberos implicado a Lora y a ti en ella, pues resultó más arriesgada de lo que me imaginaba.

Vuelvo la vista atrás y me pregunto por los verdaderos motivos —el mío, el tuyo y el de Lora— que nos impulsaron a emprenderla, removiendo el pasado y hurgando en nuestras heridas mal cicatrizadas. Resulta que estábamos unidas por un secreto común, el secreto de Alternus, pero ese secreto se convirtió en una coartada para mantener otros secretos que nunca llegamos a desvelar. Aparentemente buscábamos Alternus, pero en realidad queríamos aclarar ese otro lado oscuro de nuestras respectivas existencias. Ni Lora ni yo contamos toda la verdad. Después de que Alternus se me presentara en todo su esplendor antes de sumergirse de nuevo en la oscuridad, me pregunto, Lisa, si tú también nos escondiste algo.

Aunque estas líneas te parezcan confusas, quizá, en caso de que ya supieras desde hace tiempo lo que descubrí, entiendas mis palabras. No consigo responderme a la pregunta principal que me planteó Alternus: ¿qué o quién nos unió en esta aventura? Creo que la respuesta es importante para cada una de nosotras porque aclarará muchas cosas. Crecimos y maduramos sin saber apenas nada la una de la otra, pero nos sentimos cercanas como hermanas. ¿Se debe esto a que nuestros padres tuvieron una relación tan estrecha?

Después de todo, creo que Alternus no es solo una fortuna inmensa. Antes que nada es una causa común, que tres hombres, nuestros padres, junto con Alexéi, defendieron con abnegación y tenacidad, mostrándose indomables en una lucha que emprendieron por propia elección. En la manera en que tu abuelo Jules Calderón creó Alternus hay algo hermoso, un proyecto digno de orgullo, resultado de grandes esfuerzos y sacrificios. Y yo creo que fue por ello, por la fidelidad a esos valores, no por el dinero que hay detrás, por lo que Robert, Jacques, Alexéi y mi padre, Teodor, defendieron Alternus poniendo en peligro sus vidas.

Para mí, a pesar de no haber perdido su valor ni su belleza, todo esto pertenece al pasado. Supongo que Lora y tú lo veis de la misma manera. Por ello es difícil explicar por qué nos precipitamos en busca de Alternus. Ninguna de nosotras cambiaría el curso de su existencia solo por curiosidad y mucho menos por el interés material. ¿Y entonces? Supongo que ha sido por el deseo de buscar en Alternus una salida a nuestros propios laberintos vitales que nos permitiera desentrañar secretos del pasado que no nos dejan dormir en paz. Como la esperanza de Lora de reencontrarse con su juventud rota, aunque fuera por un instante...

Fue a mí a quien tocó perseguir y encontrar a un fantasma al que ninguna de nosotras se atrevió a nombrar, pero que, de hecho, resultó ser el único objetivo de todo este juego. El fantasma tuvo nombres distintos: Víctor, Wayne, Bukovski y no sé cuántos más. Nunca conoceremos todas sus metamorfosis ni podremos armar el cuadro completo de su existencia, porque en él hay muchas zonas oscuras. Su nombre verdadero, no obstante, es Víctor Gospodinov Núshkov, de manera que también es parte de Alternus.

Es extraño que la misma persona consiguiera, como se suele decir, «romperle el corazón» a Lora y también a mí. (Espero que el búlgaro del que tú nos hablaste fuera otro y no Bukovski, ese «rompecorazones» profesional.) Todo fue absurdo y vil. Absurdo que un sistema político se sirviera como arma del amor y de la desilusión. Vil que se sirviera sin escrúpulos de un hombre dotado de ciertas cualidades, pero privado por completo de humanidad. Como psicóloga, tampoco debería sorprenderme. «El Guapo» —por si no lo sabías, este es el apodo

de «nuestro» hombre— encontró el mejor caldo de cultivo para desarrollar sus actividades. Tanto Lora como yo somos el mejor ejemplo. Ella, a sus diecisiete, y yo, a mis treinta años, éramos las víctimas más apropiadas, pero también debemos reconocer que nuestros cerebros no estaban del todo nublados: la intuición nos decía que algo fallaba en aquel esquema. Las sospechas nos han acompañado desde entonces. Tuve que encontrar a Víctor Bukovski en Nueva York para liberarme de tantos engaños.

Mejor dicho, no fui yo quien lo encontró: él me encontró a mí.

Pero déjame que te lo cuente todo por orden:

Desde que pisé suelo norteamericano me hostigaba la sensación de haber caído en una trampa. Creí tener alucinaciones. Trataba de explicármelo por el calor insoportable que hacía aquellos días. Me parecía que por donde quiera que fuese en busca de información, alguien se me había adelantado y había borrado toda huella posible. No quiero decirte qué fue lo que pensé de mi estado mental cuando en dos ocasiones creí ver a mi difunto amante Víctor Bukovski. Por poco me da un paro cardíaco al vislumbrar su reflejo en el cristal de un escaparate en el Soho.

Mi amable cicerone neoyorquino, cuyas señas me dio mi «gran amigo de toda la vida» Tomá Zagórov — preocupado, como siempre, por facilitarme las cosas—, me acompañó a una de las direcciones en que vivió nuestro fantasma de los mil nombres. Para que las coincidencias se volvieran del todo descabelladas, por el banco donde debían proporcionarme información sobre el estado de la cuenta, también acababa de pasar Bukovski, esa vez sirviéndose del nombre de Wayne. Su eficiencia se debe a que tiene el don de transformarse como Arene Lupin y de escurrirse como Houdini. Es inasible.

Cuando creía haber perdido la partida y dudaba de poder aclarar algo, tuve un encuentro inesperado con él.

Esa vez la sensación de que alguien me seguía no era fruto de mi imaginación. Iba por una calle del Soho, me paré ante un escaparate y vi el reflejo de un hombre que ralentizó sus pasos. Decidí tenderle una trampa y se la jugué bajando apresuradamente a la primera boca de metro que encontré y allí, escondida, pude observarlo con ventaja. Con un sombrero panamá calado hasta los ojos y una gabardina oscura inapropiada para el calor que hacía, parecía confundido: dio un par de vueltas, luego regresó sobre sus pasos, sin disimular la rabia que sentía por haberme perdido de vista.

«De acuerdo, entonces —dije para mis adentros—, si tanto lo deseas, tú y yo nos vamos a encontrar.»

Salí de mi escondite y me encaminé tranquila hacia un Starbucks bastante cercano. Pedí un café, cogí un periódico y me acomodé junto a la ventana. Al minuto, entró el hombre del sombrero de panamá y, sin mirarme, se sentó en una mesa no muy alejada de la mía. Al ver a aquel hombre entrado en años vestido de manera tan absurda, no podía creerlo: ¿se trataba del mismo hombre que había trastornado mi vida? Su cara se había ensanchado, mientras el cuerpo parecía haberse empequeñecido. Sentí decepción y lástima. Los amores trágicos —yo consideraba que el mío lo era— siempre provocan tristeza. Hacía un mes, cerca de allí, había sufrido una gran conmoción creyendo ver un fantasma, pero en ese momento, cuando el fantasma cobraba cuerpo, solo me produjo curiosidad. Habría querido que Lora estuviera en mi lugar: aquel encuentro la habría curado instantáneamente de las ilusiones que amargaron su existencia. Me acordé del pobre Yozhi que tuvo que pasarlo mal por culpa de alguien que no le llegaba ni a la suela del zapato.

No tenía tanto tiempo como para perderlo en contemplaciones. Quería saber a qué estaba jugando. ¿Qué curiosidad podía sentir alguien por una antigua amante desmejorada por la edad cuando para deshacerse de ella había llegado a simular su propia muerte? Pensé en esperar a que me hablara él primero, pero luego me acordé de que él profesaba el «principio de sorpresa», él lo llamaba «test de espontaneidad», y decidí someterlo a esa prueba. Le tendí una trampa: me encaminé hacia los aseos, pasé de largo, de repente me detuve y, en voz baja pero audible, dije a sus espaldas en búlgaro:

—¿Eres tú, Víctor?

Cuánto me habría gustado que Lora estuviera allí: semejante escena merecía un buen público.

Sí, pronuncié la frase en búlgaro, para que una sola persona pudiera entenderla. Un «test de espontaneidad», en fin.

Nadie reaccionó entre los presentes. Solo Víctor tuvo un ligero sobresalto, se volvió y preguntó en inglés:

—¿Me habla usted a mí?

—Perdone, me he confundido. Creí que era un conocido —dije en búlgaro antes de dirigirme hacia los servicios.

Cuando regresé a mi mesa, Víctor ya no estaba, pero encontré una nota al lado de la taza de café: «La esperaré a las siete de la tarde en el vestíbulo de su hotel. Tenemos que hablar. Le pido discreción. Me llamo Wayne».

Todavía no conocía todas las metamorfosis de Bukovski, pero ya sospechaba muchas cosas, incluso sospechaba que tenía algo que ver con Alternus, pero no podía imaginar hasta qué punto.

Soy incapaz de expresar qué es lo que siento por Tomá Zagórov! ¡Durante tantos años, décadas enteras, estuvo engañándome, vivió engañándome a mí y a tanta gente! ¡Y ahora se las daba de demócrata! Allí mismo decidí que

me vengaría. Si en algo podía serle útil a la sociedad, sería denunciándolo públicamente.

Ya eran las siete, llegaba la hora de la verdad.

Te ahorraré los detalles sentimentaloides, pero te aseguro que no hubo lágrimas. Al menos por mi parte. Tampoco voy a describirte el estado psíquico en que se encontraba Víctor. Independientemente de las circunstancias a las que tuvo que enfrentarse en su adolescencia, no es más que un canalla. La única diferencia con Tomá Zagórov es que Tomá es un ser vil por naturaleza, mientras que Víctor se fue convirtiendo poco a poco en un hombre frío, desalmado y cruel.

En cuanto a Lora, le hice una sola pregunta:

—¿Cómo fuiste capaz...?

Levantó los hombros por única respuesta.

Me temo que nada de lo que hizo en el pasado le quita el sueño.

Víctor es extremadamente precavido y casi no habla de sí mismo, tampoco se explayó entonces. Lo que sigue a continuación son más bien deducciones mías basadas en la escasa información que pude sacarle. Conclusiones psicológicas basadas en la conversación que mantuvimos. Hay un único dato real, pero antes de llegar a él, quiero transmitirme mi versión de los hechos.

Creo que después de desaparecer Núshkov no perdió definitivamente el contacto con su hijo.

El propósito de tu abuelo era dejar que Núshkov administrara temporalmente Alternus desde el extranjero, mientras se despejaran las nubes en torno a Robert. Tu abuelo quería que la propiedad sobre la fortuna siguiera en manos de su familia, razón por la que tu padre y él elaboraron un documento que te concedía la presidencia de Alternus a pesar de tu edad. Después de la muerte de Jules Calderón, y sobre todo después de los sucesos de 1944, Núshkov decidió quedarse para siempre en el extranjero y aprovecharse de la riqueza de Calderón en la medida de lo posible. Sabía que no podría adueñarse de todo Alternus. Por eso nunca intentó ponerse en contacto con mi padre ni con Alexéi. En cuanto al poder que le dieron a Jacques, Núshkov no tenía ni idea. Tuve la tentación de revelarle a Víctor que una de las partes de Alternus está ahora en manos de Lora, la mujer a quien tanto daño le hizo en el pasado.

Víctor vendió su alma al diablo por culpa de su padre, se dio cuenta de que era la única manera de emerger del lodo en que lo arrojaron los comunistas al llegar al poder. Se ofreció como agente secreto porque pensó que el oficio le aseguraría una existencia más llevadera en el inmenso campo de concentración en que nos encontrábamos todos. No fue el primero ni el único. ¿Te acuerdas de la impresión que nos causó saber que incluso en Buchenwald y en Auschwitz hubo traidores que procuraban aliviar como fuera su penosa existencia? Víctor nunca perdió la esperanza de aprovecharse un día de la traición de su padre, por lo que siempre se mostró muy cauteloso y reservado sobre su propia familia. A los dieciocho años cambió de apellido. Aquella no fue la única vez: creo que en su paso por otros países adoptó identidades diferentes. Son sospechas mías que él no ha querido confirmar ni desmentir.

Cuando le enviaron al extranjero —y yo llorándole—, Víctor empezó a trabajar más en su propio provecho que sirviendo a sus amos. No descarto que mantuviera alguna relación en secreto con su padre, quien murió hace unos diez años. El hecho incontestable que te mencioné más arriba es que hubo al menos un encuentro entre ellos, porque Bukovski dispone hoy de una cuarta parte de Alternus, por haber heredado el poder de su padre. También se ha apropiado de la fábrica de puros Calder que nunca dejó de funcionar. Has de saber también que por ser Núshkov tu tutor, después su hijo, pudieron sacar inmensas cantidades de dinero de la cuenta en el American United, donde a mi llegada quedaban solo unos cuantos dólares.

La situación de Bukovski es complicada. Ha estado desempeñando el papel de buscador de tesoros, mientras pisaba sobre una montaña de oro sin poder tocarla siquiera. Sus amos ansiaban con tanto celo la fortuna de Calderón que estaban dispuestos a todo con tal de hacerse con ella. Víctor, sin embargo, nunca les dejó sospechar su relación con Alternus.

Y a estas alturas, querida amiga, Víctor Bukovski propone que se convoque una junta general de Alternus para que él pueda beneficiarse de la cuarta parte que su padre desvió ilegalmente. Esto supondrá el final del consorcio (o la pérdida de la parte de la que Bukovski querrá adueñarse) o, como él dice, «un nuevo capítulo en la historia del consorcio».

Mi querida Lisa, mi misión aquí ha terminado. Encontré a mi amante, al que creía muerto. Lo encontré sano y salvo, y lleno de oprobio. Encontré también al hombre que desgració la juventud de Lora. Él no siente grandes remordimientos por la infamia cometida. Y, créeme, todo esto me supera.

Tal vez lo único bueno es que hice amistad con un joven inteligente que me enseñó Nueva York de verdad. Le estoy muy agradecida.

No, en realidad, también hay algo más.

Hace muchos años, cuando vine aquí por primera vez, le escribí a ese mentiroso que sacaba fotocopias de mis cartas que los grandes espacios de Estados Unidos me daban sensación de libertad. Ahora puedo confirmar lo que

dije entonces. Este viaje me ha ayudado a liberar mi alma de sus cadenas, a rasgar el velo que me impedía ver. No es poco para una mujer de mediana edad que quiere preservar lo bueno que le ha dado la vida para sí misma y para sus seres queridos. Y mis seres queridos sois Lora y tú. No tengo a nadie más. Así lo ha dispuesto el destino.

Un beso fuerte,

E. M.

Respuesta de Lisa Calderón a su amiga Eva Marínova, en Sofía.

9 de octubre de 1992

Divonne, Francia

Querida Eva:

Lo mismo que tú, me siento culpable de que el peso de la historia de mi familia recayera sobre tus hombros y tuvieras que pagar un precio tan alto. Tú arriesgaste más que cualquiera de nosotras y te fuiste de viaje con el mismo sentido de responsabilidad y de deber que caracterizaba a tus padres. Lora y yo también somos culpables ante ti: ella, porque te envió en busca de un hombre en el que ella misma no confiaba y yo, porque, aun sabiendo lo complicada y peligrosa que era tu tarea, te dejé seguir las huellas de la fiera por no poder fiarme ni contar con nadie más.

Durante toda mi vida sospeché que el mundo exterior perseguía, a través de mí, los millones de Calderón y esa misma sospecha me hizo extremadamente reservada y cautelosa. Creí que solo encontraría refugio en la música y en mi realización profesional, pero me desengañé al descubrir el papel que durante ocho años había desempeñado mi representante Herbert, a quien consideraba mi amigo, como tú considerabas amigo a Zagórov.

Al recibir la carta en que me hablabas de la visita de Alexéi, supe que era el momento de sacar Alternus a la luz y cumplir la misión que mi familia me encargó sin que yo lo supiera. Y tenía otro motivo más para desearlo. Mi vocación es tocar el piano, esa es mi misión en la vida y la música es el mundo en que soy capaz de crear y sentirme realizada. Mi deseo es ser artista. Espero que no te suene pretencioso. En la tercera parte de mi vida espero poder elegir y creo que mi elección será el arte. Las tensiones de la doble existencia que me veía obligada a llevar me privaron de la posibilidad de disfrutar con plenitud de mi trabajo. Mi vida transcurría entre dos extremos: la vocación artística y el deber filial. Viví privada de todo lo demás: ante todo, privada de la familia que todo el mundo suele tener. ¿Qué hombre normal puede soportar la existencia nómada y espartana de una esposa concertista? También privada de hijos. No tuve hijos, porque no quería traspasarles la carga que yo llevaba. Tú, mejor que nadie, sabes que Alternus es más una carga que cualquier otra cosa. (Solo Núshkov podría decirnos cómo consiguió transformar el dinero de Alternus en lujo.) En aquel entonces todavía no os conocía: no podía revelar el secreto a dos mujeres que no había tratado desde la infancia.

Y entre líneas me preguntas si os he escondido algo estos últimos meses. En esta historia las dos tenéis una parte muy personal e íntima y otra parte que os veis obligadas a compartir conmigo por formar las tres partes de Alternus. Yo no tengo más historia íntima que el piano y el matrimonio con Jean-René, un hombre bueno y algo superficial al que no conseguí hacer feliz. Por eso no me sorprendí cuando me anunció, afligido y turbado, que esperaba un hijo con otra mujer. Enseguida le concedí la libertad que necesitaban. Jean-René es padre legítimo de un niño que, ¡vaya casualidad!, se llama Robert, como mi padre. Su matrimonio no duró mucho. Después de su segundo divorcio, volvimos a encontrarnos y a vivir casi como antes. Jean-René es mi mejor amigo. Su hijo Robert es un chico excelente de dieciocho años. A veces los tres comemos juntos y entonces nos sentimos realmente felices. Les estoy muy agradecida por proporcionarme la ilusión de tener la familia que yo misma no supe crear.

Y, querida Eva, cuando nos confesamos en tu pequeño y agradable piso en Sofía, cada una de nosotras ahorró a las demás una parte de la verdad, pero lo cierto es que si hubierais mencionado el nombre de Víctor Bukovski, yo no habría sabido de quién se trataba. Creo que también conocí a vuestro fantasma, pero con otro nombre. Te contaré los detalles, porque debes saber todo lo que a él se refiere, todo lo relativo a él y a nosotras tres.

Sucedió varios años después de haberme librado de Herbert y de haberme casado con Jean-René. Confiaba en que aquel cambio pondría fin al juego del gato y el ratón que he sufrido desde que tengo uso de razón. Esperaba que mis perseguidores se cansaran de una vez por todas y me dejaran en paz. Y así llegué a creerlo los primeros años de mi matrimonio, los años más felices y tranquilos de mi juventud. Llevaba una existencia casi normal,

disfrutaba de mis éxitos profesionales y cuidaba de mi extraña familia. Inesperadamente, Jean-René tuvo graves problemas económicos. Se sintió incapaz de enfrentarse a la quiebra, no podía dejar que se hundiera, tenía que echarle una mano. Cometí una locura, lo reconozco, que más tarde pudo salirme muy cara. En pocas palabras, hice uso del consorcio para fines propios. Y pronto comprobaría que errores como ese no se perdonan.

«Por pura casualidad» conocí a un hombre que intentó entrometerse en mi vida. Me lo presentó una pareja de búlgaros de dudosa reputación que vivían en Ginebra. Él se ocupaba de algo poco claro en el ámbito de la química, pero las malas lenguas decían que su bienestar se debía a que había vendido a una gran empresa holandesa varios proyectos científicos obtenidos por medio del espionaje. La mujer, vulgar y desaprensiva, se dedicaba a chismorrear y tramar intrigas en los círculos sociales más variados. Mantenía una amplia red de contactos entre los emigrantes, de donde se abastecía a precios ridículos de información poco fidedigna sobre políticos o sobre los personajes célebres. Ambos aspiraban a ocupar un puesto en la *high life* ginebrina, sirviéndose de todos los medios posibles: iban a todas las fiestas, compraban los abonos más caros de ópera y conciertos sin que el arte les interesara lo más mínimo, hacían obras de caridad y no faltaban a las misas en la iglesia ortodoxa rusa, donde mostraban fotografías de la familia real búlgara en el exilio sin que viniera a cuento y contaban anécdotas para dejar caer su estrecha relación con ella, cortejaban a célebres personalidades de la política y los negocios... En pocas palabras, hacían lo imposible para entrar en las crónicas sociales de la revista *People*. En varias ocasiones nos asediaron a Jean-René y a mí, pero tanto él como yo los evitamos por todos los medios.

En una cena celebrada con motivo de una presentación de la casa Christie's en el hotel Richemond, a la que excepcionalmente yo había decidido acompañar a Jean-René, la pareja se levantó de su mesa para acercarse a la nuestra. Al vislumbrar de lejos a la corpulenta señora de cabello oxigenado que doblaba en tamaño a su insignificante esposo, tuve malos presentimientos.

—¿Qué querrán de nosotros estos Thénardiens? —refunfuñó Jean-René sin disimular su desagrado.

—*Bonjour, ma chère, bonjour, Jean-Pierre* —nos asaltó la muy pesada, confundiendo el nombre de mi marido.

Su tono estaba cargado de semejante dosis de familiaridad que nadie que la hubiera escuchado habría dudado de la estrecha amistad que nos unía a ellos.

Jean-René los saludó con una breve inclinación de cabeza, pero la señora ya estaba empujando hacia adelante a un hombre cuya elegancia anticuada revelaba que era extranjero:

—Gospodín Núshkov —se presentó el desconocido.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Al mismo tiempo me sorprendí de que se llamara a sí mismo «señor»^[20].

—En Bulgaria todos se llaman «camaradas», solo yo sigo siendo «señor». Estoy bromeando —aclaró—. Gospodín es mi nombre.

Le traduje el juego de palabras a Jean-René y mi marido sonrió con desgana. No le gustaba escuchar historias de emigrantes.

—Ah, Núshkov, no deje de contarle a la señora Calder cómo consiguió fugarse. Es muy interesante.

Aquellos pesados ya estaban sentados en nuestra mesa. Sabía que no íbamos a librarnos tan fácilmente de ellos. El único que preguntó antes de sentarse fue Núshkov:

—¿Me permiten?

Jean-René apreció esa muestra de buena educación y asintió resignado con la cabeza.

La conversación no era de mi agrado. Me molestaba que me trataran como «exiliada». Siempre he evitado relacionarme en esos círculos tan cerrados. Durante mis andanzas fuera del país me he encontrado con muchos búlgaros honestos que han tenido motivos serios para emigrar, pero también con otros, como aquella pareja ginebrina, que se habían «fugado» por ambición y codicia, por traición o por otras razones turbias que ellos poco a poco transformaban.

Nuestro nuevo conocido, que se presentó con el nombre de Núshkov, contó su historia con bastante sentido del humor. Como traductor, dijo, tenía dificultades para realizarse profesionalmente, porque descendía de una familia burguesa y también por culpa de su padre, que se fue a vivir en el extranjero cuando Gospodín era todavía un niño. Finalmente consiguió un trabajo administrativo en una compañía folclórica que solía viajar al extranjero. A él, sin embargo, le prohibían viajar con ellos. Con lágrimas en los ojos, confesó su drama a la directora de la compañía, esposa de un alto funcionario comunista. Aquella mujer se compadeció o tal vez sucumbió ante el encanto personal de Núshkov y consiguió que le dieran permiso para viajar con la compañía a Italia. Antes de irse, Núshkov entró sin ser visto al despacho de la directora, cogió una hoja con el membrete oficial de la compañía y redactó en él una carta dirigida a sí mismo supuestamente escrita por su benefactora. La carta decía que no volviera de regreso con la compañía sino que se quedara un tiempo más en Italia para recibir a un nuevo grupo de artistas. Falsificó la firma de la directora y selló la carta. La envió desde el aeropuerto a la dirección del representante artístico en Italia. La gira duraba quince días. Según los cálculos de Núshkov, la carta llegaría a mediados de la segunda semana. Todas las tardes preguntaba al representante si no había correo para él y la

respuesta siempre era negativa. Se acercaba el último concierto y Núshkov estaba desesperado. Su plan se estaba yendo a pique, descubrirían su propósito de exiliarse y eso significaba que a su regreso daría con sus huesos en la cárcel. No sabía qué hacer para salir del embrollo en el que él mismo se había metido. Y cuando estaba vaciando una copa tras otra en el cóctel de despedida, bajo la mirada de desaprobación de los agentes secretos que acompañaban a los artistas, de repente apareció el representante italiano anunciando a la vista de todos:

—*Signore Núshkov, una lettera per voi.*

—*Una lettera per me?* —Núshkov no acababa de creérselo.

Abrió con las manos temblorosas la falsa carta que había redactado, la leyó en voz alta y luego interpretó su gran papel... ¿Cómo era posible que se permitieran disponer así de su tiempo? ¡Él tenía varios compromisos importantes en Sofía! Y, además, ¿cómo iba a apañárselas él solo en Italia?

Al principio los agentes lo miraron con suspicacia, pero al leer el documento, no pusieron pegas. Si era necesario, debía quedarse. ¡Qué se le iba a hacer! Le entregaron su pasaporte —esos dos agentes se habían hecho con los documentos de los miembros de la compañía— y se despidieron de él.

Y así fue como Núshkov se quedó en Italia. Más tarde se fue a Canadá y encontró trabajo como representante artístico. Esa era la razón por la que le interesaba conocer a su paisana Lisa Calder, de la que Herbert, su colega, representante artístico en Colonia, tanto le había hablado. La historia de Núshkov me impresionó muchísimo. No por su originalidad sino porque Herbert ya me la había contado. Se trataba de la misma historia, pero protagonizada por otra persona real, una persona a la que yo conocía y que en efecto vivía en Canadá. Enseguida me di cuenta de que aquello se trataba de una trampa o de alguien que quería ponerse en contacto conmigo. El hombre que se presentaba como Núshkov quería venderme un cuento que yo ya conocía y, para que no dudara, mencionaba a Herbert. Imposible que fuera una coincidencia. Y por esa razón, cuando ese representante artístico con el nombre del contable de mi abuelo me pidió una cita de trabajo, acepté.

Hoy no me cabe duda de que el señor Núshkov era otra de las reencarnaciones de Víctor Bukovski, pero en aquel entonces yo no podía sospecharlo.

Nuestro encuentro se caracterizó por una sinceridad estremecedora. Núshkov me pidió disculpas por haberse servido de la tonta de la señora Offenheit (aquella mujer escribía su apellido con doble efe para darse pote), pero no había podido encontrar otra manera de acercarse a mí. Por supuesto, nunca había viajado con ninguna compañía folclórica al extranjero, tampoco le hacían falta disfraces. Me reveló su oficio y me advirtió que hacía años que las actividades de Alternus eran objeto de atención especial por parte de los servicios secretos. Me advirtió del error que había cometido al ordenar la transferencia destinada a salvar a Jean-René de la quiebra.

Yo lo escuchaba con atención, pero era incapaz de reaccionar.

—Un agente especial vendrá por usted y la obligará a entregar Alternus.

—¿Y cómo me va a obligar?

—Con chantajes y amenazas.

—Muy interesante —contesté convencida de que ese señor no era más que un vil chantajista.

—Lo han engañado, señor Núshkov, no existe ningún Alternus, está usted perdiendo el tiempo conmigo. ¿Podría preguntarle quién le ha proporcionado toda esta información?

—Por supuesto que sí —contestó sin inmutarse—. El agente en cuestión soy yo.

Debí habérmelo imaginado: aquello era tan lógico y sencillo. Esa era la razón por la que Núshkov se presentaba por primera vez con su verdadero nombre. O casi.

Me propuso un trato: Núshkov dijo que disponía de los derechos de una cuarta parte del consorcio por haberla heredado de su padre. Que no pudiera ejercer sus derechos se debía tanto a su oficio como a mí. Sí, él estaba al tanto del papel que yo desempeñaba en Alternus. Me propuso reunir las cuatro partes y que luego gestionáramos solidariamente y con discreción los asuntos del consorcio. Él cambiaría de identidad y se iría a vivir a otra parte. Inesperadamente soltó:

—Salvo que quiera usted casarse conmigo.

Lo miré estupefacta, pero él continuó:

—¿No es consciente de que cualquier hombre puede perder la cabeza por usted?

—Usted ya ha perdido la cabeza, pero de manera muy diferente. A usted no le interesa nada más que el dinero. No pienso hacer ningún trato con usted. Y, además, es imposible. No tengo ni idea de dónde están ni cómo se pueden reunir las cuatro partes de Alternus.

—Piénseselo bien —dijo al despedirse Núshkov—. En cuanto a mi segunda propuesta, llevo mucho tiempo soñando con usted.

Y de ese modo terminó mi primera y última cita con Núshkov-Bukovski-Wayne.

Jamás olvidaría ese encuentro, pero estaba segura de que Núshkov volvería a dar señales de vida.

Esta señal apareció hace una semana. Recibí un gran sobre amarillo. El remitente era un tal Wayne Azárov, de Corpus Christi, en Estados Unidos. No conocía a nadie llamado así, pero tuve un presentimiento y acerté. Se

trataba de otra reencarnación del fantasma de Bukovski. Con una nota corta, sin dirigirse a mí por mi nombre, me comunicaba que en una caja fuerte del American United Bank del Soho había depositado unos documentos que me entregaba incondicionalmente. Había una llave pegada a un cartoncito y también un poder notarial con el que me traspasaba los derechos de Núshkov sobre su parte de Alternus.

Solo cabe hacer conjeturas sobre las razones que animaron a Núshkov a actuar así. Y solo está clara una cosa: ahora las cuatro partes están disponibles. Espero veros pronto a Lora y a ti, para deliberar sobre el futuro del consorcio y, ¿por qué no?, sobre el nuestro. Tenemos la obligación de hacerlo. Tengo varias ideas estupendas y también confío en vuestra imaginación. Así que convoco la junta general de Alternus.

Un beso fuerte,

L. C.

P.D. Lora, naturalmente, también está invitada. Por favor, remítele una copia de esta carta.

P.D. 2. Se me olvidaba decirte que en el sobre había también una fotografía. En el reverso está apuntada la fecha en que la hicieron, en casa de mi abuelo Calderón, diciembre de 1942. Y aparecen todos, tus padres también. Tu madre tiene el vientre algo redondeado, así que se puede decir que tú también estás presente en la fotografía. En cuanto a mí, me ha costado reconocerme en la muñequita con melena rubia y vestido rosa hasta los pies. Un chico de unos diez años, vestido de marinerito y con una pajarita en el cuello, me tiene cogido de la mano. Supongo que es el hijo de Núshkov. Y, quién sabe, si hubiéramos vivido tiempos normales tal vez habríamos sido amigos.

Si le apetece visitar Corpus Christi a finales de octubre, no lo dude ni un instante. Todavía hace calor, pero no demasiado porque durante el día corre una agradable brisa del Atlántico, por la tarde sopla más fuerte. No pierda la ocasión de visitar el puerto: la vista romántica a la bahía con los centenares de yates varados en la orilla alegra el alma. También puede dar un paseo por el malecón, lleno de tiendas elegantes y de pequeños restaurantes en los que sirven buena comida a buen precio.

Víctor Bukovski estaba sentado en una mecedora en el porche de madera contemplando el mar. La casa no era muy grande, pero a él le bastaba: allí estaban sus libros y revistas, su cómoda cama que llevaba siempre a cuestas, a donde fuera que se mudara, y la vieja máquina Erika en la que iba a escribir su futura novela... Y, la verdad, en una semana había redactado media cuartilla nada más.

La vista que se extendía ante sus ojos era la que había soñado en Nueva York: la infinitud azul, el silencio y la calma. Solo faltaba *Buddy*.

Alquiló la casa a través de una agencia inmobiliaria de Nueva York, firmó un contrato por un año y pagó un anticipo de tres meses. Firmó con el nombre de Wayne Azárov. Aquel nombre le gustaba tanto que publicaría su novela con ese seudónimo. Quién sabe por qué, cuando le preguntaron por su nacionalidad, contestó que era ruso. Disponía de suficiente dinero. Sin duda le alcanzaría durante un tiempo, después ya vería qué hacer. Se ponía a soñar: a lo mejor su novela tenía tantísimo éxito que terminaban adaptándola para hacer una película... Hizo los preparativos para su nueva metamorfosis con un sentimiento de alivio, con la seguridad de estar empezando una vida nueva. Había calculado que tardaría un año en escribir la novela en la que contaría la historia de su vida, pero un gusanillo tenebroso roía incansable su inconsciente y de noche lo despertaba. Y aquel gusanillo le impedía entregarse por completo a aquella ilusión suya que burlescamente llamaba «la última».

¿Por qué «la última»?

¿«La última» para quién?

Pero su inconsciente no contestaba aquellas preguntas inquietas o quizá Bukovski, no quería responderse.

Durante las primeras semanas disfrutó de una soledad que le proporcionó no solo calma sino también una sensación de seguridad que casi nunca había experimentado. Paseaba por el malecón, entraba en algún bar, incluso intercambiaba cuatro palabras con los hombres sentados en los taburetes dispuestos junto a la barra. Les dijo que se

llamaba Azárov. Y ellos empezaron a llamarle «El Ruso».

A lo largo del malecón, donde se encontraba su casita, había dispersas otras parecidas. Víctor reparó en un hombre alto y huesudo que no se separaba de su sombrero. Todos los días, mañana y tarde, paseaba por la playa en compañía de un setter que no paraba de dar alegres brincos alrededor de su amo. Aquel hombre tiraba de vez en cuando un palo que encontraba en la arena y el perro corría para recogerlo y volver y depositarlo a los pies de su amo. Víctor le preguntó a los parroquianos del bar quién era su vecino. Y le dijeron que aquel hombre había llegado por las mismas fechas que él. No sabían su nombre, pero lo llamaban «El Polaco», porque de su casa se oía siempre la misma música: mazurcas y polonesas de Chopin.

—Igual que *Buddy* —se dijo Víctor mientras observaba el jugueteo del perro con el sol poniente de fondo.

Estando sentado en el porche de su casa, el setter se acercó, se quedó mirándolo y agitó la cola amigablemente.

También se acercó el amo del perro. Bukovski lo saludó cordialmente. Al cabo de un rato, ambos ya estaban sentados en el porche de la manera más natural. Víctor sacó del refrigerador dos botellas de cerveza. Disfrutaron de la bebida sin intercambiar palabra.

Los días siguientes esperaba impaciente los paseos del hombre con el perro, pensando en la cerveza helada que se tomaría en compañía de su nuevo conocido. De repente había dejado de sentirse solo.

Aquella tarde Víctor, precavido, revisó las existencias de cerveza. Y, fiel a la costumbre, llegó su «polaco». Se sentaron en el porche. Bebían la cerveza directamente de las botellas y callaban. La visita se levantó, se secó la boca con la mano y dijo:

—Tú no eres ruso.

Víctor se quedó de piedra. Contestó lo primero que le vino a la mente:

—¿Cómo lo sabes?

El otro lo miraba en silencio. Finalmente dijo:

—Porque yo tampoco soy polaco.

Y se alejó como un fantasma, seguido por el perro.

Bukovski permaneció un buen rato pensando en el porche. Se levantó, cogió una hoja de papel, escribió unas líneas y la metió en un sobre amarillo. Luego se acordó de algo, sacó una fotografía de una caja de metal antigua y la metió en el sobre. La oficina de correos estaba cerca, si se daba prisa, le daría tiempo a enviar la carta.

Al regresar, volvió a sentarse donde siempre. Se mecía pausadamente y contemplaba la puesta del sol. El cielo cambiaba sus colores a cada rato, tan variable que uno tenía que prestar atención para captar todos sus matices. Primero palidecía, luego se volvía rosado y, finalmente, adquiría la profundidad violácea que anunciaba la noche. La noche era oscura.

Víctor esperó que el rosa oscureciera, alargó su mano hacia un lado e hizo un

ademán decidido y brusco.

El disparo ahuyentó las gaviotas de la playa, que se dispersaron con graznidos inquietos antes de dirigirse a los yates del puerto.

Al deslizarse lentamente por la mecedora, Víctor fue dejando un rastro de sangre.

Notas de la traductora

[1] En latín, «Un amigo de verdad». <<

[2] La «milicia» era la fuerza de seguridad encargada de mantener el orden público, pero también el órgano represivo del Estado comunista. Los funcionarios a su servicio se llamaban «milicianos <<

[3] Barrio alejado del centro de Sofía. <<

[4] Marca de coche de producción soviética. <<

[5] En ruso, «¡Mi querida Nevena!». <<

[6] El balneario de montaña más antiguo del país (1896), en la actualidad Bórovets, se encuentra a setenta kilómetros de Sofía y dispone de pistas de esquí. <<

[7] La guerra ruso-turca (1877 — 1878), cuando Bulgaria fue liberada del dominio del Imperio Otomano, que duró cinco siglos. El asedio de Pleven duró cinco meses. Allí se llevaron a cabo las batallas más duras. <<

[8] La guerra de los aliados o segunda guerra balcánica (1913) fue un conflicto bélico entre Bulgaria, por un lado, y Serbia, Grecia, Montenegro, Rumania y el Imperio Otomano, por otra. <<

[9] Entre las dos guerras mundiales, el policía Nikola Guéshev fue jefe del Departamento «A» de la Seguridad del Estado a cargo de las persecuciones del Partido Comunista, clandestino en aquel entonces. Creó una amplia red de agentes infiltrados entre los militantes e incluso entre los líderes del partido. Se desconoce su destino después de la entrada de las tropas soviéticas en Bulgaria en septiembre de 1944: según algunas versiones fue asesinado en su intento de abandonar el país por la frontera con Turquía; según otras, consiguió fugarse y vivió en paradero desconocido.

<<

[10] En ruso, «querida Evita». <<

[11] En latín, «Los amantes dementes». <<

[12] En búlgaro, lechuza, ave que simboliza la sabiduría. <<

[13] La Asociación de las Legiones Nacionalistas Búlgaras era una organización de extrema derecha fundada en abril de 1932 que simpatizaba con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. <<

[14] Campo de concentración creado en enero de 1941, al sur del país, en el macizo Ródope. <<

[15] Bebida tradicional sin alcohol, preparada con centeno o mijo, dulce y muy nutritiva. <<

[16] Diminutivo de Yosif (Joseph, José). <<

[17] A los alumnos se les prohibía salir a la calle después de las diez de la noche sin estar acompañados por un mayor de edad. <<

[18] En latín, «El destino ayuda a los valientes». <<

[19] En latín, «Con nombre ajeno». <<

[20] «Gospodín» en búlgaro es «señor», pero también puede ser un nombre propio. <<